

Olivia Ardey

de

UNA
CHICA
CON

ESTILO

Lectulandia

Durante la primavera de 1921, Helen McKerrigan-Montero viaja a Nueva York para acompañar a su hermana Laura, a punto de dar a luz. Debido a una absurda confusión, se convierte en el objetivo de una banda de gánsteres de los bajos fondos. Para su sorpresa, el responsable de su protección es alguien a quien no ha podido olvidar. El comisario Ray Donnelly asume el deber de proteger a Helen hasta ver entre rejas a quienes dispararon contra ella. Mientras resuelve el caso, debe alejarla del peligro de Manhattan, por lo que decide esconderla en la granja de sus padres en Germantown, hasta el día en que ambos deban declarar en el juicio. Allí Helen, conocerá a una personita que le robará el corazón. Pero Helen no es una mujer dócil ni hogareña, es apasionada, rebelde, decidida, coqueta y posee una lengua demasiado afilada para Ray, que ya ha conocido a muchas mujeres sofisticadas y huye de ellas con desesperación. Sin embargo, cada día que pasa en su exasperante compañía, intuye que le será muy difícil decirle adiós.

Lectulandia

Olivia Ardey

Una chica con estilo

ePub r1.0

Ablewhite 05.02.2018

Título original: *Una chica con estilo*

Olivia Ardey, 2015

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Marga González Paterna, querida «chica Happy»,
que se fue dejándonos su coraje y su alegría.

Nunca dije que sería fácil,
solo dije que valdría la pena

Mae West

Prólogo

1 de agosto de 1914

Germantown, condado de Columbia. Nueva York.

Ray Donnelly clavó talones en los flancos del caballo y galopó colina abajo hasta los prados. Era el heredero de una tradición de granjeros que se remontaba a tres generaciones. A pesar de ello, cuando apenas era un muchacho, se negó a resignarse al destino que la vida le tenía guardado. Ayudaba a sus padres en la granja y no dudaba en arrimar el hombro con los animales o en los sembrados, si era necesario, a pesar de haber escogido otra manera de ganarse la vida. Hacía solo un año que había recibido el nombramiento de adjunto del *sheriff* del condado, en Germantown. Siempre quiso ser un hombre de los que defienden a los oprimidos, persiguen la injusticia y velan por que se cumpla la ley.

Cabalgó por el camino que surcaba los campos de mies hasta la casa. Le gustaba galopar. No en vano, se había criado encima de un caballo. Aquel era un verano muy caluroso, desde la salida del sol se oía el chicharreo de las cigarras. Donnelly había madrugado para realizar su ronda. Descabalgó al llegar al establo y abrevó al bayo que solía montar. En los barracones de al lado ya se oía el trajín de los peones contratados para la temporada de la siega. No faltaba mucho para que su madre saliera de la casa y avisara para el desayuno. Ese día comenzaban a cosechar el heno y la cebada.

Se alzó el ala del sombrero; a lo lejos, remontando la curva de la carretera, llegaba Tom en su jamelgo viejo, con los periódicos del día. Su padre estaba suscrito al *Chatham Courier*. Le gustaba mantenerse al corriente de cuanto sucedía en el condado, en el país y en el mundo.

El muchacho ya descabalgaba a las puertas de la casa cuando Ray Donnelly reparó en el automóvil que, todavía lejos, asomaba por el mismo camino.

—¡Guerra en Europa! ¡Guerra en Europa! —gritaba el chico. Traía el rostro color chocolate congestionado.

Ray vio a su padre asomar por la puerta en el momento en que este subía en dos saltos los escalones del porche.

—¿Aún no has ahorrado lo suficiente para comprarte esa bicicleta, Tom?

El muchacho soñaba con una de esas con cuadro diamante y ruedas de cámara de aire de Dunlop. El día que consiguiera reunir los cincuenta dólares que costaba el vehículo soñado, repartiría los periódicos más rápido. Y como ventaja añadida, a la bicicleta no tendría que alimentarla, solía decir. Pero esa mañana el chico no respondió con su broma habitual; traía información más importante que el estado de sus ahorros.

—¡Señor Donnelly! Alemania ha declarado la guerra a Rusia.

—Trae ese periódico y déjame ver —pidió con gesto de preocupación.

Ray observaba la charla desde la puerta del establo sin prestar demasiada atención. A pesar de lo alarmante de la noticia, retornó la mirada a la carretera. Un sexto sentido le hacía anticiparse al peligro, esa virtud suponía su mayor arma desde que portaba la estrella de plata prendida en la camisa. Y, o mucho se equivocaba su instinto, o el enorme Cadillac con la capota bajada que ya levantaba polvareda ante la explanada traía peores novedades que la portada de la gaceta local. Lo supo en cuanto distinguió a cuatro hombres y dos mujeres cuyos rostros le resultaban familiares. En concreto, una de las pasajeras del asiento de atrás. Hacía meses que no sabía de Belle Smith. Tanto que parecía una eternidad. Durante un viaje a Nueva York, asistió a una función de vodevil y se lio con una de las coristas. Aunque intenso y desbordante de pasión, el idilio no llegó a durar ni tres semanas. ¿Qué hacía Belle allí, después de tantos meses? A la pregunta de cómo había logrado encontrarlo se respondió al recordar que él mismo le había hablado de su hogar en Germantown.

Atraídos por la noticia que el repartidor acababa de vocear, los peones salieron del barracón y fueron directos a la casa.

—¿Ha oído, patrón? En Europa ha estallado la guerra —comentó uno de los muchachos al pasar junto a Ray.

Él no respondió. Tenía la vista fija en la batalla que se avecinaba, una que le correspondía pelear sin ayuda de nadie. El cuerpo se le puso rígido al verla bajar del coche; la otra mujer y los tres hombres que acompañaban a Belle no lo hicieron. La bailarina más escultural de los teatros de Broadway se acercaba hacia él con paso firme. Llevaba una canastilla colgada del codo y, sujeto en los brazos, algo envuelto en una mantilla blanca.

—Hola, Ray. Menos mal que te encuentro.

—Belle, ¿qué has venido a hacer aquí?

La respuesta la depositó en sus brazos, sin darle tiempo a reaccionar.

—Aquí tienes, es tu hijo. Yo me marcho a Nueva Orleans, nos han contratado para una gira de varios meses y no puedo llevarme al niño conmigo.

Ray se quedó sin habla. El vello de los antebrazos se le erizó al contemplar aquella carita rolliza y la pelusa oscura que resaltaba sobre el blanco de la toquilla. Con la cara descajada, escrutó los ojos de la mujer. Belle Smith tenía una melena corta marcada con ondas al agua y fijador, tan negra y brillante como el cabello del niño.

—Pero ¿te has vuelto loca? Hace un año que nos perdimos la pista y ahora te presentas por las buenas con un bebé. ¿Y pretendes que crea que es mío?

—Es tuyo —zanjó con ojos de fiera—. Tuyo y mío. Yo no quería ser madre, como puedes imaginar, pero sucedió.

—¿Cuándo?

—Tiene tres meses. Haz cuentas.

Y Ray Donnelly las hizo, claro que las hizo. Encajaba con la época en que no

salían de la cama, salvo cuando la llevaba al teatro o a bailar hasta caer rendidos en los clubes de moda de la gran ciudad.

—Me ha costado destetar a este tragoncete —dijo tocándose ambos pechos con una mueca dolorida—. Pero así no te dará problemas. Ya toma cualquier leche, de vaca y de cabra. Ahí en la cesta tienes una tetina y un biberón —informó, depositando el canasto en el suelo—. Lo siento, Ray, pero no puedo llevarlo conmigo. Ahora te toca a ti cuidar de él, hasta que yo regrese.

La chica besó la cabecita del bebé.

—Adiós, pequeñín. No te olvides de mamá —musitó.

Sin pensárselo más, regresó al coche con un vaivén de caderas pleno de energía.

—¡Belle!

—Por cierto, le puse Oliver. ¿Te gusta? —dijo cuando ya había cerrado la portezuela.

Ray continuó llamándola a gritos, se acercó hasta el auto con el chiquillo en brazos pero el vehículo ya giraba en redondo antes de acelerar.

—¡Belle, maldita sea! —gritó, pero no obtuvo respuesta. Desde lejos y sin girarse siquiera, la belleza morena agitó la mano brazo en alto para decirle adiós.

El Cadillac se alejaba sin remedio. Ray Donnelly bajó los ojos hacia la criatura que tenía apoyada en el pecho. El pequeño hizo un puchero y comenzó a llorar.

Su hijo.

Era padre y ese bulto llorón era hijo suyo, sangre de su sangre. Levantó la vista hacia el camino, el auto era una mancha negra que se perdía en la lejanía. Se arrancó el sombrero y lo lanzó al suelo con rabia.

—¡Belle! —bramó, aunque ya no podía oírlo—. ¿Qué voy a hacer yo con un bebé?

Nueva York, abril de 1921

Helen McKerrigan se sentía feliz. Los bebés de su hermana pequeña pronto vendrían al mundo. En una semana, día arriba o abajo, según había predicho el doctor Simons, el médico que había vigilado a Laura durante todo el embarazo y que, ya durante el quinto mes, advirtió a la ilusionada pareja que escuchaba el latido de dos corazoncitos. En definitiva, que el niño tan deseado no era uno sino dos. Kenneth, el futuro padre, no se sorprendió, dado que en su familia no era el primer parto doble. Sus hermanas Lizzy y Kate eran gemelas. Eso sí, se acobardó bastante. Laura, en cambio, esperaba ilusionada la llegada de lo que ella llamaba su doble alegría. Y hacía cábalas, quizá fueran dos niñas, o dos hombrecitos o tal vez uno de cada.

Como las McKerrigan habían perdido a su madre hacía unos años, Helen, que era la mayor, asumió la responsabilidad de acompañar a Laura durante el parto y su posterior convalecencia. En cuanto Laura telefoneó a Boston para informar a la familia la valoración del doctor Simons, Helen se subió al primer tren con destino a Nueva York. Hacía dos días que había llegado a la ciudad y se alojaba en casa de Kenneth y Laura, dedicada a preparar junto a esta el ajuar de los bebés.

Ese día habían almorzado juntas en el Dream, el hotel que el padre de ambas poseía en Nueva York. Desde que enviudó, Helen trabajaba en el negocio de la familia que, desde Boston, dirigía media docena de hoteles en las ciudades más importantes de la costa este. Laura, en cambio, era la maestra repostera del hotel Taormina, propiedad de los Taviani. Laura llegó un año atrás a aquel elegante y acogedor establecimiento, llevada por su pasión por la alta repostería. En él conoció a Kenneth, codirector del hotel, y allí se quedó por amor.

El Taormina había crecido como empresa en los últimos meses. Kenneth Callahan y Phillip Taviani, amigos y socios —y hermanos de corazón— se habían embarcado en un ambicioso proyecto de ampliación del negocio. El edificio anexo de *suites* de alquiler estaba culminado, la obra se había construido desde la planta baja a la azotea a razón de una altura por mes. Los operarios se afanaban con el acondicionamiento del interior. Phillip y Kenneth tenían previsto inaugurarlos en enero de 1922. Las expectativas eran muy halagüeñas, no en vano, ya contaban con varias *suites* alquiladas aún con el edificio todavía pendiente de acabar.

Y en el viejo hotel Taormina, que seguía siendo el alma de la empresa, también se habían acometido algunas reformas. Laura prefería trabajar con luz y claridad. Como el obrador de los dulces estaba situado en el semisótano, junto a la cocina y los almacenes, y por tanto era el lugar más sombrío del edificio, ella había pedido que lo alicataran hasta media altura con azulejos blancos. Cambiaron los antiguos bancos de granito por otros de mármol y modificaron la distribución del mobiliario, siguiendo

sus consejos y los de Richard, su ayudante y primer oficial.

Después del almuerzo y antes de regresar a la casa que Kenneth poseía en la zona alta de Manhattan y que, desde la boda en septiembre del año anterior, se había convertido en el hogar del matrimonio, Laura quiso enseñar a su hermana el nuevo aspecto del obrador. Se sentía orgullosa de lo pulcro que lucía con los cambios realizados.

Helen habría preferido pedir que uno de los chóferes del Taormina las acercara a casa después de almorzar. Pero Laura había insistido con tanta ilusión que no quiso contrariarla. No parecía haber perdido ni un ápice de su natural dinamismo, pero Helen no era ciega y la veía caminar cada día menos ágil con aquella enorme panza. Su hermanita pequeña parecía olvidar que no portaba un bebé, sino una parejita.

—¿Estás segura de que no quieres tumbarte en un sillón con los pies en alto?

—No seas exagerada. ¿Que no me ves? Estoy igual que siempre, pero más redonda —dijo sonriente y feliz.

Helen tentada estuvo de preguntarle cuánto tiempo hacía que no se miraba en un espejo. Aunque aseguraba encontrarse mejor que nunca, a ella no le parecía prudente que no guardara reposo estando el embarazo tan avanzado. Además, esa mañana se había levantado más pálida y la había visto contraer el rostro con un rictus de dolor en dos ocasiones. Laura le había restado importancia diciendo que el doctor ya le había advertido que sentir punzadas en las últimas semanas de gestación era de lo más normal. A pesar de sus temores, acompañó a Laura por el pasillo y se alegró de haberlo hecho cuando esta empujó las puertas batientes del santuario donde elaboraba las delicias dulces más exquisitas del sur de Manhattan.

—Tenías razón, el obrador ha quedado magnífico.

—¿Verdad que sí?

Laura le fue explicando la reforma con la ilusión de una chiquilla con sus primeros zapatitos de tacón. Helen la siguió hasta un artefacto parecido a un ventilador.

—Es nuevo. Lo hemos comprado para enfriar el chocolate. Huy...

—¿Estás bien? —preguntó alarmada, al verla sujetarse la barriga.

—¡Ohhh!

El segundo quejido fue sofocado por un sonido como si acabaran de derramar un cubo de agua. Las dos miraron al suelo y Helen palideció. Laura tenía las medias húmedas y sus zapatos se veían mojados en medio de un charco.

—Creo que acabo de romper aguas.

—¡Te lo dije! ¡Te advertí que pasearte por ahí era una temeridad! Pero, claro, ¡como nunca me haces caso!

Helen no sabía si soltar a Laura que se apoyaba en ella, pero tenía que ir hasta el otro lado del obrador a por una silla.

—Espera un segundo, no te caerás, ¿verdad?

Las puertas batientes se abrieron y entró Richard, con un cesto de huevos en las

manos.

—No sabía que habías venido —comentó y al ver el charco del suelo los huevos no le cayeron de las manos de milagro—. ¡Madre mía! ¿No irás a tener aquí los bebés? —dijo espantado.

—¡Ay!

Helen vio que Laura se encorvaba hacia adelante, sujetándose la barriga. Lanzó el bolso que llevaba en la mano de mala manera, corrió a por la silla y se apresuró a ayudarla a sentarse mientras rogaba a Richard que fuera a pedir que avisaran al médico y a Kenneth.

—El doctor no es preciso que venga, quedamos en que me asistiría una matrona.

—¿Y dónde encontramos a esa matrona? ¿Cómo se llama? ¿Sabes dónde vive?

—Tranquilízate, Helen, por favor.

—¡No me pidas que esté tranquila! —exclamó a un paso de la histeria.

O bien fue Richard, que de camino avisó en las cocinas de lo ocurrido, o bien los cocineros escucharon gritar a Helen. La cuestión fue que empezaron a entrar pinches en el obrador de los dulces. Se oyó el vozarrón del chef, pidiendo a sus ayudantes que dejaran de farolear puesto que la *maîtresse* Callahan podía sentir pudor al verse rodeada de hombres en semejante situación. Y es que, como en cualquier cocina de postín, las mujeres no eran bien vistas ni como friegaplatos. Laura era una avanzada, la única mujer en un feudo masculino por tradición. Casualmente, la pionera de la alta repostería estaba a punto de parir.

Harold Greystone, el famoso chef del hotel Taormina, se acercó a ver qué sucedía y comprobar si era cierta la noticia que corría por la cocina. No tuvo tiempo de preguntar, porque apenas echó un vistazo a los pies de Laura, el imponente nativo de la nación Mohawk y padre de cinco hijos, cayó a desmayado cuan largo era. Helen gritó del susto, se agachó a ver si el pobre se había lastimado del golpetazo y la cocina volvió a llenarse de pinches que se alarmaron al oír el chillido.

Como Laura no hacía más que gemir cuando no estaba resoplando, Helen rogó a uno de los cocineros que buscaran a Richard a ver si había resuelto algo o que corrieran directamente a buscar a otro doctor. A pesar de lo dicho por su hermana, prefería la presencia de un profesional de la Medicina y además, si así lo decidía, un médico sabría donde encontrar una comadrona.

—Helen... ¡Helen! —la llamó Laura—. Mira detrás de ti. En la pared.

Como el chef se acababa de incorporar y, por sus propios medios, se había sentado apoyando la espalda en un mueble con tal de recuperarse del mareo, Helen hizo lo que Laura le pedía y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Por qué no me habías dicho que aquí hay un teléfono? Dime, ¿adónde llamo? ¿A un hospital?

El grito agónico que dio Laura hizo que se le cayera el auricular de la mano. Helen corrió a su lado.

—¡Dime qué hacemos!

Su hermana tardó en recobrase. No habló hasta que cesó el dolor.

—Los bebés tienen que nacer en casa, como todos los niños.

—Maldición, Laura —murmuró el jefe Greystone—. ¿Cómo se te ocurre venir a parir a mi cocina?

—Silencio, caballero —exigió Helen, y miró a su hermana a la espera de instrucciones porque no se había visto en su vida en una como aquella y desconocía todo lo tocante a partos y bebés.

—Las contracciones aún van muy lentas —explicó; Helen se pasmó al verla tan tranquila—. Me dijo el doctor que pueden pasar horas hasta que empiece a sentir las muy seguidas.

—Voy a pedir un coche y ahora mismo nos vamos a casa.

—Quiero que venga Kenneth.

Helen se negó en redondo. Ya sabía que no se encontraba en el hotel, sino controlando los avances del edificio nuevo y en la obra no había teléfonos.

—Ahora no pienso ir a buscarlo, ya vendrá cuando pueda.

La puerta del obrador volvió a abrirse. El golpeteo de un bastón de ciego contra el suelo de linóleo anunció que era Phillip Taviani, dueño del hotel, quien acababa de llegar. Y no lo hizo solo, con él llegó Satur, un muchacho de ascendencia española que empezó como friegaplatos y tras pasar a ayudante de cocina, había ascendido a hombre de confianza de Phillip.

—¡Ay, Laurita, que los chavalillos han decidido salir antes de tiempo!

—Satur... —lo saludó tendiéndole la mano.

El joven no se había ganado el ascenso por casualidad y lo demostró entonces, porque fue el único de cuantos habían pasado por allí que tuvo el acierto de agarrar una fregona y secar el suelo. Como detalle hacia el pudor de Laura y en previsión de que Phillip, invidente, no diera un resbalón y acabara con un hueso roto.

—¿Alguien puede contarme qué está pasando aquí? —preguntó Phillip—. Laura, ¿es verdad eso que dicen que te has puesto de parto o están exagerando?

—¡Ay!

—Entonces es verdad, rayos —farfulló frunciendo el ceño.

—¿Otra contracción? —preguntó Helen.

—¡Sí! Quiero que venga Kenneth —lloriqueó.

—Me han dicho que Greystone se ha desmayado —comentó el dueño.

—Ni una palabra, Phillip —avisó este malhumorado.

—Ah, pero aún estás ahí.

El chef aprovechó para ponerse de pie y marcharse cuanto antes a pedir un médico, médica, partera o a quien fuera menester, puesto que traer niños al mundo era cosa de mujeres y de nula ayuda podía servir.

—Será posible un tipo tan grande y con sangre de guerreros indios... —dijo Phillip cuando oyó el ruido de las puertas e intuyó que había salido ya del obrador—. Está bien, alguien tiene que mantener la sensatez —opinó, tomando el mando de la

situación—. Marchena, pide que vaya alguien a la obra y que avise a Kenneth. Pero sin alarmarlo, no vaya a ser que con las prisas se caiga de un andamio y tengamos el mismo día bautizo y funeral.

—¡Phillip! —lo amonestó Helen, cogiendo la mano de su hermana.

—¡No digas eso! —barbotó Laura antes de volver a apretar los dientes por culpa de una nueva contracción.

Phillip situó a Laura por la voz. Tanteó el respaldo de la silla y se acuclilló frente a ella.

—Calma, señoras, que he sido padre hace un mes. Así que experiencia tengo. A ver... —dijo cogiendo el bajo del vestido.

Laura lo obligó a soltarle la ropa a base de manotazos.

—No te ofendas, pero no eres la persona más indicada para *ver*.

Phillip resopló. Estaba acostumbrado a expresarse con normalidad, aunque era ciego.

—Es una manera de hablar, encanto. Déjame —insistió cogiendo de nuevo el vestido por el dobladillo.

Laura le agarró la muñeca con una fuerza inusitada.

—Phillip Taviani, mete la mano ahí abajo y será lo último que hagas.

La soltó de golpe, sobrecogido ante aquella voz cavernosa. Se preguntó qué les sucedía a las mujeres a punto de traer niños al mundo. La dulce Laura se había transformado en una hidra. Carraspeó y se puso de pie.

—Helen, acabo de despistarme. Hazme el favor, dime dónde queda el teléfono que acaban de instalar.

Ella lo tomó del antebrazo y lo acompañó hasta el aparato.

—¿Qué hace el auricular colgando? —preguntó; se lo llevó al oído y golpeteó la horquilla varias veces para ver si había línea.

A la palpa, encontró el disco de marcado automático y lo hizo girar desde el cero una sola vez.

—Hay que acudir a alguien entendido. Una mujer, preferiblemente.

—No estés tan seguro. Yo misma no sé qué se hace en estos casos —alego Helen.

Phillip continuó enumerando con los dedos como si no la oyera.

—Mi abuela hoy almorzaba con Flora y Ofelia en Little Italy. Loreta debe andar por el salón de belleza —recordó; pero descartó mentalmente a la peluquera del hotel y madrastra de Kenneth porque no había tenido hijos—. Stella está arriba, sola con nuestra Angélica...

Sí, su esposa era muy amiga de Laura pero, además de ocuparse de la recién nacida en el apartamento de la última planta que era su hogar, no es que fuera una entendida en partos complicados, como cuando los niños se presentan a pares. El hotel estaba lleno de mujeres, las camareras de piso, la gobernanta..., pero llamarlas para que se llenara el obrador de féminas, cada una cacareando una opinión distinta, no era sensato. Solo le vino a la cabeza una mujer a la que recurrir y que aunque

residía en Boston, casualmente estaba en Nueva York.

—No conozco a nadie más idóneo que la pequeña Annette —comentó mientras aguardaba a que respondieran desde la recepción del hotel—. Es enfermera graduada y trabajó en un hospital hasta que se casó. Además, está esperando un bebé.

—Sí, es verdad —comentó Helen.

La esposa de su primo Greg, e hija del chef Greystone, vivía desde hacía un año en Boston. Después de casarse, se instalaron en el hogar de la familia McKerrigan. Y esperaba un niño también. Por eso había aprovechado para visitar a sus padres y hermanos antes de encontrarse más pesada, cuando fuera ganando peso y aumentara el tamaño de su barriga.

—1920 fue el año de las bodas y 1921 el de los bebés —comentó Laura, feliz.

—Como debe ser —opinó Phillip, orgulloso y flamante padre de una niñita que ya había cumplido un mes—. Laura, como no sé si es prudente montarte en un coche, mejor no corramos riesgos. Solo faltaría que dieras a luz por el camino. Annette nos dirá qué debemos hacer.

Pidió a los recepcionistas que le pasaran línea con la casa de los Greystone, en la calle Cincuenta y seis, y que rogaran que se pusiera al aparato la señora Annette McKerrigan.

—Menos mal, una idea sensata después de tanto alboroto —dijo Helen más tranquila, al ver a Laura momentáneamente repuesta.

—Alguien tiene que mantener la calma en medio del caos, querida Helen —dijo Phillip mientras esperaba—. Un hombre como debe ser, que no esté hecho de mantequilla ni se eche a temblar como una niñita, que sepa dar órdenes, organizar, que no pierda los nervios ante algo tan natural como la llegada al mundo de... —se interrumpió al oír una voz femenina al otro lado de la línea—. ¿Annette? ¡Socorro!

* * *

Helen salió exultante del hotel Dream.

—Tía Helen... ¡Tía Helen! —murmuró mirando al cielo.

Caminó por la calle Cincuenta y cinco hacia el este pensando en las muchas veces que, a partir de entonces, escucharía ese nuevo apelativo. Faltaba mucho para que los gemelitos hablaran, ¡si solo tenían un día de vida! Pero ya se emocionaba al escuchar ese flamante «tía» acompañando su nombre. Incluso cuando, como hacía un segundo, era ella misma quien lo decía.

Los pequeñines vinieron al mundo sin dar problemas. El parto fue rápido, tanto que sorprendió a la comadrona. Parecía que tenían muchas ganas de nacer, ya que no dio tiempo a trasladar a Laura a casa para que los alumbrara en su cama, como era lo normal. Y gracias a esas prisas, Robert y Marcus Callahan eran la tercera generación de varones de la familia McKerrigan en nacer en un hotel, como su abuelo y su tío Greg. Apenas dio tiempo a montar a Laura en el ascensor y subirla a una de las

habitaciones del Taormina cuando el primero de ellos ya asomaba la coronilla.

Y Laura cumplió con la tradición, al poner el nombre del abuelo a sus primogénitos. Marcus, como el materno, y Robert, como el padre de Kenneth. Uno por cada rama familiar, hasta en eso habían sido perfectos los niños Callahan.

Aminoró el paso antes de cruzar la Séptima Avenida para dejar pasar a un coche Bougham con tiro de un solo caballo, ocupado por un par de elegantes señoras de cierta edad. Helen supuso que mantenían el hábito del paseo a media mañana por Central Park. Una costumbre anticuada en la era del motor de la que ella se alegró. El chacoloteo de las herraduras de los caballos contra los adoquines era un sonido que transmitía calma, entre tanto ruido y bocinazos.

A Helen le gustaba Nueva York, pero de una manera distinta a la época en que su padre compró el hotel Dream. Entonces ella era una jovencita con ganas de conocer mundo, Boston ya lo tenía muy visto y esperaba con ilusión aquellos viajes a Manhattan. Por aquellos días, paseaba fascinada por sus calles, le gustaba chocar con las personas que siempre iban con prisas, comprar un perrito caliente en un puesto callejero y dedicarse a contemplar los escaparates plantada en la acera. Con su esposo Benjamin pisó Nueva York solo una vez y para ir a los teatros de Broadway, él no compartía su fascinación por aquella ciudad. Después de la guerra, Helen se aficionó de nuevo a visitarla cada cierto tiempo. En aquellos años era la noche la que le gustaba, las calles llenas de luces, las fiestas, la música, las veladas en los clubes de baile. Laura a menudo la acompañaba, deseosa de volar del nido durante aquellas efímeras escapadas de hermanas. Los seis años de diferencia entre ellas ya no se notaban, al contrario que cuando Helen era una joven en edad de presumir y Laura aún llevaba trenzas y calcetines. Fue una época divertida y emocionante, con aventuras locas que el padre de ambas ni sospechaba, en las que eran las chicas más elegantes de los clubes de baile de Long Island y el alto Manhattan. Qué lejos parecían esos meses, siendo que apenas había transcurrido un año. Las dos habían cambiado, Laura había alcanzado su sueño profesional y acababa de convertirse en feliz mamá. Y ella misma había acabado por aburrirse. Las fiestas, como todo en la vida, de tarde en tarde se hacen desear, pero cuando se convierten en una rutina, cansan.

A veces tenía la sensación de que todos menos ella habían aprendido a disfrutar de la vida. Su padre recuperó la ilusión del amor al encontrar a Lydia tras la viudez, Greg también se había casado; después de un lustro buscándose a sí mismo, gracias a la cual alcanzó prestigio y futuro como inversor en la banca Morgan, había dejado Wall Street y descubierto que el camino hacia la felicidad lo llevaba de vuelta a su Boston natal con Annette cogida de la mano. Helen veía que las tres personas que más quería gozaban de una existencia plena. Ella, en cambio, era razonablemente feliz. Solo eso.

Pero el sol lucía magnífico, era pecado no estar contenta en un día como aquel. No iba a permitir que sus cuitas más íntimas empañaran la dicha del nacimiento de

sus dos primeros sobrinos. Alzó la vista al cielo y contempló las azoteas de los nuevos rascacielos, algunos daba la sensación que incrustaban en las nubes la aguja de remate del tejado. Desde allí abajo, a ojos de Helen semejaban copos de algodón de azúcar. Clavadas en el palito, como el que vendían en el parque de atracciones de Connie Island.

A pesar de haber perdido interés por la vida nocturna, Nueva York nunca dejaría de gustarle. Sus calles eran una sorpresa continua. Cada orilla de Manhattan, ofrecía una panorámica distinta. Y sus parques, en medio de tanta vorágine, se convertían en adorables remansos de paz. Esa fascinación no impedía que adorara su ciudad, ella había nacido en Boston y la llevaba en el corazón. Pero de vez en cuando, una escapadita no le venía mal.

Al llegar a la Quinta Avenida, se detuvo en el borde de la acera. Dedujo que los autos que venían por la Cincuenta y siete permanecían parados, como soldados en una formación, acatando la orden del innovador ingenio que obligaba a pisar el freno ante una luz roja y a apretar el acelerador ante la verde. Helen se preguntó por qué no al revés. Y la luz amarilla, ¿para qué la habían puesto? ¿Para despistar? Aquel trasto feísimo, que recordaba a esas torres modernas de madera con las que extraían petróleo de la tierra, llevaba medio año en fase de pruebas. No debía ser muy efectivo cuando no habían instalado más en otras avenidas. Ojalá las autoridades lo juzgaran inútil, porque semejante armatoste en medio del cruce tapaba la bella mansión de los Astor. Y a los que venían desde el parque, les estropeaba la vista de la catedral. Ciertamente era que desde que el señor Ford puso en marcha la cadena de montaje en su factoría de Detroit, cada día se veían por las calles más automóviles del popular modelo Tin Lizzy como el que conducía Greg. Pero tampoco era para asustarse. En su opinión, el artilugio de las luces de colores no tenía futuro. Ya podían desmontarlo, que no hacía ninguna falta. Bastaba con hacer sonar la bocina. Y gritar «¡Eh, tenga cuidado!» siempre había funcionado de maravilla.

Cuando, obedientes, pararon los coches de la Quinta, cruzó y siguió camino hasta la catedral de San Patricio. La última vez que estuvo allí fue para asistir a la boda de Laura y Kenneth. Miró el reloj en la fachada de una farmacia, su padre no tardaría en llegar. Hacía un rato había dejado todo arreglado en el Dream para que le prepararan la habitación que él y su nueva esposa solían ocupar en sus visitas a Nueva York. En cuanto le telefoneó para decirle que ya era abuelo, se puso en camino para conocer a sus nietecitos gemelos, exultante de alegría.

Helen entró en los almacenes Saks. Quería que el primer regalo que recibieran Marcus y Robert fuera un recuerdo de su tía. Al llegar a la zona donde se exhibían los juguetes, deseó volver a tener ocho años para escribir la carta a Santa Claus. Aquello era el paraíso de la ilusión, el sueño de cualquier niño. Vio cochecitos de hojalata, aros para hacerlos rodar por las aceras, muñecas grandes y pequeñas con primorosos vestidos, carritos de madera con una cuerda para arrastrarlos por los pasillos. Levantó la tapa de un pupitre en miniatura pintado con alegres colores; junto al tintero de

mentira tenía un telefonito de candelero en brillante baquelita negra. Entre tantas cositas graciosas se sentía perdida, habría deseado llevárselas todas a los bebés. No sabía qué escoger para ellos, ¡si apenas abrían los ojos! Aquello era peor que escoger unos zapatos cuando la dependienta te enseñaba diez modelos distintos y todos bonitos.

Sobre uno de los mostradores, descubrió un juguete que le llamó la atención. Parecía un carrusel y, con el movimiento, las siluetas dibujadas daban la impresión de correr. Una empleada le explicó que se trataba de una lámpara. Cuando encendió la luz para probarla, Helen se enamoró de ella. Las figuritas de animales se reflejaban en su vestido, en el de la dependienta, en los estantes y en las paredes. Tenía un mecanismo de cuerda que lo hacía girar, creando una fantasía de conejitos, osos y peces de colores que se movían por la pared al compás de una melodía de campanillas, idéntica a la que sonaba al abrir la tapa de algunos joyeros.

—Envuélvame, por favor, que me la llevo.

Sus sobrinitos eran muy pequeños, pero estaba segura que en un par de meses, se quedarían con la boquita abierta contemplando aquellos animalitos danzar en el aire al ritmo de la musiquilla.

Salió a la calle muy contenta, con su bolsa de papel de estraza con el logotipo de Saks en la mano. Tenía intención de volver a casa de su hermana para hacerle compañía, puesto que debía reposar la consabida cuarentena. Aunque contaba con una asistente todo el día, con dos niños nunca sobraban brazos y Kenneth no regresaba del trabajo hasta bien entrada la tarde. Antes de tomar un taxi, decidió sentarse un rato y tomar un refresco. Tenía sed, después de una hora caminando. Divisó un *deli* al final de la manzana. Justo en la esquina vio un kiosco de prensa y le entraron ganas de ojear una revista para ver las novedades que marcaba la moda para la nueva temporada verano.

Con el último número de *Vogue* en la mano, entró en el *deli* y se acomodó en un taburete frente a la barra. Cuando estaba allí, le agradaba esa costumbre tan neoyorquina. En Boston solía frecuentar un salón de té, nunca lugares tan populares y ruidosos como aquel. Leyó los carteles de la pared y después de debatirse entre fresa y chocolate, acabó pidiendo un batido de vainilla. Acomodó su bolsito sobre el regazo, era lo más seguro. Pero decidió dejar a sus pies la gran bolsa con la lamparita infantil y tener así espacio en el mostrador para leer la revista. Se inclinó para depositarla con cuidado en el suelo y se dijo que ya era casualidad que otro cliente de Sacks hubiera tenido la misma idea. Por la bolsa idéntica que había junto a la suya, supo que el ocupante del taburete contiguo también había estado de compras.

Lo miró con disimulo al incorporarse, un hombre más bajito que ella. No se había quitado el sombrero marrón, que desentonaba con su traje gris. Pensó que debía ser algo vanidoso, a pesar de tener poco gusto para vestir; y bastante simple si creía que así aparentaba más altura.

Bebió su batido con ganas, casi hasta la mitad. Se relamió el labio superior como

una niña golosa y abrió la revista. En los ecos de sociedad contempló la fotografía de una pareja, él y ella pertenecientes a familias de la élite. Se acababa de prometer. Distraída estaba, fijándose en los detalles del vestido que lucía la chica, cuando recibió un empujón del hombre del sombrero.

—Disculpe —farfulló.

Helen vio que se marchaba sin más, como si solo la hubiera rozado. Y aquel pedazo de bruto casi la había tirado del taburete al bajar del suyo. Miró al suelo, cogió la bolsa por las asas y dejó la lamparita sobre la banqueta que acababa de quedar vacía, para asegurarse de no dejarla olvidada. Dio otro sorbo a su delicioso batido de vainilla y continuó leyendo los cotilleos que traía *Vogue*.

* * *

—Acabo de pasar por la cocina. La cena ya casi está —anunció Helen, entrando en la habitación matrimonial.

Traía el regalo para los pequeños en la mano pero al ver la escena que tenía delante, lo dejó sobre una butaca y se acercó a la cama. Laura estaba incorporada, con la espalda apoyada sobre varias almohadas y tenía a uno de sus hijitos en brazos. Kenneth se había sentado en la cama, junto a ella y portaba al otro bebé. Desde el piso de abajo, Helen no los había oído llorar. Intuyó que, como típicos padres primerizos, corrieron a sacarlos del moisés al primer gimoteo.

—Cuánto me gustaría bajar a cenar con vosotros —comentó Laura, aburrida de no ver otro panorama que aquellas cuatro paredes.

—Solo hace un día que diste a luz, cariño —le recordó Kenneth—. Y espero que no te levantes de la cama cuando yo no estoy en casa.

—Puedes estar tranquilo que ya la vigilo yo —aseguró Helen, ganándose con ello una mueca de su hermana—. Luego te subiré la bandeja con la cena.

—Salchichas con salsa de tomate y patatas.

—¿Chips? —preguntó Laura, contenta.

—Sí —confirmó, con un guiño.

Había pedido a la asistenta que las preparase bien crujientes porque sabía que a Laura le encantaban las patatas fritas al estilo Saratoga.

—Es una suerte tenerte aquí, Helen. Ya sabes cómo te lo agradecemos —dijo Kenneth.

Loreta, su madrastra, había prometido estar ahí la misma noche del alumbramiento, para conocer a sus primeros nietos. Pero tenía que cumplir con su trabajo en la peluquería del Taormina. La primera visita y única, esa tarde, había sido la de la señora Taviani y sus amigas, cargadas con un tarro grandísimo de consomé de gallina casero para que Laura se repusiera del esfuerzo del parto. Pero ante la ausencia de su propia madre, que residía en Filadelfia y hasta el mes siguiente no podía viajar a Nueva York e instalarse con ellos hasta que Laura estuviera recuperada

del todo, la ayuda de Helen quedándose allí hasta entonces era una bendición.

—Para mí es un premio estar con mis sobrinos todo el día —dijo, sonriendo con ternura—. ¡Casi lo había olvidado! Mañana o pasado empezarán a venir las visitas y, antes de que nadie se me adelante, he querido ser la primera en hacerles un regalo a los niños.

—Pero si solo tienen un día, Helen —rio Laura.

—Ya crecerán.

Fue hasta la butaca y cogió la bolsa de los almacenes Saks. Arrimó una silla a la cama y se sentó, estaba ilusionada porque, aunque los niños no lo apreciaran todavía, estaba segura de que a sus padres iba a encantarles el regalo tan original que había escogido.

Sacó la lámpara de la bolsa y dejó el paquete sobre la colcha de cretona. Al hacerlo con una sola mano, le costó un poco de esfuerzo. No le pareció que la caja pesara tanto cuando la compró.

—Robert y Marcus te están muy agradecidos, tía Helen —dijo Kenneth.

—Como ellos son tan chiquitines, que lo destape papá en su lugar —dijo Laura.

Kenneth le tendió al pequeño Marcus a Helen para que lo cogiera en brazos y ella lo hizo encantada. Acercó los labios a la pelusilla rubia de su cabecita y aspiró el tierno aroma mientras su cuñado desenvolvía la caja. Un detalle le extrañó, estaba segura de que la dependienta había adornado el paquete con un lazo... Kenneth la abrió de modo que la parte superior del cartón le tapaba la visión de la lamparita. Pero Laura sí podía verla. Helen miró con disimulo a su hermana, deseando ver su alegría. Pero no era esa la expresión que mostraba. Ni Kenneth.

—¿Os gusta? ¿Verdad que es original?

—Dios mío —murmuró Laura.

La palabra que siseó su marido fue menos santa y más barriobajera.

Helen no entendía nada, no era posible que la dependienta se hubiera equivocado de juguete porque lo empaquetó delante de ella.

Kenneth alzó la vista de la caja y, dándole la vuelta para mostrarle su contenido, la miró sin entender nada.

—Helen, ¿qué significa esto?

No pudo responder. Con su sobrinito en brazos, se había quedado muda de asombro al ver la caja llena de fajos de billetes de diez dólares.

Tres mil dólares, ni uno más ni uno menos. Esa era la cantidad del tesoro hallado sin querer. Helen y Kenneth contaron tantas veces los billetes aquella noche que se aprendieron de memoria las caras de Lewis, de Clark y del bisonte, como si fueran de la familia.

Helen quiso acudir a la policía, alguien debía estar muy asustado creyendo haber perdido una cantidad tan importante. Pero Kenneth fue inflexible y se negó a dejarla marchar con el dinero en la caja para depositarla en la comisaría del distrito. Solo lo pondrían en manos del comisario Ray Donnelly, un policía de su absoluta confianza. Amigo de Kenneth, de ascendencia irlandesa como él, dirigía la comisaría número Siete, la que controlaba el Lower East Side, barrio irlandés de Manhattan entre Chinatown y el puente de Williamsburg que, gracias a la «Banda de la Mano Blanca», era uno de los más peligrosos de la ciudad.

Kenneth en persona acudió a la comisaría a contarle lo ocurrido. Su amigo Ray, al saber de su reciente paternidad, quiso acercarse a saludar a Laura para darle la enhorabuena. Ocupados como estaban por sus respectivos trabajos, solo se habían vuelto a ver una vez después de la boda de Kenneth. Así pues, fueron juntos en el Lincoln.

La idea del comisario Donnelly era hablar con la hermana de Laura, dado que Kenneth le había contado que fue ella quien halló el dinero, por decirlo de algún modo. En definitiva, era la joven viuda McKerrigan quien había traído tres mil dólares que no eran suyos al hogar de los Callahan. Era fundamental que ella en persona le diese todos los detalles acerca de lo ocurrido. Y como Kenneth le acababa de decir que su cuñada se hospedaba en su casa, consideró óptimo aprovechar esa circunstancia y cumplir con su deber de amistad y policial en una misma visita.

Tras expresar sus mejores deseos a la feliz madre y conocer a las dos criaturillas casi calvas y arrugadas que su buen amigo le presentó con orgullo como sus hijos, saludó a Helen McKerrigan, a la que recordaba de haberla visto en el banquete de boda.

Ray Donnelly se llevó una alegría al encontrar allí a Phillip ya que, como Kenneth, también era veterano de la Gran Guerra. Taviani fue el peor parado de los tres, ya que resultó herido, perdiendo la vista para siempre. Regresó ciego de aquella contienda que se libró en Europa y, aun así, era un ejemplo para todos. Gracias a su titánico afán de superación, dirigía junto a Kenneth el hotel que su abuelo le había legado en vida.

—Te veo bien, Phillip —le dijo Ray—. El matrimonio te sienta bien. Y la paternidad, también, se nota.

Helen estaba sentada un poco aparte y, aunque respondía a los comentarios de Laura sobre los cambios obrados en dos días por los bebés —cambios que solo percibía su mirada maternal—, no quitaba ojo a la conversación que mantenían los

tres amigos. En realidad, sus miradas disimuladas iban solo dirigidas al comisario. Lo recordaba muy bien. Tenía el mismo porte elegante y arrebatadoramente masculino que la atrajo durante la fiesta posterior a la boda de Laura, celebrada en el hotel Dream. Era alto y bien musculado. Sin duda, aquel día, vestido de etiqueta, fue uno de los invitados más atractivos. Pero no era su buen físico el motivo por el que lo recordaba. Helen no podía olvidar que, durante la fiesta, el irresistible policía de los ojos azul claro no le pidió ni una sola vez que bailara con ella. La ignoró. Aquel día se limitó a mirarla desde lejos y a bailar con otras. Tan acostumbrada a recibir halagos masculinos y a rechazar invitaciones, aunque habían transcurrido muchos meses, a Helen aún le dolía esa espina como recién clavada.

—¡Papá! —exclamó Laura abriendo los brazos.

Marcus McKerrigan llegó y se apresuró a abrazar y besar en la frente a su hija pequeña, que acababa de convertirle en abuelo.

Helen se levantó a dar dos besos a su padre y a Lydia, que en ese momento saludaba a Phillip y Ray Donnelly. Tras abrazar a Laura e interesarse por su estado, la esposa de Marcus McKerrigan fue a conocer a los bebés y no dudó en despertarlos para tomarlos en brazos, uno primero y después el otro, alegando que ya dormían bastante el resto del día y que no iba a perjudicarles que los mimaran durante un ratito.

Después, dejó a los dos pequeños en brazos de Laura que quiso tenerlos cerca. Kenneth se sentó en el colchón, junto a su mujer y sus hijos.

—¿Cuál es el mío? —preguntó Marcus McKerrigan.

—Papá, los dos lo son, ¿o no? —lo regañó Laura.

—Bueno, bueno, ¿pero cuál es Marcus?

—Este —señaló Kenneth acariciando la cabecita del que sostenía su mujer en el brazo derecho.

La intuición paterna era algo prodigioso, porque ellos dos eran los únicos que los distinguían. Todos los demás veían dos cabezas iguales de rala pelusilla rubia, las mismos puñitos apretados e idénticas caras raras cuando bostezaban.

El abuelo miró al bebé con arrobos, orgulloso de que se llamara como él, y luego a su hermanito. Laura apoyaba la cabeza en el hombro de Kenneth y él la rodeaba con el brazo.

—Es curioso que estén tan bien, habiendo nacido antes de tiempo —comentó Marcus.

—Solo se adelantaron dos días a la fecha prevista por el doctor, papá —aclaró Laura.

—Hija, eso no puede ser —afirmó convencido—. Vosotros os casasteis en septiembre, así que octubre, noviembre... —contó con los dedos.

—La naturaleza es misteriosa a veces —dijo Kenneth sonriendo contento.

—... diciembre, enero, febrero, marzo y abril —prosiguió su suegro con el ceño fruncido—. Yo no veo ningún misterio, sinvergüenza.

Kenneth rio por lo bajo, rehuyendo su mirada severa, y besó a Laura en la mejilla, que tampoco se atrevía a levantar la vista.

Helen dejó de prestar atención a lo que Lydia le contaba, al oír a su padre. ¡Qué hombre! ¿Era posible que a esas alturas cayera en la cuenta de que hubo juegucitos íntimos antes de la boda? Vaya lince, con lo listo que era para otras cosas, si acababa de descubrir el secreto a voces que explicaba el porqué de la sonrisa vergonzosa de Laura y de la cara de rufián satisfecho de Kenneth.

Por suerte, Lydia puso la mano en el hombro de su esposo y alabó lo guapos que eran los pequeños. Con ella presente, Marcus dejó de lado el asunto. Kenneth cedió su sitio a Lydia junto a la cabecera de la cama y se acercó a charlar con Phillip y Ray Donnelly. En ese momento, el primero presumía como padre recién estrenado. Al incorporarse Kenneth a la charla, los dos se aliaron contra Phillip, bromeando sobre la capacidad para engendrar niños de un sexo o de otro. Como era de esperar, este se picó y se puso a discutir su opinión al respecto. Y como solía ocurrir cuando se enzarzaban en discusiones de machos, Kenneth y él, automáticamente, pasaron al italiano.

—¿Por qué discuten? —preguntó Marcus a Helen.

—Kenneth y su amigo el policía se meten con Phillip porque solo sabe hacer niñas.

—Un momento —intervino, roído en su orgullo.

Se levantó y fue directo a meter baza en la discusión, aliándose en el bando de Phillip, puesto que él había engendrado dos hijas.

La doncella acababa de acompañar hasta el dormitorio, ya repleto de visitas, al padre de Kenneth y su esposa que acababan de llegar. Y a continuación de los saludos y presentaciones, Robert Callahan se acercó a la cama y se inclinó para ver a sus nietos.

—¿Cuál es el mío? —fue lo primero que preguntó.

* * *

—Bien. Lo importante ahora es averiguar quién ha perdido ese dinero —opinó, Ray.

A propuesta suya, que no quería demorar más su regreso a la comisaría, Kenneth, Helen y él habían bajado a la sala de estar para hablar con la discreción que requería un asunto tan delicado. Marcus McKerrigan, informado por su hija del curioso hallazgo, quiso sumarse a la reunión.

—Dices que los tres mil dólares lo guardasteis en la caja fuerte del hotel Dream —continuó con las preguntas, esta vez a Kenneth.

—Sí —respondió Helen al unísono con su cuñado.

El comisario Donnelly ni la miró. Continuó hablando con Kenneth como si no la hubiera oído. Él dirigía los interrogatorios policiales, jamás permitía intromisiones. Y aquella conversación lo era, aunque estuviera disimulada bajo la apariencia de charla

entre amigos.

—Consideré que era el lugar más seguro —respondió Kenneth a su pregunta—. No me gustó la idea de tener tanto dinero aquí en mi casa; y más no siendo mío. De ninguno de nosotros, quiero decir.

—Bien hecho —opinó su suegro.

Ray lo repasó con una mirada breve y elocuente, para que entendiera que su presencia allí era tolerada en tanto se abstuviera de opinar.

Helen se mordió la lengua. Después de verse ninguneada, solo le faltó el reproche mudo a su padre. Había captado la indirecta del comisario de los ojos bonitos con toda claridad. Podía estar tranquilo que solo abriría la boca si le preguntaba directamente a ella. Con todo, su obediente actitud no quería decir que le agradara la hosquedad de sus métodos.

—Hiciste bien —corroboró Ray—. La cantidad es importante, quien sea que lo haya perdido debe estar desesperado buscándolo. Si fuera yo, habría ido en primer lugar a preguntar a ese *deli* de la Quinta. ¿Dónde está exactamente? —preguntó a Helen; ella le explicó la esquina donde se ubicaba—. Los empleados nos dirán si alguien ha aparecido por allí preguntando por la caja.

—Puedo ir yo —se ofreció ella—. Recuerdo al camarero que me atendió. Seguramente sirvió también al hombre que estaba a mi lado, quizá sea un cliente habitual y lo conozca. O tal vez de vista.

—Tú no irás —prohibió tajante. Helen lo miró contrariada, por el tono taxativo y por no darle ni las gracias por ofrecerse a colaborar—. Mandaré a dos agentes para que hablen con el personal y con el dueño. O mejor, esperaré a ver qué dice el jefe. A fin de cuentas, este caso es del comisario de la Decimosexta.

Ray se brindo a ayudar a Kenneth en cuanto recibió su llamada, pero no quería entrometerse en un caso que correspondía resolver a la comisaría de Midtown East, con su elegante torreón esquinero en plena Quinta Avenida.

—Helen, deja al comisario hacer su trabajo —pidió su padre, consciente de la mirada poco amistosa de su primogénita hacia Ray Donnelly.

Aunque no era su costumbre, Ray le explicó los motivos de su decisión. Y para ganarse su simpatía la trató con familiaridad. Además, se conocían ya; y siendo ella cuñada de su amigo, sobraban formalidades.

—Sería una imprudencia, Helen. Seguramente se trata de una confusión al coger las bolsas que acabe con alivio para el dueño. Eran iguales, según dices.

—Completamente iguales, de los almacenes Saks.

—Pero puede que no se trate de dinero limpio y por eso quiero que sean agentes de policía quienes se encarguen de hacer las averiguaciones pertinentes. No es lo normal ir por la calle con tres mil dólares en una caja.

—Es cierto —opinó Kenneth—. En las transacciones serias nadie maneja esas cantidades en billetes, habiendo cheques bancarios y pagarés.

—Depende. A mi padre le pagan siempre en metálico. Por supuesto, no estamos

hablando de semejante cantidad.

Era cierto. En los almacenes cárnicos los tratos se hacían como mandaba la antigua tradición: pagando al contado, o lo que era lo mismo, en mano, al momento y contando los billetes delante del cliente. Eso sí, ya podía soñar cualquier ganadero con recibir tres mil dólares de una vez en el mercado.

—Puede que se trate de una apuesta ganada en los caballos —dijo Kenneth.

—O a las cartas, cualquiera sabe —aventuró Ray—. A lo mejor es la herencia que una vieja guardaba debajo del colchón. La gente es capaz de cualquier cosa con tal de escaquear los impuestos. Lo primero que haremos, por seguridad, será depositar el dinero en la Central. Si pudieses acompañarme a ponerlo bajo la custodia del Jefe de la Policía, te lo agradecería —pidió Ray a Helen.

—Sí, desde luego. Iré contigo.

—Las cosas hay que hacerlas bien —explicó para todos—. Tú fuiste quien halló los tres mil dólares perdidos, prefiero que vengas conmigo.

Helen, su padre y Kenneth comprendieron que era una precaución para eliminar cualquier sospecha de deshonestidad por parte de la policía, en concreto de Ray. La corruptela de décadas pasadas entre algunos mandos y muchos agentes, ya machacó bastante la imagen del cuerpo.

—Y además, no pretendo meter las narices en un caso que no me corresponde —agregó—. Encontraste el dinero muy lejos de mi distrito. Que se encargue el jefe Enright de hablar con el comisario del Midtown East.

—Por curiosidad, ¿puedo preguntar cómo encontrarán al legítimo dueño de ese dinero, comisario? —indagó Marcus McKerrigan.

—Obviamente, no vamos a insertar una nota en *The New York Times* hablando del hallazgo. La cola de candidatos llegaría hasta Harlem.

—Eso ya lo suponía —comentó, un poco picado.

—Esperaremos a ver si el hombre que lo ha perdido publica una nota en los periódicos. Suele hacerse, ofreciendo una gratificación. Si no, esperemos que haya ido al *deli* a preguntar. Ya verá el comisario de la Dieciséis cómo lo resuelve. Helen, ¿recuerdas a ese hombre?

—No me fijé mucho, pero sí podría reconocerlo si vuelvo a verlo. De todos modos, tampoco es seguro que el dinero fuera suyo. Está claro que dejó una bolsa de Sacks en el suelo junto a la mía, pero pudo haberlo robado.

—Claro —ironizó—. Y para celebrarlo se fue a tomar una cerveza a un lugar tan discreto como la Quinta Avenida.

Helen asumió su desencaminada deducción, con una mueca.

—Está claro que no serviría como policía.

—Eso no significa que tu ayuda no sea valiosa. Si no te importa, me gustaría ir ya al hotel Dream a recoger el dinero. Quiero informar cuanto antes al jefe Enright.

—Yo iré también —propuso su padre.

—No hace falta, papá. El gerente me abrirá la caja fuerte, recuerda que fuimos

Kenneth y yo a pedirle que lo guardara allí —explicó. Y miró a Ray—. ¿Me da tiempo a cambiarme de ropa?

No iba a recorrer todo Manhattan con el sencillo vestido de ir por casa.

—Te ruego que no te entretengas.

Helen sonrió con arrogante dulzura.

—No todas las mujeres tardamos una eternidad en arreglarnos, comisario.

En lugar de arrugarse ante su lengua contestona, Ray la miró impasible.

—Date prisa, por favor. No nos esperan en una fiesta.

* * *

Todas las dudas del comisario respecto a la rapidez de las mujeres cayeron esa tarde. Al menos en lo que se refería a la viuda McKerrigan. Cuatro minutos exactos tardó Helen en bajar de su dormitorio convertida en una muñeca. Ray la observó sin perder detalle, era de las pocas mujeres que siempre llevaba el cabello al aire. La moda dictaba que con la ropa de calle era imprescindible el sombrero. Conocía a algunas que debían tener en el armario una auténtica colección. En cambio Helen prescindía de esa prenda. Ray alabó su coquetería, que debía ser el motivo secreto que la hacía descartar los sombreros de su atuendo. Sería un crimen ocultar una melena ondulada tan bonita que hacía girar la cabeza a su paso.

Solo se había cambiado el vestido y los zapatos, tal vez dado un golpe de peine también, y parecía transformada. En realidad no. Estaba igual pero más deslumbrante, si es que era posible estarlo. En cuanto a la velocidad para realizar varias cosas al mismo tiempo y todas bien, la chica de Boston merecía un aplauso. Ray observaba asombrado aquel despliegue de eficiencia femenina, cualquier hombre mataría por disponer de una secretaria como ella. Esperó en el vestíbulo mientras Helen pedía por teléfono que uno de los coches del hotel Dream subiera a recogerlos hasta aquella zona alta de Manhattan. Sin despegar el auricular de la oreja, la vio abrir el bolso con la mano derecha, destapar la barra de labios con la habilidad de un mago y repasarse el carmín frente al espejo. Cuando hubo de agarrar el candelero del teléfono para hablar a través del micrófono, ya había conseguido tapar la barra de *rouge*, volver a guardarla y cerrar el bolsito. Todo ello con la única mano libre. Mientras pedía el coche, la vio ojear el reloj y apartarse para dejar paso a Phillip Taviani y su bastón. Tuvo que reconocer que la viudita derrochaba energía y sabía emplearla con eficacia.

—Despídeme de todos, no tardaré —rogó Helen a Kenneth, que acudió a acompañar a su amigo invidente—. ¿Vamos, comisario? El coche no tardará en llegar —dijo cogiéndose del brazo de Phillip.

—¿No os importa acercarme? —pidió este.

—Claro que no, sería absurdo pedir otro coche.

* * *

Rato después, Ray Donnelly y Helen McKerrigan salían juntos por la puerta del Dream con los tres mil dólares. Ray portaba bien sujeta la famosa bolsa de la confusión, con el rótulo de Saks, ya que a Helen le daba grima tocarla ahora que conocía su contenido. Desde la recepción del hotel, él había puesto al corriente de lo sucedido al Jefe de la Policía de Nueva York. Consideró correcto avisarlo antes de su inmediata e inesperada visita, Enright podía ausentarse y aquel asunto quería tratarlo en persona con él y cuanto antes. Tenía ganas de depositar aquella importante suma en sus manos y quitarse de encima la responsabilidad.

—Dices que recuerdas al dueño de esta bolsa —comentó—. Sería interesante que un agente de policía tomara nota, antes de que pase más tiempo y olvides los detalles. Hablaré con el jefe. Tu descripción puede ser de ayuda a mi colega de la Decimosexta, si te toman declaración en la central evitarás que te molesten otra vez dentro de unos días. Intenta hacer memoria.

—No suelo olvidar una cara.

Ray la miró de reojo mientras esperaban en la esquina la llegada del coche policial que había solicitado cuando habló con la Jefatura Central.

—Yo tampoco suelo olvidar, te recuerdo desde el año pasado.

Ella lo miró de frente.

—Me extraña que te acuerdes de mí, teniendo en cuenta que durante la boda de mi hermana no me hiciste ni caso.

—¿Eso crees?

Helen entornó los ojos, la penetrante mirada de Ray no le infundía el menor temor.

—Ni el más mínimo caso, comisario. Déjate de disimulos. No he olvidado que bailaste con todas las mujeres de la fiesta menos conmigo.

—Tú ya tenías un centenar de hombres revoloteando a tu alrededor, ansiosos por sacarte a bailar. No recuerdo haberte visto descansar ni una sola canción.

—Pues tú...

Entonces escucharon el primer tiro. Ray la cogió del brazo y la arrastró al suelo, parapetándola con él detrás de un auto aparcado. No era una bala perdida ni estaban en medio de un fuego cruzado. Les estaban disparando a ellos.

* * *

Medio tumbado y cuidando de quedar bien cubierto por el coche, gritó a la gente que pasaba por la calle que se escondiera y al portero del hotel que avisara a la policía.

Pensó rápido. La caja con el dinero estaba debajo de su cuerpo, se ladeó para que no se le clavara en las costillas. Luego tiró de Helen para pegarla a la carrocería del coche.

—¿Estás bien?

—¿Qué está pasando?

Un segundo disparo impactó en el techo del vehículo. Escucharon chillidos histéricos, la gente escapaba corriendo delante de ellos. Ray sacó su revolver Colt de la cartuchera bajo la chaqueta, levantó la cabeza apenas y escudriñó los edificios de enfrente. Vio a un hombre apuntar desde la ventana de un primer piso y se agachó. Una tercera bala rompió los cristales y pasó por encima de sus cabezas. El hombre que les estaba disparando se encontraba en una situación de privilegio con respecto a ellos, imposible acertar desde allí. Era una estupidez responder a balazos, para ello tenía que salir y convertirse en blanco fácil. Ajenos al tiroteo, los coches seguían circulando por la calzada. Ray giró la muñeca para ojear el reloj. El tipo llevaba medio minuto sin dispararles. Intuyó que había huido. Si era listo, sabría que la policía habría sido avisada y estaría al caer. No iba a cometer el error de continuar en su escondite y dejarse atrapar como un conejo en su madriguera.

—¿Por qué nos disparan, Ray?

Él giró el rostro al oír que lo llamaba por su nombre por primera vez.

—Ahora ya tenemos algo claro. Los tres mil dólares que encontraste no son dinero limpio.

El coche de la policía frenó delante de ellos. Dando voces, Ray pidió a los agentes que tuvieran cuidado y los alertó sobre la ventana donde había visto al hombre armado. Los policías salieron corriendo hacia el edificio de la esquina de enfrente.

Hacía ya cinco minutos que los tiros habían cesado. El portero del hotel volvió a abrir las puertas, Ray vio salir a algunos transeúntes que habían corrido a esconderse dentro cuando empezaron a volar las balas. Consideró que ya no era peligroso salir de detrás del coche.

Tenía que entrar en el Dream para volver a llamar a la Jefatura e informar de lo ocurrido. Telefonaría también a la comisaría de ese distrito. Guardó el revolver en la funda y giró hacia Helen para ayudarla a levantarse.

—¿Se puede saber qué haces?

No podía creerlo. Helen tenía un agujero en la media derecha a la altura de la rodilla por el que cabía un puño. Debió habérsela roto cuando rodaron por los suelos para guarecerse detrás del auto. La muy chalada se había descalzado e intentaba desabrochar los enganches del ligero, pero le costaba sentada en la acera y con la pierna doblada.

—Quítamela.

—Vamos al hotel y allí te quitas lo que quieras.

—¡Que me la quites!

Ray observó sus ojos enfurecidos. No la tenía por una presumida con la cabeza hueca que en tan graves circunstancias se preocupaba por su media rota. Supuso que la ira era una reacción nerviosa natural para contener el pánico. Y no quiso discutir. Metió las manos por debajo de la falda hasta medio muslo y agarró la media por el borde de encaje.

—Estira la pierna. Que sea la primera y la última vez que me das una orden. ¿Has

entendido? —advirtió con dureza.

Helen asintió asustada, extendió el pie descalzo hacia él y Ray le arrancó la media de un tirón.

Marcus McKerrigan acudió al hotel Dream en cuanto su hija telefoneó a casa de Kenneth para contarle lo ocurrido. Ray, Helen y él estaban sentados en la salita de la *suite* en la que se hospedaba junto a su esposa.

Helen lamentaba ver a su padre tan preocupado, su tez de natural bronceada parecía amarillear a causa del susto.

—Le ruego que proteja a mi hija, comisario Donnelly. Se lo pido como un favor personal. No soporto pensar que hay por ahí un sujeto que no dudaría en matarla.

—No creo que sea esa su intención. Solo quiere su dinero.

Helen y su padre miraron hacia la cama, sobre la que descansaba la caja con los condenados tres mil dólares. Con el tiroteo, no hubo tiempo de depositarlo en la Jefatura de Policía.

—Hay algo que no entiendo —dijo Helen—. El hombre aquel del sombrero me vio, igual que yo lo vi a él y seguramente se acuerda de mi cara como yo me acuerdo de la suya. Pero Nueva York es inmensa, ¿cómo ha conseguido encontrarme?

—Creo que se dio cuenta de la equivocación y regresó al *deli*. Preguntaría a los clientes y camareros, que debieron decirle qué dirección tomaste —explicó el comisario—. Y te siguió. ¿Después de salir de allí volviste al hotel?

—Sí, para que un coche me trasladase hasta casa de mi hermana. Desde aquí queda muy lejos.

Ray ya había hecho indagaciones entre los empleados del Dream que trabajaron ese día. Y barajaba una hipótesis bastante probable.

—Eso explica que un día después llegase un regalo a tu nombre.

—¿Qué regalo? —preguntó su padre.

—Una caja de bombones. La dejaron en recepción de parte de un admirador.

—¿No los habrás probado?

Helen lo miró extrañada.

—No, pero porque no tuve tiempo de recogerlos. Me los acaban de dar. Pensaba regalarla a las chicas —reveló, refiriéndose a las camareras de piso—. No veo qué puede haber de malo, son solo bombones.

—Tu padre tiene razón. No quieras saberlo —intervino Ray—. Te sorprendería lo retorcida que puede llegar a ser la mente humana.

Helen lo miró asustada, si pretendía meterle el miedo en el cuerpo lo estaba consiguiendo.

—¿Dónde están esos bombones?

Ella se levantó del sofá y fue hasta la cómoda. Cogió la caja y la depositó sobre a mesilla, frente a Ray.

—Ha habido suerte —dijo, a la vez que sacaba una libreta de notas del bolsillo interior de la chaqueta—. Son de una confitería cercana. Mandaré a una patrulla para que pregunte a los empleados, quizá recuerden quién la compró. Por fortuna,

contamos con la descripción de los recepcionistas del hotel que sí recuerdan al recadero que la trajo.

Marcus McKerrigan se felicitó por ello. Era habitual contar con un fisonomista entre el personal de recepción de la planta baja de los hoteles. Los porteros solían serlo, reclutados casi siempre entre antiguos empleados de clubes privados, casas de apuestas o salas de espectáculos deportivos. Su labor era primordial para evitar que algún cliente se las diera de listo y se largara sin abonar la cuenta. Y para impedir que se colaran rateros, ladrones o señoritas de mala nota —las de aspecto distinguido solían pasar inadvertidas— a la caza de clientes entre los forasteros de postín.

Una vez hubo tomado nota del nombre y dirección de la confitería, volvió a guardar la libreta. Recordó que el hombre que llevó los bombones no preguntó por la señorita McKerrigan. Fue muy hábil, con fingida inocencia la describió físicamente y fueron los empleados quienes revelaron su identidad. Con la mejor de las intenciones, fueron ellos los que le dijeron que Helen era la hija del dueño del hotel.

—Si algo tengo claro es que aquí no estás segura, ya saben quién eres y dónde te alojas.

—Pero yo estoy viviendo ahora en casa de mi hermana —le recordó.

—Ya he supuesto que no querrás permanecer allí y poner a tu familia en peligro. Si esa gente te ha localizado aquí, ten por seguro que te encontrarán allí también.

—¿Cree que son varios, comisario? —preguntó el señor McKerrigan.

Ray apoyó los antebrazos en las rodilas.

—Yo creo que el hombre que nos disparó no es el dueño del dinero. Pienso en dos posibilidades: puede que ordenara a un sicario suyo que disparara contra Helen al ver la bolsa del dinero en mi mano, con intención de herirla o matarla. Con el tiroteo se habría formado un revuelo que el dueño del botín habría aprovechado para cogerlo al descuido.

—Me estás asustando.

—Esos tipos no están jugando. Van armados y saben usar una pistola.

—No quiero ni pensar... —murmuró su padre.

—No perdamos la calma. Hay algo que no puedo pasar por alto y es que el tirador no acertó ni un solo disparo. Desde un primer piso, lo tenía fácil. Me inclino a pensar que tenía orden de aterrorizarte para exigir acto seguido que devuelvas el dinero, dejando una nota anónima en recepción para que acudas a una cita en un lugar de la ciudad. Ahora ya no lo harán.

—¿Por qué?

—Porque te han visto conmigo. Supondrán que ya has entregado los tres mil dólares a la policía.

—Ahora vas a decirme que todos los delincuentes de Nueva York te conocen.

—Los peores, sí.

Marcus McKerrigan miró el reloj.

—Debo marcharme, comisario. Mi esposa está todavía en casa de mi yerno y he

quedado en acudir a recogerla. Se lo ruego de nuevo, cuide de Helen.

—Papá, por favor, no presiones...

—Ya sabe que este caso no compete a mi comisaría. El dinero lo entregaré al jefe Enright, como había decidido, y ya no será cosa mía. No obstante, la seguridad de su hija forma y no forma parte del caso y esa responsabilidad sí puedo asumirla sin pisar el terreno de nadie. Cuente con ello, aunque tenga que llevarla pegada a mí las veinticuatro horas.

Marcus McKerrigan era sagaz y también sabía sumar. Veinticuatro eran las horas del día... Y de la noche. No puso objeción, incluso agradeció tanto interés. Lo primordial era proteger a Helen. Aunque un pequeño detalle en el atuendo de Ray despertó su espíritu guardián, como padre que era de dos mujeres.

—Se lo agradezco de verdad, comisario —dijo poniéndose en pie.

Helen lo secundó y Ray también, con la debida cortesía. Marcus besó a su hija en la mejilla antes de marchar.

—No es mi intención inmiscuirme, pero me gustaría saber dónde va a alojarse mi hija, dado que aquí no está segura y en casa de mi yerno no puede quedarse.

Ray estudió la cara de Helen y volvió a mirar a su padre.

—Eso vamos a decidirlo ahora ella y yo. Ya le informaré.

—Gracias otra vez —reiteró—. Solo una pregunta más, comisario Donnelly —dejó caer antes de salir—. ¿Eso que asoma de su bolsillo es una media de mujer?

Ray se miró la chaqueta, sacó la media de un tirón y la dejó sobre la mesilla. El boquete y las manchas negruzcas quedaban bien a la vista.

—Toma, se me olvidó devolvértela con todo este lío —dijo sin dejar de mirar a Marcus McKerrigan, aunque hablaba con Helen.

En su expresión no había disculpa, todo lo contrario. El padre de la dueña de la media percibió claramente que el comisario le plantaba cara con una tranquilidad absoluta.

—Esto tiene una explicación tan inocente que da risa, papá —alegó ella.

Marcus McKerrigan echó sobre ambos una mirada aviesa.

—Seguro que sí.

* * *

—El apartamento donde vivo no es seguro, estarías sola la casi todo el tiempo y lo que quiero es que estés rodeada de gente.

—¡Ni yo aceptaría quedarme allí sola contigo!

—Por suerte para mí.

Helen lo miró sorprendida y bastante molesta.

—Aquí en el hotel todos los empleados me protegerían, te lo aseguro.

—Ya he dicho que no. Esos tipos te relacionan con este sitio, no vamos a correr riesgos.

—No es por nada, comisario. Pero el riesgo lo corro yo.

Ray empezaba cansarse de que la joven viuda McKerrigan-Montero discutiese su opinión como una cotorra resabiada.

—El Taormina es la mejor opción.

—La mejor opción es volverme a mi casa de Boston. Allí no irán a buscarme.

—Eso no lo sabemos. Además, me he comprometido a vigilarte de cerca y tu casa está a doscientas millas al norte —le recordó con ironía.

—No me gusta la idea de esconderme en el hotel Taormina. Podría poner en peligro a los Taviani por mi culpa.

Ray enlazó los dedos de las manos y alzó la vista a las grecas de escayola dorada que ornamentaban el techo de la *suite*.

—Mira, Helen... Le he dado mi palabra a tu padre, pero si prefieres que otro policía se ocupe de que nada te ocurra, eres muy libre.

—Confío en ti, Ray.

—Entonces, no discutas.

—No lo hago. Simplemente creo que, ya que opinas que es preferible que me quede en Nueva York, estaría mejor en el Pensilvania. En un hotel tan grande seguro que pasaría desapercibida.

El comisario Donnelly se puso de pie. Y maldijo entre dientes cuando ella lo imitó levantándose también del butacón. Hablar a alguien que estaba sentado le daba una posición ventajosa de superioridad y la señorita McKerrigan acababa de chafarle el truco policial más efectivo. Optó por dejar a un lado la cortesía, solo servía para darle pie a seguir discutiendo sin ton ni son. Cuando Helen abrió la boca para seguir argumentando la hizo callar sin sensiblerías.

—No. Es tu turno de escuchar —decretó señalándola con el dedo—. Cierra esa boca y óyeme con atención. Ni hablar de alojarte en el Pensilvania, por muy moderno y enorme que sea. Por supuesto que pasarías desapercibida, incluso para los agentes que he pensado destinar para que te vigilen.

—¿A mí?

—He dicho que te calles y escuches —ordenó puntualizando cada palabra, absolutamente serio—. Ni toda la policía del Midtown podría vigilar un monstruo como ese, con tres puertas a la calle y más de mil quinientas habitaciones.

Helen volvió a abrir la boca. Algo sabía de hoteles y quería matizar que no eran mil quinientas sino mil setecientas, lo dijeron los periódicos. Pero Ray hizo un gesto con la mano para que siguiera calladita.

—Te quedarás en el Taormina por varias razones, que no tengo por qué explicarte pero me has pillado en un día generoso. En primer lugar, porque Phillip se ha mostrado de acuerdo en tenerte allí, en segundo lugar porque allí está Kenneth todo el día y me consta que velará por tu seguridad con mayor interés que cualquier desconocido. En tercer lugar, porque es un hotel pequeño, comparado con esa mole que le tapa el sol a Penn Station y que tanto te gusta, y todo el personal estará

pendiente de quién entra y sale. Y en cuarto lugar, y más importante, porque el Taormina, aunque no queda en mi distrito, está tan cerca que no me plantea problemas de jurisdicción. ¿Te parecen suficientes razones?

Ella mostró su resignación con un sube y baja de hombros.

—Bien. Se hará como yo diga, si estamos de acuerdo —dijo interrogándola con los ojos hasta que la vio darle la razón con un suspiro—. ¿Tienes algo que decir?

Helen aprovechó su minuto de libertad. Lo miró de arriba abajo y, lentamente, paseó la vista en vertical hasta llegar a sus ojos de nuevo.

—Sí. Abróchate la bragueta.

Ray se palpó la entrepierna. Odió notar que se le acaloraban los pómulos. Se apresuró a abrocharse los botones, sin apartar la mirada de la suya y con una maldición en la punta de la lengua.

Ray estaba puntualmente informado gracias a Kenneth y respiró tranquilo al saber que Helen llevaba dos días de encierro en el Taormina y, por suerte para ella y para todos, sin violar las órdenes dispuestas por él en cuanto a no salir a la calle ni para tomar el aire.

Cuando esa mañana entró en el vestíbulo, su protegida charlaba con el jefe de recepción. Por lo que pudo cazar al vuelo de la conversación que mantenían, el enorme exboxeador andaba medio enamorado.

—Y dice que Rose no se lo tomó bien —meditó ella—. La verdad señor Johnson, yo creo que llevarla a una velada de boxeo...

—Es un deporte fantástico.

—No digo que no. Pero resulta que el boxeo es cualquier cosa menos romántico.

Ray se metió las manos en los bolsillos y, por no interrumpir la conversación, se dedicó a escuchar desde una distancia prudencial.

—Al día siguiente le regalé un ramo de flores y me las tiró a la cara —rememoró Johnson visiblemente ofendido.

—Ay... Así que le regaló flores a una florista —dijo Helen, sacudiendo la cabeza—. Mal, mal, mal... ¡Qué desastre! ¿Pero en qué estaba pensando?

—Mejor será que me olvide de ella para siempre.

Helen se enterneció. Aquel tipo de gesto serio, que imponía con sus ciento veinte kilos, sus casi dos metros de estatura y su piel carbón, sufría como un chiquillo enamorado por la simpática negrita del puesto de flores de la esquina. La dulce Rose, risueña y menudita como un ruiseñor. Y por lo que Helen había podido observar desde que se alojaba allí, la chica, a pesar de la fingida displicencia con que lo trataba, también miraba al gigantón con ojos acaramelados.

Definitivamente, decidió que tenía que hacer algo por aquella pareja.

—Vamos a ver, señor Johnson —añadió con un gesto de las manos que pedía calma—, ¿usted cree que le gusta a Rose?

—Hasta que me tiró las flores a la cara, pensaba que sí.

—Y a usted le gusta ella, por supuesto.

Su silencio fue elocuente. El hombretón se limitó a bajar la vista y a aparentar que ordenaba papeles al otro lado del mostrador.

Ray supuso que Helen era muy capaz de eternizar su quehacer como improvisada secretaria de Cupido, así que decidió hacerse notar. Se estiró las puntas de la chaqueta y, con paso decidido, se acercó a ellos.

—Discúlpenme.

Helen, que no se había percatado de su presencia, alzó el rostro sonriente.

—Ah, comisario, hace rato que te estoy esperando.

—Iremos a la central de la policía, quiero que examines algunas fotografías.

—¿Necesita un coche, comisario Donnelly? Uno de los autos del hotel puede

recogerlos en la puerta en un par de minutos —se ofreció el recepcionista.

—Gracias, Johnson. Ya nos espera en la esquina un coche policial para llevarnos a Little Italy.

—Hasta luego, entonces, señor Johnson. Y no se preocupe que algo se nos ocurrirá.

Este asintió con la boca cerrada y expresión de apuro. Si no fuera por lo oscura que era su piel, Ray sospechó que lo habrían visto sonrojarse. Se despidió con un leve gesto y fue hacia la salida, seguido de Helen. En la puerta, se hizo a un lado con cortesía para franquearle el paso. Ella giró la cabeza a derecha e izquierda, buscando con la mirada el coche de policía.

—Podíamos haber ido paseando.

La comisaría central estaba unas pocas manzanas, pero no quería exhibir a Helen por las calles.

—Es más seguro que nos lleven de puerta a puerta.

Helen se encogió de hombros.

—Como prefieras. Tú decides y yo obedezco —aceptó curvando los labios.

Él la miró con aire observador. Como si no la hubiera calado.

—Obedeces... ¿Tú? —cuestionó escéptico.

—Claro que sí, comisario Donnelly.

Él alzó la mano para llamar la atención del agente que aguardaba en el coche aparcado a unos metros. De reojo observó su expresión risueña y optó por armarse de paciencia. Era obvio que acatar órdenes sin rechistar no iba con ella. Ray supo desde el primer momento que aquella sonrisa desobediente le traería problemas. La viudita MacKerrigan era una mujer moderna, de las que miran a los ojos y trituran las aceras a golpe de tacón.

* * *

Veinte minutos después, se encontraban en el magnífico y moderno edificio que ocupaba el número 284 de la calle Center y que, desde hacía doce años, sustituía a la antigua Sede Central de la Policía de la calle Mulberry.

Helen ya había pasado doce páginas del segundo tomo de anillas, plenas de fotografías en primer plano de delincuentes malcarados, cuando entre todos aquellos rostros siniestros, descubrió uno en particular que no olvidaría en mucho tiempo.

—Es este de aquí —indicó a Ray, que estaba sentado al otro lado del escritorio—. Estoy segura.

Él giró el libro y asintió con la cabeza.

—Sí, es él —confirmó—. Richard Todds, un sicario de tiro fácil al servicio del mejor postor. Es peligroso.

Antes de que ella lo hiciera, Ray ya lo había reconocido; pero la coincidencia en la identificación por parte de ambos eliminaba toda duda. Se trataba de un pistolero a

sueldo que había trabajado para varios clanes del hampa. Ese era el hombre que tomó por error el paquete de la lamparita infantil en el *deli* y, probablemente, ordenó que dispararan contra ellos.

—Y ahora, ¿qué pasará?

—Ahora nos toca a nosotros averiguar dónde se esconde. Tú no tienes más que hacer. Si todo sale como espero, atraparemos a esa rata y al que obedece sus órdenes. Si hay juicio, tendrás que declarar como testigo.

—Entonces, ¿puedo regresar a Boston?

Ray le pidió paciencia con un gesto.

—Déjanos trabajar, ¿de acuerdo? Yo me marcho a mi comisaría, un par de agentes te acompañarán al Taormina. Y no salgas de allí mientras yo no te lo diga, ¿entendido?

—¿Me queda otra opción? —aceptó, resignada.

—Por favor —insistió Ray, mirándola sin pestañear—. Es por tu propia seguridad.

—Está bien —resopló—. Haré lo que tú digas.

Ray pidió a un par de agentes de la central que la llevaran en un coche hasta la Cuarta Avenida con la calle Boverly. Él, en cambio, decidió cruzar caminando Little Italy hasta la suya, en el 118 de la calle Clinton.

Una vez en su despacho, reunió a los dos mejores inspectores de la Séptima y les encomendó que pusieran a los agentes bajo su mando a investigar, era preciso dar cuanto antes con el escondrijo donde se ocultaba Richard Todds.

—Pero señor... —objetó el más joven de los dos inspectores.

—Ya me has oído —zanjó Ray—. Cuando sepamos dónde se oculta, participaré en la operación. Y encontrar al hijo de perra disparó contra mí, quiero darme el gusto de ser yo quien le ponga las esposas.

* * *

Helen se moría de aburrimiento. Los Taviani eran una familia maravillosa que la habían acogido encantados en el hotel Taormina. El personal se deshacía en atenciones por hacer de su encierro forzoso una estancia agradable. Phillip Taviani, el dueño, era para ella lo más parecido a un cuñado, ya que Kenneht lo tenía por un hermano.

Además, se movía por todo el hotel con toda confianza, incluso en los dominios de los empleados la consideraban ya una habitual. Pero a pesar de sentirse como en su casa, las horas se le hacían eternas sin poder salir a contemplar los escaparates, pasear a placer por las calles abarrotadas y respirar el aire de la ciudad.

En una de sus incursiones por las plantas superiores, vedadas a los huéspedes, entró en el despacho de Kenneth; la puerta estaba abierta.

—Perdón, ¿molesto?

Él levantó la vista de los papeles.

—En absoluto, adelante. ¿Cómo sobrelleva su encierro mi cuñada preferida?

Helen se echó a reír.

—Si no tienes otra, adulator de pacotilla.

Kenneth exhibió una sonrisa tan irresistible que permitió adivinar a Helen por qué su hermanita había caído rendidamente enamorada el día que lo vio por primera vez.

—¿Cómo sobrellevas todo esto? En serio, me preocupa lo que te pueda pasar. Ya sabes que aquí estás segura.

—Por eso cumplo a rajatabla las órdenes de tu amigo Donelly —asumió, con un suspiro resignado.

—Ray sabe lo que hace, confía en él.

Helen no lo puso en duda porque estaba de acuerdo con la opinión de Kenneth. Y, le gustara o no, alojada en el Taormina estaba mejor vigilada que de hacerlo en la casa de Kenneth en la parte alta de Manhattan, con su hermana y los pequeños, como sería su deseo.

—Todos los días hablo con Laura —comentó, pensando en ello—. Tengo ganas de ver a los niños. Se harán grandes antes de que pueda volver a verlos.

—Engordan a ojos vista y cuando les da por llorar al mismo tiempo, el concierto no cesa en toda la noche.

—Los adoro. Ojalá yo... —empezó a decir, y calló de repente.

Caminó hasta el ventanal del despacho y dio la espalda a Kenneth. La ausencia de hijos le dolía, durante su matrimonio no fue capaz de concebir y desde la muerte de Benjamin en el frente de Francia, se había resignado a no tenerlos. Pero desde que tuvo en los brazos a los gemelos de su hermana, se había despertado en ella una añoranza difícil de sobrellevar.

Contempló a través de los cristales el trajín de la calle y dio gracias al ver que Kenneth respetaba su silencio sin preguntas que, a pesar de la confianza que reinaba entre ellos, resultaban demasiado íntimas para responderlas en voz alta.

Miró a su izquierda, sobre el mueble había un espléndido ramo de rosas blancas. Entonces recordó el desastroso idilio de Rose y Johnson. Flores a una florista, recordó. Vaya ocurrencia. Muy especial y diferente debía ser esa flor, absolutamente singular. Aunque Rose estaba acostumbrada a tener entre las manos hasta las orquídeas más raras. Helen se quedó observando la parte húmeda de los tallos, que se transparentaban a través del jarrón de cristal. Quizá lo de regalarle una flor no fuera tan mala idea, y si el agua ascendía por los tallos, tal vez... Miró por encima del hombro y escudriñó los objetos de trabajo del escritorio de su cuñado.

—Kenneth, ¿puedo robarte una rosa?

—Ahora pido que suban un ramo a tu habitación.

—No te molestes, demasiado hacéis todos por mí. Con una rosa me sobra, ¿te importa?

—Coge las que quieras —concedió sonriendo.

—¿Y puedes prestarme ese tintero?

—Te lo daré si me dices qué te traes entre manos.

A pesar del pretexto, Kenneth desenroscó el capuchón de su Watterman y cargó el depósito de la estilográfica, antes de dárselo a su cuñada y quedarse sin tinta.

—Un experimento —confesó Helen—. Te lo contaré si funciona.

* * *

El comisario Donnelly fue fiel a su palabra y participó en la operación organizada por sus inspectores para detener al maleante que tuvo la osadía de intentar acribillarlo a balazos.

No fue difícil localizarlo. Le faltaban los dientes delanteros, detalle que no había olvidado el dueño del apartamento que le alquiló una habitación en la Cincuenta y cinco, desde donde se disfrutaba de una vista magnífica de la fachada del hotel Dream. Y allí también se acordaban de él, como el recadero que dejó una caja de bombones en la recepción para la señorita rubia, alta y tan elegante.

El tipo se llamaba Bobo Sullivan y el nombre le venía al pelo. De inteligencia no iba sobrado, en vista de que los policías de la comisaría no tardaron en localizarlo en un callejón de la calle Pell, en las estribaciones de Chinatown. Esconderse en un barrio donde todo el mundo tenía los ojos rasgados y vestía a la oriental, fue una solemne idiotez que la policía aprovechó. Cuando avisaron a Ray, ya lo tenían acorralado en el almacén de un carpintero de ataúdes que usaba como guarida.

Siguiendo sus órdenes, ningún agente actuó hasta la llegada del comisario, que quería darse ese gusto personal. De tarde en tarde, le gustaba recordar sus tiempos de poli de a pie. Ejercicio que le ayudaba a mantenerse alerta. Apoltronarse en un despacho era para un policía la peor forma de perder la perspectiva respecto a lo que sucedía en las calles.

De entrada, Ray pegó tres puñetazos en la puerta.

—Sullivan, abre —ordenó—. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Ray alzó la mano para que los agentes que le guardaban las espaldas no hicieran ruido. Al otro lado de la puerta reinaba el silencio. Para ponerlo nervioso, dio tres puñetazos más y el doble de potentes.

—Sullivan, tienes dos opciones: abrir o abrimos nosotros. Si prefieres la segunda, mis hombres entrarán a tiro limpio. Tú decides.

Se escuchó un chirrido y pasos. Ray se plantó ante la puerta, al ver que se corría la mirilla y escrutó fijamente el ojo vidrioso que se mostraba a través de ella.

—Hola, Sullivan.

El ojo se entrecerró hasta convertirse en una de rendija.

—¿Qué quiere de mí, comisario? No son horas de visita.

Tonto y gracioso, pensó Ray. Acababa de declarar que lo conocía. Difícil lo iba a tener ante el juez.

—Abre la puerta, hombre, y no nos hagas perder el tiempo. Mis hombres tienen ganas de marcharse a cenar. Yo no los cabrearía —aconsejó dando un nuevo puñetazo.

Del susto, el ojo parpadeó como si tuviera un tic.

—¿De qué se me acusa? Yo no he hecho nada.

—¡Abre la puerta, cojones! —gritó pegando un puñetazo brutal.

El ojo casi se sale de su órbita. Desapareció de la mirilla y Ray hizo una seña a un agente que introdujo por el hueco el cañón del revólver reglamentario. Se oyó descorrer un cerrojo y la puerta empezó a abrirse muy despacio. A instancia de Ray, otro agente terminó de hacerlo de un empujón y puso el cañón de su Colt bajo la barbilla de Sullivan. Al mismo tiempo, Sullivan disparó contra ellos. Pero el policía que lo encañonaba fue rápido y desvió el tiro dándole una patada en la muñeca. La pistola se le cayó de la mano y Ray la enfiló con el pie para que la recogiera un inspector. Y para premiar el recibimiento a tiros, dio un vistazo a aquel almacén siniestro y tuvo una excelente idea.

—Metedlo en ese ataúd y cerrad los goznes —ordenó.

Un par de policías fornidos lo cogieron en volandas y lo tumbaron por la fuerza sobre el colchoncillo de seda mientras un tercer poli colocaba la tapa del féretro. Bobo Sullivan comenzó a berrear enloquecido. Ray no dio orden de destapar la caja hasta que no lo oyó suplicar desde dentro.

—Hay que ver, el mundo está lleno de desagradecidos —comentó Ray con tono amistoso—. Con lo cómodo que estabas.

—¡No tiene derecho...!

—Volved a taparlo.

—¡Nooooo! ¡Socorro! —gritó horrorizado.

—Chilla más fuerte, a ver si los chinos del piso de arriba avisan a la policía.

Los agentes soltaron unas cuantas risotadas. Dos de ellos lo levantaron por los sobacos como si fuera un pelele y lo dejaron caer en una silla.

—No lo esposéis, que no es necesario —rogó Ray con gesto magnánimo—. El señor Sullivan y yo vamos a conversar como dos caballeros.

No lo hicieron. Sullivan lo miró con odio, no hacía falta esposarlo cuando un inspector le estaba clavando el cañón del Colt en la base del cráneo.

—¿Trabajas para Richard Todd?

—¿Cómo sabe...?

—Yo sé, tú sabes, él sabe, nosotros sabemos y en esta puta ciudad todo se acaba sabiendo. ¡Responde!

—Sí.

—¿Dónde se esconde Todd?

—¿Y a mí que me pregunta? —escupió.

Ray cambió el peso de su cuerpo a la pierna derecha.

—Eso te pregunto, ya me has oído.

—No lo sé.

—Tú y yo empezamos muy mal, Bobo —comentó con tono paternal—. Qué idea tan poco inteligente liarte a dispararme. ¿Te ordenó Todd que lo hicieras?

Sullivan levantó la cabeza y exhibió una sonrisa cínica.

—¿Y cree que si hubiese querido matarlo habría fallado todos los tiros como un novato, comisario? Aquello fueron cohetes como los del 4 de Julio, aunque aún falte mucho.

Ray avanzó unos pasos y se colocó justo delante de la silla con las manos en las caderas.

—Las balas no iban contra usted —confesó Sullivan—, solo quería asustar a esa putita...

No esperaba la tremenda bofetada de Ray, que lo dejó aturdido.

—Repíteme conmigo: señorita.

—... asustar a la señorita rubia.

La «s» era una letra complicada faltándole los dientes de delante. Ray dio un salto para que no le cayera encima el hilillo de baba que salió con la palabra.

—¿Con qué intención?

—No me dio explicaciones.

Ray no se lo tragó. Ya hablaría, era cuestión de paciencia y el calabozo la mejor táctica para minarle la moral.

—Voy a recordarte tu situación. Se presentarán cargos contra ti por homicidio en grado de tentativa. Por intentar contra un agente de la autoridad, por ocultación de información, etcétera, etcétera. Aprovecha para meditar mientras estos polis tan amables te llevan a comisaría. Si colaboras y cogemos a Todd, puede que hable bien de ti al fiscal. Hala, sé un buen chico y piensa en ello. En comisaría te quiero oír cantar más alto que una soprano.

Los agentes lo levantaron de un tirón. Sullivan aprovechó para decir la última en un torpe alegato de defensa.

—Y usted tendrá que explicarle al juez por qué he sido víctima de brutalidad policial. No tiene derecho a violar mis derechos civiles.

Ray sonrió de medio lado.

—Si lo dices por el numerito del ataúd, solo era un susto de broma, como en Halloween —imitó sus argumentos—. Aunque aún falte mucho.

—¿Usted nació así de ingenioso, comisario, o ensaya chistes delante del espejo? —aventuró, sonriente.

Aquella salida terminó con la paciencia de Ray, que se decantó por cerrarle el pico al estilo del Lower, con la contundencia y rapidez de los irlandeses. Le devolvió la sonrisa y le metió un soberbio rodillazo en las pelotas. Sullivan cayó de bruce, aullando y con las dos manos entre las piernas.

—Ya podéis ponerle las esposas —indicó a sus hombres.

Tenía ganas de salir de aquel sitio tan tétrico que apestaba a barniz y bolas de

alcanfor.

Helen tuvo que emplear más de una rosa blanca, hasta que logró materializar su idea. Recordaba de sus clases de ciencias en el liceo que aquello se llamaba principio de capilaridad. Las primeras rosas solo oscurecieron hasta la mitad del tallo. Entonces decidió cortarlas y, por fin, al tercer intento de sumergir los extremos en el tintero, consiguió que las hojas blancas de la flor empezaran a oscurecer. Su naturaleza perfeccionista no le permitió cejar en el empeño hasta que estuvo satisfecha con el tono agrisado casi negro de la cuarta rosa.

Tuvo que cortar el tallo tanto que no le quedó más remedio que pedir un bucarito pequeño a las tres septuagenarias chicas del cuartito de la cocina, es decir, a la abuela de Phillip y sus amigas Flora y Ofelia, un trío de ancianas encantadoras que la divertían con sus ocurrencias. Cuando Helen contó a las abuelitas su romántica misión, se emocionaron con la idea, dado que las cuatro compartían el mismo afán emparejador de corazones. Doña Lucía insistió en regalarle un delicado jarroncito de porcelana que decoraba su propio tocador.

Helen bajó a recepción con los dedos manchados de tinta y el ánimo exultante, haciendo la vista gorda ante la mirada curiosa del ascensorista. Una vez en el vestíbulo, se plantó delante del mostrador y depositó sobre este el búcaro con la flor ante un sorprendido señor Johnson, que miraba sin podérselo creer que aquella rosa negra fuese de verdad y no una imitación de papel maché.

Helen le dio unos preciosos consejos. Pidió el teléfono de recepción y, con aire misterioso, telefoneó a Rose con el ruego de que acudiera cuanto antes al hotel. A esas horas ya había cerrado su puesto y se encontraba en la trastienda de la floristería de su madre, que ambas usaban como vivienda desde el divorcio de la chica. Helen conocía la historia de Rose porque Laura se la había contado. Estuvo casada con un bruto que la molía a golpes y que, gracias a la intervención de Kenneth y sus potentes puños, se pudría en la cárcel. Una mujer dulce como ella merecía a un hombre bondadoso y noble como Arthur Johnson que, a pesar de su aspecto de matón, era un bendito.

Una vez cumplido su romántico cometido, se acomodó en uno de los sillones del vestíbulo y se aseguró de que desde allí podía ver lo que estaba a punto de suceder.

Tomó el *The New York Times* del día para disimular. No había ojeado ni cuatro páginas cuando vio entrar a Rose. Arthur le pidió que pasara al despachito de los recepcionistas, detrás del mostrador. Ella lo acompañó y Helen aguzó el oído y la vista. Johnson le puso el bucarito en las manos.

—¡Una rosa negra! —exclamó admirada. Desde lejos, Helen dio gracias en silencio al alemán que inventó la tinta Pelikan—. Nunca había visto una flor semejante, ¿de dónde la has sacado?

Justo en ese momento Ray entró en el hotel y se extrañó de ver la recepción vacía. Enseguida localizó a Helen y fue hacia los butacones.

Ella maldijo bajito su don de la oportunidad, se levantó de un salto y ya sin disimulo corrió al mostrador para no perderse el momento más emocionante. Por suerte, los protagonistas estaban tan ocupados en sí mismos que no se percataron de su presencia. Justo en ese momento, Johnson le quitaba el jarroncito de las manos y lo dejaba sobre una mesa.

—Negra y bellísima, igual que tú. Una flor única para una mujer única.

—Arthur...

La chica alzó los brazos para rodearle el cuello y su enamorado la abrazó por la cintura, levantándola del suelo, para darle un primer beso de los que no se olvidan por muchos años que pasen.

Helen se llevó la mano al corazón y suspiró.

—Ha funcionado —murmuró.

Ray la miró, luego observó a la pareja que eternizaba aquel beso y esbozó una mueca irónica.

—La boda de tu hermana la organizaste muy bien. Y ahora has juntado a estos dos, parece que ejercer de casamentera es lo tuyo.

Helen lo miró de frente y sin amilanarse.

—¿Y qué si lo es?

A Ray le molestó su actitud desafiante. Era una mujer con ideas propias y no perdía ocasión de demostrarlo.

—Tanto empeño en arreglar la vida amorosa de los demás —meditó con acidez—. Si tan bien se te da, ¿por qué sigues sola?

—Mejor sola que en compañía de un necio que no me merezca.

—¿Propia elección o fracaso?

Helen apretó la mandíbula pero no le devolvió la réplica que esperaba. No estaba dispuesta a darle el gusto de iniciar una discusión que para él solo suponía una prueba de poder. Le dio la espalda y tomó el camino de la puerta.

—¿Dónde vas?

—A tomar el aire —dijo sin dejar de caminar—. Si quieres venir como guardaespaldas, estupendo y, si no te apetece, me da igual.

Ray la acompañó, una vez en la calle anduvo a su lado. Tuvo que apretar el paso porque el taconeo enfurecido de Helen convertía el paseo en una carrera atlética. Dos manzanas fueron trecho suficiente para que ella calmara la marcha y él reconociera que se había comportado con ella con una crueldad innecesaria. Tenía la lengua muy suelta. Pese a ello, su compañía resultaba muy estimulante. Prefería la irritante afición de Helen por decir siempre la última palabra que soportar el coqueteo insufrible de una mujer que solo piensa en agradar a un hombre con frases ensayadas y caídas de pestañas.

—Helen, siento haberte molestado. No me creerás, pero ironizaba sobre mi vida sentimental. Estoy solo por propia decisión, después de varios fracasos.

A ella poco le importó su confesión. Como no se molestó en mirarlo, Ray la tomó

por el brazo con suavidad para que dejara de caminar.

—¿Me perdonas?

Lo miró muy enfadada.

—Pues no, no te perdono.

Ray frunció el ceño porque no se lo esperaba. Cualquiera otra mujer se habría ablandado, pero la viudita de Boston, al parecer, carecía de la innata capacidad femenina para enternecerse ante semejante detalle por parte de un hombre.

—No se puede meter el dedo en el ojo y luego pedir perdón —sentenció dolida.

Lo miró de arriba abajo con aire digno y continuó caminando. Ray la adelantó y le interceptó el paso, plantándose ante ella. Helen frenó de golpe y lo miró con ojos fieros. Él la tomó por los hombros y se los acarició con delicadeza.

—Venga, elije, derecho o izquierdo.

—¿Qué? —preguntó Helen, sin entender.

—¿Cuál prefieres, el derecho o el izquierdo? Hazlo, méteme el dedo el ojo. Es lo justo, ¿no? —dijo con una sonrisa de niño travieso arrepentido.

Helen no pudo contener la risa. La sugerencia era absurda. Observó sus ojos, Ray los tenía claros, de un precioso azul turquesa y con unas pestañas que muchas mujeres habrían envidiado.

—Es usted imposible, comisario —dijo echándose a reír otra vez.

—Me he comportado como un necio, sabiendo que ese comentario podía ofenderte, ¿podrás olvidarlo?

—Como castigo, vas a escuchar que te cuente mi experimento de Química, ¿o era de Física? —vaciló llevándose un dedo a los labios—. El caso es que he conseguido fabricar una rosa negra. ¡Yo solita!

Ray asintió satisfecho. La sonrisa que iluminaba el rostro de Helen valía más que la palabra perdón.

* * *

La predicción del comisario se cumplió. Cuatro días llevaba Bobo Sullivan enjaulado en el calabozo de la Séptima comisaría cuando se decidió a piar como un jilguero en primavera. Ray conocía su oficio y sabía que las rejas bajan los humos valentones y ablandan las cabezas más duras.

La información que reveló cuando se avino a declarar resultó inesperada. Aunque los inspectores ya suponían que el dinero extraviado tenía que ver con asuntos relacionados con el tráfico ilegal de bebidas alcohólicas, no imaginaron que el centro del meollo estuviera en un selecto bar clandestino de la zona respetable de la ciudad. Según contó Sullivan, dicho local se ubicaba en los sótanos de un edificio elegante, en la zona baja de Harlem colindante con Central Park. Los dueños, cuya identidad aún debían averiguar, habían confiado a Richard Todd el encargo de adquirir una importante remesa de licores. Los tres mil dólares estaban destinados a pagar al

proveedor. Pero el azar hizo que los perdiera de vista el día que iba a realizar el pago. Cómo los extravió era ya cosa sabida por la policía: confundió la bolsa de compra donde los disimulaba con otra idéntica que una bonita rubia había dejado en el suelo junto a la de Todd Sullivan, mientras tomaba un batido de vainilla.

Una vez hubo dicho cuanto sabía o, al menos, lo que la policía consideró de utilidad, Sullivan fue puesto a disposición del juez que lo mandó derecho a la cárcel. A esas horas debía ir en un furgón camino de presidio, donde languidecería a la espera del juicio que lo declararía culpable de todos los cargos y lo enviaría de vuelta a su celda con una condena que sumar su penoso currículo.

Haciendo uso de las normas oficiales, Ray participó en el operativo, esa vez desde la retaguardia, dado que el local no estaba en su distrito. Una vez su colega al cargo le comunicó la hora prevista para asaltar por sorpresa el bar ilegal, él asumió su lugar cubriendo las espaldas de los hombres de la calle. Quería asistir en persona a la detención de Todd. Gracias a al soplo de Bobo Sullivan sabían que ejercía de encargado del local. Oyó que el comisario Gask advertía a sus hombres. Ray pilló de al vuelo el apellido Towmey. No lo asociaba con alguien concreto, pero si le sonaba a gente importante.

Faltaba un cuarto de hora para las doce de la noche cuando la policía del bajo Harlem irrumpió derribando la puerta. Ray aguardó apostado tras un vehículo del cuerpo, desde el otro lado de la calle. Como suponían, los agentes iban preparados para que los recibieran a tiros. Y así fue. Desde la calle se escuchó el intercambios de disparos. Hubo revuelo, ventanas abiertas y curiosos que se asomaron en pijama desde los balcones. Clientes que trataron de huir y fueron apresados por los policías que aguardaban en la calle. Ray vio cómo sacaban a varios con las esposas puestas. Se alarmó al ver a varios inspectores y agentes uniformados correr hasta doblar la esquina. La premura de la acción le hizo suponer que el garito contaba con una segunda salida y la lógica le hizo pensar también que su colega del bajo Harlem ya estaba advertido y había destinado un grupo de agentes a cubrir esa segunda vía de escape. El comisario Gask tuvo que preparar el cierre por la fuerza de aquel bar clandestino con el mismo cuidado que él mismo habría puesto para terminar la noche con éxito.

Desde donde estaba, vio correr a un agente de uniforme y hablar con Gask, que se encontraba junto al furgón donde iban subiendo esposados a los clientes y empleados del local. Al ver correr a ambos, tuvo el pálpito de que algo iba mal. Ray salió de detrás del coche policial y fue tras ellos por si necesitaban refuerzos. No acababa de llegar a la trasera del edificio cuando vio al comisario Gask derribar un cubo de basura de una patada. Había tanta rabia en aquel gesto que Ray no necesitó explicaciones. La vio en la desolación que reflejaban los rostros de algunos hombres de uniforme.

Gask lo vio llegar. Había una frustración tan honda y tal pesar en su mirada que Ray sintió alivio de no estar en la piel de su colega.

—Todd ha escapado. Disparó a bocajarro a uno de mis hombres que trató de impedirselo —le dije, antes de que Ray preguntara—. O’Grady, tiene... Tenía tres hijos pequeños.

Ray le puso la mano sobre el hombro para infundirle ánimos. Ambos habían pasado antes por ese trago y sabían cuál era la obligación de Gask. Alentar a la tropa, recordar junto a sus hombres que el riesgo formaba parte del trabajo. Aunque ese no era el único ni el peor paso.

Con un vistazo rápido a las escaleras que comunicaban con el sótano donde acababa de morir uno de los suyos, Ray se alejó y lo dejó solo. Sabía por experiencia que, mientras un buen policía yacía boca abajo sobre un charco de sangre, su superior debía reunir las palabras de consuelo y el valor para hablar con su esposa. Antes de que se enfriara el cuerpo, el comisario Gask debería mirar a los ojos a la señora O’Grady y decirle que no volvería a ver a su marido.

* * *

Un coche policial acercó a Ray hasta el extremo sur del parque. Necesitaba hablar con alguien. Bajó por Broadway manzana tras manzana hasta que se dio cuenta que sus pasos lo habían llevado hasta el hotel Taormina.

Preguntó al recepcionista de noche por la habitación de Helen. Se identificó para evitar miradas maliciosas. El hombre tampoco puso ninguna pega. No hubo suspicacia tampoco en la expresión del ascensorista que lo condujo sin rechistar al dormitorio de una mujer a aquella hora tan intempestiva. Ray golpeteó con los nudillos y esperó a que Helen abriera.

—¿Ocurre algo? —preguntó Helen, alarmada al verlo en el vano de la puerta.

—¿Puedo pasar?

Ella se arrebujó la bata con una mano, se hizo a un lado y cerró la puerta cuando él estuvo dentro.

—Me estás asustando. Por la cara que traes sé que ha ocurrido algo muy malo.

—Todd ha escapado.

—Ya lo atraparéis. Es cuestión de tiempo.

Ray la miró despacio. Estaba preciosa con aquella bata de estampados chinescos.

—En su huida, ha matado a un policía.

—Dios mío...

—Hay tres niños en algún lugar de esta ciudad que no volverán a ver a su padre.

—No quiero pensar en su pobre mujer —musitó; ella sabía bien en qué consistía ese dolor—. Me siento culpable, si no hubiera sido tan estúpida de confundirme de paquete, ese compañero vuestro estaría todavía vivo.

Ray se acercó a ella, no dejó apenas distancia entre los dos. Le acarició la mejilla, como si con aquel delicado gesto pudiera borrar la aflicción que veía en sus ojos.

—Tú no tienes culpa de nada. La muerte siempre nos anda rondando. Ha ocurrido

y ya nada se puede hacer, salvo atrapar a esa basura de Todd.

Helen le puso las manos abiertas en las solapas de la chaqueta.

—Tengo miedo. Podrías haber sido tú.

Ray desconocía esa sensación nueva que le provocaba un cosquilleo en la nuca. Ninguna mujer, salvo su madre y su abuela, se habían preocupado por él como en ese momento lo hacía Helen McKerrigan. La cogió por los brazos, ladeó la cabeza y cubrió sus labios con un beso delicado. Cuando alzó el rostro, siguió viendo miedo en los ojos de Helen.

—No me beses —exigió; pero siguió ofreciéndose—. No quiero volver a pasar por lo mismo. Ya he perdido a un marido, no quiero en mi vida un hombre expuesto a morir en cualquier momento. —Ray la besaba una y otra vez—. Y tú estás en el centro de la diana.

—Yo no quiero en mi vida a ninguna mujer sofisticada, elegante como tú —dijo, demorando más sus labios sobre los de Helen—. No funcionaría.

—Sería una locura.

Su boca era tan suave, tan increíblemente dulce que Ray sintió el calor primitivo que le aceleraba la sangre irguiendo su sexo.

—Completamente —admitió tirando del cinturón de seda.

La bata se abrió y él la pegó a su cuerpo, comprimiendo sus pechos desnudos debajo del camisón.

—Un error —murmuró Helen con un beso.

—Un tremendo error.

—Entonces, ¿por qué estamos haciendo esto? —musitó acariciándole la nuca con las dos manos.

—Porque no puedo dejar de pensar en ti.

La besó como un hombre hambriento. Helen apretó el pubis contra su bragueta, ávida de sus caricias, deseando que no se acabara nunca aquel beso. Él deslizó la lengua entre sus labios, con atrevimiento. Ella se derretía en sus brazos con una pasión que lo volvió loco. Solo podía dejarse arrastrar por la increíble sensación de saber que ella era Helen, su protegida, y que la deseaba. Y esa noche era suya, aunque lo fuera nada más hasta la salida del sol.

Le quitó la bata que cayó como un charco de colores a sus pies. La levantó en brazos y la llevó a la cama. Ray se desnudó a estirones, mientras iba besándola por encima del camisón, dejando con cada beso un rastro de fuego.

Helen se lo quitó mientras él se deshacía de sus últimas prendas y lo invitó tendiéndole los brazos. Había en su mirada una súplica, deseaba más que nada sentir sus manos grandes acariciándole los pechos descubiertos y libres, piel contra piel. Ray se tumbó sobre ella y la besó. Helen disfrutó del delicioso roce de sus labios, de cada caricia de su lengua, que le provocaba un calor que se extendía por toda ella y le inundaba el vientre de ardientes cosquillas.

Él le besó los pechos, saboreó los pezones que coronaban sus rotundos senos.

Vagó con la boca por su torso, cubrió su ombligo de besos. Acarició con los labios el vello que era la antesala del placer. Helen abrió las piernas para dar cabida a su boca y Ray probó su sexo. Lamió con deleite, disfrutó de ella hasta oírla gemir. Solo entonces, cuando su propia urgencia amenazaba con enloquecerlo, la cubrió y se abrió paso entre sus piernas. Lo hizo despacio, disfrutando del cálido camino que conducía al paraíso. La sentía estrecha, supo que hacía mucho que ningún hombre la tocaba. Y hacía tanto también que él no disfrutaba de una mujer. Demasiado. Se apoyó en los antebrazos y, sin dejar de mirarla a los ojos, se adentró en ella más y más.

Helen quería saborearlo como él había hecho, lamió cada porción de piel que quedaba al alcance de su boca, se sació con el sabor salado de su cuello, besó su pecho velludo, mordió sus hombros hasta que no pudo más y escuchó en su propia garganta un gemido pleno de deseo. Entreabrió los ojos colmada de éxtasis y le acarició la espalda al notar que se tensaba justo antes de oír su grito ahogado, fascinada con la intensidad del placer que veía en su rostro.

Ray se dejó caer sobre ella. Ladeó la cabeza, le sujetó la suya para que le ofreciera su boca y la besó largamente. Concluyó el beso rozándole suavemente los labios con los suyos. Dejó caer la cabeza sobre la almohada y sus cuerpos enlazados descansaron en silencio.

* * *

Con la salida del sol, Ray abrió los ojos y observó a Helen dormida a su lado. Se levantó con cuidado para no despertarla y se vistió sin hacer el más mínimo ruido. Cuando estaba peinándose con las manos frente al tocador, a través del espejo la vio despierta y mirándolo.

—Siento lo ocurrido anoche —le dijo ajustándose el nudo de la corbata.

—¿Lo sientes?

—Quiero decir que no debió pasar y es culpa mía. No debí venir.

—¿Cuántos años tienes, Ray?

Él la miró extrañado. En el fondo, admiraba su actitud. Le gustaba la valentía en una mujer. Y ella no mostraba la falsa candidez ni el arrepentimiento que otras alegaban el día después, como si la luz del amanecer fuera la chispa que encendiera la alarma de su pudor. Se sintió estúpido, era él quien había pedido disculpas por una noche memorable de la que no se arrepentía. Exactamente como ella, puesto que en los ojos tranquilos de Helen no veía ningún remordimiento de conciencia.

—Treinta.

Helen se incorporó y se cubrió con la sábana.

—Los mismos que yo, qué casualidad. Somos un hombre y una mujer adultos entrados en la treintena. No nos debemos explicaciones, así que no te sientas obligado a nada.

—Me tranquiliza saber que no buscas compromisos, porque es lo último que yo deseo. Nunca he mezclado trabajo y placer; hacerlo es una insensatez propia de novatos.

—Por eso lo sientes, ya entiendo.

—El policía se arrepiente, el hombre no.

—¿Tanto como para quitarte el sueño, comisario?

—No.

Cómo iba a remorderse por una noche de placer absoluto, todo lo contrario. Su yo humano, el que se dejaba dominar por las altas y bajas pasiones, se sentía muy satisfecho.

Ella ocultó un bostezo con la mano. Y después sonrió.

—Entonces, no le demos más vueltas. Y estate tranquilo, no tengo intención de pedirte matrimonio.

—Mejor así —dijo sonriendo también.

Se sentía aliviado. A pesar de ello, le habría gustado comportarse con la caballerosidad debida. Y no podía, aún debía pasar por su apartamento para asearse y vestirse con el uniforme.

—Me gustaría desayunar contigo, pero no puedo quedarme. Tengo que asistir a un funeral.

La mención del entierro y el recuerdo de un buen hombre de cuerpo presente, demasiado joven para perder la vida, borraron la placidez mañanera del rostro de Helen, que asintió cariacontecida.

—Solo te pido una cosa, sé discreto al salir. Piensa que en este hotel nos conocen a los dos.

—Pierde cuidado.

6

Aquella mañana, en cuanto entró por la puerta de la comisaría, el sargento de guardia le dio el recado. Y al subir al despacho, Ray vio la nota sobre la mesa. Su padre había telefonado. Lo citaba en el matadero para hablar de una cuestión importante. Levantó la vista de la cuartilla y ojeó el almanaque. Sin necesidad de acudir a la cita, sabía de qué asunto en concreto pretendía hablarle.

Salió del edificio, no sin antes advertir a los agentes que estaría ausente un par de horas, y pidió que lo llevaran en un coche de policía hasta el mercado de Washington oeste.

Cuando se apeó del vehículo, caminó hacia el extremo de la calle Catorce que daba al río. Desde que, un siglo atrás, se establecieron en esa orilla tanto el embarcadero como la terminal del ferrocarril del Hudson, la barriada se había convertido en un colosal mercado, con empacadoras de carne y almacenes de verdura y fruta que abastecían a toda la ciudad.

Cuando el viento soplaba desde la orilla de Nueva Jersey, el barrio se impregnaba del maravilloso olor que emanaba de los puestos de fruta recién cogida. Pero ese día el aire recorría la isla de Manhattan de norte a sur y el ambiente hedía a sangre y a vísceras de los mataderos. Las calles eran un hervidero de carros, camiones y gente atareada que entraba y salía de los almacenes.

Charles Donnelly navegaba río abajo cada dos meses. Montaba las jaulas en una barcaza y bajaba desde Germantown para vender los pollos de su granja que, una vez sacrificados y desplumados, se despachaban en las carnicerías de los cinco barrios de Nueva York.

Ray lo encontró en la empacadora cárnica de aves a la que vendía habitualmente la mercancía. Se saludaron con afecto. Ray observó a su padre, mientras realizaba la misma acción que le había visto hacer cientos de veces. Charles guardó el fajo de dólares en la cartera y la ató con una gruesa goma elástica antes de guardársela. Después de palmearse el bolsillo, como tenía por costumbre, siguió a su hijo hasta el puesto callejero de la esquina. Ray pidió dos tazas de café y ofreció una a su padre. Ambos dieron el primer sorbo sin añadirle azúcar ni leche.

—Ya sabes qué día es el domingo que viene, no creo que lo hayas olvidado.

De sobra lo sabía. Ray tenía esa fecha grabada en la memoria desde que la vio escrita en la partida de nacimiento que encontró en una canastilla, oculta entre ropitas de bebé. El siguiente domingo Oliver cumpliría siete años.

—No lo he olvidado, papá.

—El chico quiere tener a su padre a su lado en su fiesta de cumpleaños. No puedes faltar.

—Ahora mismo tengo que resolver un caso complicado.

—Nadie es imprescindible, ni siquiera un comisario de distrito. Y no pretendas hacerme creer que no cuentas con hombres eficaces a tus órdenes.

—Sí, pero...

Charles Donnelly alzó la mano y lo hizo callar.

—Mira, hijo, estoy harto de excusas. Sé que tu vida aquí no tiene nada que ver con la nuestra. Desde el día que pusiste a ese niño en los brazos de tu madre, hemos cuidado de él mejor que si de un hijo nuestro se tratara. Y lo hemos criado con gusto porque es nuestra alegría. Pero Oliver se hace mayor y necesita un padre, precisamente porque no ha tenido una madre que cuide de él.

Ray apuró su café y dejó la taza en la mesa del carrito ambulante. Ajeno al barullo de gritos de los tratantes, el chirrido de las poleas de la cinta transportadora de reses desolladas y del trajín de los porteadores de carne al hombro, se miró las puntas de los zapatos. Belle había muerto poco después de dejarle al niño, el furgón de su orquesta se despeñó por un precipicio y ninguno de sus ocupantes sobrevivió. Sus padres se habían hecho cargo del pequeño cuando ingresó en la policía de Nueva York, y más tarde cuando partió para luchar en la guerra de Europa. Vivía en Manhattan, estaba acostumbrado a manejarse en solitario. El tipo de vida que llevaba le hacía imposible ocuparse de criar a un niño. Pero Oliver se hacía mayor y Ray era consciente de que su padre tenía razón.

—Sabes que no podría cuidar de él, si lo trajera a vivir conmigo a la ciudad.

—Lo sé, pero es tu hijo. No lo olvides —añadió terminando su café—, es tu responsabilidad. A su madre nunca la tuvo, solo te tiene a ti.

—Y a vosotros. Tiene una familia que lo quiere.

Su padre lo miró a los ojos con convicción.

—Nosotros hemos hecho cuanto hemos podido. Pero es hora de que dejes de mirar hacia otra parte, hijo. Ahora la pelota está en tu tejado.

—Puedes estar tranquilo que iré a casa —claudicó molesto. Escaparía del trabajo aunque fuese un par de días—. No os decepcionaré —añadió con acidez.

Su padre no se dejó amilanar por su tono acre. Entornó los ojos, como clara advertencia.

—Oye, Raymond, ¿yo te he decepcionado alguna vez?

—Por supuesto que no.

—Pues no decepciones a tu hijo, porque nunca te lo perdonará.

* * *

—¿Ocurre algo que yo deba saber? —preguntó Helen.

Llevaba callado desde que fue a recogerla al hotel. El comisario apareció cariacontecido y con la palabra «problema» escrita en los ojos. Helen lo acompañó, como él le pedía, a la comisaría central. La excusa fue que en su compañía iba protegida y como su intención era ir a pie, le brindaba como excepción una oportunidad de disfrutar de un paseo al aire libre. Ella no lo pensó dos veces, pero el agradable discurrir por las calles de Little Italy no estaba resultando tan entretenido

como Helen esperaba por culpa de la actitud taciturna de su compañero de paseo.

—No sé qué te hace pensar que me ocurre algo.

Helen lo tomó del brazo para que se detuviera un segundo y lo miró con un elocuente alzamiento de cejas. Ese «me» que Ray incluyó en la frase, de manera involuntaria, lo delató.

—Tú mismo me lo acabas de confirmar.

—Cosas mías.

—¿No será por lo que sucedió entre nosotros aquella noche?

—No, Helen. No.

Ya habían llegado al edificio de la Jefatura. Helen creyó que aquella coincidencia fue providencial para Ray, porque le dio pie para centrarse en el motivo que lo había llevado hasta allí y no volver a hablar del asunto, ni del que le preocupaba de verdad ni de la noche de desenfreno que aseguraba no preocuparle. No insistió, por tanto. No iba a comportarse como una cotilla ni como esas mujeres cansinas que se creen capaces de solucionar los problemas de los demás. Si no quería contárselo y se trataba de algo personal, tampoco se sentía con derecho a presionarlo.

—Ahora, por favor, espérame sentada. El jefe quiere hablar conmigo, obviamente, en privado.

—Sé lo que es una reunión de trabajo, Ray.

—Me alegro de que estemos de acuerdo.

Entraron en el edificio y, una vez comunicó su llegada al cuerpo de guardia, para que avisaran al jefe Enright, Ray acompañó a Helen hasta una de las sillas de la antesala del despacho donde aguardaban las visitas. La secretaria le ofreció una taza de café que ella aceptó gustosa. La chica golpeó la puerta del despacho de Enright con los nudillos y anunció al comisario Donnelly. Ray se despidió de Helen con una mirada breve cuando oyó su voz, invitándolo a pasar.

—Siéntese, Donnelly.

—¿Alguna novedad que yo deba saber, jefe?

A Ray le hizo gracia escuchar su pregunta casi con las mismas palabras que Helen. Dichosa rubia, la tenía metida hasta en la conciencia profunda.

—El señor Marcus McKerrigan-Montero ha venido a verme.

Ray arrugó la frente.

—Ya sabe que es el padre de la mujer que está envuelta en ese asunto de los tres mil dólares.

—Lo conozco. ¿Y?

—Me ha rogado que velemos por la seguridad de su hija. Aunque su petición venía en envoltorio de lujo. Ha comprado un gimnasio a dos calles de aquí. Uno donde entrenaban boxeadores, gimnastas olímpicos y atletas de competición. De él salió Frank Zuna, el chico que ganó hace dos semanas la maratón de Boston. Dos horas, dieciocho minutos y cincuenta y siete segundos. Nuevo record mundial. ¿No le gusta el atletismo, Donnelly?

—No estoy al tanto.

Los datos le eran indiferentes. Como deporte le parecía aburrido, correr sin perseguir ni ser perseguido le parecía un desperdicio de energía y de tiempo.

—Como le decía, ese McKerrigan ha comprado ese gimnasio. Un local equipado y espacioso. Y ha venido a donárnoslo. Gracias a su espléndido regalo, ahora nuestros hombres tendrán un lugar donde entrenarse gratis.

Ray tableteó con el zapato sobre el parqué. Fijó la mirada durante unos segundos en la jaula del canario de Enrich, en el alféizar de la ventana, y luego miró a su jefe a la cara.

—Me gustaría serle franco, si usted me lo permite.

—Hable, hable, Donnelly —lo invitó con la mano.

—Me fastidia que un tipo rico venga desde Boston y tenga la desfachatez de darnos instrucciones a cambio de un regalo generoso.

Enrich lo previno con una mirada larga.

—Veo rabia en sus ojos, comisario. Voy a decirle una cosa, este escritorio —explicó poniendo la mano abierta sobre el tablero— se diferencia del suyo en una cosa: política. Sé que cuesta entenderlo. Yo soy policía por encima de todo, empecé en la calle y de uniforme, con tanto miedo como ilusión. Pero cuando se llega aquí, arriba, no queda más remedio que hacer uso de la estrategia. Y la habilidad para no caer en la tentación de recibir favores a cambio de hacer la vista gorda.

—No pretendía sugerir...

—Ese hotelero de Boston me pide lo contrario: que alerte a mis hombres. En este caso a usted, su regalo es un aliciente para que trabajemos contentos y en buena forma física. Todo lo contrario de un pago por violar la ley. El cuerpo sale ganando por cumplir con nuestro deber.

—Todos confiamos en usted, jefe. Sabemos que nadie persigue con más ahínco a los policías corruptos.

—Me alegro de que sea así. Pero volvamos al asunto. No le estoy pidiendo que se convierta en el matón oficial de la chica ni que la acompañe noche y día. Podría quedarse en casa de su cuñado si la amenaza viniese de «la Mano Blanca», los Callahan son intocables para los irlandeses y para los italianos.

Coincidía con la opinión de su jefe en cuanto a la impunidad de Kenneth y su padre. Enright sabía de qué hablaba. Él y Robert Callahan eran amigos desde los tiempos en que pateaban juntos un balón en la calle a la salida de la escuela. Pero el problema al que se enfrentaban era otro.

—No es el caso, Todd va por libre —informó—. O eso creemos.

—Si esa mujer vuelve a Boston la perdemos de vista. Y no puedo pedir favores a la policía de allí, ¡ni que fuera la primera dama! Yo creo que lo mejor es mandarla lejos un tiempo. A los Hamptons... No, demasiado cerca. Quizá a la bahía de Cape Cod. Que se lo tome como unas vacaciones de relax, que se entretenga con unos libros, calceta y unos trapitos para bordar. Nadie tiene que saber dónde se encuentra.

Ray chasqueó los dedos. La idea se le encendió en el cerebro como una chispa. Tenía que ir a Germantown al cumpleaños de Oliver, llevarla con él sería una astuta manera de alejar a Helen de Nueva York. Nadie sospecharía su marcha de la ciudad para quedarse unas semanas en el valle del Hudson. Y a sus padres, generosos como pocos, estarían más que dispuestos a tenerla en la granja.

—Jefe, sé de un lugar donde no correrá peligro. Estará lejos y rodeada de gente dispuesta a vigilar que no se le acerque ningún extraño —aseguró, pensando en su propia familia y en los empleados de la granja.

A propuesta de Enright, le explicó su plan. Este estuvo de acuerdo y le aconsejó que no demorara el viaje. Ray le aseguró, satisfecho de matar dos pájaros de un tiro, que el domingo partirían los dos hacia Germantown.

* * *

—Si no queda más remedio y tú opinas que es lo más sensato... —aceptó a regañadientes, al tiempo que se ponía en pie y se alisaba la falda.

El comisario Donnelly tomó el bolsito que Helen había dejado en la silla contigua y se lo puso en las manos.

—Hazme caso —insistió—. En la granja de mis padres estarás a salvo. Allí nadie te conoce. El juez puede tardar semanas en convocar la vista y, hasta entonces, no podemos correr riesgos. Eres testigo de cargo; no es descabellado pensar que quieran liquidarte para evitar que declares.

Con un gesto la invitó para que lo siguiera y juntos abandonaron la comisaría. Ray se despidió del cuerpo de guardia. Helen dijo adiós con una breve sonrisa. Ya en las escaleras de la calle, cuando ningún agente podía escucharla, tomó al comisario por la manga.

—¿No podría quedarme en el hotel Taormina?

Ray descartó su sugerencia negando con la cabeza.

—¿Quieres quedarte allí encerrada hasta el día en que se celebre el juicio?

Helen suspiró resignada, quedarse confinada era una opción que la ponía enferma. Y aventurarse a dar una escapadita de vez en cuando era un riesgo estúpido que no pretendía correr.

—No le des más vueltas, en la granja estarás entretenida y al menos verás el sol. Comprendo que no es la opción más divertida para una chica de ciudad, pero me preocupa más tu seguridad que si te aburres o no.

Helen se rindió ante su mirada convencida, se había tomado muy en serio protegerla y tenía que reconocer que la idea era, de momento, su mejor opción.

Caminaron hasta la esquina de la calle Brome, donde se veían aparcados una hilera de automóviles Ford de la policía. Ray mostró su placa de comisario al conductor del primero de ellos, a la vez que le pedía que tuviera la bondad de acercarlos hasta la Treinta y cuatro. Abrió la puerta para que entrara Helen y él se

acomodó a su lado en el asiento trasero, con la pareja de agentes delante.

Ella no preguntó ni dónde la llevaba, preocupada como estaba por su nuevo destino como huésped de la familia de Ray, a quienes no conocía y que quizá consideraran su presencia una molestia inevitable.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó, bajando la voz; le daba apuro hablar a Ray con tanta familiaridad delante de dos subordinados, pero no le salía tratarlo de usted.

—¿A qué te refieres?

—Tú también testificarás, ¿no? Por lo tanto, es posible que también traten de atacarte a ti.

—Olvidas quien soy.

—No, no he olvidado tu cargo. Pero ya nos dispararon una vez.

—Las balas no iban dirigidas a mí, Helen.

Con un suspiro, asumió esa realidad. El blanco era ella. Ray ya se lo había contado.

—Supongo que hay que ser muy valiente o muy loco para matar a un comisario de Nueva York. Pero aun así...

—Yo iré contigo a la granja, me quedaré unos días para jugar al despiste y para tomarme un descanso, que ya me toca. Aquí en la ciudad nadie sabrá de nosotros, desapareceremos sin más. Yo regresaré en unos días, pero tú te quedarás en Germantown.

—¿Está muy lejos?

—A tres horas de tren y, antes de que empieces a pensar que es un yermo aislado y aburrido, te diré que es un pueblo muy bonito. No te dejes confundir por lo que ves —dijo, señalando con la barbilla el tráfico de la Quinta Avenida—. La gran ciudad es un espejismo, este estado es tan rural como el resto de nuestro inmenso país. Desde aquí hasta Albany todo son granjas y campos.

—Ya lo supongo. Massachusetts también es un gran sembrado, aunque el grueso de nuestra economía sea la pesca.

—Por eso los de Boston solo sabéis comer bacalao y vuestras famosas judías —apostilló con tono burlón.

—Qué gracioso eres, ¿nunca te lo han dicho?

—Mi abuela me lo recuerda cada vez que me ve.

El comentario bromista recordó a Helen su inminente estancia con la familia de Ray. No sabía cuánto tiempo podría prolongarse y eso la preocupaba.

—Ray, no tienes por qué concebir mi protección como algo tan personal —indicó; él arrugó la frente—. Quiero decir que tu familia no tiene por qué hacerse cargo de esta responsabilidad. Y ya que va a hacerlo —asumió en vista de su expresión que no admitía más opción—, debería compensarlos de alguna manera, ya que voy a ser una invitada forzosa en su casa.

—Que es mi casa también —matizó—. Si estás sugiriendo pagar por quedarte en la granja, ya puedes olvidarlo. ¿Crees que mis padres aceptarían un solo dólar?

—Supongo que no —reconoció, los rancheros y granjeros eran gente generosa y hospitalaria.

—No te preocupes por ello, en mi casa siempre hay un plato de comida dispuesto para cualquiera que llegue sin avisar.

Helen se quedó más tranquila. Ray, con su cargo importante en la policía y su experiencia en aquellas calles, en el fondo, era un chico de campo.

—¿Aquí va bien, comisario? —preguntó uno de los agentes, cuando ya se veía el cruce de la calle Treinta y cuatro.

—Perfecto, gracias.

El coche se detuvo en la esquina. Ray bajó del coche y lo rodeó para abrirle la puerta de Helen. Ella agradeció secretamente el detalle de cortesía, dada la brusquedad de su carácter.

Una vez vieron partir al coche, Helen miró a su alrededor, alzando el rostro para admirar la impresionante verticalidad de los edificios del centro de Manhattan.

—Y bueno, ya sé que me consideras una preguntona incorregible. Pero ¿piensas explicarme por qué me has traído hasta aquí?

—Vamos a Macy's —reveló, señalándole la fachada de la tienda más grande del mundo.

* * *

Durante las dos manzanas que distaban los almacenes, Ray le explicó que, además de para protegerla, iba a viajar con ella a Germantown para celebrar el cumpleaños de un niño.

—¿Y era eso lo que te preocupaba hace un rato?

—En parte, sí. Eres más astuta que un poli viejo, señorita McKerrigan-Montero.

—Lo llaman «intuición femenina». Ventajas de ser mujer —apostilló sonriente.

Le hacía ilusión que requiriera su ayuda para elegir un juguete como regalo para ese chiquillo.

Por eso entró llena de entusiasmo por la puerta de Macy's y, muy resuelta, preguntó a los empleados por la sección de juguetería. Como si aquel cometido fuera algo propio, se encaminó decidida a las escaleras mecánicas de rabiosa modernidad y únicas en todo el país.

—Hummm... ¿y qué edad tiene el pequeño?

—Va a cumplir siete años —respondió, tableteando con el zapato sobre los escalones de madera en movimiento.

Tanto interés hizo que empezara a arrepentirse de haberla llevado con él.

—Entonces cómprale una pelota, le gustará mucho.

—A Oliver no —zanjó muy serio—. Él no puede correr detrás de un balón. No es un niño como los demás.

—Así que se llama Oliver.

Aunque el comentario despertó su curiosidad, en vista del rostro taciturno de Ray, Helen prefirió no hacer preguntas al respecto. Tiempo tendría de averiguar a qué se refería con que el chico no era como los demás. Quizá fuera un niño enfermo que tuviera que valerse de una silla de ruedas o de muletas para caminar. La idea la entristeció.

Llegados a la segunda planta, Helen observó la infinidad de juguetes de toda naturaleza, forma y color que podían escoger.

—¿Un oso de peluche?

—Es demasiado mayor para eso, ¿no crees?

—Sí, es cierto —reconoció, a esa edad los niños empezaban a sentirse pequeños hombrecitos—. Y qué tal una pizarra con tizas de colores.

—Ya tiene una. Pero la idea de las tizas no está mal.

—Pues ya tenemos algo, pero como regalo de cumpleaños es muy poca cosa.

—¿Por qué? —cuestionó—. A los niños no hay que malcriarlos dándoles todos los caprichos.

—En eso estoy de acuerdo contigo, pero ¿has pensado en la ilusión que le hará desenvolver más de un paquete? —comentó, acercándose a una pila de cajas tan alta como ella—. ¡Un diábolo! ¿Cómo no se me había ocurrido? Yo tenía uno cuando era pequeña, hace una eternidad que no juego con uno de estos.

Tomó una de las cajas, el dibujo que la decoraba con un niño jugando con su contenido era tan espectacular que entraban ganas de llevárselo a casa. Sin pensárselo dos veces, Helen la abrió.

—¿Pero qué haces? —la regañó, alarmado por si les llamaban la atención.

Ella lo miró con todo el convencimiento del mundo.

—Probar la mercancía, ¿no pretenderás comprar un juguete sin asegurarte de que funciona?

Ray iba a replicar, pero ella ya tenía los mangos de madera en las manos y tensaba la cuerda. El primer intento falló, el segundo, no. Helen lanzó el diábolo al aire y lo recogió otra vez haciendo equilibrios con el cordel con una maestría que lo dejó boquiabierto. Una empleada aplaudió desde detrás del mostrador, eso la animó a lanzarlo más alto.

Ray temió por la seguridad de la lámpara, pero Helen estaba en su salsa a la vista de la pericia que demostraba con el juguete.

—¿Has visto, comisario? ¡No se me ha olvidado con los años! —exclamó exultante.

Y lo lanzó de nuevo por los aires.

Ray meditó sobre lo imprudente de llamar la atención de aquella manera, estando como estaban los dos en el punto de mira de una banda criminal. Y empezó a impacientarse al ver que cada vez eran más los clientes curiosos que empezaban a rodearla haciendo corro para observar su exhibición.

Una empleada que ordenaba un estante de muñecas de porcelana, dejó lo que

estaba haciendo y se acercó, movida por la curiosidad.

—¡Caray! Qué bien se le da a su esposa —comentó con Ray—. Ya me gustaría a mí atraparlo al vuelo con tanta pericia. Estará orgulloso de ella.

—Mucho —dijo por decir.

La mujer regresó a su tarea y Ray no hizo nada por desdecir su suposición. Acababa de dar por hecho que ellos dos eran marido y mujer. Pese a considerarlo en su fuero interno una idea descabellada, apreció que el equívoco en tales circunstancias resultaba una baza a favor; ayudaba a Helen a pasar desapercibida.

Eran tantos los curiosos que el corrillo se estrechaba en torno a ella, tanto que él tenía que hacer esfuerzos por verla entre cabeza y cabeza.

—¡Ay!

El respingo que dio lo puso sobre alarma. Ray se abrió paso, recogió el diábolo que rodó hasta sus pies y la vio mirar furiosa por encima del hombro a un tipo bajito que le sonreía con descaro.

—Está bien, nos lo llevamos. Se acabó el espectáculo —dijo tomándola del brazo.

—No es preciso que me lleves a rastras —protestó, negándose a moverse del sitio. Sin que Ray pudiera evitarlo, Helen le dio un tremendo bofetón al hombre de la sonrisa—. ¿Y usted que se ha creído? ¿Qué mi culo es un tambor?

El hombre se puso rojo como la grana. Helen lo asaeteó con una mirada de ángel devastador, lo ignoró dándole la espalda y taconeó hasta el mostrador más cercano.

Ray soltó una carcajada; la chica de Boston tenía estilo para parar los pies a cualquiera. Había que ser un valiente o un tonto de remate para atreverse a palmearle el trasero a una mujer con su genio. Lanzó el diábolo al aire y volvió a atraparlo con la mano como una pelota de béisbol. Al pasar junto al hombre, le dio una colleja que le descolocó el sombrero.

—Ya has oído a la rubia, listo. Se mira pero no se toca.

Una vez Helen hubo hecho el equipaje y se despidió agradecida de los Taviani y de su hermana Laura, ella y el comisario Donnelly tomaron el primer tren con parada en Germantown. No llegaron a tiempo de tomar el expreso de Albany, por lo que tuvieron que conformarse con el de cercanías que llegaba hasta Chatham, población en la que los convoyes de la Compañía de Ferrocarril del Río Hudson enlazaban con los que iban a Boston, Búfalo y Filadelfia, y con los trenes que cruzaban la frontera hasta Montreal.

—Hace años que no asisto a un cumpleaños infantil —comentó Helen.

Los edificios de los suburbios iban pasando de largo. A través de la ventanilla, contemplaba el paisaje de las afueras, con su fea imagen de fábricas y solares donde crecían las malas hierbas del norte de Harlem. El *glamour* del alto Manhattan hacía rato que lo dejaron atrás.

—Tengo otro motivo para este viaje, además de los dos que ya conoces —confesó Ray—. Llevarte a ti, asistir a una fiesta y enmendar un error que debí solucionar mucho antes.

No le importó reconocer ante ella y ante sí mismo que había eludido durante años su responsabilidad como padre. Una vez más, su bella acompañante lo sorprendió. Esperaba un aluvión de preguntas y no las hubo.

—Yo también he cometido errores —reconoció, pensativa.

—Parece imposible, no das la imagen de mujer acostumbrada a equivocarse.

—Pues lo soy —rebatía, sonriendo con tristeza y resignación—. Hubo un tiempo en que me volví ambiciosa. Cuando me quedé viuda, sin un hijo que me devolviera las ganas de vivir, centré mi existencia en el trabajo. Mi padre pensó que mantenerme ocupada sería bueno para mí y no soy de las que se conforman con asistir a meriendas y actos de caridad.

Ray la escuchaba con interés.

—Busqué el éxito a toda costa y estuve a punto de hacer mucho daño a las personas que más quiero —recordó que por culpa suya y su alianza con el hijo del senador Flint, corrieron peligro su hermana, Kenneth, el hotel Taormina y el prestigio de su propio padre—. No te imaginas hasta qué punto fui capaz de equivocarme. Me sentía tan sola...

—Tienes a tu familia. Y a la de tu marido.

—Te equivocas. Los Mongabay me desprecian. Mientras vivió Benjamin, me toleraron porque no les quedaba más remedio. Pero una vez muerto mi marido, me demostraron lo poco que significo para ellos. Ya no tenemos trato.

—¿Por eso recuperaste tu apellido de soltera al enviudar? —dedujo Ray.

Siempre había tenido curiosidad por preguntarle respecto a ello. La había conocido como McKerrigan, siempre le chocó que no se la presentaran con el apellido de su difunto marido.

—Sin Benjamin y viendo lo poco que me quieren los suyos, conservar el Mongabay junto a mi nombre carecía de sentido.

—Te entiendo. Si fuera mujer, yo habría hecho lo mismo. ¿Puedo preguntar por qué no te aprecian?

—Mi familia no pertenece a su clase.

—Tu padre tiene influencia y dinero.

—Pero carece de abolengo. Mi abuelo era un escocés que hizo su fortuna en los muelles de Boston de manera poco cristalina, digamos. Y mi abuela una bailarina española, imagínate, ¡una artista gitana! Mi madre una activista del sufragio femenino. Los McKerrigan somos muy poco correctos.

—Y para colmo, católicos —apuntó, sabiendo que pese a su fortuna siempre serían ciudadanos de segunda.

Él también. Aunque nunca había pisado Irlanda, sería siempre «un irlandés». Una herencia que portaba con orgullo, sin importarle cuánto lo condicionaba para trepar en la escala social; ascenso en el que, por otra parte, no tenía el menor interés. Era el hijo de un granjero que escogió el oficio de defender la ley y se sentía muy satisfecho con ello, a pesar de saber que nunca sería invitado a fiestas con clase, ni a una velada de la Sociedad General de Descendientes del Mayflower, ni a presenciar un partido de los Nicks en el palco del alcalde.

El tren se detuvo en Hartford. Escucharon bullicio en el vagón; algunos pasajeros recogieron equipajes y bultos, para apearse y dejar hueco a otros que subieron y buscaron asientos donde acomodarse. Helen estiró las piernas, pero las replegó enseguida bajo la butaca para dejar paso a una mujer cargada con dos chiquillos que encontró sitio en el extremo del vagón.

Observó el pelo ensortijado del más pequeño y, volviendo hacia Ray, continuó con su relato, como algo parecido a una expiación.

—Pero cuando me di cuenta de la mujer fría en la que me estaba convirtiendo, decidí no dejar que soledad me afectase. Me olvidé de quienes no me aprecian y me centré en hacer felices, en lo posible, a las personas que me importan —reconoció, y esbozó una sonrisa al venirle a la cabeza una discusión mantenida con Ray días atrás —. Ejerciendo de casamentera a veces. ¿Por qué no?

El jefe de estación hizo sonar el silbato y el tren reanudó su rítmico traqueteo.

—Puede que atraigas el amor —dejó caer, Ray.

—No lo creo. En lo que se refiere a mí, el amor pasa de largo.

Se burló de sí misma con un sentido del humor envidiable y esa risa musical tan propia de ella, pero en el fondo de su mirada Ray pudo entrever cierta sombra de tristeza. Ciertamente era que ellos habían compartido pasión, pero el amor no tenía nada que ver con lo sucedido aquella noche. Aunque a Ray volvió a molestarle escucharlo de su boca tanto como la primera vez. Era una mujer muy guapa y, a pesar de ello, estaba sola. Obviamente, por decisión propia. Quizá estuviera enamorada todavía de su difunto marido... No, eso seguro que no. Ella no era de las que amaban a uno y se

desabrochaban la blusa para otro, se dijo, recordando los besos apasionados y su cuerpo debajo del suyo. Pensar que para ella solo había sido un entretenimiento le golpeaba el ego, pero él era un hombre ecuánime y reconoció que para él, aunque memorable, había sido precisamente eso: un pasatiempo. Helen era la evidencia de que una mujer y un hombre tenían las mismas necesidades; ella misma se lo había dicho, para ella una noche de entrega no significaba la espera automática de un anillo en el dedo.

El tren paró en la siguiente estación. Esa vez solo bajó una familia del vagón. Ray miró sin interés el trasiego en el andén. Una pareja se despedía con un fuerte abrazo. Había tanta congoja en la cara de la mujer que desvió la vista, sintiéndose un fisgón.

Ajena a lo que sucedía al otro lado de la ventanilla, Helen acaba de sacar un espejito en el bolso y se repasaba el lápiz de labios. Mirándola de reojo, Ray se preguntó si no había vuelto a casarse porque esperaba a un príncipe azul, absolutamente fiel y millonario, fino, cosmopolita, con pajarita blanca y el pelo engominado. De esos que solo aparecen en las novelas de diez centavos. Parecía una mujer con los pies en la tierra, y si era de las que creía en sueños imposibles, allá ella.

—Te queda bien el papel de creadora de momentos inolvidables —comentó observando sus ojos soñadores y sus labios recién realzados con un bonito tono rosa coral.

Ella le devolvió una sonrisa agradecida.

—Una boda lo es.

—Supongo —zanjó con aspereza, arrepentido de su propio comentario.

Él nunca había estado casado, no sabía a ciencia cierta qué se sentía en una ocasión tan solemne y única en la vida. Pero ella sí había recorrido el pasillo de una iglesia vestida de novia para desposarse con otro llamado Benjamin Mongabay. El hecho de que lo considerara inolvidable no resultaba una sensación agradable.

Helen guardó el lápiz de labios y el espejo. Depositó el bolso en un lado del asiento y las manos sobre el regazo.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí. Cuéntame, ¿quién es Oliver? ¿Un sobrinito?

Ray la miró a los ojos.

—Es mi hijo.

Helen tardó una eternidad en cerrar la boca. Se había quedado muda y descompuesta. Se miró las manos laxas en el regazo y tomó una decisión. Se puso de pie, cogió su abrigo y el bolso y se fue por el pasillo.

—¿A dónde vas?

—A tomar el aire —farfulló sin mirar atrás.

Ray se repantigó de nuevo en su butaca y cerró los ojos. Las mujeres eran una condena. No había dicho nada que pudiera molestarla. No entendía aquella cara de dignidad herida.

No había acabado su perorata mental contra el género femenino y sus arrebatos

carentes de lógica cuando se vio impulsado hacia adelante sin control. El tren frenó con un chirrido de raíles y un bamboleo brusco. Varios paquetes cayeron de los portamaletas de encima de las ventanillas.

Hubo alarma general, los viajeros se preguntaban a voces. Ray se levantó de un salto, preocupado por Helen. Un momento antes caminaba por los pasillos, podría haber caído y haberse lastimado. Atravesó la portezuela hasta el siguiente vagón y no la encontró.

—¿Por qué nos hemos parado? —preguntó a un interventor.

—Alguien ha tirado del cordón de alarma.

Al escuchar el motivo de la parada en la ladera de un bosque, se temió lo peor. Corrió a la plataforma. Las puertas estaban abiertas. Se asomó a un lado y a otro. Y entonces la divisó, caminando en dirección contraria con el abrigo ligero sobre los hombros, tan digna como una diosa. Ray soltó un juramento, saltó a tierra y corrió detrás de ella.

—¡Helen!

Ella no aminoró la marcha ni giró la cabeza. Con el tacón derecho pisó en falso sobre una piedra y trastabilló, pero recuperó la verticalidad emprendiendo la caminata con el mismo ímpetu. Ray la alcanzó a cincuenta metros y la detuvo poniéndole una mano en el hombro.

—¿Estás loca? ¿Dónde crees que vas?

—Vuelvo a Nueva York —dijo soltándose de su mano.

—¿Andando? Ven aquí —insistió cogiéndola del brazo; Helen paró por fin—. ¿Pero qué bicho te ha picado? ¿Tú sabes lo que acabas de hacer?

Ella miró a los viajeros asomados a las ventanillas que él le señalaba con la cabeza y apretó los labios, sin arrepentirse ni un pelo de haber detenido el tren.

—¿Por qué no me dijiste que eras un hombre casado? —Ray la miró perplejo—. ¡Eres un sinvergüenza! Yo nunca, nunca, ¡nunca...! De haberlo sabido jamás hubiera pasado contigo aquella noche que más vale olvidar.

Ray se mordió el labio inferior rogándose paciencia. Algunos de los viajeros comenzaban a impacientarse, sus gritos increpándoles se escuchaban desde allí.

—Soy tan soltero como el día que nací.

—Tienes un hijo, ¿no? A ver cómo se explica eso.

Él le puso las manos sobre los hombros y le mostró su más absoluta franqueza.

—Helen, nunca he estado casado. Es una larga historia, mejor te la cuento en el tren.

En ese momento, ella sintió un bochorno creciente. No pretendía hurgar en sus intimidades y, a la vista de la impaciencia de viajeros, maquinista e interventor, se avecinaban muchas miradas de reproche.

—Todo el mundo nos mira —murmuró avergonzada por lo que se había atrevido a hacer.

Ray la cogió de la mano.

—Démonos prisa. Y vete inventando una buena excusa.

* * *

Hicieron el resto del camino apoyados en la pared de madera de la plataforma. Como la siguiente estación era la suya, Helen prefirió evitar miradas de censura.

Ray acababa de contarle su aventura pasajera con una corista de vodevil, que tuvo consecuencias inesperadas.

—Llegó un día, me puso a mi hijo en los brazos y no la volvimos a ver.

—¿Cómo no regresó para recuperar a su hijo?

—Murió.

Helen apretó los párpados con aire contrito.

—Lo siento —murmuró.

Ray hizo un sucinto ademán ante un hecho que ya no tenía remedio.

—El furgón donde viajaba con el resto de la orquesta se despeñó por un barranco en Luisiana. Murieron todos. La noticia salió en los periódicos, por eso supe que jamás regresaría a por Oliver tal como prometió.

Helen afianzó los pies, las sacudidas del tren los hacían balancearse a cada momento.

—Esta mañana me dijiste que no es un niño como los demás.

Ray apretó la mandíbula y desvió la mirada.

—Mi hijo apenas ve. Por eso no puede jugar, ni correr, ni hacer muchas cosas que hacen los niños de su edad. Es imposible que persiga una pelota si no puede verla.

El dolor en su voz emocionó a Helen. Tomó la mano de Ray y la apretó para que la mirara a los ojos.

—Conozco a alguien que perdió la vista en la guerra y no necesita ver para ser un hombre completo. No hace falta que te diga que estoy hablando de Phillip Taviani, tú lo conoces mejor que yo.

Habían servido juntos en la Gran Guerra, pero la comparación de Helen no llegó a borrar la expresión atribulada de su rostro. Ella entendió su pesar. Phillip era un conocido, Oliver era su hijo; y no existe dolor que torture más que el que sufren las personas que más queremos.

Por fin el tren paró en Germantown y la conversación quedó en el aire, para alivio de los dos.

Ray entró en el vagón a por las dos maletas que constituían el equipaje de Helen mientras ella se apeaba del tren. Cuando las depositó a su lado en el andén, la hizo esperar allí. Durante ese tiempo, Helen saludó con afable cortesía a los dos ancianos que mataban el tiempo sentados en un banco. Momentos después, tenía de vuelta a Ray. Venía acompañado de un hombre de raza negra que se aprestó a ayudar cogiendo una de las pesadas maletas.

—Bobby, te presento a la señorita McKerrigan.

—Un placer, señorita.

—Helen, Bobby Damon —indicó; ella le estrechó la mano—. Nos llevará hasta la granja en la furgoneta de correos.

—En cuanto recoja las sacas —añadió, señalando con la barbilla los fardos de paquetería que uno de los ferroviarios acababa de dejar en el andén y así se lo hacía saber a Bobby, desde la plataforma.

El jefe de estación, que charlaba con el maquinista, tocó el silbato, movió la bandera y el tren arrancó. Bobby despidió agitando el brazo al empleado de la plataforma antes de que los últimos vagones del convoy giraran la curva y se perdieran de vista.

—En marcha —indicó Ray cargándose al hombro una de las sacas.

Helen disfrutó del corto viaje, sentada entre los dos hombres. Pocas veces en su vida había tenido ocasión de visitar el campo y Germantown era un pueblecito encantador de tamaño medio. No resultaba aburrido, gracias al tráfico de viajeros procedentes de la estación y del embarcadero. Los *ferries* cruzaban el río, comunicando así las poblaciones de las dos orillas. De allí partían también las barcazas que transportaban troncos y toda clase de mercancías desde el valle del Hudson hasta el puerto de Nueva York.

Diez minutos después, se encontraban ante la granja de los Donnelly, una de las últimas edificaciones a las afueras. Ray despidió al empleado de correos, no sin darle una propina, y dio un silbido para avisar de su llegada. Una mujer se asomó a una de las ventanas de la planta baja, por las cortinas de cuadros Helen dedujo que aquello sería la cocina y que aquella debía ser la madre de Ray. Lucía el cabello tintado de caoba, cortado a la mandíbula, muy a la moda, que sujetaba con una diadema fina de carey. Su imagen impecable, a pesar de la ausencia de maquillaje, agradó mucho a Helen. Y rompió su idea preconcebida de una granjera, mujeres que siempre había imaginado con ropas muy tradicionales y aspecto avejentado.

Al poco, salía corriendo y Ray la atrapaba con ambos brazos, levantándola del suelo para darle un beso en la mejilla. Helen presenció la escena con una sonrisa.

—¿Y papá?

—En los sembrados de avena con los muchachos.

—¿Y el chico?

—Enseguida viene. ¡Oliver! —chilló en dirección a la casa—. Mira quién acaba de llegar.

—Mamá —dijo, dejándola en el suelo—. Tengo que presentarte a la señorita McKerrigan.

Procedió a las presentaciones y a Helen le resultó encantadora Doris Donnelly.

—Betty y yo ya hemos preparado para ti el dormitorio de Raymond. Tú dormirás en el cuarto del desván —anunció a este con una dulzura materna que no admitía discusión.

Ray aceptó de buena gana, era lo más cortés y, además, él no había hecho planes

de quedarse en la granja todo el tiempo que permaneciera Helen allí. La obligación y el trabajo pendiente lo reclamaban en comisaría.

—¡Papá!

Ray las dejó a un lado y se agachó para recibir a su hijo. Helen sintió un nudo en la boca del estómago al verlo avanzar hacia ellos con pasos rápidos pero sin atreverse a salir corriendo como haría cualquier chiquillo de su edad. Padre e hijo se fundieron en un abrazo y entonces supo Helen cuánto quería Ray a aquel pequeño, a pesar de lo poco que hablaba de él. Se inclinó para darle la mano cuando Oliver le fue presentado. Él la miró con muchísima atención, acercándose mucho a su rostro.

—Qué dientes más blancos —comentó—. ¿Usted también los pone por las noches en un vaso con agua y unas gotas de lejía como la abuelita Ada Mae?

A Helen le entró un ataque de risa ante semejante ocurrencia.

—Oliver, ¿dónde están tus modales? —lo regañó su padre.

—Perdón.

—No se lo tenga en cuenta, señorita McKerrigan. Ha heredado la sutileza de su papá —comentó Doris Donnelly en tono bromista.

Observó con atención las manchas glaucas que empañaban sus ojitos como un sutil velo gris y que le impedían ver como a los demás. A simple vista no se notaban; para distinguirlas, había que fijarse muy bien.

Ray acompañó a su madre a la casa, cargado con las maletas de Helen. Ella aprovechó para conocer al niño.

—Me parece que tengo ganas de conocer a esa abuelita Ada Mae.

—Es muy vieja. Tiene casi doscientos años, creo.

—Pues voy a contarte un secreto: yo tengo los dientes tan blancos porque los froto mucho con el cepillo.

—No ha estado bien decir lo de la lejía y el vaso, ¿verdad? —se arrepintió, rascándose la cabeza.

—No mucho.

Durante el viaje en el tren, Helen llegó a pensar que Ray podía no ser el padre del niño y haber asumido su crianza por una cuestión de honor y de humanidad. Pero viéndolo en ese momento, no le cupo duda del parentesco. Oliver era un calco de su padre en tamaño infantil. Idénticas facciones, excepto por el cabello que Ray tenía rubio oscuro y su hijo negro y brillante como las plumas de un vencejo. Tan oscuro como lo luciría ella misma, de no llevarlo tintado de rubio dorado.

—Para compensarme, tienes que decirme algo bonito sobre mis ojos.

Ray se acercaba hacia ellos. Al llegar, se colocó al lado de Helen y se dedicó a escuchar qué se traían los dos entre manos. Ella se había puesto en cuclillas para quedar a su altura. Oliver se acercó mucho a su cara.

—Tienes unos ojos negros muy bonitos.

—Muchas gracias. Es usted muy galante, joven caballero.

El niño dejó escapar la risa entre los dientes. Un perro casi tan alto como el niño,

se acercó y empezó a retozar contra él. Oliver lo cogió por el lomo y se alejó, jugueteando con el animal.

Helen se cruzó de brazos y miró a Ray, bastante contrariada. Se había preparado para presenciar una tragedia infantil y lo que tenía delante era una criatura con una energía que daba gozo verlo.

—Me hablaste de tu hijo como si fuera un pobre lisiado y ¡este chiquillo solo necesita unas gafas!

* * *

—Eres muy lista —farfulló Ray—. De no ser por ti, no nos habríamos dado ni cuenta —apostilló con una ironía resentida—. ¿Crees que no lo han visto los médicos? Mi hijo sufre cataratas congénitas. Sus ojos son como los de un viejo de ochenta años. Y por supuesto que tiene unas lentes guardadas un cajón, más de unas ha tenido.

—Ese es el problema, que están en un cajón y no las lleva puestas. ¡Oblígalo a llevarlas!

Ray estaba cada vez más enfadado, por el hecho de que minimizara el problema de visión de su hijo y por creerse con derecho a darle lecciones respecto a su manera de educarlo.

—Yo no vivo aquí —se escudó—. Y para lo poco que le sirven...

—Ya se acostumbrará. Hazme caso, si las lleva de continuo, no podrá prescindir de ellas.

Ray se aflojó el nudo de la corbata con un tirón impaciente. Había dejado la chaqueta en la casa.

—¿Y tú qué sabes? En cuanto se mueve un poco, se le caen.

—Mírame —pidió alejándose unos pasos; alzó un zapato, enfilando la punta hacia él—. Yo nací con los pies mirando uno para acá y otro para allá —confesó, señalando a derecha e izquierda con una mano; para explicarse mejor, despatarró los pies como un pingüino—. Llevé durante toda mi infancia unos horribles zapatos ortopédicos. Lloré, pataleé, me revelé, pero mi madre fue siempre inflexible obligándome a llevarlos. Las niñas de la escuela se burlaban de mis zapatones de chico. Pero ¿sabes qué? Ahora lo agradezco porque gracias a ello puedo andar, incluso con estos tacones.

Helen calló al ver que Oliver regresaba junto a ellos, el perro, un collie de pelaje naranja y blanco, estaba muy entretenido ladrándole a un ratón de campo que corría a esconderse en el agujero de un tronco.

—Hay ratones —asumió Helen con cara de terror.

La risa que le entró a Ray, alejó su mal humor.

—Claro que hay ratones y serpientes y pájaros y arañas —enumeró divertido con sus ojos de espanto—. Pero tranquila que no te comerán, ratita de ciudad.

Ella le sostuvo la mirada con dignidad y se dirigió al chiquillo.

—Si voy a vivir aquí, es hora de que conozca todo esto. Oliver, ¿te apetece enseñarme la granja?

—¡Sí! ¿Sabe montar a caballo, señorita McKerrigan?

—Me temo que no. Me dan un poco de miedo.

Le ofreció la mano y Oliver se la agarró, con una sonrisa burlona como si acabara de escuchar una gran tontería. Ninguna persona que él conociera tenía miedo de un caballo.

Ray los vio marchar, charlando animadamente, mientras se enrollaba las mangas de la camisa. Cuando hubo terminado, ya estaban bastante lejos. Regresó a la casa y entró en la cocina.

Su madre andaba preparando la cena.

—¿Betty no te ayuda?

—Ha marchado a su casa hace rato. Con eso de la boda, siempre tiene cosas que hacer. Pero antes de marchar, ha dejado la tarta hecha en la alacena. Esta noche, a los postres, Oliver soplará las velas.

Se trataba de una muchacha del pueblo que la ayudaba con las tareas domésticas. Pero desde que ella y el capataz se prometieran, tenía la cabeza ocupada con su inminente boda.

—¿Te has acordado de traerle un regalo?

—Por supuesto —se apresuró a responder, molesto ante lo que sugería la pregunta.

—Y a mí, ¿qué me has traído de la ciudad?

—Nada. No es tu cumpleaños.

Su madre dejó la cuchara de madera en la encimera y le lanzó una mirada burlona.

—Este es mi hijo, siempre tan detallista.

Ray le tomó la mano y se la besó.

—Te he traído compañía —dejó caer con un guiño—. ¿De verdad no te importa tenerla aquí?

—Ya te dijimos que sí ayer cuando llamaste y dejaste el recado en la tienda.

En la granja no disponían de teléfono, Ray se comunicaba con sus padres a través del que había en el colmado de los Bates, que estaba en el centro del pueblo, junto al hotel y el embarcadero.

—Es muy elegante —añadió su madre.

—Y desesperante.

Doris se secó las manos en el delantal y alzó las cejas.

—No cambiarás nunca; por mucho que te empeñes en decir que prefieres a las mujeres tranquilas y hogareñas, te gustan las que son todo menos eso.

—No me gusta.

—Ya.

Ray se estiró en la silla. Belle, la madre de Oliver, era muy bonita y le dio

problemas para aburrir. No iba a permitir que la viudita McKerrigan le complicara también la vida. Su trabajo consistía en protegerla, punto final. Hubo un desliz de una noche, pero no volvería a suceder.

—Ya te expliqué que la he traído a casa para ponerla a salvo —se escudó—. No te empeñes en ver algo que solo existe en tu imaginación.

Su madre ojeó por encima de la cabeza de Ray para avistar mejor el reloj que tenían sobre la repisa del aparador. La enorme estancia que ocupaba toda el ala derecha de la planta baja, hacía las veces de cocina, comedor y sala de estar también, gracias a los butacones y un sofá dispuesto frente a la chimenea. En el extremo opuesto, había una estufa de carbón que debían utilizar para sobrellevar los rigores del largo invierno.

—Ve a ver a tu abuela —dijo Doris.

—¿Ahora?

—Hay tiempo de sobra antes de la cena. Y lleva contigo a la señorita Helen. Ada Mae se alegrará de conocerla.

* * *

Subieron por el camino de la colina dando un paseo. Iban los tres juntos, Oliver de la mano de Ray. El niño estaba encantado de tener a su padre allí, cosa que sucedía una vez al mes o incluso más de tarde en tarde.

De camino, entre padre e hijo explicaron a Helen que Ada Mae era la madre de Charles Donnelly, abuela de Ray por tanto y bisabuela de Oliver. Hacía veinte años que falleció su marido. Fue entonces cuando la anciana se empeñó en abandonar la casa familiar y mudarse a la cabaña de la colina. Cuando llegaron a esta y, mientras Ray llamaba a su abuela y repicaba sobre la puerta, Helen admiró la bonita y cuidada construcción. Por la explicación de Ray, supuso que debía ser parecida a una choza. En cambio, aquella rústica casita de troncos en el claro del bosque tenía tanto encanto que no le habría importado vivir allí.

—Adelante —oyeron desde fuera.

Ray empujó la puerta y la vieron salir de la habitación, en camisón, con una toquilla de ganchillo sobre los hombros y una cofia blanca en la cabeza rematada de puntilla. A Helen le recordó a la abuela de Caperucita Roja, igualita que en la ilustración de un viejo tomo de cuentos de los hermanos Grimm que aún debía andar por algún rincón en la casa de su padre, en la que vivió hasta que se casó.

Parecía muy vieja, no era de extrañar que Oliver le supusiera una edad absolutamente imposible de doscientos años, aunque camino de la centena debía estar.

—Chico, tráeme los dientes, hazme el favor.

Oliver acudió diligente hacia el dormitorio de la anciana y un instante después regresaba con la dentadura en la mano. Ray miró hacia otra parte y Helen cerró los

ojos horrorizada. Cuando volvió a abrirlos, la anciana exhibía una sonrisa blanquísima como las de las cantantes negras de *Jazz*. Había rejuvenecido treinta años de repente.

—No esperaba visitas a estas horas —se excusó de mala gaita.

Se sentó en el único sillón de la estancia, con la dignidad de una matrona de la antigua Roma y llamó a su nieto con la mano. Ray se aproximó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, abuela?

—Ya me ves, esperando la muerte.

Helen se mordió los labios para permanecer tan seria como merecía aquel fúnebre comentario. Ray y Oliver no tuvieron tanto tacto y exhibieron sendas sonrisillas burlonas que hicieron torcer el gesto a la abuela y amenazarlos con repartir bastonazos.

Ray insistió en que bajara a cenar con la familia, que aún lucía el sol y era pronto para retirarse a dormir. Pero ella se negó, impertérrita. La anciana felicitó a Oliver por su cumpleaños y le regaló dos dólares para que los guardara en el tarro de confitura que utilizaba a modo de hucha.

Cuando le presentó a Helen, ambas mantuvieron una simpática conversación.

—Bonitos dientes, sí señor —Helen pensó que lo de examinarle la dentadura como a una yegua en la feria de ganado debía ser cosa de familia—. A ver, date la vuelta. Buen busto y buena grupa. Como debe ser una mujer. ¿Tienes marido?

Helen le explicó que era viuda y la anciana aprovechó para glosar las virtudes del buen hombre que fue su difunto esposo y abuelo de Ray.

—Eres muy bonita y muy joven. No tardarán en ponerte un anillo de compromiso, es la manera que tienen los hombres para que los otros machos sepan que ya estás amarrada.

A Helen le gustó la ironía de aquella anciana, que para cualquier explicación utilizaba símiles ganaderos.

—Esa ventaja tienen ellos —comentó mirando su dedo anular desnudo—, que nosotras no les ponemos un anillo y siempre parecen libres y dispuestos.

—A nosotros se nos nota porque miramos a las mujeres sin verlas —intervino Ray—. Cuando un hombre no mira a una mujer, ella ya sabe que hay otra que lo tiene cogido por las pelotas.

—Cuánta delicadeza, comisario —ironizó con una lenta sonrisa que atrajo la mirada de Ray sobre sus labios como un imán—. Tú no eres de los que se deja coger... por ahí.

—Depende —contradijo con un guiño malicioso.

—Vaya, vaya con mi nieto. Cuidado con él, niña —avisó—. Siempre le han gustado las chicas de ciudad. Demasiado.

—No se preocupe por mí. Soy dura de pelar.

La anciana sonrió con sorna. Rato después, Helen abandonó la casa con la

sensación de que la simpatía era mutua.

Al día siguiente, después de desayunar, Helen todavía retenía en la memoria la carita de felicidad de Oliver la noche anterior, en el momento de soplar las siete velas. Y la alegría con que destapó el envoltorio del diábolo. La caja de tizas de colores le hizo ilusión, pero no tanta como el juguete.

—La señorita Helen me ayudó a escogerlo, es un regalo de parte de los dos —había dicho Ray.

Nunca le agradecería bastante ese detalle con ella, pues se sentía tremendamente culpable por no haber pensado en comprar un regalo también.

Salió de la casa y fue hasta el banco de troncos; Oliver lanzó un palo a lo lejos y el perro salió corriendo tras él.

Helen insistió en ayudar a retirar la mesa del desayuno, ya que Doris se negó a dejarla fregar las tazas con el pretexto de que se estropearía la laca de las uñas. Después, su anfitriona sacó el costurero para remendar calcetines y Helen tuvo una idea. Pidió prestado un trocito de elástico.

—Gracias, Doris —dijo Helen, cortando un trozo.

—No me des las gracias por tan poco, chiquilla —replicó esta, sin levantar la vista de la aguja y el huevo de madera que usaba para los remiendos.

Helen miró por la ventana a la vez que volvía a guardar el rollo de goma elástica en el costurero. Vio al niño jugando con uno de los perros y miró el pedazo que acababa de cortar. Era del que se usaba para ajustar la lencería y las ligas.

Salió de la cocina y caminó por el patio cavilando la manera de enfocar su idea de la manera más sutil. Oliver acababa de sentarse en el banco de madera, a la sombra del granero y Helen lo hizo a su lado.

—¿Ya te has cansado del diábolo?

—No, es un regalo fabuloso —dijo por cortesía.

Helen disimuló una sonrisa; típico, pasada la novedad había perdido interés por el juguete.

—Luego, si quieres, yo jugaré contigo.

—¿Usted sabe lanzar el diábolo?

Helen asintió con aire experto y el niño la observó sorprendido. En su cabecita no cabían los adultos que jugaban a cosas de niños.

—Entrenar a tu perro parece entretenido —comentó, sentándose a su lado—. ¿Cómo se llama?

—Nipper. Y su hermano, Sultán. Debe andar persiguiendo ratones.

—Yo creo que te divertirías más si corrieras tú con él, ¿no crees? —comentó, subiéndole las gafas con el dedo hasta el puente de la nariz.

El pequeño se encogió de hombros.

—Cuando corro se me caen.

—¿Oh, se trata de eso? Pues yo creo que sé cómo poner solución a un problema

tan pequeño. ¿Me permites?

Helen le quitó las gafas y anudó el elástico en los extremos de las patillas ante la poco convencida mirada de Oliver. Luego se las colocó de nuevo.

—¿Qué tal ahora?

El perro regresó con el palo en la boca. Sin pronunciar palabra, Oliver se levantó de un salto, se lo arrebató y escapó con una torpe carrera. Al principio sus andares eran vacilantes, poco a poco fue ganando confianza. Al rato, corría con el perro pegado a los talones. Lanzó el palo mucho más lejos que antes y el animal trotó en su busca.

Convencido solo a medias, el niño regresó junto a Helen.

—Bien, aunque se burlarán de mí en la escuela —confesó, sentándose de nuevo a su lado.

—Pues no debes permitirlo —aconsejó ella, enseñándole el puño cerrado—. Después de un par de mamporros se acabarán las bromas.

—Ellos me pegarán más fuerte.

Helen se mordisqueó el labio para no decir lo que pensaba. Por un exceso de cariño, toda la familia estaba sobreprotegiendo al niño. Y estaba segura de que, como cualquier chico de su edad, debía aprender a defenderse. Tampoco es que fuera a sufrir un percance por recibir algún que otro tortazo.

—Eso está por ver, yo creo que eres un chico con unos brazos muy fuertes.

El pequeño sonrió. El perro aguardaba frente a ellos, con el palo entre los dientes. Cuando Oliver le dio su premio en forma de caricia, el animal abrió la boca y lo dejó caer al suelo. En ese instante, una tórtola salió volando de su nido y Nipper corrió a perseguirla.

—Es usted muy amable, señorita McKerrigan —dijo el pequeño mientras el perro se alejaba detrás del pájaro a ladrado limpio.

Era un niño bien educado. Helen intuyó que debía considerar una descortesía haber puesto tantas pegas, en lugar de darle las gracias.

—¡Ay, por favor, me siento muy vieja cuando me hablas de usted!

—La abuela y la maestra Sutter dicen que a las personas mayores hay que tratarlas de usted.

Helen se llevó la mano al pecho, sorprendida y algo ofendida.

—¿Tan mayor me ves?

—Papá dijo que es usted viuda, como la abuelita Ada Mae.

Helen sonrió y le apartó el flequillo que le tapaba las gafas, otra cosa que el pequeño necesitaba era un buen corte de pelo.

—Y es cierto. Mi marido murió en la Guerra. Tu papá regresó, pero muchos soldados no lo hicieron —comentó seria, e inmediatamente sonrió para no afligir al pequeño—. No todas las viudas somos viejas, yo tengo la misma edad que tu papá y a él le hablas de tú.

El niño la miraba con carita de duda.

—Además —añadió—. Si sigues tratándome de usted, yo tendré que corresponder de la misma manera. ¿Qué tal le ha ido hoy en la escuela, señor Donnelly? —fingió impostando la voz.

El pequeño se echó a reír y Helen rio con él.

—Eso sería un lío, mi abuelo es el señor Donnelly.

—Y tu padre también —añadió, apoyando su argumento.

—Mi padre es el comisario Donnelly.

—Es cierto —aceptó, guiñándole un ojo—. Chico inteligente. Entonces, ¿qué me dices? ¿Nos tratamos de tú?

—Sí, señorita... Digo Helen. No quiero ser el señor Donnelly hasta que me crezca barba y lleve sombrero.

Helen sonrió, a la vez que le peinaba el pelo con los dedos.

—Bien dicho.

* * *

—¿Entonces no es tu prometida?

—No, señora Bates. La señorita McKerrigan es la cuñada de un buen amigo y ha venido casa a pasar una temporada.

—Qué desilusión —comentó la mujer—. Nosotros que pensábamos que por fin te habías decidido a sentar la cabeza.

Como la conocía desde que era un chiquillo, Ray perdonó la indiscreción de la dueña de la tienda con una sonrisa condescendiente.

—Y qué, ¿le gusta todo esto, señorita? Acostumbrada a vivir en una gran ciudad, Germantown debe resultarle terriblemente aburrido.

—En absoluto, señora Bates. Lo encuentro un lugar encantador. Tanto que quizá prolongue mis vacaciones.

Lo dijo mostrando su cara más amable. No era la primera vez que confundían la naturaleza de su relación con Ray. Salieron de la tienda y Helen lo miró de reojo.

—Es curioso, parece que tus vecinos tienen muchas ganas de verte casado. De nuevo piensan que soy tu prometida.

—Una idea del todo absurda.

Contrariada por sus palabras, trató de simular desinterés.

—No es tan absurdo, si te paras a pensarlo. Somos jóvenes todavía y no olvides que yo ya he estado casada.

Ray bajó la vista y sacudió la cabeza, como si quisiera quitarse de encima semejante idea como haría con una mosca molesta.

—Para empezar, tú y yo vivimos separados por doscientas millas. En segundo lugar, tú eres una mujer muy ocupada, con tu trabajo en los hoteles de tu padre, las fiestas y todo eso. Con toda franqueza, no eres el tipo de mujer que me conviene.

Tanta sinceridad a Helen le sentó como un puñetazo. Se detuvo en medio de la

calle y lo encaró con ojos chispeantes.

—Aunque no tengo intención de pedir tu mano, comisario, me gustaría saber por qué.

—Porque tengo un hijo. No podrías encargarte de criarlo ni aunque quisieras. Te faltan horas en el día para tus múltiples obligaciones.

—Ocupaciones —corrigió—, que no me obligan y puedo dejar cuando quiera, como hice cuando decidí venir a este pueblo. Es la ventaja de tener una cuenta boyante en el banco, gracias a ello puedo trabajar solo porque quiero.

Comentó su bonanza económica movida por la rabia y lamentó haberlo hecho, porque la sola mención del dinero agrió la expresión de Ray. Y se preparó para una réplica desagradable al verlo ponerse de brazos en jarras.

—Helen, vamos a dejarlo porque esta conversación no nos lleva a ninguna parte. A pesar de haber compartido una noche muy estimulante para ambos, los dos dejamos claro que ni yo te intereso ni tú me interesas a mí más allá de las cuatro patas de una cama.

—Exacto —corroboró con una mirada pétrea.

—Y ya que mencionas el dinero, te diré que esa es precisamente una de las cosas que menos me gustan de ti. El día que me case, si es que ese día llega, elegiré a una mujer de mi misma condición social. Una que se conforme con el sueldo de un comisario de policía que, dicho sea de paso, a ti te parecería calderilla.

—Exageras.

Ray comenzó a caminar, dando por zanjada la conversación. Y agradeció ver a su madre que doblaba la esquina de la calle mayor en dirección hacia allí.

—No quiero que Oliver crezca al cuidado de niñeras ni criadas. Él se merece una madre como la que tuve yo.

Helen sonrió a Doris, disimulando su mal humor.

—Como la que tienes —corrigió entre dientes—. Ahora lo entiendo, en tus esquemas retrógrados solo cabe como esposa y madre el tipo de mujer hacendosa, resuelta en las labores del hogar y buena cocinera.

—Considérame anticuado, si quieres. Pero es mi manera de ver las cosas y no va a cambiar. En mi vida ya he tenido suficiente ración de mujeres de las que les gusta trasnochar y beber champán.

Helen apretó los labios. Sabía que hablaba de la madre de Oliver y la definición no la dejaba muy bien parada. Y el que la comparara a ella con aquella bailarina de conjunto, todavía menos. Pero no era el momento de proseguir con una charla que amenazaba con convertirse en una discusión, porque Doris acababa de llegar.

—Si llego a saber que veníais a la tienda, os habría hecho el encargo a vosotros y me habría ahorrado la caminata.

—He querido enseñarle a Helen todo esto y presentarle a los Bates, para que pueda moverse sola por el pueblo cuando quiera. Hemos venido en la camioneta grande.

—Estupendo, esperadme un minuto que compre lo que necesitamos para las galletas de la fiesta de la cosecha y volveré a casa con vosotros, ya no aguanto el dolor de pies.

* * *

Ese día durante el almuerzo y también a la hora de la cena, las puyas de Helen hacia Ray respecto a sus ideas sobre las mujeres no se hicieron esperar. Y él no se quedó corto con la maldad de sus réplicas. En el fondo se divertía provocándola y haciéndole sacar su orgullo femenino en defensa de la mujer moderna.

Helen estaba indignada cada vez que lo oía glosar las virtudes de una esposa imaginaria perfecta, mansa y servicial. Ella no se quedaba atrás, acribillándolo con comentarios duros como balas de revólver.

Durante el almuerzo, el señor Donnelly comentó que los periódicos empezaban a llamar a la ciudad de Nueva York «La Gran Manzana».

—Deben confundirse o pretenden confundirnos a todos —opinó—. La Gran Manzana siempre ha sido el hipódromo, desde que empezaron con la broma los mozos de cuadras del de Nueva Orleans.

—Eso me recuerda el tiempo que hace que pruebo una tarta de manzana en condiciones —comentó Ray—. Mamá, podías hacer una.

—Para tartas estoy yo —se quejó desde la alacena.

Ray miró a Helen con una sonrisa sibilina.

—¿Ves? Si tú supieras hacer tartas...

—Con esa habilidad nació mi hermana Laura, yo poseo otras.

—¿Ah, sí? A ver que piense... Maquillarte.

Ella lo repasó de arriba abajo con la mirada.

—Esa se me da bastante bien, lo reconozco. Lo mejor de las mujeres es que podemos hacer varias cosas bien y todas a la vez, no como los hombres.

—Bien dicho —intervino Doris acercándose a la mesa—. Aunque a veces tendemos a abarcar más tareas de las que somos capaces.

—Yo puedo ayudarla, si lo necesita.

Doris le palmeó la mano en señal de agradecimiento.

—He comprado lo necesario para hacer montones de galletas para la fiesta de la cosecha pero Betty y yo no damos abasto entre recoger los huevos, la colada, el huerto...

Helen se sintió culpable. En una granja el trabajo era abrumador y ella, con su presencia ociosa, empezaba a sentirse un estorbo.

—Pide a alguna chica del pueblo que venga a echarte una mano, aunque sea unas horas —propuso su marido.

Doris desechó la idea con un gesto de la mano.

—Solo son unas galletas y aún falta mucho para la fiesta de la cosecha. Ya nos las

arreglaremos.

—Yo puedo ayudar —insistió Helen.

Ray la miró con expresión maliciosa.

—Claro, mamá, deja que Helen te eche una mano.

Doris los miró, primero a ella y luego a él. No entendía qué pretendían, pero era evidente que algún rifirrafe privado escondía aquella propuesta.

—Si quieres —aceptó—. Te advierto que hay que hornear un montón.

Y le explicó que con la venta de estas el día de la fiesta, junto con otros dulces que aportarían otros vecinos, pensaban reunir dinero suficiente para dotar de libros nuevos la biblioteca del pueblo. A Helen le pareció una idea magnífica, aunque empezó a arrepentirse cuando supo que no tendría que cocer una bandejita para la familia y que serían muchos los desconocidos que juzgarían el sabor de sus galletas. Por intuición, miró hacia la silla vacía donde solía sentarse Oliver, que ya había partido hacía rato hacia la escuela. Como de costumbre, el crío aprovechó la llegada del lechero para hacer el viaje hasta el colegio en la camioneta del reparto.

—Oliver será mi ayudante.

—Mi hijo no tiene que entretenerse en cosas de mujeres.

Helen giró el rostro hacia él como un resorte.

—¿Por qué no, si los mejores pasteleros del mundo son hombres? Obviamente, eso tú no lo sabes porque no tienes ni idea de cómo encender un fogón.

Dicho eso, se levantó de la silla y ayudó a Doris a llevar la vajilla al fregadero. Y, puesto que esta acababa de comentar que las tareas diarias se le acumulaban, Helen insistió en fregar ella misma los cacharros.

—Hijo, a veces no sé de dónde sacas esas ideas tan anticuadas —comentó su madre al pasar por su lado.

Él frunció el entrecejo mientras la veía marchar camino de los dormitorios y luego miró a Helen. Estaba de espaldas a él enjuagando las tazas, pero podría jurar que había escuchado el comentario de su madre y que exhibía una sonrisa de oreja a oreja.

Los hombres salieron de la casa, cada uno a su faena. Ray aprovechó el único momento en que los habían dejado solos para acercarse al fregadero.

Helen, tan enfrascada estaba con el estropajo, dándole vueltas también a cómo iba a salir airosa del lío en el que se acababa de meter, que no reparó en la presencia de Ray hasta que sintió su boca cerca del oído.

—Estoy deseando probar tus galletas —la provocó; a ella se le erizó el vello al sentir su aliento en el lóbulo de la oreja—. A ver si se te da tan bien cocinar como pintarte los labios.

* * *

—¿Y qué gano ayudándote?

Helen afiló los ojos. No había previsto que su joven colaborador fuese un pequeño negociante.

—¿Además de divertirte?

Oliver puso cara de calcular los pros y los contras.

—También me divierto con los perros.

—Está bien, avariciosillo. Te compraré una pelota. Pero solo si salimos victoriosos de esta.

—¡Bien!

Helen miró los ingredientes que tenía sobre la mesa, no tenía ni idea de por dónde empezar. Recordó las veces que había visto hacer galletas a Laura, ella mezclaba huevos, leche, mantequilla y harina, aunque nunca preguntó en qué proporción. Alguna vez la había ayudado a cortarlas con el molde de hojalata y ahí acababa su experiencia como repostera.

—Vamos a empezar —decidió, alisándose el delantal de Doris que le quedaba grande—. Yo casco los huevos y tú ve abriendo el paquete de harina.

Oliver obedeció, se acercó el paquete de papel de estraza que debía pesar por lo menos dos kilos. Para abrirlo, lo rasgó de un tirón tan impetuoso que la harina salió pulverizada en todas direcciones como el fuego de un cohete.

—¡Ay madre! —gritó Helen, sacudiéndose con las manos.

—¡Huy!

Oliver se encogió, viendo el desastre que acababa de perpetrar.

Fuera de aquella cocina desastrosa, Ray regresaba de abreviar a los caballos y se demoró a la hora de subir al camión. Su padre le había pedido que lo condujera hasta al sembrado donde estaban recolectando el maíz para poder vaciar el remolque del tractor lleno de mazorcas.

Antes de conducir hasta el campo, tenía en mente inspeccionar el trabajo del par de reposteros novatos. Caminaba hacia la cocina cuando escuchó el chillido. Su intención era sorprender a Helen, la imaginaba abrumada y con las manos metidas en la masa hasta los codos. Pero al oírla gritar se temió lo peor y corrió hacia la casa. Cualquiera sabía, eran muy capaces de pegarle fuego a la cocina. Subió en dos saltos los escalones del porche y empujó la puerta de golpe. El espectáculo que vio lo obligó a quedarse clavado en el umbral; tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no reír a carcajadas.

—¿Has olvidado algo? —preguntó Helen, como si nada sucediera.

Él la miró despacio. La ratita de ciudad lo excitaba tal como estaba, rebozada de harina. Se imaginó quitándole la ropa a estirones para acariciarla desnuda cubierta de polvillo blanco. Las fantasías le jugaron una mala pasada. Se quitó el sombrero y se cubrió la bragueta porque algo muy duro amenazaba con hacer saltar los botones.

—He venido a ver si va todo bien.

Helen sacudió la melena y a su alrededor flotó un halo blanquecino. Miró a Oliver, que había salido todavía peor parado. Tenía harina por toda la cara y la

pechera de la camisa. Los cristales de las gafitas eran dos manchas blancas.

—Hola, papá —lo saludó, aunque no veía ni torta.

Helen se apresuró a quitarle las gafas, el chiquillo parpadeó como si de repente hubiera salido el sol.

—Puedes marcharte tranquilo —afirmó, a la vez que limpiaba los cristales con el delantal—. Oliver y yo lo tenemos todo controlado, ¿a que sí?

* * *

Menos mal que llegó Betty como si fuera su ángel salvador.

—Me encantaría ayudarla, señorita Helen —se excusó, preocupada—. Pero tengo que recoger todavía las sábanas del tendedero y planchar las camisas.

—No te preocupes y deja de llamarme señorita, te lo ruego. Helen, ¿de acuerdo? —pidió.

La chica asintió y se puso de puntillas para abrir un armario alto. Sacó una libreta muy baqueteada. Se trataba del recetario de Doris, heredado de su madre y que esta heredó a la vez de la suya. Tres generaciones de mujeres habían ido anotando allí las recetas que constituían su patrimonio culinario familiar. Betty pasó páginas hasta encontrar la que buscaba y se la mostró abierta.

—Aquí está la receta de las mejores galletas que he probado en mi vida. Solo hace falta seguirla al pie de la letra.

—Pero yo no sé encender el horno.

—Ahora mismo lo enciendo yo, para que se vaya templando.

—¿Por qué nadie me ha dicho que tiene que estar caliente? —preguntó Helen sorprendida.

—Pues no lo sé, Helen, habrán supuesto que ya lo sabías —dedujo, tratándola por primera vez de tú.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Tiramos esta masa? —preguntó, mirando a Oliver.

—Los pavos se la comerán, les gustan todas las sobras —sugirió el chiquillo.

Helen volcó la masa en un cubo, aliviada. Le alegró que en una granja a todo se le diera otro uso, ya no se sentía culpable por haber desperdiciado una considerable cantidad de harina, mantequilla, huevos y azúcar.

—Será lo mejor —decidió Betty—. Oliver, coge ese pozal y vente conmigo. Échale la masa a los pavos y luego vuelve a ayudar a... Helen —rectificó; ya se le escapaba lo de «señorita» otra vez.

—Pero ¿volverás tú también a echarme una mano de tanto en tanto? Aunque sea solo a dar una mirada —prácticamente suplicó.

—No te apures, estaré entrando y saliendo de la cocina a cada rato —aseguró a la vez que encendía el horno de la moderna cocina económica de carbón.

Mientras el niño y Betty salían de la cocina e iban cada uno a su tarea, Helen se dedicó a limpiar la mesa y a barrer el suelo, que estaba perdido de harina. Fregó los

utensilios que había utilizado y cuando Oliver regresó, tomó el cuenco ya seco y se dispuso a empezar de nuevo.

Se ajustó el lazo del delantal y miró al chiquillo con una idea en la cabeza.

—¿Me ayudas, campeón? Necesito que me vayas leyendo uno detrás de otro los pasos de la receta. A ver si acertamos con las cantidades.

El niño dudó, aunque se le veía interesado.

—Yo creo que sí sabré hacerlo —aceptó.

A Helen le entraron ganas de aplaudir. Esa era la actitud optimista y voluntariosa que esperaba de él. Pero evitó darle importancia al hecho para que el niño no se la diera.

—Eso me sería de gran ayuda.

Oliver, ante todo, estaba educado para ser servicial y diligente, y un niño no negaba un favor a un adulto. Acercó una silla a la mesa para sentarse como en la escuela y Helen le puso delante el cuaderno. Fijó la vista en la hoja y se acercó un poco más.

—Ahora que tengo los cristales limpios puedo leer las letras bastante bien.

—Estoy segura de que lo harás de maravilla.

En ese momento a Helen le daba igual que la tarde repostera resultara un desastre, solo le importaba que Oliver se diera cuenta de que, si usaba las gafas a diario, era capaz de muchas cosas, sobre todo de leer como cualquiera. Aunque tuviera que acercar la nariz al papel un poco más que el resto de la gente.

* * *

Cuando acabó la jornada en los sembrados, Ray regresó al galope mientras los peones lo hacían caminando. Al cruzar la explanada, tiró de las riendas para frenar al caballo. Maldita fuera. La señorita McKerrigan se lo pasaba en grande balanceándose en el columpio del arce centenario. Aquella insensata no se daba cuenta de cómo se le levantaba la ropa cada vez que iba y venía. La vio impulsarse más alto y una nueva exhibición de rodillas y muslos. Con el genio bulléndole, clavó talones al caballo para que se diera prisa en llegar al cercado. Y en la valla, se apeó de un salto, ató el ronzal en el tronco superior y se encaminó hacia el árbol con aire belicoso. A lo lejos observó a los peones que saludaban a Helen brazo en alto, ella les devolvía el saludo con la mano sin dejar de columpiarse. Y su falda vuelta a subir dejando al aire los enganches del portalingas y seguramente el *culotte* o como fuera que se llamara esa tentación de seda que llevaba debajo de la enagua.

—Creía que tenías que hacer galletas —le recordó, poniendo los brazos en jarras.

—No te he oído llegar, comisario —saludó, sin dejar de columpiarse—. Terminé hace rato y ahora estoy disfrutando de un descanso. Me lo he ganado.

—¿Ves a los hombres allá lejos?

Preguntó con los ojos fijos en un su falda volandera.

—Sí —dijo, saludándolos agitando la mano y exhibiendo una sonrisa feliz.

—Pues ellos también te ven a ti —indicó con cara de pocos amigos—. Y tus muslos también los ven. ¿Por qué crees que no dejan de mirarte? A estas alturas deben conocer de memoria el color de tus bragas.

Helen alargó el pie y a fuerza de arrastrar el tacón por la tierra, frenó el columpio y se encaró con Ray. Sosteniéndole la mirada, saltó al suelo con gracia y levantó el rostro a menos de un palmo de su cara.

—Te equivocas. Es imposible que me hayan visto las bragas, porque no llevo —soltó desafiante.

Ray movió la mano como un resorte y la metió por debajo de la falda. Helen dio un salto al notarla agarrada a su entrepierna.

—¿Pero qué haces, cochino sinvergüenza?

Él acarició la lencería de seda, complacido.

—Asegurarme.

Helen tragó saliva. Manoteó para que la soltara pero él intensificó el agarre sin dejar de estudiar sus ojos fúricos, con innegable codicia.

—Chicos, ¿qué hacéis ahí parados? A cenar —gritó su madre desde la puerta de la casa; Ray la soltó como si quemara y Helen se alisó la falda con nerviosismo—. Raymond, da un silbido para que los muchachos se den prisa. Y lávate también la cara y las manos.

A Ray lo desesperaban ese tipo de advertencias maternas, pero esa vez no protestó. Era otro asunto el que le ocupaba la mente.

—Me juré que no volvería a tocarte. Que no iba a volver a ocurrir, y maldita seas —susurró con la respiración agitada—. Me pones más caliente que una estufa de hierro en Navidad.

Helen irguió la espalda muy digna.

—Maldito seas tú también, porque ahora mismo me arde una parte del cuerpo que tus manazas nunca debieron conocer.

Pasó delante de él con la apostura de una reina y se encaminó hacia la casa. Ray se había quedado con la boca abierta.

—Las mujeres no dicen esa clase de cosas —opinó alzando la voz para que lo oyera alto y claro.

Helen se detuvo y giró el rostro para mirarlo a la cara.

—A lo mejor tengo más de hombre que de mujer —concluyó; y continuó su camino.

Ray se llevó el índice y el pulgar a la boca y dio un sonoro silbido de aviso a los peones. Se cruzó de brazos y contempló su balanceo al caminar. ¿De hombre, acababa de decir? No había nada masculino en ella. Sus curvas eran un canto a la feminidad, en especial la perfecta redondez de ese culo que lo ponía cardiaco.

* * *

—¡Alabado sea Dios, Helen!, la casa entera huele a galletas —exclamó Doris, entusiasmada, en cuanto la vio entrar en la cocina—. No he podido resistirme a probar una ¡y qué delicia! Gracias, de corazón. Me has quitado trabajo de encima y tan salido mejor que a muchas que yo conozco.

—Sí que es verdad que huele bien —reconoció Ray—. A ver qué tal están —dijo levantando el paño que cubría el barreño.

Su madre le dio un manotazo.

—Ni una quiero que falte, ya las probaréis el día de la fiesta de la cosecha.

—Podemos hacer más —sugirió Helen, lo cierto es que quería conocer la opinión de Ray.

Él le dio las gracias con un guiño, por ponerse de su parte, sonrió a su madre con aire vencedor y tomó una galleta.

—Mmm... riquísima. Enhorabuena. No creía que saldrías airosa y he de reconocer que mereces un aplauso, además de mis disculpas.

Helen agradeció su sinceridad, era muy propia de él, nada aficionado a los halagos vanos. Y el saber disculparse era una de las facetas de su carácter que ella más admiraba. Agitó una mano para restar importancia al esfuerzo que le había costado hornear bandeja tras bandeja.

—He tenido dos ayudantes de lujo. Sin Betty no lo habría logrado. Y Oliver me ha leído la receta, además ha colocado encima de cada una las pepitas de chocolate.

La idea de añadirles trocitos de chocolate fue de Betty, que en una de sus idas y venidas a la cocina recordó que quedaba una tableta de las grandes en la alacena. Ella misma la picó con un cuchillo mientras Helen aplanaba la masa con el rodillo.

—También las he cortado —añadió Oliver—, apretando el cortapastas de hojalata con las dos manos.

—Entonces, te felicito a ti también —añadió Ray—. Tengo un hijo muy listo, ¿eh, papá?

—Ha salido a su abuelo —bromeó Charles.

Helen se colocó el pelo detrás de la oreja y Ray, al verle la mano, perdió interés por la galleta a medio morder. La dejó sobre la mesa y se acercó a ver la herida.

—¿Te has hecho daño? —preguntó tomándole la mano.

Hasta ese momento no se había dado cuenta, Helen tenía la zona de la muñeca pringada de un ungüento amarillo.

—Una herida de guerra —aclaró en tono bromista—. Pero no es nada, me he quemado al sacar la primera bandeja del horno. Es lo que ocurre cuando se es novata en la cocina.

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro —farfulló retirando la mano.

Ray era muy protector. No estaba acostumbrada a que un hombre se preocupara tanto por ella. Que velara por cuanto le pasara hasta ese extremo le hacía sentir cosquillas en el estómago, pero que mostrara tanto interés delante de todos la llenaba

de apuro.

Los muchachos acababan de llegar, se habían lavado para la cena en la bomba del patio, antigüedad que aún se usaba, y andaban secándose los antebrazos y las manos con una toalla. Doris los apremió para que se sentaran a la mesa.

Aprovechando el despiste de su mujer, Charles se acercó al barreño y cogió una galleta que saboreó con deleite. Con un guiño y sin decir palabra para no ser descubierto, felicitó a Helen por lo ricas que le habían salido. Ella se lo agradeció con una sonrisa.

—Se te ve feliz esta noche, muchacha. Más de lo que te hemos visto desde que llegaste.

Ella se encogió de hombros sin dejar de sonreír y ocupó su silla en la mesa.

—Es que he descubierto que me gusta mucho hacer galletas —dijo a modo de explicación.

Más que eso, se sentía orgullosa. Y no por haber salido victoriosa del desafío lanzado por Ray, sino por sí misma. Había cosechado muchos logros en la vida, pero la experta cocinera de la familia era Laura. Ella nunca sintió afición por las tareas artesanales, y ese día había descubierto que le gustaba hacer cosas con sus propias manos. No estaba contenta por las felicitaciones, lo estaba porque acababa de aprender que paladear un dulce hecho por ella era uno de los placeres de la vida. Incluso la quemadura, los nervios y la harina por los suelos habían merecido la pena.

Al día siguiente, durante la cena, Helen decidió poner en práctica su idea. Había notado que Oliver llevaba las gafas anudadas con aquel elástico solo por obligación y a disgusto. Ella había visto esos modelos con patilla curva y flexible, de los que se sujetan a la oreja y estaba segura de que en ese detalle estribaba la solución. El pequeño debía llevarlas cómodo y, sobre todo, contento. No como una suerte de castigo del destino.

Ray y su padre conversaban entretenidos, mientras Doris servía los platos de los peones.

—Oliver, ¿tú has ido alguna vez a ver una película al cinematógrafo? —comentó como algo casual, mientras se servía patatas cocidas con zanahorias.

—¿Yo? No. Para eso tendría que ir a la ciudad y nunca he salido de Germantown.

Ray era sagaz como un sabueso y pilló la conversación al vuelo. Dejó a su padre con la palabra en la boca y miró hacia Helen y su hijo. Intuía que la bella dama de ciudad estaba metiéndose donde no la llamaban.

Al ver que había despertado su atención, Helen lo miró con una sonrisa angelical.

—¡Oh, vaya! Estoy segura de que tu papá estará encantado de llevarte un día con él a Nueva York. En Broadway hay varias salas de cinematógrafo.

Ray miró la carita de ilusión de su hijo.

—¿Lo harás, papá?

—No creo que...

—¿Y por qué no? —cuestionó Charles Donnelly.

—Porque tengo mucho trabajo —farfulló, fusilando a Helen con una mirada.

Ella fingió no verlo y centró todo su interés en esparcir una nuez de mantequilla sobre las patatas.

—Creo que te gustará mucho ver una película de Harold Lloyd.

—¿Sí? —preguntó el pequeño, cada vez más ilusionado.

—Es muy divertido, además de famoso. Y, ¿sabes una cosa? ¡Lleva gafas!

—¿Como yo?

—Sí. Igualitas que las tuyas —confirmó, sin atreverse a sonreír del todo, al tiempo que espolvoreaba pimienta sobre su cena.

Ray le lanzó una mirada capaz de hacer callar a cualquiera, que en ella no obró el mínimo efecto. Charles, en cambio, la observaba satisfecho. Había adivinado qué se traía entre manos; el objeto de aquella propuesta no era otro que lograr que el niño llevara las gafas puestas a todas horas y orgulloso de ellas.

—A mí no me parece mala idea llevarlo a Nueva York —intervino—. ¿No te parece, Ray? Es hora de que el chico vea un poco de mundo.

—En la ciudad tengo trabajo, no podría ocuparme de ir a ver una película cuando aún debo averiguar...

—Yo podría ir con vosotros —interrumpió Helen—. Y mientras tú estás en

comisaría, Oliver y yo podríamos ir al cine.

—Tú no —prohibió él con expresión severa—. Estás aquí por tu propia seguridad, no pretendas cometer la imprudencia de pasearte por Times Square a la vista de todos como si tal cosa.

—Yo llevaré a mi nieto a ver esa película. No se hable más —decidió Charles.

Ray miró a ambos lados, de repente se había convertido en el centro de atención de la mesa. Antes de tenderle el plato vacío a su madre, se encogió de hombros.

—Como quieras —aceptó a regañadientes la oferta de su padre—. Mañana me marcho de buena mañana, podéis venir conmigo o coger otro tren más tarde.

—Por el trabajo no se preocupe, patrón —aseguró uno de los peones.

—Un día de descanso le viene bien a cualquiera —añadió el empleado pelirrojo—. Deje la faena en nuestras manos y vaya tranquilo. Nosotros nos encargaremos de todo.

—¡Bien! —exclamó Oliver dando palmas.

Ray lo miró de reojo, incapaz de negarse ante aquella carita de alegría. Luego clavó los ojos en Helen con un brillo furibundo en la mirada por hacerle perder aquella batalla delante de su familia. Ella desvió la vista hacia el pequeño y fingió no darse cuenta.

—Eh, que yo también me apunto a esa excursión —saltó Doris, moviendo el cucharón en el aire—. Espero que me llevéis con vosotros.

—Si te portas bien —dejó caer su marido con expresión divertida.

—La abuela siempre se porta bien.

Charles rio por lo bajo y, mirando a su mujer, señaló a su nieto con la cabeza.

—Ya lo ves, tienes un buen defensor.

—El mejor del mundo —aseguró ella—. Estoy segura de que será tan buen policía como su padre.

Ray contempló a su hijo y, sin darse cuenta, sonrió.

* * *

Ya en Nueva York, mientras sus padres y Oliver disfrutaban de un día en la ciudad, estrenado con una sesión de cine matinal, Ray aprovechó para ponerse al día de los asuntos de su comisaría. Tenía la suerte de contar con el teniente Warren, su segundo en el mando, que llevaba el cuartel en su ausencia con la misma eficacia que cuando él se encontraba presente.

No todo fue complacencia. Un día antes, Kenneth Callahan se había presentado sin avisar para entregarle un sobre dirigido a Helen. Como encontró se encontró abandonado en el vestíbulo del hotel Dream, Kenneth no tuvo ningún reparo en abrirlo. Al leer la nota de amenaza exigiéndole que devolviera los tres mil dólares o moriría muy joven, no dudó en plantarse en la comisaría. El teniente Warren se la había entregado y Ray se la devolvió después de leerla, para su custodia e

investigación. Podía ser de Todd o de un listo suplantándolo para hacerse con el dinero. Poco podía hacer al respecto, de sus hombres dependían las pesquisas.

Y como le sobraba tiempo hasta que su familia acudiera a la Gran Estación Central, donde habían quedado a las cuatro de la tarde, almorzó una hamburguesa con doble de pepinillos de camino a la Jefatura de Policía. Aunque no era asunto de su competencia, quería saber cómo terminó el cierre del bar clandestino. La muerte del agente O'Grady instigaba una furia silenciosa en todos los policías de la ciudad que no se disipaba de un día para otro. En cuanto a Richard Todd, su asesino, rogaba en silencio que se dejara ver por su distrito. Sería una satisfacción echarle la mano encima y llevarlo esposado ante un juez.

Avisó de su llegada al cuerpo de guardia y no tuvo que esperar para ser recibido en el despacho del jefe.

—Me ha hecho un favor viniendo a verme, Donnelly. No es que lo que tengo que decirle corra prisa, pero quería hablar con usted. Me pidió unos días de asueto y ya conoce mi opinión, siempre he dicho que mis policías deben gozar de descanso para mantenerse frescos y alerta. El agotamiento no nos hace ningún favor. Gracias por interrumpir sus vacaciones.

—No hay de qué. La granja de mis padres no está tan lejos, no me supone un quebradero de cabeza venir y supervisar el trabajo de mis hombres de vez en cuando.

Richard Edward Enright lo invitó a sentarse del mismo modo que él rodeaba la mesa y ocupaba su sillón.

—Vino a verme hace días el senador Towmey.

—Senador —asumió Ray. Ya decía yo que el nombre me sonaba. ¿Un representante de los ciudadanos asociado con hampones en ese bar ilegal? La estulticia humana nunca dejará de sorprenderme.

—Él no, su hijo.

—Un niño rico con mucho tiempo libre y muy pocas ganas de trabajar como la gente honrada.

—Yo no lo habría descrito mejor, Donnelly. Ese Jimmy es un tarambana, es lo que ocurre cuando se consiente y mima a los hijos como si fueran principitos de sangre real. Su padre vino a pedirme clemencia, me suplicó.

Ray agachó la cabeza y apretó la mandíbula durante un momento. Su expresión era demasiado elocuente y no pretendía soliviantar a su superior. Trató de ocultar el asco que sentía al volver a mirarlo a la cara. Enright no era idiota y le leyó el pensamiento al primer vistazo.

—No me mire con esos ojos de censura, comisario. Yo estoy tan asqueado como usted. Lo estuve —rectificó—, me costó muchas horas tragarme la rabia. Desde este sillón hay veces que debo tomar decisiones que en otras circunstancias no perdería el tiempo ni en tener en cuenta. Faltó poco para que el senador se pusiera de rodillas justo ahí —señaló la silla que ocupaba Ray.

—Si esa es la hombría de nuestros políticos, vamos listos.

—El senador Towmey me dio su palabra de honor de que su hijo no volverá a cometer un delito. Y me juró que ese mismo día iba a confinarlo en una escuela militar. A cambio de nuestra benevolencia con el muchacho, ha efectuado una donación de muchos miles para los huérfanos de la policía.

—Así son las cosas, el dinero es poder.

—No sea cínico, Donnelly, y trate de ver las cosas con perspectiva. Ese niño habría ido a la cárcel por muy poco tiempo. El senador va a ahorrar a los impuestos de los ciudadanos el coste de enderezarlo y su sustento durante una temporada. Le aseguro que conozco esas escuelas y saben domar hasta los potros más ariscos. El muchacho saldrá de allí más recto que un ciprés.

—Y sus socios, ¿también se librarán como si tal cosa?

—No, pagarán por violar la Ley. Ya están todos detenidos.

—Lo celebro.

—Piense con mano izquierda, Donnelly. Como si estuviera en mi lugar —pidió para que entendiera su decisión—. A nosotros tanto nos da un niño rico más o menos entre rejas, máxime cuando su padre me juró ahí sentado que se encargaría personalmente de darle un escarmiento. Piense en la ventaja de tener a un político eternamente agradecido, quién sabe cuándo puede hacernos falta respaldo. Piense también en el fondo económico que alimentará y pagará los estudios de nuestros hijos, si tienen la desgracia de perder a su padre.

—No crea que no me acuerdo de los tres niños que deja el agente O'Grady.

—Por eso precisamente quería hablar con usted. La cuestión es que me vi con tres mil dólares en la caja fuerte que no tenían dueño.

—El dinero de Todd.

Enright señaló hacia la ventana con el dedo con súbita ira.

—A él es a quien tenemos que atrapar. A ese cabrón y al estraperlista que le vendía el licor. Usted y yo sabemos que los socios del bar clandestino saldrán airoso porque pueden pagar buenos abogados. Pero Richard Todd es un asesino que mató a uno de los nuestros.

Ray le dio la razón con un leve movimiento de cabeza. Por mucho que lo sublevara la situación, las suposiciones del jefe Enright tenían mucho de verdad. Tanto daba que ese Jimmy Towmey se pudiera en prisión, o que viviera una temporada en el infierno que le esperaba en esa escuela militar. De cualquier manera, el mejor bufete de abogados de Manhattan lo habría puesto en libertad gracias al talonario del senador. Aquella era una ocasión en la que había que ver el lado positivo y, ciertamente, los huérfanos de la policía tendrían un futuro mejor.

—No puedo negar que me alegro por los hijos de los compañeros caídos —resumió.

—Eso mismo me dije, contemplando aquellos tres mil dólares sin amo encima de esta mesa. Le resumiré mi idea. Voy a pedir al *Times* que publique una noticia —informó; a Ray no le extrañó, la policía tenía las puertas abiertas de cualquier

periódico—. Mediante una nota breve, que explique la procedencia de ese dinero, quiero que se informe que ha sido entregado a los tres huérfanos que deja el agente O'Grady. Y pienso pedir que incluyan una coletilla, que será falsa solo a medias, ya que la señorita que lo encontró me lo entregó a mí, por tanto, puedo donar el dinero en su nombre. Quiero que conste que el donativo lo hace Helen McKerrigan-Montero a quien la ley, en ausencia de dueño reconocido, otorga el derecho de reclamar su propiedad.

—Sabiendo que ella ya no tiene el dinero, nadie tiene ya motivos para perseguirla —adivinó sus intenciones, pensando en la nota amenazante cuya existencia conocía desde hacía solo unas horas.

—Esa es la idea. Por desgracia, no podemos perder de vista a Todd. Cualquiera sabe lo vengativo que puede llegar a ser y más ahora que es perseguido por asesinato y pende sobre su cabeza la pena capital.

—Se lo diré. Estoy seguro de que la tranquilizará bastante.

Enright dio por concluida la reunión, poniéndose de pie.

—Y ahora, vuelva al valle del Hudson y aproveche sus días de descanso, hombre, que siempre saben a poco.

* * *

Los cuatro miembros de la familia Donnelly regresaron a casa en el último tren de cercanías. Helen estaba dando de comer a las gallinas ponedoras. Desde el corral los vio apearse de la furgoneta de reparto de los refrescos. Hizo visera con la mano y dejó el balde en el suelo para saludarlos agitando la otra. Oliver echó a correr y su abuelo apretó el paso. Ray, en cambio, se quedó rezagado por detrás de su madre; continuó caminando a paso lento con la chaqueta al hombro, colgada de un dedo.

Helen se cruzó de brazos y recibió al niño con una sonrisa curiosa.

—¿Qué tiene que contarme mi pequeño explorador? ¿Te gustó Nueva York?

—¡La ciudad es muy grande! Está llena de letreros en las paredes, de casas gigantes, de autos por todas partes y de chicos que vocean las noticias y de puestos de perritos calientes y de ruido y...

Ella se felicitó, que estuviera tan entusiasmado era en buena medida gracias a ella.

—¿Fuiste al cinematógrafo?

—¡Sí! Vi al hombre de las gafas, se pone cabeza abajo, salta y corre —explicó dando saltos él también—. ¡Y nunca se le caen!

—Nuestro chico ha descubierto un nuevo héroe —afirmó Charles, satisfecho.

Helen sintió un repentino ataque de pudor, porque con la mirada le estaba dando las gracias y no se consideraba merecedora de ello. Su única intención cuando sugirió la excursión fue que el niño aceptara llevar los anteojos con agrado, no buscaba ser protagonista de ningún tipo de alabanza.

La señora Donnelly acababa de unirse a ellos. Helen se alegró de ver su cara risueña, era evidente que lo había pasado muy bien en Nueva York.

—¿Qué tal el viaje, Doris? Espero que no demasiado agotador —comentó, señalando al pequeño entusiasta con la cabeza.

—Estoy cansada de tanto tren —confesó contenta—. Pero mucho cansancio como este querría más a menudo.

Oliver parecía cambiado, el niño tranquilo había desaparecido. El viaje a la ciudad había despertado su naturaleza revoltosa, parecía haber traído consigo el bullicio de Manhattan.

—Y cuando acabó la película el abuelo me llevó a la farmacia donde fabrican lentes, me midieron la cabeza, me taparon un ojo y luego el otro, me hicieron mirar por un agujero negro con un cristal.

—Vaya, qué interesante —dijo Helen, mirando a Ray de soslayo, que ya se encontraba junto a ellos y, de momento, no había pronunciado palabra.

—¡Y muy pronto tendré unas gafas nuevas como las de Harold Lois!

—Lloid —corrigió su abuelo.

—De las que no se resbalan por la nariz.

—¡Eso es estupendo! —dijo Helen. Y no lo dijo por decir; se alegraba de veras.

—La semana que viene están listas y las enviarán por correo. O a lo mejor me las traerá mi padre si tiene que regresar a la ciudad, ¿verdad, papá?

—Verdad —aseguró Ray—. Anda, ve a decirle a Betty que ya hemos llegado. Seguro que está deseando que le cuentes todas las cosas que has visto.

El niño obedeció y salió disparado en dirección a la casa, pero a medio camino frenó en seco y giró la cabeza.

—Ah, se me olvidaba. El abuelo me compró ¡dos *dónuts*! —dijo mirando a Helen, a la vez que levantaba dos deditos de la de la victoria—. ¿Los has probado alguna vez?

—Muchas.

—Yo nunca, hasta hoy. ¿Por qué no los venden en Germantown? —se lamentó, frunciendo el entrecejo; y de pronto exhibió una sonrisa golosa—. ¡Son lo más delicioso que existe en el mundo!

Echó a correr de nuevo y Helen se echó a reír.

Charles observó su cara de satisfacción mientras miraba al niño alejarse por el camino. Ojeó de refilón el rostro serio de su hijo, se encogió de hombros y, con las manos en los bolsillos, siguió el camino que acababa de tomar su mujer.

Una vez solos, Helen se agachó a coger el cubo de hojalata, pero Ray fue más rápido. Ella se incorporó y se quedó mirándolo sin entender. Lo vio lanzar el maíz a boleo, con un movimiento magistral, propio de quien posee la experiencia de haberlo hecho un millón de veces. Los granos de maíz quedaron esparcidos por todo el corral. Con el ruido, medio centenar de gallinas salieron en tropel de la gallera dispuestas a devorarlo.

Ray colgó el balde de un clavo y se encaró con Helen.

—Estarás contenta.

—Pues sí —se sinceró, alzando las cejas con desafío.

—No voy a negar que la idea de la película y todo eso fue un acierto.

—¿Pero?

—No vuelvas a inmiscuirte en asuntos que no te incumben.

—Esos asuntos son tu familia, si no me equivoco.

—No te equivocas. Guárdate de proponer más sugerencias, si no las consultas antes conmigo.

—O lo que es lo mismo, para hablar necesito tu aprobación.

Ray afiló la mirada para dejarle claro qué opinaba respecto a las mujeres díscolas y su genio respondón.

—En lo que se refiere a mi familia, y más en concreto a mi hijo, sí. Comprendo que te cueste entenderlo pero esto no es Boston, preciosa. Esto es el campo y aquí las cosas funcionan de otra manera.

—No me digas.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Ray dejó la chaqueta colgando sobre el tronco que remataba el corral y señaló con el dedo a las aves que picoteaban el maíz del suelo con mecánica habilidad.

—Aquí solo cacarea el gallo y las gallinas se limitan a obedecer.

Helen le sostuvo la mirada, empezando a enfurecerse. A la vista de su expresión de macho dominante, el símil encerraba un significado evidente.

—Ah, ya empiezo a comprender —aceptó, colocando los brazos en jarras—. El gallo manda y todas ellas obedecen. El gallito se pasea moviendo la cola y su harén de hembras complacientes se dedica a admirarlo y a estar a sus pies. Y a dar gracias si por fortuna una de ellas es la elegida por el amo del corral.

Ray no pretendía ir tan lejos, ni era su intención personalizar. Pero le hizo gracia la deducción de Helen; era evidente que se había puesto celosa. Para terminar de provocarla, exhibió una sonrisa presumida de macho, absolutamente seductora.

A Helen le dieron ganas de borrarla de la cara con un par de bofetones. Dio media vuelta y se encaró con las gallinas.

—Pues me parece muy bien, si es así como funcionan las cosas por aquí. ¿Pero sabéis que os digo? —añadió con gesto furibundo; unas cuantas gallinas levantaron la cabeza y se quedaron mirándola paralizadas—. Que ese de ahí es un bobo presumido —borbotó señalando al gallo que lucía plumaje al sol—. ¡Y todas vosotras sois una cuadrilla de tontas! ¡Pero que muy tontas!

* * *

Un par de horas después, durante la cena, Oliver no dejaba de contar a todos lo acontecido en la película que había visto ese día. Para él era real. Todavía era muy

pequeño para entender la ilusión de la vida hecha ficción. Quizá con los años olvidara la mayoría de esas escenas, pero la magia de la gran pantalla en la oscuridad de la sala sería un recuerdo que conservaría siempre de su primera sesión matinal de cinematógrafo.

Al contrario que el pequeño parlanchín, Helen escuchaba sin intervenir. O fingía escuchar, distraída y sumida en sus propios pensamientos. Es difícil engañar la intuición infantil y Oliver se dio cuenta de que estaba muy callada esa noche. A los postres, con disimulo, tanteó por debajo del mantel hasta encontrar el antebrazo de Helen y le tiró del puño de la blusa. Ella lo miró de reojo y bajó el brazo, que apoyaba en el borde de la mesa.

Oliver en ese momento prestaba atención a la conversación que mantenía su padre con los dos peones contratados para la cosecha. Y sin que nadie se diera cuenta, salvo ellos dos, cogió la mano de Helen y la apretó con fuerza. Solo la soltó cuando todos apartaron las sillas y Doris se dispuso a retirar los platos.

Helen la ayudó a recoger la mesa y, antes de que le diera tiempo a ponerse un delantal, el pequeño volvió a reclamar su atención, asiendo su mano.

—Vamos a ver, ¿se puede saber qué ocurre, amiguito? —preguntó, improvisando un optimismo que estaba muy lejos de sentir.

—Quiero hablar contigo.

Doris lo escuchó, metió las manos en el agua jabonosa del fregadero e hizo un gesto con la cabeza para que marchara con él.

—Ve, querida.

Ella dudó, mirando a Doris y al niño, que aguardaba con cara de impaciencia.

—Regreso enseguida.

—No tengas ninguna prisa, ya me ocupo yo de esto.

Helen colgó el delantal en la percha y dejó que Oliver la llevara de la mano. Este la condujo hasta el exterior. Lucía luna llena, el cielo estaba despejado y salpicado de estrellas.

Oliver rodeó la fachada, se detuvo al llegar a la pared que quedaba frente del cercado de los caballos y se subió de pie al banco de madera para quedar a la altura de Helen.

—No quiero que estés triste —pidió muy serio.

—Pero bueno, ¿por qué piensas que lo estoy?

—Yo lo sé. Y no me gusta. Porque cuando te pones triste me duele aquí —dijo tocándose la camisa a la altura del corazón.

Helen se emocionó; tuvo que parpadear varias veces para que no se le escaparan las lágrimas. Sacudió la cabeza, haciendo oscilar la melenita y miró al pequeño a los ojos. Aquel chiquillo flacucho, con sus lentes redondas de sabio y que apenas levantaba dos palmos del suelo, poseía tanta intuición como bondad. Helen suspiró, incapaz de mentir para llevarle la contraria. Con la punta de los dedos, acarició el botón de la camisa de Oliver que quedaba sobre su corazón, donde él mismo acababa

de posar la mano.

—Solo estoy un poco preocupada, pero no vamos a dejar que esa penita se instale aquí dentro y te duela. Pues bien, ya estoy contenta. ¿Mejor así, garbancito?

—No me llames así, ya no soy un bebé —protestó airado.

Helen se mordió los labios. Tan pequeño y tan digno. Contuvo las ganas de abrazarlo y de agitarlo entre los brazos. Le habría encantado hacerle cosquillas para oírlo reír.

—Tienes razón, Oliver Donnelly. Pronto serás un hombre tan grande y tan serio como tu papá o más. Pero ¿puedo pedirte un favor? Ahora que no nos ve nadie, ¿te importaría abrazarme?

—Soy muy bueno dando abrazos fuertes —afirmó abriendo los brazos con actitud invitadora.

Helen dejó que la envolviera y lo apretó contra su pecho. Cerró los ojos y apoyó la barbilla sobre su cabecita, disfrutando de su dulce aroma a niño limpio, de la ternura y del cariño que encerraban aquel gesto.

* * *

Helen desoyó las protestas de Doris y la ayudó a secar y guardar los platos. Cuando hubieron terminado y la madre de Ray se sentó en un butacón para dar una ojeada al periódico del día, ella se echó un chal por los hombros y salió a tomar el fresco. Caminó despacio hasta el vallado y se apoyó en la cerca. En el silencio de la noche, solo se oía el rebufo de los caballos. Se ciñó la toquilla porque la brisa era fresca. Solo oyó los pasos de Ray cuando lo tuvo justo al detrás. Él le acarició los brazos por encima de la lana de angorina.

—Te ha molestado, ¿verdad? —ella no dijo nada—. No disimules, he notado que la conversación que hemos mantenido esta tarde te ha cambiado el humor.

Helen giró la cabeza para verle el rostro. De ningún modo iba a permitirle ironías esa noche. Con sorpresa, comprobó que Ray la observaba con expresión de disculpa.

—Ahora veo de quién ha heredado tu hijo la intuición.

—Os he visto. Yo también me he dado cuenta de lo callada que estabas durante la cena.

—Si te refieres a la reprimenda que me has echado por no comportarme como una gallina obediente, estás en lo cierto.

Ray la abrazó por detrás, hasta que tuvo la espalda de Helen pegada a su pecho. Había mucho más, algo que ella desconocía. La nota amenazándola que alguien había dejado al descuido en el vestíbulo del hotel Dream y que Kenneth le había llevado en persona al despacho le provocaba dolor de estómago. Seguiría ocultándosele, allí estaba tranquila y a salvo, era innecesario desazonarla con aquella novedad. Pero él sí lo sabía y saber que alguien estaba dispuesto a hacerle daño lo tenía en tensión. Jamás se había preocupado tanto por una mujer, quería protegerla, envolverla en sus brazos

como la tenía y servir de escudo ante cualquier amenaza. Ojalá tuviera el poder de librarla de todo mal, quizá aquel fuera el primer y único anónimo, si la noticia que el jefe Enright iba a pedir que se publicara en el *Times* obraba el efecto esperado.

—No seas sarcástica, Helen. Esta noche no —le pidió acercando la boca a su oído—. Tú no obedeces a nadie, así que mis advertencias en ese sentido siempre caerán en saco roto. Los dos sabemos que no ha sido ese comentario lo que te ha molestado tanto. Y para que no te quede duda al respecto, no existe ese harén que imaginas.

—No sé por qué crees que...

—Nunca lo ha habido —insistió abrazándola más fuerte—. No negaré que he evitado cualquier compromiso con las mujeres. Pero jamás he sido deshonesto con ninguna.

Pese a su sinceridad, la confesión no mejoró el humor de Helen.

—Entiendo, siempre una detrás de otra. Y luego otra y luego otra...

—Más o menos —aceptó—. Hasta que me cansé. Las mujeres son una fuente inagotable de problemas. Por experiencia, lo sé.

Los dos sabían que se refería a la madre de Oliver.

—Y como eres muy lista —continuó Ray—. Habrás notado que he dicho «son» y no «sois». Tú no entras en esa categoría.

—Ahora dirás que no te doy problemas —argumentó, poco convencida.

—Si me los das, a cada minuto —asumió, riendo por lo bajo—, pero no eres una más. Tú no serías una entre un montón. Quiero que te quede claro, aunque no sé qué puede importarle a una diosa como tú la opinión de un tipo corriente como yo, cuando estás acostumbrada a que todos los hombres vuelvan la cabeza a tu paso.

Helen giró entre sus brazos y lo miró a los ojos.

—Cuando dejes de verme como a una diosa y veas solo a Helen, a la mujer de verdad, entenderás por qué me importa tanto que me hayas aclarado todo esto. Cosa que te agradezco mucho.

—No hay de qué, mereces una explicación.

—Y sí, me ha molestado lo que has dejado que imaginara. Pero ahora te arrepientes, me basta con eso.

Ray alzó la mano y le apartó el pelo de la mejilla con una caricia, para colocárselo detrás de la oreja. Ella poseía una belleza y una personalidad capaces de doblegar a cualquier hombre y tenerlo a sus pies. Pero, a pesar de ello, entendía por qué se sentía insegura. A él le ocurría lo mismo. Era un hombre fuerte, seguro de sí mismo, acostumbrado a dar órdenes, orgulloso de su trabajo y de sus logros. Y aun así, ante Helen le asaltaba la duda de no ser lo bastante bueno para una mujer rica y exitosa, acostumbrada a ganar su propio dinero. No era tonto y sabía que esas inseguridades, las de él y las de ella les provocaba un sentimiento incipiente al que no quería poner nombre. No, todavía.

—Hecho —murmuró—. A partir de ahora trataré de ver a la mujer que eres, sin adornos. Pero cada vez que te bese serás mi diosa. Mía y de nadie más.

—No, Ray... —murmuró poniéndose rígida, al ver que acercaba a sus labios.

—Sí —exigió, acercándose hasta rozarle la boca con la suya—. Yo lo deseo más que nada. Y tú también.

Y la besó abrazándola con ganas. Helen abrió los labios. Ray Donnelly no era el mejor hombre que había pasado por su vida. Ni el más apuesto; y, desde luego, tampoco el más cortés. Sencillamente era el que había dejado una muesca más profunda. A partir de entonces ya no sería la misma. Su cuerpo temblaría cada vez que la asaltaran los recuerdos. Y su corazón también. Gimió en su boca y respondió con la misma pasión. Porque aquel beso, entre el olor a heno segado que traía la brisa y el relincho de los caballos, sería uno de esos recuerdos preciosos que conservaría de por vida.

Como agradecimiento por su ayuda con las galletas de la fiesta de la cosecha y puesto que Betty estaba a punto de casarse, Helen le regaló unos pendientes de perlas. La chica los había alabado una vez que ella los llevaba puestos. A Helen le causó una enorme ternura la ilusión que mostró cuando se las entregó como regalo de boda, puesto que eran las primeras perlas que Betty veía en su vida.

—Son maravillosas, parecen dos pequeñas lunitas —decía contemplándolas admirada de lo elegantes que lucían en sus orejas.

Solo conocía las perlas de haberlas visto en las fotografías de algún ejemplar atrasado de la revista *Harper's Bazaar*.

Mientras Doris repetía a Betty lo bonita que se veía con los pendientes, Helen meditaba sobre lo poco que costaba hacer feliz a la gente. Miró a Ray y dedujo que no compartía la alegría de las mujeres. Lo vio salir sin decir palabra y fue tras él. Lo encontró en el vallado, contemplando a los caballos con la pierna apoyada en uno de los maderos y los antebrazos en el tronco más alto de la cerca.

—¿Qué he hecho mal esta vez?

Ray apenas giró la cabeza sobre el hombro y retornó la vista al frente.

—No me parece bien que le regales a Betty unas joyas que valen tanto.

—Esos pendientes los compré con mi dinero, puedo hacer con ellos lo que me plazca. Y después de ver lo bien que le quedan y lo contenta que está con ellos, me sentiré dichosa de saber que los lucirá en el día más importante de su vida.

Ray giró hacia ella con un gesto brusco.

—Parece que te hace feliz tratar a la gente sencilla como si fuera una de tus obras de caridad.

Helen bajó la vista, humillada y dolida.

—Ese comentario es muy cruel.

—Regalarle a alguien algo que ni ahorrando un año entero podría comprar también lo es.

Ella negó sin mirarlo.

—Qué lástima me da que des tanta importancia al dinero.

—Quizá porque sé lo que cuesta de ganar.

Esa apostilla la irritó todavía más. Lo miró indignada y señaló a su alrededor.

—Si lo dices porque mi familia goza de una buena posición, más a mi favor. No me hables como si fueras un menesteroso de los que piden limosna en las esquinas. Todo esto será tuyo algún día también.

Ray endureció el semblante.

—La diferencia es que nosotros no alardeamos como tú.

Si la mirada de una mujer fuera un arma, la de Helen en ese momento habría sido letal.

—¿De verdad crees que presumo? Qué lástima me da que pienses así. Para mí

vale más la alegría de Betty que lo que me costaron los pendientes —afirmó; se sacó del escote el colgante que no se quitaba nunca y se lo mostró—. ¿Ves esto? —Él contempló la estrellita de oro que pendía de una fina cadena—. Cuesta muy poco, está al alcance de cualquiera. Pero nunca la regalaría, jamás. Antes vendería mis zapatos y andaría descalza que desprenderme de ella porque para mí vale más que un saco de diamantes.

Ray la miró a los ojos, acababa de entender el enorme valor sentimental que tenía para ella aquella pequeña estrella de oro.

—Te la regaló tu marido, ¿verdad?

Ella asintió, tragando saliva.

—Su familia se reía al ver la joyita insignificante que había escogido. En cambio, a mí me enamoró con este detalle, porque supe entonces que Benjamin pensaba como yo. Son los sentimientos los que tienen valor, el dinero no significa nada.

Ray la cogió por los brazos, ella trató de impedirlo pero él insistió, acariciándola con suavidad.

—Perdona si he dicho más estupideces de las que soy capaz de asumir. Reconozco que a veces me merezco un puñetazo en la boca.

—Desde luego que sí —afirmó, dolida.

Ray buscó sus ojos, con expresión de disculpa.

—Siempre he huido de las mujeres de tu posición. Me siento incómodo entre los ricos.

—No soy una Rothschild ni una Kennedy, si eso te tranquiliza. Mis abuelos hicieron fortuna con mucho esfuerzo, con astucia y artimañas algo turbias, no lo voy a negar. Eso no me convierte en una millonaria, ni mucho menos.

—Pero tienes más que yo. Posees tu propia fortuna; la que te dejó tu marido.

—Mi marido solo me dejó la casa donde vivo. Nada más.

—Posees también una parte de los beneficios de los hoteles de tu padre. Para un hombre, no es fácil de asumir. A veces me siento un paria a tu lado, trata de comprender mi incomodidad.

Helen se guardó de replicarle que no era incomodidad la palabra que definía ese tipo de sentimiento absurdo, sino inseguridad.

—No creo que pueda —dijo en lugar de ello—, porque no pienso como tú.

—Entonces, ayúdame a cambiar —rogó—. No son palabras huecas, quiero que me enseñes a ver las cosas de otro modo.

Helen sonrió con tristeza.

—Nadie puede enseñarte salvo tú mismo. Pero el hecho de querer aclarar tus ideas ya es un paso importante.

—No quiero verte triste, Helen. Y menos si es por mi culpa, a veces debería morderme la lengua.

—Olvidémoslo, ya está.

Ray le acarició con el dedo la sien hasta el borde de la oreja. Helen se separó de él

con intención de regresar a la casa. Él observó su elegante caminar y la llamó antes de que se alejara más.

—Se me olvidó comentarte algo importante.

—¿Sí?

—Tu fotografía salió en los periódicos. Y hay más. Hoy he recibido una llamada desde Nueva York. Richard Todd ha sido detenido y tengo la satisfacción añadida de saber que han sido mis hombres.

Helen regresó, interesada, y él le relató los hechos.

—Me alegro de que ese dinero sirva para cubrir las necesidades de la familia del policía que murió —dijo con cierta tristeza; la muerte de un padre y esposo era imposible de aliviar.

Ray concluyó explicándole que ambos serían citados como testigos y tendrían que acudir a declarar en el juicio.

—Ahora existe la posibilidad añadida de que alguien quiera quitarte de en medio. Los testigos corren ese riesgo. Por tu seguridad, es mejor que te quedes en la granja hasta que se celebre el juicio.

—Lo creas o no, me gusta la idea. Necesitaba cambiar de aires. Hace mucho que no estaba tan a gusto en un lugar. Pero, si tú tienes que testificar también, corres el mismo peligro. ¿Qué va a pasar contigo?

—Yo no entro en la misma categoría que tú, eliminar a un poli con galones no es buen negocio. Además, voy armado. Regresaré mañana a comisaría, pero tú te quedas.

Helen aceptó con un gesto tan obediente que Ray sucumbió a la tentación de tenerla en sus brazos. En dos pasos avanzó hasta ella y le rodeó la cintura con las manos.

—¿Me has perdonado por lo de antes?

—Te perdonaré el día que no vuelvas a hablar de dinero.

Él se rindió con un suspiro.

—Te he dicho que me marcho mañana.

—Ya te he oído.

Ray bajó la voz y se inclinó despacio sobre su rostro.

—¿Me echarás de menos?

Helen se hizo atrás como un resorte.

—¿Pero quién te has creído...?

Él la atrajo con un rápido movimiento hasta que sus bocas quedaron a menos de una pulgada.

—¿Sí o no?

—Sí.

Ray se quedó fascinado con la seguridad que veía en sus ojos. Le encantaba su valentía, Helen no se andaba con remilgos y miradas con doble intención. Ladeó la cabeza y, con un dulce beso, le hizo entender cuánto iba a echarla también de menos.

* * *

En Nueva York, Ray pidió a su sargento que reuniera a todos los hombres en la sala grande. La tropa se cuadró cuando lo vieron entrar de correcto uniforme, con las condecoraciones recibidas en la pechera, los guantes blancos y los galones relucientes en las hombreras. A diario no lo usaba, pero la ocasión, aunque sencilla y sin presencia de más autoridad, lo merecía.

—Descansen, caballeros —pidió subiendo al atril que ocupaba el sargento de guardia para dar las órdenes del día con cada cambio de turno—. Quiero dar personalmente las gracias a todos y cada uno de ustedes. Y, en especial, al teniente Warren que dirigió la operación que hoy celebramos como una victoria.

Él mismo inició el aplauso que secundaron todos los agentes, ante la cara abrumada del homenajead.

—Mis felicitaciones, teniente. Ha demostrado que no me equivoco al escoger a mis hombres. El acierto de sus decisiones en mi ausencia es el motivo por el que hoy, todos nosotros, la Séptima comisaría al completo, estamos de enhorabuena. Y mi agradecimiento y felicitación a todos ustedes, tropa —agregó mirando a sus hombres—. Me enorgullezco de contar con los mejores policías del cuerpo, porque han sido todos los agentes y oficiales que cumplieron con su deber, arriesgándose esa mañana y actuando con la eficacia que se espera de nosotros, quienes tienen motivos para sentirse orgullosos. Gracias a ustedes hoy celebramos la detención de Richard Todd, un individuo que no merece volver a ver el sol. Ese sujeto acabó con la vida de un compañero, un servidor público como cada uno de nosotros. Quiero transmitirles también el agradecimiento del comisario Gask, y de todos sus hombres. Felicitémonos, caballeros, por fin se hará justicia. Ese asesino será juzgado y condenado por matar a uno de los nuestros, David O’Grady, agente del Cuerpo de Policía de la ciudad de Nueva York.

Ray admiró la confianza que veía en los rostros de todos aquellos hombres. Algunos padres de familia, otros muy jóvenes que lucían el uniforme con la ilusión aún no robada por el ejercicio de la profesión. Guardianes de la ley que cada día salían a la calle a jugarse la piel, sin esperar agradecimiento alguno salvo la propia satisfacción del deber cumplido.

—Muchachos, estamos de enhorabuena. Ya pueden lanzar sus gorras al aire.

Mientras los policías celebraban su éxito con alegría, Ray bajó del atril exhibiendo una gran sonrisa. Y dejó la algarabía de la tropa tras de sí con otra idea en la mente. No le ocurría a menudo, pero ese día tenía ganas de regresar a la granja. Ojalá Helen estuviera allí, con ellos, rodeada de policías celebrando el trabajo bien hecho. Le habría gustado compartir con ella aquel momento.

* * *

Lejos de allí, Helen pensaba en otras cosas. Esa mañana, acudió paseando hasta el centro del pueblo. Había prometido a Oliver comprarle una pelota. Y con esa intención entró en la tienda, pero una vez allí, se encaprichó de un libro de cuentos con ilustraciones a todo color. Recordaba con mucho cariño cuando su madre le leía aquellas historias llenas de fantasía antes de dormir cuando era pequeña. Con tristeza pensó que a Oliver la vida lo había privado de la posibilidad de atesorar ese tipo de recuerdos. Mientras estuviera ella en la granja, podría leerle por las noches. Y al ojear los dibujos, pensó que podrían servir de aliciente para que él leyera también algún párrafo y se convenciera de lo útiles que le eran las gafas. Tal vez así se aficionara a leer solo. Sus abuelos estaban muy atareados y quizá no habían caído en la cuenta. Y Ray tampoco estaba siempre para poder leer con su hijo.

Remoloneaba sin prisas, el mostrador estaba lleno de clientes y allí vendían desde barreños de hojalata hasta judías secas, lápices de colores, herramientas o telas y cintas de pasamanería. Para entretenerse mientras se aliviaba la cola de personas que esperaban a ser atendidas, se puso a pasar páginas del último número de la revista *Harper's Bazaar*. Destacaba una noticia de sociedad, dos estrellas del celuloide acababan de casarse. Buster Keaton y Natalie Taldmadge estaban espléndidos vestidos de novios. Ella sonriente, él serio, como un palo. Helen se sorprendió al verlo mantener el hieratismo de su personaje en la pantalla incluso el día de su boda. Le encantó el original ramo de rosas de la novia, decorado con cintas que llegaban hasta el suelo. Pero más le gustó su atuendo, los zapatitos *Mary Jane* con correíta y hebilla, estaban de rabiosa actualidad, ella misma llevaba puestos unos idénticos pero en otro color. Aunque lo que de verdad la enamoró fue el vestido de la novia, todo de volantes blancos que le recordó a uno muy antiguo de su abuela española, con el que bailaba flamenco. Aún lo conservaban en un baúl, en casa de su padre, como un tesoro sentimental. Qué lástima le daba no haber en él con lo bonito que era. Ya que la abuela era menudita. Y aunque de ella habían heredado la tez y el cabello negro, tanto sus hijos como sus tres nietos, en la estatura salieron al abuelo, un escocés de las Highlands de buena tamaño.

Una mujer, rubia natural y con la cara pecosa, se acercó y se entretuvo en mirar un mueblecillo de cajonera donde se guardaban los botones por colores.

—No nos han presentado, pero he oído que se aloja en la granja de los Donnelly. Soy Evelyn Kapp.

Helen cerró la revista al ver que se dirigía a ella.

—Encantada —dijo tendiéndole la mano—. Mi nombre es Helen McKerrigan-Montero, pero llámeme Helen, por favor.

—Un placer —dijo, examinándola con la mirada—. Mi familia llegó a Germantown con los palatinos, podría decirse que nosotros fundamos todo esto —agregó, haciendo un molinete con la muñeca—. Ray y yo fuimos juntos a la escuela.

—Cuánto me alegro —dijo por decir.

Helen no entendió a qué venía aquella explicación. Intuyó que pretendía presumir

de abolengo centroeuropeo. No sabía esa mujer que sus aires de grandeza cayeron en saco roto, porque Helen había estado leyendo un libro que le prestó el señor Donnelly sobre la historia del pueblo. Germantown debía su nombre a aquellos infelices del Palatinado que huyeron hasta Inglaterra y fueron deportados por la reina Ana hasta las colonias de ultramar para ser explotados como esclavos blancos. Muchos murieron a fuerza de trabajar gratis, antes de llegar a saldar la deuda del coste en libras esterlinas de su ignominioso viaje.

—No se quedará por mucho tiempo, imagino —comentó la pecosa con mordacidad.

—Hasta que me canse —contestó Helen con una sonrisa gélida; odiaba que la mirara con aquellos ojos despectivos.

—Las mujeres acostumbradas a la gran ciudad se cansan pronto. Mientras tanto, se entretiene con ese pequeño, pobrecillo. Sin madre, con un padre que se avergüenza de él y lisiado.

Helen apretó la mandíbula; con gusto le habría dado un bofetón a aquella arpía. La repasó de arriba abajo con una mirada de advertencia antes de responder.

—No es verdad, ni lo uno ni lo otro. Ni está lisiado ni su padre se avergüenza de él.

—Entonces, ¿por qué no lo lleva a vivir con él a la ciudad?

—Porque estando solo, con un trabajo tan arriesgado y de tanta responsabilidad, no puede hacerse cargo de un niño. Ya debe saber que es comisario del Séptimo Distrito. Dejar a Oliver con sus abuelos ha sido una decisión muy sensata que yo, personalmente, aplaudo.

No era del todo verdad, pero se quedó tan ancha con aquel alegato en defensa de Ray. La mujer la acribilló con ojos de advertencia.

—A ver si Raymond Donnelly sienta algún día la cabeza. Ese niño necesita una madre como Dios manda.

Helen a punto estuvo de espetarle que si pensaba que ella había ido hasta allí para arrastrar a Ray hasta el altar, estaba muy equivocada.

—¿Y como manda Dios que sean las madres?

La otra la miró de pies a cabeza sin omitir detalle.

—Seguro que no tienen en mente a ninguna con las uñas pintadas de rojo.

Helen se miró las manos y, en lugar de mostrarse furiosa, contraatacó con falsa candidez.

—Sin duda, la madre y esposa ideal debe ser una mujer decente como usted. Hablaré con el comisario Donnelly, quizá se anime a pedir su mano.

Las mejillas pálidas de la mujer enrojecieron con una violencia febril. Helen se preguntó por qué.

—Yo ya estoy casada —graznó como un pájaro de mal agüero— y tengo mis propios hijos. Dos, Bartolomew y Gwendoline.

A Helen empezaba a aburrirle aquel intercambio de puyas que no llevaba a

ninguna parte. Devolvió al montón el cuento que tenía intención de comprar y se recolocó con parsimonia el volante del escote. Con maldad, se inclinó para exhibir canalillo obsceno ante aquella arpía de ideas carcas.

—Creo que regresaré más tarde, cuando haya menos gente.

—Ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo —correspondió; le dolía la cara de tanta sonrisa fingida—. Por cierto, ¿sabe usted si hay una peluquería en este pueblo?

—¿Cómo no va a haberla? —preguntó ofendidísima, como si la pregunta diera a entender que aquello era un villorrio de paletos—. Eso sí, por aquí somos gente sencilla. No espere un salón de belleza elegante como los de la Quinta Avenida, aunque por el acento no parece de la ciudad.

Dichosa manía. Helen ya se había acostumbrado a escuchar a hablar todos los de por allí, Ray incluido, de «la ciudad». Como si no existiese otra en el país y en el mundo entero que la que daba nombre al estado, a pesar de que la capital era Albany, allá en la frontera de los grandes lagos.

—Porque soy de Boston —apostilló con el orgullo de los de Nueva Inglaterra—. Y dígame, Evelyn, si es tan amable, ¿dónde queda esa peluquería?

* * *

Ray regresó de la ciudad en el tren de las dos. Era media tarde cuando se apeó en la estación de Germantown y como el verano allí era una bendición, decidió ir hasta la granja dando una tranquila caminata bajo la sombra de los castaños. Lejos de parecerse al bochorno húmedo que caía sobre Nueva York como un castigo, a pesar del sol que achicharraba sin tregua, allí el calor se soportaba bien gracias a la brisa que llegaba de las montañas.

Al llegar a las inmediaciones de la granja, se detuvo sorprendido. No adivinaba quién podía ser aquella forastera morena, sentada en lo alto de la cerca. La duda se esfumó en cuanto la desconocida se apeó de un salto y, dándole la espalda, se alisó la falda por detrás. Ray conocía de memoria las dimensiones, tacto, color... e incluso el sabor de ese culito. Y enfundado en esa falda de montar color caqui, lucía más estupendo que nunca. Helen estaba diferente. Se había cambiado el color del pelo; su rubia preferida ahora era morena como una india, pero con rizos. Ray rogó en silencio que girara hacia él, se moría por comprobar cómo se erguían sus pechos bajo la blusa blanca que llevaba ese día con manguita de farol como las de los vestidos de domingo que lucían las niñas para ir a la iglesia. Esbozó una sonrisa divertida al ver sus botas militares. Seguro que recuerdo de su época como voluntaria. Le extrañó que aún las conservara, por muy resistentes que fueran. En otra mujer, el conjunto habría resultado masculino y poco elegante, pero ella tenía estilo, incluso con aquel calzado sin gracia. Helen llevaba aquellas prendas sencillas con tanta elegancia que no habría desmerecido en la portada de *Vanity Fair*.

En ese momento salió su hijo de la casa y fue hacia ella. Algo hablaron, a saber. Oliver la cogió de la mano y se la llevo casi a rastras al gallinero de las ponedoras. Observó que Helen se agachaba, sus gestos mostraban entusiasmo. Ray caminó sin ser visto hasta la casa y se medio escondió detrás de la esquina, para observarlos a gusto.

—No lo hagas... —musitó.

Aunque lo hubiera oído, ya era tarde. Oliver también trató de detenerla pero no fue lo bastante rápido, Helen había abierto la puerta del gallinero de los polluelos de par en par con intención de entrar. Cateta absoluta en labores ganaderas, desconocía que los animalitos eran más rápidos que ella.

Desde su privilegiado puesto de espionaje, Ray rio como un canalla al ver a una marabunta amarilla de pollitos escapar a toda prisa hacia el corral, sin que Helen pudiera evitarlo.

—Pero qué torpe eres, ratita de ciudad —murmuró por lo bajo.

Y todavía rio más a gusto cuando la vio correr detrás de ellos como una loca, cogiéndolos de dos en dos y entregándoselos a Oliver que, más ducho en esas labores, sabía cómo meterlos en la gallera sin que se le volvieran a escapar. Helen corría desesperada detrás de los pollitos y estos huían al verla. Carrera para arriba, carrera para abajo, vuelta en redondo, carrera hacia el otro lado. Ray sintió un poco de lástima. Si fuera un caballero habría corrido a ayudarla, pero se resignó: era un rufián sin corazón que estaba disfrutando muchísimo del espectáculo.

Cuando los hubieron encerrado a todos, ella se arqueó con las manos en los riñones y la mirada al cielo. La vio llevarse la mano al pecho, fatigada después de agacharse cincuenta veces y recorrer el corral «como gallina decapitada», pensó Ray, con sarcástica oportunidad.

Oliver, en cambio, estaba tan fresco. Benditos siete años, pensó su padre. Lo vio ir en busca de los perros y alejarse con ellos por el camino que surcaba los campos de maíz.

Helen se había quedado sola y Ray consideró que era el momento de salir de su escondite.

* * *

Al verlo llegar, Helen se peinó con las manos y lo recibió con una sonrisa.

—De llegar hace diez minutos, te habrías reído con ganas. Se me han escapado los pollitos de la jaula.

—¿Sí?

Se abstuvo de confesar que había presenciado la escena con la misma diversión que una película de risas y carcajadas.

—Y no veas cómo corren esos pequeños cabroncetes —masculló apretando los dientes.

Ray le cogió la barbilla para que lo mirara a él y dejara de clavar sus ojillos vengativos en el gallinero.

—Como vuelvas a decir una palabra sucia tendré que darte unos azotes en el trasero. —Le guiñó un ojo y bajó la voz—. Y créeme, los disfrutarás.

—Y tú también —replicó con un descaro que aceleró el pulso de Ray.

—Me pregunto qué ha sido de aquella rubia elegante que dejé en la granja.

Helen sacudió la melenita.

—Fui a la peluquería y me tinté de mi color, ¿estoy aquí de incógnito, no? —Ray la contempló con agrado, hasta las cejas volvía a llevar al natural—. En cuanto a la ropa... —Se inclinó para verse el rudo calzado de su época como dama del ejército, durante la guerra—. No tengo botas de montar, así que me traje estas en el equipaje. Obviamente, con los vestidos de calle no pegan nada. Y además son muy bonitos pero poco prácticos en el campo. Así estoy más cómoda.

—¿De dónde has sacado ese pelo tan moreno?

—Menuda pregunta, es cosa de familia, ya conoces a mi hermana y lo tiene igual de oscuro que yo. Herencia —explicó—. Somos un poco gitanas, por parte de mi abuela paterna, que era española.

—¿Gitanas?

Helen lo miró contrariada.

—¿Algún problema? —cuestionó, enarcando las cejas.

—No —se apresuró a decir, y rectificó—. Bueno, sí. Un poco.

—Esta sí que es buena —saltó, mirándolo de arriba abajo—. ¿Y puedo saber por qué, irlandés? —puntualizó con retintín. Con su mala fama de bebedores y camorristas, los irlandeses no eran los más queridos del país.

—Los gitanos tienen fama de nómadas, se cansan de vivir en todas partes.

—No todos —objetó molesta—. Además, cualquiera diría que en Irlanda no hay gitanos. Puede que tengas tú más cuartos de sangre romaní que yo. Oliver tiene el pelo negro.

—En eso ha salido a su madre.

Helen desvió la mirada y apretó los labios. No quería imaginarla. Y a la vez la curiosidad la mataba por saber cómo fue la mujer que cautivó a Ray en el pasado.

—¿Era muy guapa? —preguntó sin mirarlo.

—Preciosa —recordó con sinceridad—. Se llamaba Belle y hacía honor a su nombre.

—Entiendo —dijo con un suspiro molesto.

Ray sacudió la cabeza. Helen era una monada, no entendía que la preocupara la belleza de otras y menos de una mujer que había muerto siete años atrás. Entonces recordó sus propias cavilaciones cuando, algunas noches, en la soledad de su cama, se preguntaba qué clase de tipo sería el difunto marido que logró conquistarla y hacerla suya.

Cogió a Helen por las mejillas y le acarició los pómulos. Ella lo miraba sin

pestañear. Ray inclinó la cabeza y la besó en los labios con un suave roce. Luego, la miró a los ojos y sonrió con ternura.

—No tienes ni idea de lo bonita que eres.

El pueblo entero se había preparado ese domingo para celebrar la Fiesta de la Cosecha. Todos en Germantown habían salido a la calle para exhibir sus mejores galas, ansiosos por disfrutar de un día de asueto antes de comenzar con las duras jornadas que se avecinaban, ya que la recolección de las cerezas se había anticipado a causa del calor y aún no habían disfrutado de tregua tras recolectar el maíz. Las cerezas eran una de las frutas más delicadas y los granjeros ponían todo su esfuerzo en realizar el arduo trabajo antes de la salida del sol para obtener un resultado óptimo, que se traducían en mejores precios en el mercado y, por tanto, mayores beneficios.

Así pues, ese domingo era el último día de descanso durante mucho tiempo. Todo el pueblo salió de sus casas con ganas de sacarle provecho. El ayuntamiento había previsto todo lo necesario para que la jornada fuera un éxito; se había convocado a los vecinos cerca de la iglesia luterana, donde las dos calles principales se entrecruzaban formando una espaciosa plaza.

Cuando los Donnelly llegaron, algunas señoras de la Sociedad de Damas de Germantown ya colocaban tartas y dulces en el puesto preparado al efecto. El importe de su venta iba a ser destinado a la compra de libros para la biblioteca local. Doris se acercó a saludar a Evelyn Kapp, presidenta de las Damas, a quien entregó las galletas con pizcas de chocolate que días antes habían horneado entre Helen, Oliver y Betty, y que habían envuelto de diez en diez en paquetitos de celofán.

—Qué detalle —reconoció, Evelyn, admirada por el primor con que había dispuesto las galletas.

—Los lazos los hizo mi nieto —añadió, alisando con el dedo uno de los bucles de cinta roja brillante.

—Estoy segura de que se venderán muy bien —dijo la otra, mostrándole su agradecimiento en forma de sonrisa.

Doris correspondió, llena de satisfacción.

—Así lo espero. Yo que las he probado, puedo asegurarte que saben mejor que las Freihofers'.

Y lo dijo convencida, las galletas cocidas en la granja estaban tan apetitosas como las de los famosos panaderos de Albany que se vendían en casi todas las tiendas de la región. E incluso llevaban los mismos trocitos de chocolate.

Al otro lado de la explanada habían dispuesto una serie de largas mesas, donde las familias se reunirían para el almuerzo que habían llevado preparado de casa. El dueño del aserradero había tenido el detalle de prestar los tablones y los caballetes. Pero aún quedaba bastante para que llegara la hora y, hasta entonces, se habían previsto juegos para niños y mayores, además de concursos.

Doris se despidió de las mujeres y paseó, saludando a su paso a unos y a otros, hasta donde hacía cola su marido. Charles guardaba turno para inscribirse en el concurso de la mazorca más grande y ella no iba a quitarle la ilusión, aunque

sospechaba que, como cada año, regresaría a la granja con la mazorca en el bolsillo y sin la escarapela del galardón ni el premio de veinte dólares.

Ray, con Oliver pegado a los talones, había llevado a Helen hacia la parte donde aguardaban varios hombres para demostrar su pericia como sexadores de pollos. En esa prueba participaba Joss, ganador invicto desde hacía tres años.

—Y este año tampoco le arrebatarán el título —afirmó Ray, seguro de la experiencia de su capataz que llevaba años dedicado a ese curioso e imprescindible menester en toda granja avícola.

—Pero no entiendo cómo sabe cual es pollo y cual es gallina —cuestionó Helen.

—Hace falta buena vista y rapidez.

La miró de arriba abajo, regodeándose en lo que veían sus ojos. Estaba muy bonita con el vestido de talle bajo tan a la moda que se había puesto. El color azul le sentaba bien, pensó Ray. Todos le sentaban bien, rectificó mentalmente sin quitarle la vista del escote. Era tan recatado que no permitía avistar el nacimiento de sus senos; dejaba adivinar sin mostrar, un auténtico acicate para la imaginación. Y a ojos de Ray, que sabía que de primera mano qué tesoros ocultaba a la vista del mundo, lo hacía doblemente tentador.

Pero ella ni se percataba de su mirada apreciativa, tenía puesta su atención en las cajas de madera llenas de pollitos que habían preparado para el concurso.

—No hay mucho que entender. En un momento verás cómo separan a un lado los machos y a otro las hembras.

—Pues me parece imposible, la verdad.

—¿Por qué?

Helen ojeó disimuladamente a Oliver y se inclinó cerca de Ray para que el niño no la escuchara.

—Porque los pollitos no tienen «esa cosa» que distingue a los chicos de las chicas.

Ray soltó una carcajada tan fuerte que atrajo las miradas de media concurrencia. Se acercó a la caja y, con un gesto que pedía permiso a los jueces, cogió un polluelo al azar. Lo puso boca abajo ante las narices de Helen.

—¿Ves estos dos bultos diminutos? —señalándole el orificio anal del bicho—. Este es un macho.

Ella se tapó los ojos con las manos.

—Me niego a mirar en un sitio tan íntimo.

Con una risilla baja, Ray devolvió el animal a la caja y le ofreció su brazo, para dar un paseo alrededor de las casetas. Oliver tiró de la manga de su padre.

—Papá, ya están colgando las manzanas para el concurso.

Se trataba de una de las pruebas dedicadas a los más pequeños y se participaba por parejas. Con las manos atadas a la espalda, ganaba la prueba aquella pareja que conseguía comer la manzana entera más rápido, que colgaba de una cuerda.

—¿No te apetece participar? Yo doy fe de lo rápido que puedes comerte una

manzana, porque te he visto —lo animó Helen.

El pequeño no respondió. Bajó la vista a la vez que se subía las gafas hasta el puente de la nariz. Y Helen adivinó su problema: el pequeño no se atrevía a buscar otro niño con quien concursar. Casi todos los pequeños se veían frente a aquella caseta en grupos de dos y él, por la distancia de la granja con el centro del pueblo, solo convivía con ellos durante las horas de la escuela. Lo que unido a sus problemas de visión, no le convertían en el chico más popular.

—Es un concurso para pequeños —opinó Ray, que también adivinó por dónde iban las preocupaciones de Oliver.

Helen se detuvo y lo enfrentó con la mirada.

—Es que tu hijo es un niño.

Pudo ser que sus palabras, que decían mucho más que lo que los oídos de un niño eran capaces de entender, lograran picarlo. Helen prefirió pensar que Ray, por propia decisión, estaba a punto de dar un paso adelante en lo tocante a su relación con el pequeño.

—Tienes razón. Y yo también lo fui —afirmó; y se alegró de ver la expresión radiante de Helen—. Oliver, ¿quieres que les demos una lección de cómo se comen las manzanas?

De haber sabido que su hijo mostraría tal carita de entusiasmo, Ray habría hecho mucho antes esa propuesta.

—¿En serio, papá?

Ray le tendió la mano y le guiñó un ojo para inspirarle confianza.

—Vamos.

—¿Y si quedamos los últimos?

—Felicitaremos a los ganadores. Que no se diga que los Donnelly no somos hombres de buen perder.

El niño se agarró sin dudarle y Helen los acompañó a pocos pasos, disfrutando de verlos cogidos de la mano. Le daba igual el resultado del concurso. Aunque no se dieran cuenta, Oliver y Ray acababan de ganar algo mucho más grande que los aplausos y que una escarapela con una cinta.

* * *

Y el lunes llegó. Y con el amanecer, la hora de recolectar las cerezas. Helen se despertó al alba, dado el trasiego que reinaba en la casa. Los peones recién contratados acababan de llegar en el tren nocturno. Charles había echado mano de una oficina de empleo de la Sexta Avenida en su último viaje a la ciudad para vender los huevos. En verano bajaba el ritmo de los trabajos de construcción de los rascacielos que se levantaban a lo largo y ancho de Manhattan.

Los nuevos peones venían del Bronx. Con la escasez de empleo en el sector del ladrillo, muchos jóvenes del único barrio de Nueva York en tierra continental, al igual

que los estudiantes con menos posibles, aprovechaban para trabajar como temporeros en los condados rurales. Se necesitaban más manos, ya que se trataba de una tarea lenta y delicada. La fruta estaba en sazón y había que darse prisa, la maduración excesiva podía echarla a perder. Consciente de las necesidades de sus padres, Ray había demorado su regreso a Nueva York para arrimar el hombro.

Con todo, la más agobiada en aquella cocina era Doris. Ya había derramado la leche mientras preparaba las gachas de avena del desayuno. Helen, que se había dado prisa en vestirse, se acercó a echarle una mano.

—Es que no sé cómo voy a poder estirar las horas hoy. He prometido a Betty acompañarla a la prueba del vestido.

—Por mí no lo haga, señora Donnelly.

—¡Desde luego que iré contigo! —aseguró esforzándose por mostrarse amable con la chica—. Llevas aquí desde que eras una chiquilla, me he ganado el privilegio de verte vestida de novia antes que nadie, al lado de tu madre.

Betty, emocionada y más tranquila, se dispuso a colocar los tazones en la mesa.

—Pero tengo que subir a la cabaña de mi suegra a bajar la colada y a llevarle el pan de la semana —dijo bajando la voz, para que solo la oyera Helen.

—Puedo subírselo yo. No quiero sentirme una inútil, viendo que hay tanto trabajo.

Doris le dio una palmadita en la mano de agradecimiento.

—Buena se pondría mi suegra si dejo de ir yo en persona. Tú no sabes el carácter que tiene, querida. Con la edad nos volvemos celosos y caprichosos como niños. Lo que sí puedes hacer es ayudarme a preparar la comida, si no te importa.

—No faltaba más. ¿Qué tengo que hacer?

—Vamos a desayunar primero —propuso, mientras iba anotando mentalmente las tareas del día—. Y para la cena... Ya veremos. ¡Ay, madre, si voy a pasarme toda la tarde en la peluquería con la dichosa *mise en plis*!

Helen recordó que ya le había comentado que tenía intención de acudir a la peluquería para rizarse el cabello para la boda de los muchachos.

Se sentaron a la mesa. Ray lo hizo junto a Helen, como de costumbre.

—De la cena ya me encargaré yo —anunció ella, muy decidida.

—Te lo agradezco, pero esta noche seremos muchos a la mesa —dudó Doris.

—No importa. Yo no voy a ir al campo de cerezos porque sería un estorbo. Tendré toda la tarde para ocuparme de ello.

Ray se quedó observándola mientras se servía café. Intuyó que pretendía hacer una exhibición de habilidad para el trabajo doméstico.

—Helen, no tienes que demostrar nada. Las galletas te salieron de lujo. Bravo por ti.

—¿De verdad crees que pretendo echar una mano para demostrar algo?

Ray se mordió la mejilla para no sonreír y Helen le leyó el pensamiento. Aprovechó que el resto estaba enfrascado en sus propias conversaciones, para bajar la

voz con disimulo y dejarle las cosas claras.

—No tengo que demostrarte nada.

—Eso es lo que acabo de decir, ¿no?

Helen se colocó la melenita detrás de las orejas, dio un sorbo de café y se pasó la servilleta por los labios.

—Ni pretendo hacer méritos para subirme a ese pedestal tuyo de mujer perfecta. O mejor dicho, ama de casa perfecta.

—Nunca he dicho eso. Hay mujeres con grandes cualidades para unas cosas y mujeres que poseen destreza para otras.

—Pero según tú, las que dominan las labores caseras son «más mujeres». ¿No?

—No —zanjó con tono rotundo—. Y te aconsejo que no te metas en líos. Salta a la vista que la cocina no es una de tus muchas habilidades.

—No lo entiendes, me importa menos que un centavo lo que tú pienses sobre mí.

—Gracias —ironizó.

Helen lo miró muy seria y a los ojos. A Ray le dieron ganas de hacerla callar con un beso, le fascinaba esa determinación que veía en sus ojos ante un desafío.

—Quiero demostrarme a mí misma que, si quiero, puedo hacerlo —confesó.

Ray ladeo la cabeza y acercó su tazón de café a modo de brindis.

—Te deseo mucha suerte. No hay nada más peligroso que enfurecer a un puñado de hombres hambrientos después de un largo día partiéndose el espinazo en el campo.

Helen exhibió su sonrisa más triunfal. Pura fachada, porque en su cabeza flotaba la duda. Tenía que ayudar a Doris en un día tan atareado para ella, pero tenía miedo de no salir airoso de su propio reto.

* * *

—¿No sabes hacer de comer?

Oliver la miraba como quien observa a un raro insecto en la vitrina de un museo. En su joven cabecita no cabía la imagen de una mujer que no supiera cocinar.

—Bueno, alguna cosa sé —se escudó, molesta—. Vamos a ver, sabioncillo, ¿acaso sabes tú remendar calcetines?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya lo hace la abuela.

—Pues eso mismo me pasa a mí —explicó, poniéndose en cuclillas para quedar a su altura—. Resulta que yo también tengo en Boston quien me haga la comida, nunca me he visto obligada a cocinar y por eso sé tan poco. Menos mal que mi hermana Laura es una experta de los fogones y alguna cosa he aprendido viéndola a ella... Y a mi abuelita —rememoró para sí misma, llevándose un dedo a los labios—. Ya lo tengo, ¡hay algo que me sale muy bien! Aunque hace mucho que no...

—¿Yo puedo ayudarte?

—¿Sabes pelar patatas?

—Aprenderé.

Helen no pudo resistirse ante aquel arrebatado de determinación. Le dio un abrazo y un beso con ruido en lo alto de la cabeza. Oliver era un niño adorable, si el cielo le hubiera otorgado la dicha de ser madre, habría deseado un chico como él.

—Haremos una ensalada. Tú puedes coger una lechuga y tomates del huerto, que de eso entiendes más que yo.

—¿Para cenar?

—¿Por qué no? En los restaurantes más distinguidos de Manhattan sirven ensalada por la noche.

—Será una cena muy finolis.

—No tanto. Pero necesito aceite de oliva. Y no sé si en la tienda del pueblo podré conseguirlo —lamentó, preocupada.

—La abuelita Ada Mae nos lo prestará. En su casa siempre hay una botella.

Helen se puso en pie y se frotó las manos, sorprendida al escuchar aquello.

—¿En serio? No lo habría imaginado.

Cocinar con aceite de oliva era costumbre exclusiva de los inmigrantes del sur de Europa.

El chiquillo le explicó que la madre de la abuelita era italiana, la única entre una ristra interminable de ancestros irlandeses que Oliver le relató de memoria.

—Lo usa para hacer la comida, por eso su armario de las sartenes echa un olor tan extraño. Y para las cataplasmas de los callos de los pies.

—Interesante —murmuró con aprensión—. Hagamos una cosa, ve a buscar a Joss y que nos suba a la cabaña con la camioneta. Así perderemos menos tiempo.

Dicho y hecho. Oliver cumplió con el recado con diligencia. Helen le pidió que se quedara en la cocina pelando las patatas para ir adelantando. Diez minutos después, ella y el capataz estaban sentados en la salita de estar de Ada Mae.

—Chico, ¿has subido unos huevos frescos?

—Ya sabe que siempre lo hago, señora.

—Pues ve a por ellos a la camioneta. Coge también la botella de aceite de la despensa. ¿Tortilla has dicho? —preguntó a Helen.

Ella asintió, sin dar más explicaciones delante de Joss. Quería que fuera una sorpresa y, en caso de salir mal el experimento, que no se enterara nadie de su fracaso culinario.

—Chico, creo que voy a apuntarme a esa cena. Ve dando la vuelta a la furgoneta, que bajaré con vosotros. Y sin prisa.

Joss entendió que pretendían conversar sobre asuntos de mujeres y, después de coger el aceite, salió dejándolas solas para que cuchichearan a placer.

—Chiquilla, ve a la cocina. En el armario de arriba, verás una caja de galletas. Tráela —pidió. Cuando lo hubo hecho, Helen se la puso en el regazo—. Ábrela tú misma, yo no tengo fuerza ya. Qué lástima de manos, con lo que fueron.

Al destaparla, Helen vio que contenía viejas fotografías y un hatillo de cartas amarillentas por el paso de los años. Sacó un retrato color sepia, donde se veía la imagen de una bella mujer con un vestido que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel.

—Esa soy yo —explicó, la anciana, con orgullo.

—Caray, Ada Mae, era muy guapa.

—A ver si te crees la única con una pechuga digna de admiración. Busca, por favor, hay otra de la misma época...

Antes de que acabara, Helen ya se la mostraba.

—Que hombre más apuesto. ¿Es su marido, verdad?

—No.

Helen admiró con mayor curiosidad la fotografía, un posado de estudio pasado de moda en que la pareja aparecía en actitud amorosa bajo un templete de flores artificiales.

—¿No es su marido? Oh...

—No te extrañes tanto, caramba —farfulló—. Se llamaba Bill Cooper. Nos conocimos mucho antes de casarme, por descontado.

Helen miró de reojo el atadillo de cartas, supuso que eran los vestigios de aquel amor juvenil.

—Escúchame bien, chiquilla, nadie ha visto nunca ese retrato. Ni mi hijo ni mi nuera. Por supuesto, mi marido nunca supo de su existencia. Bill vivía en Hudson.

—Eso está solo unas millas río arriba. ¡Tan cerca! ¿Y por qué no sé casó con él?

—Era un calavera. Le gustaban mucho las mujeres, no me convenía. Mi marido era un hombre decente y honrado.

Helen supo que, a pesar de su sensata reflexión, la abuela Ada Mae no había olvidado al protagonista de su primer amor. Y a pesar de lo interesante que era aquella conversación, miró su reloj de pulsera. Como siguieran hablando en torno a la caja de galletas que contenía tantos secretos nunca confesados, no iba a tener tiempo de hacer la cena.

Ada Mae advirtió su impaciencia.

—Se hace tarde —concluyó. Puso el dedo encima de la fotografía y miró a Helen a los ojos—. No sé si Bill está vivo o muerto. Yo te he prestado el aceite. Favor por favor. Ve a Hudson y encuéntralo.

—No sé si sabré por dónde empezar. Siendo la capital del condado, debe ser grande.

—Date prisa —ordenó, haciendo oídos sordos a sus excusas—. Llama a Joss y ayúdame a levantarme.

* * *

Preparar la cena no fue un camino de rosas. Cuando Helen y la abuela entraron en la

cocina, descubrieron que Oliver había pelado las patatas con tanto entusiasmo como ineptitud y las había dejado de tamaño de un puñado de canicas.

Ambas alabaron su esfuerzo y, mientras Helen lo enviaba al huerto a por dos lechugas y un cesto de tomates, la abuela la emprendió con un nuevo cuenco de patatas, con menos rapidez que el chiquillo pero más maña. Entre tanto, Helen se dio prisa en cortar rebanadas de pan y frotarlas con ajo, rociarlas de aceite y espolvorear sal.

—¿Dónde estará el orégano?

—Debe haber por algún sitio. ¿Has mirado en los estantes de la despensa? —aconsejó la abuela.

Eso hizo y después de esparcir una buena cantidad sobre el pan, además de sal y pimienta, lo puso a dorar en el horno. Después las patatas ya peladas y pidió a Ada Mae que las cortara en láminas finas.

Batió un barreño de huevos, que en la granja había en abundancia. Y puso la sartén al fuego con buena cantidad de aceite de oliva para ir friendo las patatas en tandas.

Le costó, sudó como nunca, tuvo que implorar a todos los santos cocineros para que no se le pegara la mezcla a la sartén. Pero una hora después, tenía cuatro tortillas de patata, perfectas en su redondez y color, reposando en la alacena cubiertas por paños immaculados.

Preparó dos cuencos de ensalada. Pensó en freír unas salchichas, pero dejó esa tarea para última hora. Vio la cesta sobre la mesa llena de peras y pensó en hervirlas con azúcar, canela y vino tinto. Iba a sentarse un policía a la mesa, pero la ley Volstead solo prohibía distribuir y fabricar bebidas alcohólicas. No decía nada respecto a consumirlas. Eso lo sabía bien Doris que, a pesar de tener un hijo comisario, guardaba una botella escondida en un rincón de la alacena para las grandes ocasiones.

Cuando extendió el mantel, Helen se sentía tan satisfecha de sí misma que no cabía en el vestido. Había ideado una cena para mucha gente, con platos sencillísimos de cocinar y estaba segura de que iban a quedar impresionados.

Las voces de los hombres lavándose en la bomba de la puerta del establo se oyeron cuando ella ya sacaba las salchichas del fuego. El primero en entrar en la cocina fue Charles Donnelly, que se quedó clavado apenas cruzó el dintel. Aspiró el aroma a orégano con los ojos cerrados.

—Demonios, esta casa huele mejor que una taberna de la calle Mulberry. Creo que no como pan de ajo desde que vivía mi abuela.

Helen sonrió, era un magnífico piropo que comparara el olor de su pan de ajo con el que servían en Little Italy.

Ray entró detrás de su padre y se quedó mirando la mesa sin creérselo del todo.

—¿Todo eso lo has hecho tú?

—Con ayuda de Ada Mae y de Oliver. Y antes de que protestes, déjame decirte

que los mejores chefs de cocina siempre son hombres. Y sé de qué hablo.

Los restaurantes de postín y los grandes hoteles de París, Londres o Nueva York eran cosa de hombres. Las mujeres cocinaban en casa y para los suyos; en el hogar los maridos no movían un dedo. Pero cuando se trataba de crear, innovar, de ganar fama y prestigio, solo había lugar para los que llevaban pantalones.

Pese a su sospecha, Ray no protestó por haber empleado a su hijo como pinche. Por el contrario, la felicitó dándole un cariñoso pellizco en la mejilla.

Se fueron sentando a la mesa. Charles empezó a rezongar por la ausencia de su mujer. Mientras, ayudó a su anciana madre a ocupar una silla junto a él, que presidía por costumbre.

—¿Cómo es que has bajado a cenar con nosotros, madre?

—He decidido volver a la vida —respondió con un tono lapidario.

Mientras esperaban a Doris, Charles bromeó sobre el menú, diciendo que debía ser idea de Ada Mae, a la vista de que tenía mucho de italiano.

—¿No es así, Adelaida Margherita?

Ella protestó ante la broma de Charles, para variar. Era hija de madre italiana pero, al casarse, americanizó su nombre de pila para darle el gusto a su marido.

Por fin llegó Doris y, al ver a todos sentados a la mesa, pidió disculpas por la tardanza. Luego preguntó por su aspecto con el pelo rizado y todos alabaron su peinado nuevo, cosa que la dejó muy satisfecha.

—¿Te has apañado bien, querida? —preguntó, acercándose a Helen para ayudarla con los platos de las tortillas.

—Me ha costado, pero sí.

—¿Ves tú como sirves para todo? Eres una joya de mujer.

Helen se sonrojó. Depositó los platos en la mesa y se sentó enfrente de Ray.

—¿Qué es eso amarillo? ¿Una especie de pastel? —preguntó dudoso.

—Se llama tortilla española. La aprendí a hacer de mi abuela.

—¿Y es salada como una *omelette*?

—Sí.

—Son buena gente los españoles —opinó Ada Mae; Helen le agradeció el comentario con una sonrisa.

—¿Qué lleva? —insistió Ray.

—Huevos, patatas, aceite de oliva y sal.

—Ya decía yo que ese olor era un poco fuerte —volvió a dudar—. Vamos a ver qué tal está —dijo, alargando su plato hacia ella.

Helen le sirvió un pedazo y aguardó su veredicto. Uno de los peones se le adelantó, porque Doris ya le había servido y se dio prisa en darle el primer bocado.

—¡Esto está buenísimo! —exclamó el chico, con la boca llena.

Ray masticó despacio y Helen sonrió satisfecha al verlo cerrar los ojos.

—Es cierto, está exquisito. ¿Dices que se llama tortilla? —recordó; ella asintió contenta—. No lo olvidaré.

—He preparado un postre también. No sé qué tal sabrá, pero oler, huele de maravilla —anunció satisfecha de sí misma.

—Mientras no sea tarta de cerezas... —comentó un peón.

Todos se echaron a reír.

Helen se levantó y fue a la alacena. Cuando regresó con la fuente de peras al vino y el aroma a canela reinó en la cocina, hubo aplausos en la mesa.

* * *

Tras la cena, Charles sacó un viejo acordeón, a pesar de las protestas de su madre. En cuanto comenzó a tocar, los peones se animaron a bailar. El repertorio empezó con gigas de Irlanda. Uno de los muchacho insistió en sacar a Doris a bailar. Oliver acompañaba con palmas. Ray tomó a Ada Mae de la mano. Para sorpresa de todos, la abuela solo se hizo un poco de rogar. Se levantó de la silla y permitió que su nieto le diera un par de vueltas al ritmo del *shimmy* de moda que cantaba Mae West. Cuando terminó la canción de la rubia de Brooklyn y el acordeón la emprendió con una melodía lenta, Ray ayudó a su abuela a sentarse y fue directo hacia Helen. No le dio oportunidad de que lo rechazara, tomándose así la revancha por lo sucedido en la fiesta de la boda, allá por septiembre. Al contrario de lo que esperaba, cuando la tomó por el talle, ella lo acompañó hasta el centro del comedor.

—Por fin —susurró para que solo lo oyera él.

Viendo su sonrisa cómplice, Ray tuvo que hacer un serio esfuerzo para contener las ganas de besarla. Le fascinaba esa valentía de Helen para sincerar sus sentimientos. Otras se habrían hartado de disimular y fingirse displicentes ante el hombre que la había ninguneado hasta aburrirse el día que se casó su amigo Kenneth.

La pieza que tocaba Charles era *Susurros*, una canción romántica muy de moda, y la pericia como bailarines de ambos fue premiada con silbidos. Ray terminó doblándola por la cintura e inclinándose sobre ella con un quiebro elegante. Demoró unos segundos aquella postura incómoda para Helen, preguntándose mientras se veía reflejado en sus ojos negros, por qué fue tan estúpido de privarse meses atrás del placer de bailar con la más maravillosa pareja que se podía imaginar.

La incorporó tan de repente y con tal facilidad que Helen sintió vértigo.

—Vamos a tomar el aire —ordenó.

Tras una pausa estudiada durante la que se entretuvo en recolocarse el cuello de la blusa, ella lo siguió sin rechistar.

* * *

—¿Ya te has cansado de bailar?

—No, pero creo que ha llegado el momento de que conozcas a mi chica —dijo tirando de su mano.

Helen dejó que la llevara, sin preguntar a dónde. Y trató de descifrar con disimulo su mirada misteriosa; la revelación no le había hecho ni pizca de gracia.

—Así que hay una chica —dijo aparentando indiferencia.

—La hay.

Él notó que pretendía soltarse de su mano y la agarró con más fuerza para evitarlo. Continuaron con el paseo bajo las estrellas. Ray miró a Helen de reojo, aunque parecía calmada, estaba seguro de que por dentro empezaba a arderle la llamita de la rabia.

—Muy bien.

No tenía la menor idea de qué juego se traía entre manos su querido comisario, pero eso de «su chica» le había puesto la mosca detrás de la oreja. Como tuviera la poca vergüenza de llevarla al pueblo paseando para presentarle a alguna mujer, iba a irse a la cama con un puñetazo en la boca y las espinillas doloridas de tantos puntapiés como pensaba darle.

—No te presentaría a mi chica si no estuviera seguro de que va a gustarte —alegó.

—Qué considerado —correspondió con mucho aplomo—. ¿Y puedo saber por qué no me la has presentado hasta ahora?

—Una belleza como ella tiene que estar a salvo de las miradas de otros. Ya sabes, para que no me la quiten.

Helen se tensó como una vara. La risita de Ray que vino detrás de las palabras convirtió la llamita de la rabia en una hoguera.

—Muy astuto por tu parte.

—Gracias.

—¿Y vive muy lejos tu chica?

—Con el chico de Waterloo.

Helen rio sin ganas.

—Vaya, vaya... Así que vive con otro hombre.

—No soy celoso.

Helen gruñó algo ininteligible. Ya habían llegado a la puerta del cobertizo que había justo debajo del granero. Ray sonrió despacio y empujó el portón, invitándola a entrar con un gesto galante. Helen pasó ante él con muy ufana, sin mirarlo siquiera.

—Ahí tienes a mi chica, la dueña de mi corazón.

Helen abrió tanto la boca que podría haberse tragado un ratón sin masticarlo.

—¿Una motocicleta? ¡Serás tonto!

—¡Eh! —la regañó con un pellizco en la cintura que la hizo dar un brinco—. ¿A que es preciosa mi Harley-Davidson?

Helen lo miró perpleja y luego miró la motocicleta reluciente y cuidada como una joya del escaparate de Tiffany's en la Quinta Avenida. Era bonita de verdad. A la derecha de esta, vio un tractor John Deere. Leyó en el cartel atornillado en el lateral el «Waterloo Boy» que enmarcaba la cara del chavalín sonriente y estalló en

carcajadas.

—Así que este es el chico de Waterloo, como Napoleón Bonaparte. Sí que vino de lejos.

—Waterloo, Iowa —corrigió Ray—. Es donde fabrican los motores de queroseno. Con un gesto de la mano, la invitó a admirar su adorada motocicleta.

—La tengo desde antes de la guerra. Fui a por ella hasta la fábrica, en Wisconsin. El viaje de regreso lo hice a lomos de mi chica.

Helen se acercó y acarició con delicadeza el brillante manillar.

—Recuerdo haberle oído decir a Kenneth que en Europa estuviste destinado en la división motorizada.

—Buscaban motoristas con experiencia —confirmó—. Toda la guerra la pasé encima de una Harley muy parecida a esta.

Ray le explicó que fueron miles las unidades adquiridas por el ejército americano para entrar en combate durante la Gran Guerra, enviadas a Europa desde la fábrica de Milwaukee. Al ver que permanecía callada, continuó contándole que, cuando se quitó para siempre la estrella de ayudante del *sheriff* del condado, su primer destino fue la comandancia montada de la policía de Nueva York, en la que fue aceptado por su experiencia como jinete. De allí pasó al escuadró motorizado donde fue ascendiendo hasta el grado de teniente, dada la pericia que adquirió durante la guerra conduciendo vehículos de dos ruedas.

—Mi marido tenía una también. Le gustaba correr con ella, con el aire en la cara —dijo sin dejar de mirar la Harley aunque su mente estaba lejos de allí.

—¿Todavía la conservas?

Helen negó con la cabeza.

—Cuando supe que Benjamin ya no volvería a conducirla, la vendí.

Durante unos minutos, permaneció en silencio, recordando los días en que Benjamin le enseñó a montar su apreciada Indian porque ella insistió. Los torpes inicios y lo jubilosa que se sentía ante la mirada asombrada de él al verla ir arriba y abajo con cierta destreza. Era extraño, nunca tuvo interés por aprender a conducir un automóvil, pero montar sobre la Indian, por aquel entonces, se le daba bien. Aunque solo practicara como un juego y acompañada por su marido. Ray ni remotamente debía imaginar que ella sabía montar en motocicleta sin caerse en la primera curva. Pero ese era un recuerdo íntimo de sus momentos felices con su esposo y no estaba preparada para compartirlo con él.

Ray notó que la alegría del principio había desaparecido del semblante de Helen. Y le provocaba una innegable desazón ver su tristeza al evocar el recuerdo de su marido difunto. La cogió por la cintura y la hizo girar para que quedara de frente a él y de espaldas a la moto.

—No te he dado la enhorabuena. Se te da muy bien eso de cocinar. Quiero comer más veces esa tortilla amarilla, ¿la harás para mí si me porto bien?

Se felicitó al verla sonreír otra vez.

—La cocina no es mi fuerte, te lo aseguro. Pero mi especialidad es salir airosa de un desafío.

Ray la soltó y fue hasta un rincón, detrás del tractor. Helen se cruzó de brazos y lo observó volver con una lata y destapar el depósito de la Harley.

—Se nota, no eres una mujer que se amilane ante una dificultad —dijo inclinándose con cuidado la lata para no derramar la gasolina.

—Es instinto de supervivencia.

—Vamos a dar una vuelta y me hablas de ello.

Tapó la lata y la dejó en el suelo. Enroscó el tapón del depósito y se acercó a Helen, frotándose las manos. Cuando iba a cogerla por las caderas, ella dio un saltito hacia atrás.

—No, eso sí que no —pidió; él endureció la mirada—. Tus manos apestan a gasolina y si me tocas, mi ropa olerá a lo mismo y todos sabrán que me has puesto las manos encima.

—Entiendo, hay que disimular.

Helen lo miró con ojos de censura.

—Me importa mucho lo que piense tu familia de mí. Y no quiero regresar a Boston con la palabra «facilona» escrita en la frente.

Ray acercó su cara a la de ella y sonrió como un zorro.

—Vamos a dar una vuelta en la Harley y te mostraré lo facilón que puedo llegar a ser.

Helen no pudo hacer otra cosa que sonreír con él. Resultaba enternecedor que usara una broma para dejar claro su parecer al respecto. En sus ojos podía ver que la respetaba y que por el hecho de haber compartido una noche de lujuria no la tenía por una libertina. Viniendo de un hombre como él, con ciertas ideas arcaicas respecto a las representantes del género femenino, era una inestimable muestra de consideración.

—Gracias —murmuró.

—No tienes que darlas. Soy yo quien debe agradecerte que decidieras compartir conmigo deseo y placer aquella noche, después de tanto tiempo —aseguró; y sonrió al verla sonrojarse. Le acarició la nuca y acercó los labios a su oído—. Sí, me cuentas —susurró muy bajito—. No disimules, tú también notaste que llevaba bastante sin tocar a una mujer.

Helen cerró los ojos al sentir su aliento en el cuello, qué cálidos eran sus besos.

—Ven conmigo, quiero que demos un paseo en motocicleta bajo las estrellas.

—¿Me estás pidiendo una cita?

Se escucharon unos pasos veloces que los hicieron tensarse. Ray alzó la cabeza murmurando un juramento por la brusca interrupción. Helen miró hacia la puerta abierta del cobertizo, por donde Oliver ya asomaba la cabeza.

—Helen, ¿me leerás un cuento esta noche?

—Por supuesto que sí. Anda, ve a ponerte el pijama y ve eligiendo cuál quieres

que te lea. Enseguida estoy contigo.

El chiquillo desapareció con la misma rapidez que había llegado. Helen observó a Ray, su expresión era difícil de definir, parecía debatirse entre la contrariedad y la satisfacción. Un extraño e insostenible dilema que la hizo sonreír por dentro.

—Me temo que debo rechazar su invitación, comisario. Esta noche tengo una cita con otro caballero.

Ray le cogió la mano, le besó los nudillos, y la dejó marchar con renuencia, demorando el momento de soltarla. Cuando la vio salir por la puerta, aún retenía el tacto de su palma en la suya.

El día de la boda de Joss y Betty, hubo tantas lágrimas de alegría como mujeres presentes en la ceremonia. Por deseo de la novia, el ponche se sirvió al aire libre en el jardín del templo metodista. El buen tiempo acompañaba, el sol lucía espléndido en lo alto del cielo y habían decorado las mesas con flores de papel de seda de todos los colores, que la madre de la novia llevaba meses cortando y pegando.

Helen también se emocionó, al ver a la pareja tan feliz. Llevaban años esperando ese momento, ya que se hicieron novios cuando todavía iban a la escuela. La novia estaba realmente preciosa y se sintió dichosa, espléndida con el peinado recogido y los pendientes de perlas que ella le había regalado.

Ray llevó a Helen hasta la ponchera y le sirvió una taza. Ella dio un sorbito y abrió mucho los ojos.

—¡Madre mía! —exclamó lamiéndose los labios—. ¿No crees que se les ha ido un poco la mano con el licor?

—Hoy es un día para estar contentos. Además, yo no noto nada —mintió con cara de inocente—. Se supone que yo no debo saber que este refresco lleva licor.

—Beber alcohol no está prohibido.

—Y que caigan las botellas del cielo tampoco —añadió Ray, apurando acto seguido su tacita de un trago—. Es ron. Mejor no preguntar de dónde lo han sacado. No vamos a arruinarles la boda.

Intercambiaron una sonrisa de compinches. Vaya fiasco la prohibición de la dichosa ley que solo había servido para aumentar la delincuencia, la fabricación de licores bajo mano y el enriquecimiento de muchos listos.

—Cuánto tiempo sin vernos, Raymond Donnelly. ¿Vamos a tener que creer que es cierto eso que dicen que de una boda sale otra? —dijo una voz a su espalda.

Se giraron a la vez hacia la recién llegada. Evelyn ignoró a Helen para centrar su atención en Ray con su mejor sonrisa.

—Si lo dices por mí, puedo asegurarte que el dicho no se cumplirá.

La mujer emitió una risita astuta.

—Ya me extrañaba a mí. Se comenta por el pueblo que trajiste a la señorita para presentarla a tus padres porque es tu prometida.

—A esos que van por ahí con chismes, puedes decirles de mi parte que nada más lejos de mi intención.

Helen hizo un esfuerzo sobrehumano por aguantar el tipo, aunque la afirmación de Ray precisamente ante aquella arpía le sentó como un tiro en la yugular.

—No es asunto mío —respondió la otra—. Pero una mujer soltera de visita y tanto tiempo...

—Soy viuda de guerra, Evelyn, desgraciadamente. Diga de mi parte a esos que hablan tanto, que se equivocan sobre mi estado civil.

—Lo lamento.

Helen endureció el gesto. Era obvio que lo decía por pura cortesía. Y le dolía tanto la frase hecha como el silencio impasible de Ray ante las puyas de aquella mujer.

—Que no sufran las solteras de este pueblo, que no he venido a la granja Donnelly con intención de pescar marido —añadió Helen con acidez.

La tal Evelyn se sonrojó. Helen se admiró de sus habilidades teatrales.

—¿La he incomodado con mis comentarios? No lo pretendía —añadió con fingido apuro—. Aquí todos apreciamos a los Donnelly y es lógico que les deseemos lo mejor.

—Eso es algo muy loable —aceptó Helen, sin creer una palabra.

—La vida de un hombre cambia cuando es padre. Sus intereses son otros. Y, bueno, debe tener cuidado a la hora de buscar esposa.

—¿Qué te hace suponer que la necesito, Evelyn?

—Ray, nos conocemos de toda la vida y sabes que lo digo por tu bien. No todas las mujeres están dispuestas a aceptar al hijo de otra.

Helen se adelantó antes de que Ray respondiera a su puya.

—Esas mujeres, si es que existen, que lo dudo, deben tener una piedra en lugar de corazón.

Para su sorpresa, Evelyn la miró muy ofendida. En sus ojos refulgía la furia.

—Existen, se lo aseguro. E incluso conozco algunas que no han nacido para ser madres. A mí, personalmente, me dan lástima.

Aquellas palabras dejaron a Helen petrificada. La señora Kapp giró en redondo y se marchó deprisa como una serpiente una vez ha esparcido su veneno.

—Esa mujer es una fuente de desdicha para los demás.

Ray observaba a Evelyn Kapp mientras ella se paraba a charlar con otro grupo.

—No le hagas caso. Hay personas que no son felices con la vida que llevan y por eso les molesta que el resto sí lo sean.

Helen deshizo con esfuerzo el nudo de congoja que le oprimía la garganta. Ray no lo entendía, no alcanzaba a discernir la intuición de aquella mujer para golpear donde más le dolía.

—No imaginé que fuera tan mala. Conoce muy bien el poder dañino de las palabras.

Él guardó silencio mientras continuaba observando a aquella mujer experta en crear desasosiego con su sola presencia.

—No pretendo ser entrometida, Ray. Pero ¿hay algo que yo no sepa, respecto a esa mujer?

—Nada que merezca la pena.

Ella bajó la vista, para él solo se trataba de una refriega dialéctica femenina. Ray no conocía los motivos de su pesar y, por tanto, desconocía cuán hondo había minado su estado de ánimo aquella pérfida con sus comentarios cargados de ponzoña.

* * *

Los novios disfrutaban de un fin de semana de luna de miel en Saratoga Springs, ese fue el obsequio de bodas de la familia Donnelly a la pareja. Helen estuvo tentada de ofrecerles que se hospedaran en cualquiera de los hoteles de su familia, ya que no le suponía un gasto y podían haber viajado a la cercana Nueva York, Boston, Filadelfia o Baltimore. Pero no olvidaba los comentarios de Ray ante el regalo de los pendientes de perlas y, por temor a su reacción, que seguramente consideraría su gesto una intromisión o un exceso de generosidad, se limitó a aconsejar a Charles Donnelly. Y dado que Joss era un apasionado de los caballos, coincidieron en que disfrutaría presenciando las carreras durante aquellos días románticos en la elegante ciudad balneario del norte del estado.

Con la ausencia de Betty, el trabajo doméstico de Doris se vio multiplicado. Helen resultó una ayuda proverbial, madrugando más de lo acostumbrado para aligerar a la madre de Ray de sus tareas.

A media mañana ya tenía la colada tendida, los huevos recogidos, las camas hechas y la casa barrida. En su casa de Boston contaba con una doncella que se encargaba de todo ello, pero Helen sabía realizar todo tipo de tareas domésticas salvo cocinar, que nunca se le dio bien. Y no de cualquier manera, sino con esmero profesional, ya que su padre se empeñó en que sus tres vástagos debían saber hacer todas las tareas de un hotel, por eso tanto Laura, como ella y Greg habían trabajado en el Vendome desde muy jóvenes, ocupando diversos puestos, desde los más humildes hasta llegar al despacho. Laura y Helen dominaban con maestría las labores de las camareras de piso, puesto que en opinión de su padre, no se puede exigir un trabajo bien hecho si no se sabe realizar con absoluta pulcritud.

Ya libre de ocupaciones en la casa, se acercó paseando hasta el pueblo. Cada dos o tres días llamaba a su padre, a su primo Greg o a su hermana Laura para tenerlos al corriente de su bienestar en su escondite campestre. Y, al mismo tiempo, para ponerse al día de las novedades familiares o sociales, puesto que allí solo se enteraba de los ecos de sociedad cuando compraba una revista. Y, por supuesto, a través de las noticias del periódico que cada mañana, a la hora del desayuno, leía en voz alta el padre de Ray como un remedo de noticiero radiado.

Fue precisamente la radio lo que avivó sus ganas de regresar a Boston. Al hablar con su padre desde el teléfono de la tienda, este le comentó que había recibido una invitación, que la incluía a ella, para asistir a la fiesta de inauguración de Radio Shack, la nueva empresa emisora de noticias y música a través de las ondas radiofónicas.

—Iré, papá. Aunque sea por un par de días, tengo ganas de pisar el asfalto —decidió, con la venganza en mente.

Helen estaba molesta con Ray, no le perdonaba que no hubiera movido un

músculo facial para defenderla cuando la bruja de Evelyn Kapp la acribilló con sus comentarios lenguaraces. Y no se quedó tranquila hasta hacérselo saber ese mismo día.

—Nunca intervengo en disputas de damas hasta que empieza a correr la sangre — le explicó entonces Ray, con una calma que consiguió enervarla.

Por eso, días después de lo sucedido, decidió que sería divertido acudir a la fiesta. Estaba invitada y en Boston se suponía que nadie la buscaba. Tenía ganas de ver la cara del comisario, más le valía que no se atreviera a prohibirle viajar.

En eso fue cavilando de regreso a la granja. Al llegar, preguntó a Betty, que le dijo que encontraría a Ray amontonando las pacas de heno en el pajar y fue directa a hablar con él. Tal como esperaba, desaprobó la idea del viaje. Ella insistió e insistió y discutió y argumentó y volvió a insistir hasta que lo sacó de quicio.

—No, no creo que te suponga un peligro —aceptó por fin los argumentos de Helen—. Pero di mi palabra de protegerte y tu antojo de asistir a esa fiesta me obliga a ir contigo.

—Pues no vengas si no te apetece.

—Iré, por supuesto que iré —informó con una mirada de advertencia—. Pero tu capricho tiene un precio que pagarás cuándo y cómo yo decida.

Helen le devolvió una sonrisa y un parpadeo de desafío, con lo que se ganó que Ray la cogiera por la cintura y la pegara a su cuerpo de un brusco tirón. Sus miradas eran una lucha de voluntades; él le agarró un pecho con la mano libre, dispuesto a dejarle claro quién llevaba la voz de mando.

—Iremos a esa fiesta, tú ganas. Pero lo harás cogida de mi brazo, que te quede claro.

—Como desees.

Ray se mordió el labio.

—No quieras saber lo que deseo —murmuró acariciándole el pezón con insistencia—, porque corres el peligro de acabar deseando lo mismo que yo.

—No estés tan seguro.

El cuerpo le ardía, el pecho le cosquilleaba bajo la mano abierta de Ray y en otras circunstancias habría sido ella misma quien le ofreciera sus labios. Pero no, una voz interior le recordó que aquel hombre no pronunció una palabra para detener los comentarios crueles a cerca de las mujeres que no sirven para ser madres que le espetó la dichosa Evelyn el día de la boda de Betty y Joss.

Ray dio un vistazo sobre su hombro para asegurarse de que estaban solos en el pajar.

—Dame un beso.

—Ni hablar.

Él sonrió al verla echar la cabeza atrás, rígida y veloz como una cobra, e intensificó la presión de su bragueta contra el pubis de Helen.

—No te hagas de rogar —la provocó—. Ahora que estamos metidos en harina, no

vamos a dejar el bizcocho sin cocer.

La alusión culinaria le trajo a la cabeza un asunto importante que casi había olvidado.

—Está bien, tú ganas —Ray alzó una ceja, escamado. Demasiado fácil había sido esa rendición—. Pero tendrás que pagar un precio a cambio.

—No era ese el trato.

—Considéralo una cláusula nueva. Yo pago un precio en prenda y tú también.

Le cogió la mano y la apartó de su pecho. Ray aflojó despacio la presión y le liberó la cintura. Estaba muy apetecible, como siempre. La luz que entraba por la claraboya de la fachada trasera creaba un halo alrededor de su cabeza, pleno de partículas de polvo en suspensión. Estaba seguro de que el pelo le olía a agua de lavanda y deseó enterrar en él la nariz y aspirar con los ojos cerrados. Mientras fantaseaba con ello, no prestó atención a que Helen le estaba contando algo.

—A ver, no sé si te he entendido bien —improvisó para ocultar su despiste—. Vuelve a empezar.

Entonces sí atendió. Y asombrado asimiló una historia folletinesca ocurrida sesenta años atrás, que tenía a su abuela Ada Mae como protagonista.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Que encuentres a ese Bill Cooper. Vivo o muerto.

—Eso, como en los carteles que ofrecían una recompensa por los forajidos en el oeste hace cincuenta años.

—A ser posible, vivo —matizó Helen, con cara de circunstancias—. Ray, tú tienes medios para lograrlo. Conoces al *sheriff* del condado, trabajaste para él. Estoy segura de que si le pides ayuda no te negará el favor. No sé —pensó, llevándose un dedo a los labios—. Puedes pedir que miren las lápidas del cementerio o en las listas de feligreses de las iglesias, si te sirve como idea. Yo empezaría por ahí.

Muy a su pesar, Ray notó que aquella mirada anhelante lo derretía por dentro como un carámbano a pleno sol. No supo negarse. O no quiso. Alejó esa duda de su mente y aceptó ayudarla, recordando que contaba con amigos también en la Policía del Estado. No era la primera vez que «los polis de gris» le echaban una mano, puesto que allí en Germantown él era un ciudadano de a pie al carecer de jurisdicción.

—Hablaré con el *sheriff* y con la policía estatal. Veré qué puedo hacer, pero no te hagas ilusiones. No te prometo nada.

—Gracias, me basta con que lo intentes —dijo con un suspiro de alivio.

Hizo amago de marcharse pero Ray le cogió la mano y la obligó a regresar a su lado.

—¿Qué hay de ese bizcocho que hace un momento amasábamos a medias?

Helen estaba dolida con él, pero era justa. Ray acababa de ofrecerse a ayudarla en la difícil tarea de localizar a un hombre del que no sabían más que su nombre. Y, qué demonios, también tenía ganas de un beso, a pesar de todo. Alzó el rostro hacia él y le ofreció sus labios.

—Sírrete tú mismo, pero solo un pedacito.

Ray le cogió la nuca, le dio un suave y lento beso con los labios cerrados.

—Para que no digas que soy avaricioso.

Helen lo miró sorprendida, ya que esperaba que tomara su boca con ansia. Y cuando Ray le señaló la puerta del pajar con un gesto galante, dándole a entender que tenía trabajo, se despidió de él con una breve sonrisa.

Él la observó marchar sin perder detalle de su silueta de espaldas y a contraluz. El bajo del vestido se transparentaba dejando entrever las piernas algo más arriba de la pantorrilla. Se tocó los labios con un gesto involuntario. Casi se alegró del viaje inminente, aunque jamás se lo confesaría a ella. Tiempo tendría en Boston de devorar entero ese bizcocho.

* * *

Cogieron un tren hasta Hudson. Mientras Ray aprovechaba para hacer las indagaciones de rigor en la oficina del *sheriff*, tal como Helen le había pedido, ella se dedicó a pasear mirando escaparates. Una hora después, tomaban en la estación el expreso de Nueva Inglaterra, que atravesaba los estados de Connecticut y Massachusetts, con parada en Boston como fin de trayecto.

Durante el viaje, Helen fue dando detalles a Ray del tipo de fiesta al que iban a asistir. Por descontado, ella había decidido incluso la ropa que debía vestir sin consultarle. A pesar de lo ilusionada que se mostraba, no fue capaz de contagiar ni una pizca de su entusiasmo a su compañero de asiento. Muy al contrario, conforme le iba dibujando el imaginario panorama de esa noche, la reticencia de Ray hacia el cóctel con baile crecía en paralelo. En especial, su desgana a compartir charla y velada con una clase de gente con la que no estaba acostumbrado a codearse. Helen pertenecía a una familia acomodada, pero él era un simple oficial de la policía y le separaba un abismo social del resto de invitados.

La incomodidad de Ray se maximizó cuando Helen, también sin consultar su opinión, decidió que se alojaría en su propia casa. Le molestaba ser su huésped, deambular por unas estancias plagadas de recuerdos compartidos con otro hombre o arrellanarse en un sillón y pensar que ella también lo había hecho, tal vez sentada sobre las rodillas de su marido.

Y una vez llegaron a Boston se encontró frente a la fachada, asombrado ante la elegante mansión que Helen había heredado de este, y que fue propiedad de los Mongabay durante un siglo, terminó de sentirse un don nadie.

Fueron recibidos por una asistenta con cofia y puños blancos sobre el uniforme negro de percal. Helen le había dado vacaciones durante su ausencia, pero antes de partir de Germantown, telefoneó para pedir a la muchacha que tuviera la bondad de acudir durante ese fin de semana a airear la casa y tenerla a punto para su llegada.

Ray no podía asistir a la fiesta sin esmoquin. Helen se negó a buscar a esas horas

una sastrería de alquiler, entre otras cosas porque ni idea tenía de encontrar una ya que jamás había tenido la necesidad de recurrir a ese tipo de servicio. Lo llevó hasta el vestidor que jamás se usaba y a Ray le dio la sensación de entrar en un panteón. Helen abrió las puertas de un gran armario y ante sus ojos se mostró el soberbio vestuario del difunto Benjamin. En otro momento, o de ser otros los sentimientos que empezaban a removérsele por dentro, Ray habría premiado su idea por lo práctica, ya que él y el difunto eran de estatura y complexión similar, a la vista de la hechura de los trajes de etiqueta que colgaban ante su vista, pulcramente alineados en sus respectivas perchas. Sin decir palabra, se acercó a los estantes del mueble calzador. Levantó unos zapatos modelo Oxford de brillantísimo charol y, al leer el nueve y medio remachado en el cuero de la suela, maldijo en silencio. Ya era casualidad que el finado y él usaran la misma talla también.

Helen lo dejó solo para que se vistiera. Y él lo hizo. Una vez peinado y recién afeitado, mientras se ajustaba la pajarita ante el espejo, tuvo que reconocer que se veía bien dentro de aquella ropa. Elegante, para qué negarlo. Otra cosa muy diferente era sentirse a gusto vestido de prestado. Curiosa dualidad, verse tan bien y sentirse tan mal.

Salió al pasillo y aguardó impaciente a que Helen acabara de acicalarse. Tras un buen rato, salió del dormitorio convertida en una reina de la distinción. El vestido de noche, con un ligero vuelo a la altura de los tobillos, era la cosa más delicada que Ray había visto en su vida. Le recordaba el brillo ambarino del sirope de arce.

Helen le ofreció una copa antes de pedir un coche del Lenox; los McKerrigan no poseían autos privados, siempre usaban los vehículos de cualquiera de sus dos hoteles en la ciudad. Ray declinó su invitación sin hacer preguntas respecto a la procedencia del *whisky*.

—Como quieras —aceptó ella, mientras se acercaba a enderezarle de la pajarita.

Un gesto familiar. Durante esos dos segundos Ray estudió sus ojos maquillados, concentrados en estirar el nudo para que quedara perfecto. Se preguntó cuántas veces habría repetido esa misma escena con Benjamin Mongabay. Viéndola tan cerca, se sintió dividido por dentro. De un lado, gozaba de ser el centro de sus atenciones; de otro, tenía la sensación de ser un pobre sustituto, ocupando un lugar que no era el suyo.

Bajó las escaleras delante de ella y al llegar al vestíbulo, observó que Helen sacaba una llave del bolsito de pedrería dorada, a juego con los zapatos de idéntico diseño, la fina diadema muy a la moda alrededor de la cabeza y el vestido de muselina color caramelo. Viéndola con la llave en la mano, supuso que la asistenta había marchado ya y no dormiría en la casa. Esa noche tenían la mansión para ellos dos solos. Su imaginación comenzó a volar.

Antes de salir, Helen dictó a la operadora el número de teléfono del hotel para pedir que les enviaran un auto. Una vez hecho, invitó a Ray a marchar, era más práctico y ganaban tiempo si esperaban en la acera a que los recogieran. Antes de

abrir la puerta, se colgó de su brazo y le mostró la imagen de ellos dos en el espejo de la consola de la entrada.

—Hacemos muy buena pareja —dijo dichosa.

—En apariencia. Pero nada más.

Helen giró el picaporte, se hizo a un lado para que Ray saliera y cerró con llave. No hizo ningún comentario al respecto durante los diez minutos que tardó en llegar el Studebaker rojo de llantas blancas, la más reciente incorporación a la flota de automóviles del Lenox. Ni tampoco durante el trayecto hasta el elegante distrito victoriano de Back Bay.

La fiesta de inauguración de Radio Shack se celebraba en uno de los salones del hotel Vendôme, cuyo propietario era Greg McKerrigan, que lo heredó de su padre, que a su vez lo heredó del suyo, y que seguía gestionándose como toda la vida, como un negocio más de la familia.

Ray ejerció de acompañante forzoso, con ganas de abandonar aquella velada de sociedad donde no conocía a nadie, salvo a los familiares de Helen.

Se acercaron a saludar a su padre y a Lydia. Greg no contaba esa noche con la compañía de su esposa Annette debido a su avanzado estado de gestación. Después de otras presentaciones de rigor, Ray se excusó con Helen y se apartó hasta un discreto rincón, para saborear un combinado para señoritas abstemias. Dio un trago y se le atragantó, aquel brebaje era tan dulce que sabía a rayos. Era obvio que los propietarios de la nueva emisora de radio no pretendían entrar en sociedad dando un escándalo por violar la prohibición. Dio un vistazo a su alrededor y se percató del doble juego. No vio a nadie hacer ascos al cóctel y dedujo que todos los caballeros menos él, habían acudido bien provistos, con su petaca de plata llena de *bourbon* escondida en el bolsillo.

Marcus McKerrigan se acercó para interesarse por los avances de la investigación. Ray fue parco, no le dio detalles salvo el que le interesaba: saber que su hija estaba segura viviendo en la granja. El padre de Helen fue respetuoso y comprensivo al no insistir en saber más sobre algo que competía a la policía de Nueva York.

Rato después, fue la propia Helen quien se decidió por fin a hacerle compañía. Por entonces, Ray empezaba a pensar que se había olvidado de su presencia en la fiesta. O todavía peor, que lo consideraba su guardaespaldas.

—¿No lo estás pasando bien?

—Sabes de sobra que no me encuentro cómodo entre toda esta gente.

Helen trató de disimular, pero sus ojos reflejaban tristeza. Vio la mirada de Ray atenta a algo o alguien que quedaba a espaldas de ella y se dio la vuelta, con curiosidad. La cara le cambió al ver quién se acercaba. Y lo hacía de la mano de una chica cuyo amplio vestido daba fe de su estado de buena esperanza.

—Helen, ha pasado mucho tiempo —la saludó con una inclinación—. Permite que te presente a mi esposa. Gina, la señora Mongabay.

—Helen McKerrigan-Montero —corrigió tendiendo la mano a la otra—. Hace tanto que no nos vemos que William ha olvidado hasta mi apellido —agregó con una sonrisa fría dedicada al marido—. Es un placer conocerla, señora Talbot. No sabía que te habías casado, Will, mi enhorabuena.

—Gracias.

Ray se percató de la mirada enigmática del tal Talbot, que pasaba desapercibida tras su expresión afable. Salvo para un buen observador, y él lo era. Aquellos ojos escondían algo, un secreto que solo Helen conocía. Lo supo en cuanto la vio disimular su tensión a fuerza de sonreír y departir con la pareja con una cortesía excesiva, como de pega. Para mayor aburrimento, lo incluyó en sus presentaciones. Lo contrario habría sido una grosería, pero Ray no tenía ganas de fingimientos. Tan escueta fue su intervención en la charla, limitada a un par de monosílabos, que se ganó una mirada furibunda de Helen.

Ella deseó un feliz alumbramiento a la recién conocida. Era muy joven y tal vez su inexperiencia en las conversaciones con doble sentido no le permitió notar el tedio de Ray ni la indiscutible incomodidad de Helen cuando, por obra de su esposo, su embarazo se convirtió en el único tema de conversación. En un intento de acabar con aquella charla sin sentido que la desazonaba tanto, Helen les deseó felicidad. Una manera elegante de decirle *adiós y ahí te quedas*.

—Mi felicidad se llama Gina. Mi esposa ha sabido darme cuanto necesito. Es la mujer perfecta.

La chica se echó a reír y lo llamó exagerado, ignorante del doble sentido del comentario. Helen palideció a ojos vista. Ray se percató y la cogió por la cintura, temiendo que pudiera desmayarse. O algo peor, salir de aquel mutismo con un arranque de carácter de los suyos que la llevara a decir alguna insensatez de la que más tarde podría arrepentirse.

—Nos disculparán, pero se nos hace tarde —anunció mirando su reloj; una vulgaridad imperdonable—. Talbot, señora, ha sido un placer.

Casi a la fuerza, la sacó del salón. Helen respiró hondo, le sudaban las palmas de las manos. Pero se negó a marcharse sin despedirse de su padre. Mientras tanto, Ray salió a pedir a los mozos del hotel que avisaran al chófer para que acercara el coche hasta la entrada.

* * *

—Gracias por comportarte como un caballero, aunque fuera al final —le dijo Helen, cuando ya iban sentados en el asiento trasero.

Ray ojeó al conductor, pero se relajó al recordar que, como se requería en un empleo de confianza, los chóferes profesionales eran sordos y mudos.

—Menudo esfuerzo, ¿no? —agregó dolida.

—No sé de qué hablas.

Ella le lanzó una mirada dura.

—No te hagas el tonto, comisario. Antes de salir ya has dejado clara tu opinión, no estamos hechos el uno para el otro.

Ray se repantigó en el asiento. Así que se trataba de eso. Cómo podía explicarle para que lo entendiera que llevaba toda la noche observándola, bellísima con aquel vestido de noche, refinada, conversando con unos y otros, mientras él se sentía un paria con derecho a desearla como el niño que ansía un pastel inalcanzable con la nariz pegada a la vitrina. Él era un tipo corriente y ella, en aquella fiesta, brillaba como un diamante. Y a los hombres de su clase solo se les permitía admirar y desear las piedras preciosas hasta la avaricia, siempre desde el otro lado del escaparate de las joyerías.

—¿Qué quieres que te diga que tú no sepas? Las parejas desiguales no funcionan, no hay más.

—Estás muy equivocado. Puede que te presente a varias. Y te aseguro que son muy felices.

Ray se miró los pantalones, con la raya vertical perfectamente planchada, el lustre de los zapatos, la ropa de etiqueta prestada que lo convertía por una noche en un hombre elegante. Hasta que dieran las doce en el reloj, pensó con ironía.

—Es posible que alguna vez se cumpla el típico cuento de hadas, lo admito. Pero recuerda quien se vistió con el vestido prestado de tiros largos. Nunca jamás, ni en los folletines de diez centavos, sucede que él sea Cenicienta.

Llegaron a casa de Helen antes de lo previsto. Fue ella quien se encargó de dar la propina al chófer cuando Ray ya metía la mano en el bolsillo. Se le adelantó para ningunearlo ante el empleado, como sutil venganza. No olvidaba ni lo dicho ni lo ocurrido.

Abrió la puerta, confirmando las sospechas de Ray de que estaban solos. Cuando entraron en la casa, él no tardó ni un segundo en quitarse la chaqueta del esmoquin y lanzarla sobre el canapé del vestíbulo. Se aflojó el nudo de la pajarita y se quitó la pechera rígida, que siguieron el mismo camino.

—Por fin se acabó la condenada fiesta. Olvidémonos de ella. Ahora viene la parte de la noche que de verdad merece la pena.

Helen lo miró brevemente por encima del hombro y comenzó a subir las escaleras. Ray la siguió a distancia suficiente para deleitarse con el rítmico balanceo de su trasero, tan redondo y perfecto bajo la seda del vestido al caminar por el pasillo. La vio detenerse ante una puerta doble de cuarterones y girar el picaporte dorado en forma de ola. Solo se abrió una de las hojas, pero Ray sospechó que debía de tratarse de una estancia muy amplia, con un soberbio lecho matrimonial en el que pensaba descansar esa noche. Pero antes había previsto una buena sesión de entretenimientos procaces mucho más divertidos que dormir.

Helen entró y él se quedó a cierta distancia, demorando el momento de seguirla. Quería ver su mirada incitante invitándolo a cruzar las puertas del lugar más privado

de la casa, concediéndole el honor de compartir su intimidad. Ella giró en redondo y se quedó con la mano apoyada en el quicio en una postura que le trababa el paso. Ray la observó leyéndole el pensamiento. Aunque no hacía falta, la cara de Helen era pura elocuencia.

—Déjame adivinar...

—No pierdas el tiempo estrujándote el cerebro. Ya te lo digo yo, que para algo tengo boca —lo frenó con ojos fríos.

Ray se metió las manos en los bolsillos. Tentado estuvo de bajar las escaleras, largarse de la casa y dejarla que sermoneara al aire. Pero no lo hizo, se preparó para escuchar sus reproches. Hasta un límite, no tenía demasiadas ganas de murga a esas horas.

—Es muy sencillo, Helen. Dime «no te quiero en mi cama» y asunto concluido.

—No te quiero en mi cama —repitió con supuesta obediencia—. No tengo ganas de pasar la noche con un patán desagradable. No quiero a mi lado a un hombre al que me cuesta reconocer, de tan sarcástico y distante como ha estado toda la noche.

—¿Has acabado?

—Buenas noches —zanjó—. En la casa hay varios dormitorios de invitados. Usa tus dotes de sabueso, comisario. Estoy segura de que los encontrarás a la primera.

Ray no perdió la calma. Iba a dejarle claro lo poco que le importaba su pataleta, deseándole las buenas noches con una sonrisa seductora y mirada cínica, combinación de su propia cosecha que desesperaba a cualquier mujer. Pero no tuvo ocasión. Aún no había abierto la boca y Helen ya le había dado un portazo en plena cara.

* * *

Por pura arrogancia, Ray no buscó la habitación de invitados. En realidad sí lo hizo, pero no para dormir. Fue por el pasillo probando manivelas y abriendo puertas hasta dar con una de ellas. Arrancó la colcha de un tirón, cogió una almohada y bajó hasta la sala de estar con una bajo el brazo y la otra a rastras. Se desnudó dejando el resto del esmoquin en un montón al tuntún y, en calzoncillos, se acomodó lo mejor que pudo en el diván de patas de león. Le costó encontrar la postura en aquel chisme tan curvilíneo, la colcha le daba calor y no le quedaba otra que dormir encogido. Sabía que era un tanto estúpido no disfrutar de cualquiera de las camas libres de la casa, pero el mal humor tenía esa desventaja, que enturbiaba bastante el sentido común. Tampoco estaba tan incómodo, pensó cerrando los ojos. Prefería dormir de pie antes que seguir el consejo en tono de orden de la presumida contestona que dormía en el piso de arriba.

* * *

Helen se levantó con el aspecto fresco de una rosa recién abierta, gracias al colorete. Aunque le costó conciliar el sueño de tan enfadada como se acostó. Y no recordaba haber dado tantas vueltas en la cama desde hacía años. En cuanto salió del dormitorio su fino olfato distinguió el agradable olor del café recién hecho. Bajó las escaleras atraída por ese aroma, no existía otro mejor por las mañanas. Escuchó ruido en la cocina. Dado que estaban solos en la casa, quien trasteaba entre fogones no podía ser otro que el culpable de su noche peleándose con las sábanas.

Las puertas del salón estaban abiertas, se acercó porque no recordaba haberlas dejado así. Allí descubrió la colcha plegada sobre una silla y sobre esta la almohada. En el respaldo Ray había colgado la chaqueta del esmoquin, el pantalón y el fajín. Los zapatos alineados en el suelo con pulcritud, con los calcetines dentro y, sobre estos, los guantes. Helen supo que todo aquello era una pista dirigida a ella para que le quedara constancia de que había dormido en el diván.

Se acercó a la cocina y se quedó muda a causa de la sorpresa. Esperaba una solitaria taza de café, no un plato con *croissants* recién hechos y otro con fruta pelada y cortada. Cogió un trocito de banana que masticó con deleite. No se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba tras una cena frugal consistente en el sándwich que comieron en una cafetería al bajar del tren. Los finísimos canapés que sirvieron en la fiesta como tentempié a esas horas los tenía en los talones.

Ray miró por encima del hombro al verla entrar. Acababa de verter la leche en una jarrita.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido? —preguntó con ella en la mano.

La llevó hasta la mesa de la cocina y se sentó sin esperar a que Helen lo hiciera. Tan tranquilo como si estuviera en su propia casa.

—No me esperaba esto.

—Termina de decirlo —sugirió indicándole la silla vacía con la mano—. No lo esperabas de mí.

—En la granja, nunca te he visto preparar el desayuno. Gracias, es todo un detalle.

—... viniendo de un tipo que piensa que la mujer perfecta es la típica amita de su casa —completó guiñándole un ojo.

—No —contradijo sonriendo—. Es todo un detalle porque lo has hecho para mí.

Helen lo observó mientras él le servía café y le preguntaba si lo quería con leche o no. Era el primer hombre que le daba los buenos días con el desayuno recién hecho, preparado y servido para ella. El único hombre que había tenido con ella un gesto tan simple y a la vez tan tierno. Sabía que era su manera de pedirle disculpas por su agria actitud durante la fiesta, pero eso se lo guardó para sí. Con una mirada risueña le dio las gracias, él la miró brevemente antes de clavar la vista en el azucarero. Era obvio que no tenía ganas de hablar sobre lo ocurrido. Helen lo conocía lo suficiente para adivinar que Ray estaba arrepentido de su actitud y no se creía merecedor de ningún tipo de agradecimiento. Estaba guapo, se había duchado y peinado el pelo aún

húmedo. Era sigiloso porque ella no escuchó ni el ruido de la ducha. Iba vestido con su propia ropa, en mangas de camisa y con los pantalones del traje que traía puesto al llegar.

Ray notó que no le quitaba ojo.

—He dejado ahí el esmoquin y todo lo que me prestaste —dijo señalando con la mano la dirección del salón—. Supongo que querrás llevarlo a la tintorería. Por cierto, la chica que tienes de servicio es una joya, hasta sabe que me gusta la fruta en el desayuno —reconoció, metiéndose un trozo de pera en la boca.

—Pues yo no le pedí que la comprara, ha sido cosa suya. Es verdad que Kitty está en todo —reconoció cogiendo un *croissant*—. Pensé que desayunaríamos en cualquier sitio, de camino a la estación. Pero ya veo que no te ha costado nada encontrar la pastelería de la calle de al lado.

Ray esbozó una sonrisa lenta.

—¿Qué esperabas? Soy policía.

Helen sonrió antes de llevarse la taza a los labios. Dio un sorbo y se dio dos toquitos con la servilleta.

—Será mejor que nos demos prisa, falta solo una hora para que salga el tren —dijo mirando su relojito de pulsera.

—Tenemos tiempo y es una lástima que se eche a perder —señaló el plato de la fruta— ahora que está pelada. ¿Tantas ganas tienes de regresar a Germantown?

Helen asintió.

—En Boston hay demasiada gente, no me siento segura.

—No corres un peligro real, aunque es cierto que Todd y sus socios, si los tiene, saben quién eres y dónde vives. Es preferible que vuelvas a la granja.

—El miedo no tiene que ver con mis ganas de volver.

Ray levantó la vista del desayuno y la miró a los ojos. Cuando iba a preguntarle por el motivo que acababa de quedar en el aire, se escuchó un rugido cavernoso. Horrorizada, Helen se miró el vestido a la altura del ombligo. Tenía apetito, pero no esperaba que su estómago la delatara de una manera tan traicionera. Alzó la mirada y sonrió abochornada al ver la expresión divertida de Ray.

—¿Seguro que has dormido sola? —inquirió, con una mirada de poli en un interrogatorio—. Juraría que esta noche te has tragado un monstruo.

* * *

Por poco no perdieron el tren. Helen se empeñó en realizar unas compras de última hora de camino a la estación, demorándose tanto que logró sacar a Ray de sus casillas. Cargados y con el corazón agitado por culpa de las prisas, tuvieron que correr por el andén cuando escucharon el silbato y la locomotora ya echaba humo por la chimenea.

Tenían por delante un largo trayecto de cinco horas. Ray aprovechó para dormir.

Con cada sacudida del vagón entreabría los ojos y volvía a sumirse en un sueño profundo. En alguna ocasión miró a Helen de reojo. Viajaba en el asiento de enfrente, con los ojos fijos en el paisaje boscoso de arces y abetos que se disfrutaba a través de la ventanilla. Se veía seria y pensativa. Él no le dio mayor importancia, achacó su silencio al tedio del viaje sin alguien con quien entablar conversación.

A mitad de camino, el traqueteo se hizo más fuerte. Ray se desperezó y echó un vistazo por la ventanilla, el motivo del temblor de su asiento se debía a que empezaban a atravesar el viaducto de Lyman. Miró su reloj, llevaba dos horas de sueño reparador que falta le hacían después de una noche encogido en aquel mortificante diván. Helen no estaba, inspecciono los asientos contiguos y tampoco la vio. Imaginó que se habría levantado para ir al vagón restaurante a reservar una mesa. Él ya había previsto hacerlo y en una hora a más tardar se serviría el almuerzo. Se puso de pie y atravesó los vagones hacia el comedor. Empujó la portezuela y fue recibido por un succulento aroma a pastel de carne. Allí le dijeron que una dama que respondía a la descripción Helen había salido por la puerta de fondo, después de tomar un café con crema de leche.

Ray atravesó ese vagón y pasó al siguiente caminando por la plataforma con mucho cuidado, puesto que el tren se encontraba en ese momento a más de ciento treinta pies de altura sobre el cauce del río. Ya en el interior, vio a un empleado que sostenía la puerta del fondo entreabierto y conversaba con alguien. Ray cruzó el vagón hasta allí.

—Señora, ya se lo he dicho. No puede estar ahí, es peligroso —lo oyó advertir—. Entre, por favor.

Intuyó Ray que esa señora solo podía ser Helen y puso la mano en la hoja de la puerta para que el empleado del ferrocarril lo dejara salir.

—Yo me ocupo, descuide.

El hombre lo miró dudoso. Ray no portaba la placa, no estando de servicio; se abrió la chaqueta para que viera la cartuchera y el Colt, aclarándole con ese gesto su condición de agente de la ley.

—Está bien, pero tengan cuidado.

Ray le agradeció con la mirada que hiciera la vista gorda. A demás del carbonero, solo los ferroviarios de la compañía tenían permiso para salir al exterior cuando el tren cruzaba alguna de las colosales obras de ingeniería que salvaban el desnivel de los barrancos del estado de Connecticut. Y Helen se hallaba sin permiso en el balconcillo exterior del vagón de cola.

Salió y cerró la puerta. Ella estaba muy derecha, delante de la baranda. Demasiado cerca, a juicio de Ray. Se colocó a su espalda, abrió un poco las piernas para afianzar los pies y la sujetó, abrazándola por la cintura.

—¿Qué ocurre, ratita de ciudad? Hay algo que se me escapa. No niego que tienes motivos para que te dure el enfado, no estoy orgulloso de cómo me comporté anoche. Pero esta mañana creí que todo había quedado olvidado.

—No se trata de eso.

—¿No vas a contarme qué te ha amargado el humor? Tú no eres así, Helen. Se me hace raro verte tan taciturna y, cuando eso ocurre, sé que algo te preocupa mucho. Comprendo que la situación no es fácil para ti, pero confía en mí cuando te digo que en Germantown nadie se atreverá a hacerte ningún mal.

Ella negó con la cabeza y Ray respetó su silencio. Juntos y sin palabras que estropearan la contemplación de la belleza natural que se mostraba ante sus ojos, admiraron la inmensidad del valle. El tren parecía surcar el cielo, las aguas del río Dickinson Creek discurrían en el fondo del despeñadero como una serpiente brillante entre los empinados boscajes de abedules. Instantes después, las vías se adentraban a tierra firme y ellos decían adiós con la mirada al entramado de vigas del viaducto de Lyman. Fue entonces cuando Helen se dio la vuelta entre sus brazos, decidida a hablar.

—No tengo miedo, Ray. Ha sido el regreso a Boston lo que me ha hecho pensar. Volver por unas horas a mi vida me recordado lo vacía que está.

—No digas eso, Helen. Muchas personas envidiarían tu existencia.

Ella ladeó la cabeza y dejó que su vista se perdiera en el horizonte. Ray prefirió no interrumpirla, era ella quien debía, si ese era su deseo, confesarle el motivo de la tristeza que reflejaba su bello perfil.

—Lo tengo todo y no tengo nada, Ray. Sé que es una vileza quejarme, pero siento un vacío que a veces se me hace difícil de soportar.

Ray era un hombre observador y ya se había percatado que, cada vez que se ponía nerviosa, se agarraba mecánicamente a la pequeña estrella de oro que llevaba en el cuello colgando de una fina cadenita. El regalo de su esposo que siempre la acompañaba.

—Aún amas a tu marido a pesar de que sabes que no volverá —intuyó.

Helen encerró la estrellita brillante en el puño.

—Asumí la muerte de Benjamin, siempre tendrá un lugar en mis pensamientos. Me acuerdo de él con cariño, en eso se convirtió con el tiempo el amor que sentía por él. Benjamin me quería, Ray, a pesar de que no pude darle hijos. Era cariñoso, amable y considerado.

Ray sintió un cosquilleo desagradable en la boca del estómago al oírla glosar al hombre cuya ropa había llevado puesta solo unas horas antes.

—Él cayó en el frente y yo no tenía ni el consuelo de un hijo —prosiguió—. Lloré su ausencia y logré sobreponerme. Dos años después apareció otro hombre, me ilusioné con sus atenciones. Él me enseñó que el amor era más que delicadeza, que era pasión.

La conclusión que acababa de extraer de aquella confesión, se la guardó para él. Pero Ray adivinó que su marido no era el hombre apasionado que Helen esperaba y que conoció la voluptuosidad de la lujuria de la mano de ese amante del que le hablaba.

—Mantuvimos una relación durante un año, intensa pero carente de amor — confesó mirándolo a los ojos—. Te ruego que no me juzgues por ello.

—No lo hago —afirmó acariciándole el pelo—. Hombres y mujeres tenemos las mismas necesidades, el deseo forma parte de la naturaleza humana.

—Fue él quien me dejó. Un día me dijo que no podía aceptar como esposa a una mujer incapaz de darle un heredero.

—Mejor para ti. Si ese semental buscaba una hembra de cría, la palabra hombre le quedaba demasiado grande.

—Aunque yo no quería reconocerlo, seguía con él con el anhelo secreto de concebir un hijo, convencida de que el problema era de Benjamin —reconoció cabizbaja—. Cuando él me dejó me vengué de los hombres, me convertí en una cínica. Me dediqué a jugar con ellos para evitar que ninguno volviera a jugar conmigo. Los dejé acercarse sin que ninguno llegara a tocarme. Odiaba ser así. Y un día me tropecé con un poli de Nueva York que me llevó a su casa y allí fui feliz. Pero en todas partes existen personas que saben golpear para que los malos recuerdos afloren. Me dolió mucho lo que dijo Evelyn Kapp sobre las mujeres que no valen para ser madres.

—No le hagas caso porque no tiene remedio. Es una charlatana insidiosa.

A pesar de su consejo, ahora que conocía el dolor que Helen cargaba en secreto, lamentó no haberle soltado cuatro frescas a Evelyn. Ray no se quedó cruzado de brazos el día de la boda de Joss, cuando esta se lanzó contra Helen con tanta insidia. Ella desconocía que tuvo una charla con el ayudante del *sheriff*. Hizo las cosas a su manera. Pero en ese momento se arrepentía de no haber abierto la boca para defender a Helen delante de Evelyn.

Le sujetó la barbilla con los dedos para verle los ojos.

—¿Te han visto los médicos?

—Sí, y todos coinciden en que mi cuerpo está sano, no existe un problema físico. Pero a pesar de ello, mi corazón sangra cada vez que pienso que no puedo tener hijos.

—Ya oíste a los médicos.

Helen negó con una mirada llena de desolación.

—No puedo, Ray. Esa es la realidad. No quedé encinta de Benjamin, ni de William. Tampoco ocurrió contigo —recordó con una risa triste—. Fuiste muy considerado evitando la posibilidad de un embarazo, ya ves que no hacía falta que te tomaras la molestia.

—¿Has dicho William?

Ella leyó en su expresión bravía que ya había adivinado lo que estaba a punto de decirle.

—Will Talbot, lo conociste ayer. Volver a verlo después de tantos años me removió sentimientos que me había costado mucho mantener sujetos.

Ray maldijo en silencio a aquel fante al recordar la conversación de la fiesta, su manera de presumir ante Helen del estado de buena esperanza de su mujer.

Entonces desconocía la crueldad que encerraban sus palabras. Y entendía su pesar, no eran solo los comentarios crueles de ese Talbot y de la aguafiestas de Evelyn. En los últimos meses, todas las mujeres del entorno de Helen disfrutaban de la dicha de ser madres o estaban a punto de serlo. Ray la miró con inmensa compasión, todavía encerraba en el puño la estrellita de oro, se aferraba a ella por ser el vestigio que aún la unía con los felices días del noviazgo y de recién casada.

—Helen, es hora de que te despidas para siempre de este colgante. Te trae recuerdos buenos y malos.

Ella comenzó a llorar en silencio. Ray le secó las mejillas con la mano.

—No quiero olvidar al único hombre que me ha amado de verdad.

Ray la abrazó, obligándola a apoyar la mejilla en su pecho. Le besó la frente con dulzura y apretó los labios contra su mejilla húmeda.

—Es hora de quitártela del cuello. Guárdala con los momentos bonitos que vivisteis juntos. Aunque no la lleves contigo, la estrella de tu marido brillará siempre en el cielo y en tu corazón.

Helen prorrumpió en un llanto hondo y sentido. Él la sujetó pegada a su pecho, en silencio, sacudiéndose con ella con el traqueteo del tren.

—No soy una mujer de lágrima fácil —dijo restregando la mejilla en la solapa de su chaqueta—, no sé qué me ocurre.

—Llora, cariño. Saca de una vez toda esa ira que te hiere.

Ray la abrazó con la mirada perdida en la línea del horizonte, sin interrumpir su llanto. No se sinceró con ella hasta que la vio más calmada.

—Perdóname por haberte fallado. Debí pararle los pies a ese miserable de William Talbot. Lamento no haber estado a la altura.

—Ya pasó, Ray. Olvidémoslo para siempre. Solo abrázame, te necesito muy cerca de mí.

Él la estrechó entre sus brazos, con cariño protector, y la besó dulcemente en el pómulos, la comisura del ojo y la sien.

—Es un honor que me necesites.

* * *

—¡Pero, chiquilla, cómo se te ocurre! —exclamó Doris—. No hacía falta que trajeras nada.

Contemplaba encandilada la gramola de maletín que Helen le había traído desde Boston.

Viendo la alegría de su madre, Ray dio por bueno el largo rato siguiendo a Helen en su periplo de compras. Demora por la cual estuvieron a un pelo de no subir al tren.

—Me he dado cuenta de cuánto le gusta la música, Doris. Y este modelo es mucho más manejable que los que llevan bocina. Los gramófonos de corola dorada son bonitos, pero muy aparatosos.

—Estoy tan contenta, Helen, que no sé qué decir.

Eso era precisamente lo que Helen quería oír. Había vuelto a la granja cargada con patrones de costura para Betty, uno de ellos muy parecido al vestido rojo desmangado con tres volantes a modo de sobrefalda que lució en la boda de la chica y que a esta le entusiasmó. Trajo también partituras de nuevas canciones para Charles, un paquete con cuatro *dónuts* para Oliver y una cajita de caramelos de anís para Ada Mae.

—He traído solo dos discos, no me dio tiempo a más.

—Oh, no te preocupes —dijo Doris—. En el colmado de los Bates venden algunos y si no pediré que los encarguen a Hudson. Allí hay una tienda de instrumentos musicales.

—Ahora ya puedes escuchar música cuando quieras, mamá —intervino Ray, estudiando las pequeñas dimensiones del fonógrafo.

—Es verdad, gracias a Helen ya no tendré que esperar a que tu padre saque el acordeón del armario.

Como la vio acariciar la etiqueta redonda del disco, Helen se decidió a contarle la historia del perrito blanco y negro, que ella conocía porque se la había relatado Lydia, su madrastra.

—¿Sabes que este perdiguero blanco con las orejitas negras existió en realidad? Resulta que los dueños de esa compañía musical inglesa compraron un cuadro y le pusieron el nombre de este a la empresa al conocer su historia. Resulta que el hermano del pintor grabó su voz en un fonógrafo. Cuando el hombre murió, el pintor heredó el aparato y la mascota. Pasada la melancolía de los primeros meses, se atrevió a escuchar la grabación de su hermano difunto y se emocionó al ver que el perro no se despegaba del gramófono al reconocer la voz de su fiel amigo. Por eso quiso immortalizar la escena en un cuadro.

—Así que por eso la compañía se llama «La voz de su amo» —concluyó Doris.

—¿A que es una bonita historia?

Doris acarició el disco.

—Sí que lo es, querida. Dicen que los animales no tienen alma, pero es bien cierto que tienen corazón. Gracias por contármela. Ahora que conozco la historia, nunca volveré a mirar esta etiqueta con los mismos ojos.

Helen se acercó a Ray que, apoyado en la ventana abierta, observaba jugar a su hijo.

—Mamá, ¿has visto cómo ha aprendido Oliver a subirse a los árboles?

En ese momento escalaba el más cercano al vallado y se dedicaba a coger manzanitas silvestres. Encaramado a una rama, las cogía y las lanzaba al redil. Los caballos corrían a comerlas como si fueran golosinas.

Doris se acercó también a la ventana, echó un vistazo a su nieto y, con una mueca, giró en redondo y volvió a la mesa.

—Ya lo veo, ya. Cada vez me da más sustos. Deberías decirle algo, un día se nos

va a lastimar.

Ray se hizo a un lado, para dejar sitio a Helen que se acodó en el vano con él.

—Tenemos que dejarlo crecer, mamá. A ningún niño le hace mal un coscorrón de vez en cuando.

Vio la expresión satisfecha de Helen y sonrió. Ella estaba en lo cierto cuando le comentó que, entre todos, estaban sobreprotegiéndolo. Desde que llevaba sus gafas nuevas, Oliver se veía más espontáneo y travieso. Atrevido, como la mayoría de los niños. Miró a su madre, que les daba la espalda muy entretenida admirando la elegante tapa de abedul de su fonógrafo nuevo.

—Tenías razón —le susurró al oído.

Ella le sonrió porque sabía por qué lo decía. Ray aprovechó que su madre no miraba y le robó un beso.

* * *

Ray aún estaba despierto. Tumbado en la cama, leía una revista ilustrada con historietas de *cowboys* cuando oyó crujir los escalones de madera. Se levantó de un salto de la cama y abrió la puerta. Lo que menos esperaba era encontrar a Helen cubierta con la bata y descalza. Le sorprendió su cara de circunstancias; o de susto, no sabía muy bien.

—Si quieres puedes cerrarme la puerta en las narices —musitó muy bajito para no despertar a nadie—. Yo lo hice en Boston, estás en tu derecho.

Ray la agarró por la cintura con un solo brazo y la hizo entrar antes de que alguien de la familia la descubriera allí arriba en el desván.

—Estás completamente loca —murmuró riendo—. Y no sabes cuánto me alegro.

La rodeó con los brazos y ella se abrazó a su cuello. Se besaron con ansia mientras él le contorneaba las caderas a dos manos. Sintió que su miembro se erguía hasta causarle un latigazo de deseo al descubrir que estaba completamente desnuda debajo de la bata. Le apartó el pelo con la nariz para lamer la curva de la oreja y morderle el cuello.

—Si te pido que te desnudes para mí, ¿lo harás?

Helen le puso las manos en el pecho para alejarlo, se desanudó el cinturón y con un movimiento de hombros dejó caer la bata.

—Qué hermosa eres.

Le cubrió los pechos con las manos y gozó de la tibieza que despedía su piel. La acercó de nuevo y asiéndole las caderas la apretó contra su erección, para que supiera el efecto que le provocaba. Ella desanudó el cordón de la cinturilla del pantalón de su pijama y Ray se lo quitó a estirones, quedando tan desnudo como ella. Tomó su boca con ganas y, sin dejar de acariciarla por todas partes, la llevó hacia la cama. Se tumbaron a la vez. Sin dejar de besarla, Ray buscó a la palpa la perilla que colgaba del cable enroscado al cabezal y apagó la luz.

Era un goce para los sentidos verla entre sombras, con la única luz de la luna que entraba por la ventana, oírle gemir, descubrir el éxtasis en su rostro con cada caricia, saborear su deseo con cada beso.

Ray sintió su mano acariciadora deslizarse por su costado, demorarse en la cadera, jugar con el vello de su sexo hasta que lo envolvió con los dedos proporcionándole un placer indescriptible.

—Quiero probarte como tú hiciste conmigo —la oyó susurrarle al oído.

Ray se arrodilló en la cama y tomándola por los hombros, la levantó también. Le tomó la cabeza y guio el camino de su boca, suplicándole sin palabras que lo cubriera de besos, desde el centro del pecho a los dos pezones diminutos. Al notar sus labios en el estómago, Ray le acarició la espalda y se ofreció para disfrutar con ella del banquete de la sensualidad. Apretó los dientes al sentir la calidez de su lengua, cuando lo atrapó por sorpresa. Creyó enloquecer con la dulce succión que lo invitaba a entrar en el delicado refugio de su boca. Farfulló murmullos que ni él mismo entendía hasta que Helen lo llevó al borde del abismo. Entonces, le cogió las mejillas de nuevo y la levantó para besarla. Con rudeza, luchando con su lengua; Helen no se quedaba atrás, respondía a sus besos con seductora locura, haciéndolo enloquecer a él también.

Con cariñosa picardía, le puso la mano entre los pechos y la obligó a tumbarse de espaldas. De rodillas como estaba, le agarró las piernas y las levantó para descansarlas en sus hombros. Le besó los tobillos, la cara interna de la pantorrilla, lamió la sensible zona detrás de las rodillas, mordisqueó el interior de sus muslos y tuvo que taponarle la boca con la mano para ahogar sus grititos. Helen le mordió la mano, le lamió la palma con ardiente malicia; entonces fue él quien tuvo que ahogar sus propios gruñidos de placer. Le levantó las caderas y la penetró de un duro embate, con avaricia y deseo de fundirse como un solo cuerpo. Y con cuidado, se dejó caer sobre ella y le acarició la cara, como si entre las palmas cobijara la joya más valiosa del universo.

Helen cubrió sus manos invadida por la ternura al notar sus caricias vacilantes. Él, tan curtido en artes amatorias, en ese instante movía los dedos sobre sus pómulos con pasos inseguros, como si temiese romperla. Ray comenzó a empujarse con las caderas y Helen notó que le asía los hombros como si tuviera miedo de perderla. Era la torpeza provocada por algo nuevo. A los dos les temblaban los labios al besarse, los estremecía la novedad del amor. Aunque no tuvieran el valor de decirlo todavía. Aunque retuvieran esa palabra en sus bocas como una verdad escondida en el silencio de un beso.

* * *

Al despuntar el alba, Ray se solazó mordisqueándole el hombro para despertarla. Él mismo la cubrió con la bata y la despidió con un beso cariñoso.

—Ve abajo y vístete. Te espero en el patio. Ponte la falda de montar, quiero llevarte a caballo.

Cuando él salió al porche, ella ya lo esperaba en el cercado, sorprendiéndolo una vez más con su diligencia. Ray abrió el portón de la cerca y llevó al caballo hasta los establos para ensillarlo. Helen lo ayudó a hacerlo, sobreponiéndose al miedo que le daba un animal tan grande. Una vez enjaezado, Ray la ayudó a montar y, con un movimiento experto, montó a su espalda. Dio dos suaves golpes de talón y puso al paso al caballo.

—¿Todavía tienes miedo?

—Contigo, no —dijo, reclinándose sobre su pecho.

Tomaron el camino del prado. Durante ese trecho, Helen miró el tractor en el margen de uno de los campos.

—¿Por qué mantenéis los caballos, ahora que contáis con maquinaria moderna?

Ray le besó la mejilla desde atrás.

—Es caro, tener caballerías nos obliga a plantar hectáreas de heno para alimentarlos. Pero nos resistimos a prescindir de ellos, no podemos imaginar una granja sin caballos. No hay nada comparable a mecerse sobre una silla de montar. Y si además llevas entre los brazos a tu chica, el placer se multiplica.

Tiró de las riendas y detuvo al animal.

—Mira qué belleza —la invitó a contemplar el horizonte donde el sol empezaba a despuntar.

Helen hinchó el pecho, plena de dicha.

—Sé que amanece todos los días y en todas partes, pero presiento que el amanecer es más hermoso aquí que en ningún otro lugar. No he visto en mi vida nada más bonito.

Ray ladeó la cabeza.

—Yo sí. Tus ojos justo antes de besarte.

Y eso hizo.

Durante el desayuno, Charles Donnelly puso al día a peones y familia acerca de las principales noticias acontecidas en el mundo. Aunque no era necesario porque todos habían asistido a la escuela y además podían leer el periódico, allí mismo en la granja, en cualquier momento de descanso o el ejemplar que se ofrecía a los clientes en las tabernas del pueblo. Como cabeza de familia, le gustaba mantener la antigua costumbre de la época de sus abuelos, cuando el patrón solía ser el único en la hacienda rural que sabía de letras.

Helen, aunque prestaba atención a las indicaciones que Doris daba a Betty sobre las labores de ese día, no pudo evitar captar al vuelo parte de la conversación que mantenía el sector masculino de la mesa. Todavía faltaba mucho para que finalizara la liga de béisbol. A pesar de ello, tanto el gacetillero deportivo del *Chatham Courier* como los allí presentes, daban como claro vencedor al equipo de los Yankees de Nueva York.

—Eso está por ver, señores —opinó Helen, interviniendo sin ser invitada—. Por mucho que cuenten con Babe Ruth.

Ni su padre ni ningún bostoniano aficionado al béisbol le perdonaban a la gran estrella la traición cometida cuando decidió quitarse las medias rojas, dejando en la estacada a su amado equipo de los Boston Red Sox y a la ciudad entera.

Ray la miró largamente.

—Perdona, preciosa, pero el béisbol es un tema de hombres.

Helen agradeció su cumplido con la misma alegría que habría mostrado un mastín ante un gato provocador. Las mujeres habían conseguido votar en las presidenciales el año anterior. Habían demostrado que eran capaces de trabajar en las fábricas en los más diversos oficios cuando los hombres marcharon a la guerra. Incluso la policía de Nueva York contaba con una comisaría femenina formada por mujeres agentes, el mismo Ray se lo había dicho. ¡De ningún modo iban a recular después de lo que había costado que se las tuviera en cuenta!

Con mucha calma, argumentó su respuesta.

—El béisbol es cosa de hombres y de mujeres que lleven escuchando hablar de ligas, jugadas, jugadores y resultados desde que tienen uso de razón.

Él alzó la mano en son de paz.

—No pretendo menospreciarte. Ni a ti ni al género femenino, pero coincidirás conmigo en que existen asuntos en los que las mujeres son más hábiles y otros a cerca de los cuales un hombre entiende más. El béisbol es uno de ellos.

—Cuando quieras, comprobamos quién entiende más de los dos.

Ray, su padre y los peones intercambiaron miradas burlonas.

—¿Bateando o corriendo las bases? —la provocó.

Helen tomó un sorbo de café con un suspiro antes de lanzarle la puya definitiva.

—Si me estás retando a jugar un partido, yo estoy dispuesta a perder. Me

pregunto si tú lo estás también —remató.

Durante diez segundos que se hicieron eternos, Ray aguantó impasible la mirada aviesa que Helen le lanzaba.

—Déjate de tonterías, Helen. No tienes ni idea de jugar al béisbol.

—No sé dónde está escrito que no puedo aprender. Y lo mismo que yo, cualquier mujer de este pueblo. Si proponemos un partido hombres contra mujeres, más de una se apuntará.

—Y ganarlo será pan comido —apostilló Joss, el capataz.

—¿Seguro? —cuestionó Helen con una sonrisa pretendidamente cándida.

—Seguro. Porque en Germantown no existe ni una mujer que sepa jugar.

Mala estrategia fue dar su opinión; su flamante mujercita tardó menos de un segundo en lanzársele a la yugular.

—Pero aprenderemos, ¿verdad, señorita Helen? Listas no somos, pero tontas tampoco.

El señor Donnelly soltó una sonora carcajada al escucharla. Sin pretenderlo, con la lectura de las noticias deportivas, había provocado una batalla de sexos en su cocina.

—Puede ser divertido ver un partido hombres contra mujeres —opinó—. ¿Tú qué dices, Doris? ¿Te apuntarías al equipo de las damas?

—No digo que no.

Se quedó perplejo. No esperaba esa respuesta de su esposa.

—Eso me gustaría verlo —murmuró por lo bajo—. Yo creo que podemos reclutar a bastantes voluntarios —añadió, dirigiéndose a los hombres.

—Papá, ¿tú también? —protestó Ray—. Todo esto me parece una gansada.

—Te noto preocupado —lo provocó Helen, mirándose las uñas.

—Vamos a ver, doña sabia, para empezar, en Germantown no hay ningún campo de béisbol. Y, ya puestos, ¿de dónde vamos a sacar el material para jugar?

Helen entornó los ojos con aire calculador, llevaba rato cavilando sobre ello.

—Eso déjame a mí.

* * *

Bastó una llamada al despacho de la última planta del hotel Dream, para que su padre se entusiasmará con la idea y se ofreciera a patrocinar el singular evento, aportando los bates, guantes, pelotas y demás, incluidas las equipaciones para ambos equipos. Después del partido, todo el utillaje sería donado a la escuela secundaria local. Y, cómo era un negociante nato, el regalo incluía una única condición: las camisetas lucirían en la delantera la leyenda «Hoteles McKerrigan», con lo que se aseguraba durante el tiempo que duraran los uniformes publicidad gratuita en cada partido de los muchachos de la escuela.

E insistió en colaborar con sus conocimientos sobre béisbol. Y no porque confiara

en la victoria femenina, ya que en secreto preveía un estrepitoso descalabro del equipo reclutado por su primogénita. Pero era un caballero, su honor no le permitía dejar de echar una mano a las damas en apuros, siendo el principal de ellos el hecho de no tener ninguna ni la más remota idea de cómo jugar al béisbol.

Dos semanas después, se presentaba en Germantown en montado en el Ford T de su sobrino Greg. Acudieron desde Boston pertrechados con todo lo necesario, con el auto cargado hasta los topes. Marcus McKerrigan se había autoproclamado mánager del equipo femenino, o lo que era lo mismo, el que tomaba las decisiones en el campo, dejándole a Greg el papel de entrenador sobre el terreno de juego. Es decir, quien transmitía las instrucciones del mánager a los jugadores. Jugadoras, para ser más exactos.

Durante los quince días que transcurrieron entre el desayuno del desafío y la llegada de los McKerrigan al pueblo, Helen había conseguido incitar a nueve mujeres, incluso tenía voluntarias como reservas en el banquillo. Como ya esperaba, Evelyn Kapp se negó a participar en aquella vergonzosa exhibición de marimachos en pantalones e hizo campaña para que tampoco jugara ninguna de sus amigas de la Sociedad de Damas.

Los hombres, por su parte, se animaron enseguida, atraídos por la victoria fácil y la diversión asegurada. Charles Donnelly fue el encargado de reclutarlos. Según sabía Helen, aunque ante ellas como rivales se abstenían de comentar, habían estado practicando por las tardes en la explanada que había cerca del canal por el que, en tiempo de tala, los leñadores hacían flotar los troncos hasta el aserradero de la orilla del río.

Ellas escogieron para su aprendizaje el lado opuesto del pueblo. El dueño de la fábrica de velas les cedió gustoso el terreno. Y allí se encontraban todas esa tarde, entre alborozadas y sorprendidas de lo cómodos que eran aquellos pantalones de punto. Prenda masculina que la mayoría probaba por primera vez sobre su cuerpo.

Marcus McKerrigan pidió atención. Después de la hora que costó conseguir que sus nueve alumnas aprendieran a recoger la pelota con el guante, iba a dedicar algo más de tiempo a enseñarles a batear.

Greg hizo acopio de paciencia. No quería destrozar la ilusión de su tío, un padre para él, pero dudaba mucho de su pericia como bateador. Al segundo golpe al aire como demostración, decidió intervenir.

—Tío Marcus, ¿qué tal si bateo yo y tú me lanzas?

Este lo barrió con una mirada torva.

—A tu padre le vas a enseñar a hacer hijos.

Greg cerró la boca y lo dejó exhibirse a su gusto. Se conformó con el puesto de lanzador y decidió tirarle una bola lenta, ya que temía que su tío fallara y la pelota acabara incrustada en la frente de Doris Donnelly, que ocupaba el puesto de receptora.

Lanzó y su tío acertó. Bateó con un golpe seco, pero tan desmañado que la bola

atravesó la copa de un árbol. Una bandada de grajos salió en estampida. Marcus observó a uno de ellos, su víctima, que aleteaba torpe y torcido como si estuviera borracho.

—Señoras, volvamos a empezar. Este golpe no ha valido —farfulló.

* * *

Era cuatro de julio, el sol lucía en el cielo sin una nube que amenazara lluvia. Después de tanto entrenamiento, habría sido una jugarreta decepcionante para ambos equipos que se suspendiera el partido.

El pueblo se veía espléndido con sus fachadas decoradas y las banderas ondeando en los balcones. Niños, ancianos y familias enteras se apostaban a uno y otro lado de la calle principal para presenciar el tradicional desfile del Día de la Independencia. Los Donnelly no fueron menos. Todos juntos, incluida Helen, con Charles a la cabeza, subieron a la camioneta conducida por Ray con ganas de pasar una magnífica jornada. Ilusión que incluía el partido que iba a celebrarse después de la cabalgata. Ray y Helen, cada uno por su parte, albergaban el mismo deseo: celebrar la victoria durante la comida campestre que compartirían con el resto de vecinos en el parque de los álamos, al finalizar el acontecimiento deportivo.

Después de dos horas de vítores y aplausos, de ver desfilar carrozas engalanadas con papel de colores y de saludar a amigos y conocidos, cuando la banda de música puso fin a la comitiva patriótica, los hombres y mujeres que conformaban los improvisados equipos, fueron a mudar sus galas domingueras por sus uniformes. Para ello, les fue cedido el local de actividades parroquiales del templo luterano. El reverendo solo puso una condición: que el equipo arbitral lo conformaran los cuatro guardianes de almas de Germantown, lo que le incluía, junto al rector de la iglesia reformada holandesa, al pastor metodista y al cura católico de Santa Cecilia. Un cuarteto sincrético sobre el que, en opinión del reverendo, no cabría duda en asuntos de rectitud e imparcialidad.

Una vez equipados con la flamante ropa cedida por los hoteles Mckerrigan, salieron ellos y ellas en fila de a uno, entre aplausos y vítores de ánimo de los curiosos congregados en el campo improvisado. Esa misma mañana, los empleados del molino harinero habían delimitado el terreno de juego con una aguada de cal y medido los noventa pies reglamentarios entre base y base, en la explanada cercana al canal que el equipo masculino utilizó para sus entrenamientos.

El propio reverendo Slather se encargó de pronunciar un fervoroso discurso que incluyó ciertas recomendaciones acerca de lo impropio de sacudir puñetazos a espectadores groseros, trincar por el cuello a un contrario, dar patadas traicioneras o lanzar puñados de tierra a los ojos del árbitro.

—Eso es precisamente lo que hace vuestra querida estrella de los Yankees de Nueva York, ¿no? —bisbisó Helen con disimulo, mirando a Ray.

Él reconoció que estaba en lo cierto, pero solo fue una vez. Tampoco era para tanto. Giró la cabeza hacia su bella rival y, para desesperarla un poquito, le guiñó un ojo por toda contestación.

Por cortesía unánime se decidió que el equipo visitante, al que correspondía el primer lanzamiento, fuese el de las damas. De hecho, era la primera vez que veían un equipo femenino por aquellos lares. Asimismo, se optó por un partido corto de seis carreras, en lugar de las nueve habituales. Por no agotar a las damiselas, dijeron los hombres, sin confesar su propio alivio, ya que la mayoría de los reclutados por Charles Donnelly eran de su quinta, peinaban canas y no estaban ya para heroicidades. Una vez situados los nueve caballeros en sus posiciones de defensores y las nueve damas como atacantes, la voz de juego del árbitro dio comienzo a un partido de béisbol que sería recordado durante años por los habitantes del valle del Hudson.

La primera en lanzar fue la hija del dueño del molino.

—¡*Strike!* —gritó el árbitro principal.

—¡Pero qué está diciendo, reverendo! —protestó el bateador—. *Strike* es cuando la bola está entre rodillas y codos, y esa acaba de rozarme la espinilla.

Era verdad, la jovencita lanzó peor que mal. Pero el clérigo no pensaba desdecirse y que todas sus decisiones fueran cuestionadas desde la primera carrera.

—No ha lanzado tan bajo. Y, por si no lo sabías, mis decisiones son inapelables, Bob.

—¿A favor de quién va, reverendo Slather? —cuestionó un hombretón desde las gradas.

—¡De ninguno, alabado sea Babe Rut!

Apostilla irreverente que se ganó un comentario burlesco por parte de Marcus McKerrigan, mánager de las damas, que fue premiado con una amonestación del árbitro y amenaza de expulsión.

La segunda bola fue bateada por Bates, el de la tienda. Y a pesar de que lanzó el bate y corrió como un descosido, la carrera se la anotó el equipo femenino porque su propia esposa se lanzó en plancha a tocar la primera base con la ligereza de una anguila, antes de que él llegara.

El segundo juego comenzó con Helen de bateadora y Joss, el capataz de los Donnelly, como lanzador. Detrás de ella, con el guante de receptor, aguardaba Ray que ella fallara para atrapar la bola.

—Por cierto, no te he dicho algo importante —dejó caer.

—Si crees que me voy a girar y perder de vista la pelota, vas listo.

—Encontré a ese Bill Cooper.

—¡Lo encontraste! —exclamó, girando de golpe.

—Cuidado con ese bate —avisó Ray interceptándolo con la mano, por poco no le dio en toda la cara.

—¡*Strike!*

Ray agarró la bola con el guante y sonrió como un felino.

—Maldito.

Ray devolvió la pelota de cuero a Joss mientras ella retomaba la posición de batear.

—¿Quieres saber más sobre ese hombre o no?

—¡Ya hablaremos cuando acabe el partido! —masculló sin girarse.

Fuera por la mención del viejo amor de Ada Mae que le hizo perder la concentración, o tal vez se debiera a su falta de maña, el caso fue que Helen perdió las tres bolas y la mandaron al banquillo. Esa segunda carrera se la anotó el equipo masculino.

La tercera carrera fue una lástima. La bateadora golpeó la bola a la primera y la habrían anotado a su favor si Mimi Rogers, la peluquera, no hubiera echado a correr en el sentido de las agujas del reloj en lugar de en el sentido correcto, es decir, justo al revés. Como era de esperar, fue carrera para el equipo de los hombres.

—Donnelly, ¿es que no sabes correr más rápido? —gritaron desde el público, durante la cuarta carrera.

El aludido lanzó un mirada asesina a la mujer que acababa de alcanzar la tercera base y fue directo al árbitro.

—¡Esas fieras marrulleras me despistan! ¿Cómo voy a correr en condiciones si por el camino me tocan mis partes viriles?

—Date por satisfecho, machote —chilló una voz femenina que nadie supo de dónde vino—. Que no todos los días tienes la suerte de que te apretuje la bragueta una mano de mujer que no es la de tu santa esposa.

Charles Donnelly escudriñó hacia todas partes, ruborizado hasta las orejas. Pero no hubo forma de convencer al cuarteto arbitral. La carrera se la anotaron las damas.

Hubo un incidente luctuoso durante la quinta carrera. La bateadora acertó con tanta pericia que la bola impactó de lleno en la entrepierna del cura de Santa Cecilia. El infeliz se puso lívido y se desplomó con las manos entre las piernas. La culpable del atentado genital no tuvo el menor reparo en correr como una gacela y anotarse la carrera. Los hombres que presenciaban el partido le gritaron improperios; la llamaron malvada e insensible por su falta de humanidad, al preferir anotarse una victoria antes de socorrer al sacerdote dolorido. El sector femenino del público aplaudió el resultado y cuchicheó que no era tan grave; a fin de cuentas era un cura y el pobre llevaba la salchicha y las albondiguillas de adorno.

La sexta carrera fue claramente ganada por las mujeres ya que, quizá fuera por chiripa, lanzaron bien. Y fueron más rápidas o más astutas, logrando alcanzar la tercera base antes que el bateador rival.

—¿De verdad no estás fatigada? —preguntó la señora Donnelly a su amiga Shirley, con la que siempre compartió pupitre de niñas, cuando iban a la escuela.

—¡Ni pensarlo! Estoy mejor que nunca —dijo resollando—. ¡En mi vida me habían pellizcado el trasero tantas manos!

Cuando el árbitro dio la victoria a las mujeres, todas ellas se abrazaron, saltaron y gritaron como una piña. Lo cierto es que todos se contagiaron de la alegría del equipo de las chicas tramposas, sobre todo las habitantes femeninas de Germantown. Hasta la perrita de lanas del reverendo Slather ladró y brincó, loca de entusiasmo.

* * *

El martes a media tarde, Betty acabó con sus tareas con más prisa que de costumbre. La habían convidado por primera vez a una merienda organizada por el Club de Damas de Germantown, lo que suponía su inclusión social. Estaba muy contenta de asistir y a la vez lamentaba que Helen no hubiera sido invitada. Deferencia que esta no esperaba de ningún modo, a la vista del revuelo que había suscitado el partido de béisbol mujeres contra hombres entre cierto sector femenino local. Y mucho menos siendo la presidenta de tan selecto Club la intragable Evelyn Kapp.

—No te apures, Betty.

—Me da no sé qué irme y dejarla aquí sola, señorita.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames señorita? —la regañó, mirándola a través del espejo.

Estaban en el dormitorio matrimonial de los Donnelly, el único que contaba con tocador. Helen iba siempre allí cuando necesitaba arreglarse el cabello porque Doris la había invitado a hacerlo.

—Tengo otros planes para esta tarde —dijo, girando hacia la chica con una sonrisa.

Betty se marchó y, una vez sola, Helen miró el reloj y fue al cuarto de Ray, donde dormía desde su llegada, para cambiarse de ropa. Debían apurarse si no querían llegar tarde.

Ray entró en la casa, dispuesto a meterle prisa. Como se retrasara más en arreglarse, no iban a llegar a tiempo para coger el barco. Al ver la puerta de su cuarto entreabierta, avanzó con el sigilo de un felino y se colocó en el quicio para verla vestirse a través de la rendija. Observarla sin ser visto y sin permiso era el más erótico de los espectáculos, mejor que presenciar una película prohibida en un club clandestino. La vio bajarse poco a poco la combinación, privándolo lentamente de la visión de sus nalgas cubiertas por la seda y encaje del *culotte*. Ray se recolocó el bulto pujante de la bragueta cuando la enagua liviana cayó como una telón sobre el arranque de sus muslos y tapó las cintas del ligero.

—¡Ay, coj...!

Se mordió la lengua al recibir el bastonazo en la espalda, que solo podía proceder de una persona; la única capaz de romperle una costilla con el garrote si lo escuchaba decir palabras feas.

—¿Te parece bonito espiar a una mujer, bribón?

—¿Qué haces aquí, abuela? Pensaba subir a recogerte. ¿Has bajado tú sola

paseando desde la cabaña?

—Me ha traído tu padre.

Al oírla, Helen salió del dormitorio, abrochándose un pendiente.

—Ay, si ya estamos todos. Yo ya casi estoy lista. Cojo el bolso y nos vamos. Vendrás con nosotras, ¿verdad, Ray?

—No me lo perdería por nada del mundo —ironizó; malditas las ganas que tenía de ser testigo de los asuntos amorosos de su abuela.

Ada Mae le lanzó una mirada hosca, con la barbilla le indicó la puerta en un gesto que Ray tradujo por «ve a por la camioneta y déjanos solas». Sin mediar palabra, hizo lo que esta le ordenó.

Helen fue hacia el dormitorio matrimonial; Ada Mae la siguió y, una vez allí, se sentó en la cama, apoyando las manos en el bastón.

—No puedo ir —anunció.

—¿Cómo que no?

—Se lo has contado a mi nieto.

Helen se sentó a su lado y le tomó la muñeca, sujetando su mano entre las suyas.

—Fue él quien averiguó que Bill está vivo y que reside desde hace años en el asilo. Sin su ayuda habría sido imposible, él fue quien pidió el favor a la oficina del *sheriff* de Hudson.

—No sé si es una buena idea.

—Sí lo es, Ada Mae —insistió Helen.

A esas alturas, no era momento de echarse atrás. La anciana parecía titubear.

—Una mujer no se presenta ante un pretendiente sin un poco de carmín en los labios.

Helen sonrió enternecida. Se vio reflejada en Ada Mae Donnelly, ella también se haría viejecita y arrugada, pero seguiría siendo igual de presumida.

—Ay, qué mujer. ¡Habérmelo dicho!

Fue con paso decidido hasta el tocador y hurgó en su neceser hasta encontrar una barra de un discreto tono rosado. Le pintó los labios y, para rematar su buen aspecto, le resaltó las mejillas con un par de brochazos de falso rubor. Satisfecha con el resultado, la ayudó a levantarse y la llevó frente al espejo del tocador.

—En mis tiempos me gustaba pintármelos del color de las ciruelas maduras —dijo, contenta, en tanto Helen le recolocaba el cabello con un peine.

Charles Donnelly, asomó la cabeza por la puerta.

—Perdón por la interrupción, señoras. Ray dice que os lleva hasta el embarcadero, así que me marcho que tengo faena en la nave. No tengo ni idea de qué os traéis entre manos con esta excursión.

—Ni tienes por qué —replicó la anciana—. Qué hay de malo en cambiar de aires, hace años que no cruzo el río.

—Me parece muy bien, madre. Pero ¿puedo saber qué haces con los labios pintados a tu edad?

Helen se mordió las mejillas para no reírse al verla acribillar a su hijo con una mirada severa.

—Atraer a los hombres para llevarlos por el camino de la perdición —resolvió la mar de satisfecha.

* * *

La travesía hasta la otra orilla del Hudson fue memorable para la anciana Ada Mae, que llevaba lustros sin pisar los tablones del embarcadero. Todos se sorprendían de verla y ella saludaba con agrado a unos y otros, sintiéndose protagonista de una aventura. Había tardado demasiado tiempo en reunir la valentía necesaria para atreverse a realizarla.

Helen y Ray charlaban sin hacer mención al encuentro que tendría lugar en breve. Porque resultó que el señor Bill Cooper vivía en un hogar de reposo para ancianos en Catskill. Ray le iba explicando todo cuanto veían desde el transbordador y, tanto Ada Mae, que la veía después de años, como Helen, que lo hacía por primera vez, disfrutaron de la bonita costa boscosa de la isla Rogers. Una vez llegaron a Catskill, Ray tomó un coche de alquiler para que los llevara al asilo.

Allí, el director, un pastor metodista con levita negra, les invitó a esperar en el jardín. Ada Mae se sentó en un banco, a la sombra de un tilo, y Helen con ella. Ray permaneció de pie, bastante incómodo; los asuntos románticos no eran su fuerte. Poco rato llevaban allí cuando vieron aparecer a un anciano, con traje de tres piezas, sombrero y un ramo de margaritas amarillas en la mano.

—¿Te acuerdas de mí, Adelaida Margherita? —dijo por todo saludo, mirándola solo a ella, como si Helen y Ray fueran invisibles.

—Ya lo creo que me acuerdo, no has cambiado nada.

—Sí he cambiado. Me duelen los riñones, veo menos que un topo y tengo que ir al excusado siete veces al día o más.

—Yo estoy dolorida por culpa del reuma y me fallan las piernas. ¿Te casaste?

Helen observó al señor Cooper con ojo apreciativo. Tenía más años que un arcabuz pero no había perdido su porte elegante.

—Hace años, como tú —respondió este.

—¿Fuiste fiel a tu esposa?

Helen carraspeó. Miró de reojo a Ray, que a punto estaba de huir de lo nervioso que lo ponía presenciar aquel absurdo encuentro romántico senil; más que charla, tiroteo verbal al estilo de su abuela.

—¿Tú qué crees?

Ada Mae rio como un perrillo afónico.

—Siempre fuiste un pájaro de cuidado, Bill Cooper. ¿De dónde has sacado esas flores pochadas?

—Las robé del cementerio.

A Helen le entraron ganas de gritar «¡Socorro!». Con la edad, el romanticismo adquiría un aire siniestro que a los dos interesados parecía divertirles. Pero a ella no. Se levantó del banco, farfulló una excusa precipitada, cogió a Ray del brazo y se lo llevó a la otra punta del jardín para evitar verlo huir del asilo a la carrera. Tiempo habría para las presentaciones.

Él puso la mano sobre la de ella que descansaba en su antebrazo y la invitó a dar un paseo entre los rosales. Antes de alejarse, echaron un último vistazo a la pareja.

—Después de tantos años y no se han olvidado, ¿te das cuenta, Ray? Hay personas que llegan a nuestra vida sin esperarlas y se nos quedan en el corazón para siempre.

Ray se inclinó y le dio un beso en el nacimiento del pelo.

—Lo sé —murmuró.

—¿Entonces, qué le digo a mi padre?

Helen estaba sentada en la cama, se había arreglado el peinado para cenar. Sujetaba entre las manos la notita que acababa de llevarle Oliver. Un mensaje de Ray.

—¿A qué viene tanta prisa? —se quejó ella a la vez que releía el mensaje.

—Me ha dado medio dólar por traer el recado. Y el precio incluye llevarle la respuesta.

Helen dobló la octavilla y la sostuvo entre las manos. Observó al chiquillo con curiosidad.

—Estás hecho un negociante, ¿eh? —Oliver sonrió como un zorrillo—. Cuando crezcas, le diré a mi primo Greg que te presente en Wall Street. Me parece que serás un magnífico inversor financiero, cómo él.

—¿En qué consiste ese trabajo?

Ella sonrió.

—Pues en amontonar dinero, justo como haces tú.

—¿Y la respuesta?

—Paciencia, chavalín.

Se levantó y fue hasta la silla donde descansaba su bolsito. Sacó una pluma estilográfica y desenroscó el capuchón con tanta lentitud que Oliver empezó a removerse impaciente. Mirándolo de reojo, Helen se inclinó sobre la mesilla de noche y garabateó dos escuetas líneas. Enroscó la capucha dorada de la pluma y sujetó la hojita por una punta mientras soplabla para que se secara la tinta. Luego la dobló en cuatro y se la tendió a Oliver.

—Aquí tienes. Ya sabes que un buen cartero nunca lee la correspondencia que lleva.

—Eso mismo me ha dicho mi padre.

Helen le indicó con la mano que marchara a cumplir con su cometido. Saber que Ray le había hecho la misma advertencia la hizo sonreír. Aquel intercambio de notas, como si ambos fueran un par de adolescentes en el último curso de la escuela, era algo enternecedor. Un detalle que no encajaba en la gris formalidad de la vida que ambos llevaban tanto en Boston como en Nueva York. Con un suspiro, bajó la vista y observó sus botas de dama del ejército. Cada día estaba más encantada con las costumbres del campo. Hacía una semana que acompañaron a Ada Mae a la otra orilla del valle, pero en el aire se respiraba un aroma igual de romántico que aquel día. Esa noche tenía una cita. Un hombre muy especial le había propuesto dar un paseo para mirar las estrellas y ella acababa de aceptar. La perspectiva era más seductora que una velada de baile y jazz en el Club Deluxe de Harlem.

* * *

Durante la cena, ella y Ray no comentaron nada al respecto. El intercambio de miradas disimuladas que se traían, a Helen le resultaba emocionante. Se sentía cómplice de un secreto que solo compartía con él.

Finalizada la tarta de cerezas de postre, las mujeres retiraron los platos de la mesa. Helen no se encerró en el dormitorio hasta el momento en que Doris insistió en secar sola los cubiertos. Era obvio que se había percatado del juego silencioso que los mantuvo distraídos a su hijo y a ella rato antes.

Mientras ella se acicalaba para la ocasión, Ray tuvo tiempo de mirar siete veces su reloj. La esperaba en la puerta del cobertizo. Ya había sacado la motocicleta, que esa misma tarde había abrigado con más esmero del habitual.

Después de media hora de retraso, que transcurrió entre maldiciones contra la coquetería femenina y llamadas mentales a la paciencia, al verla llegar sintió que el corazón le latía rápido. Estaba preciosa y lamentó tanto tiempo malgastado en arreglarse de punta en blanco, con lo poco que iba a durarle el bonito vestido de gasilla rosa sobre aquel cuerpo de pecado.

—Pensaba que íbamos a dar un paseo —dijo Helen, consciente de la mirada aprobadora con que la recorría entera.

—Y a eso vamos.

—Pero no imaginaba que iríamos en la motocicleta. De haberlo sabido, no me habría puesto este vestido.

Ray le tendió la mano para ayudarla a subir delante de él.

—El hecho de que lleves vestido forma parte del encanto.

Helen comprendió el alcance de sus palabras cuando estuvo encima de la Harley-Davidson. A horcajadas, la falda se le subía hasta el remate de encaje de las medias. Ray montó a su espalda, se afianzó empujándola hacia adelante para que se sentara sobre el depósito y, antes de agarrar el manillar, le acarició los muslos con las palmas abiertas y una lentitud que le provocó un cosquilleo por todo el cuerpo.

Le cogió las manos y se las colocó sobre la barra del manillar.

—Sujétate bien.

Helen lo hizo mientras él levantaba el caballete con el pie. Ray le indicó dónde debía apoyar los zapatos. Accionó la llave de arranque y giró el embrague del manillar. Un instante después, corrían camino abajo. Ella abrió mucho los ojos al sentir el aire nocturno golpearle la cara. La sensación de velocidad tan directa sobre el propio cuerpo era algo asombroso, infinitamente más excitante que circular en un auto sin capota. Notaba el pecho de Ray pegado a su espalda, se sentía en sus manos. Él manejaba aquella máquina veloz con innegable pericia. La dirección y el destino estaban en sus manos. Se asustó un poco cuando la motocicleta dio un salto al remontar una loma. Ray viró para adentrarse por un sendero que los condujo hasta los albores del bosque. Fue reduciendo la velocidad hasta un recodo del camino que formaba un claro en la espesura. Detuvo la motocicleta, el motor aún estaba caliente. Helen apoyó los pies en el suelo, sentía todo su esqueleto vibrar todavía. Contempló

la belleza que tenía ante sus ojos, la granja se veía allá abajo. Las ventanas se apreciaban como cuadraditos luminosos y, en la oscuridad, distinguía como siluetas opacas los edificios del granero, los cobertizos, las cuadras, las naves del gallinero y el pajar.

Se estremeció al sentir los labios de Ray en el cuello.

—Qué ganas tenía de que llegara el momento de disfrutar de mis dos chicas juntas —murmuró sin dejar de besarle la piel erizada.

Helen no quería moverse. Tampoco podía, mientras él no desmontara primero. Pero no le importó, deseaba prolongar aquella dulce sensación de inmovilidad en aquella postura, con los muslos de Ray envolviendo los suyos, sus cuerpos completamente pegados, su boca saboreándole el cuello con ganas. Demasiado pronto para su gusto decidió Ray romper el hechizo. El calor de su pecho fue sustituido por el frescor de la noche. No le dio tiempo a bajar. Cogiéndola por la cintura con ambas manos, fue él quien la levantó a pulso y la depositó en el suelo. La atrajo muy cerca para envolverla en sus brazos y la besó en la boca, con maestría, con pasión. Y Helen no se quedó atrás, sabía cómo proporcionarle un intenso placer. Se comieron a besos durante largo rato, sin prisas, con la frondosidad del bosque como telón y la luna que iluminaba el claro como único testigo.

Helen rompió el beso y contempló su rostro entre sombras.

—Me has traído hasta aquí para contemplar las estrellas y no sabía que podía verlas con los ojos cerrados —murmuró.

—Podrás verlas cuando esté dentro de ti y seamos uno solo. Aunque prefiero que me mires a mí.

—¿Aquí? —preguntó, señalando el suelo cubierto de agujas de pino.

—Sí, aquí, conmigo. Tú y yo.

Le tomó las manos y las colocó sobre su pecho. Helen acarició el rudo tejido *denim* de la camisa y le temblaron las manos cuando Ray pronunció una sola palabra plena de deseo.

—Desnúdame —exigió.

* * *

Helen nunca había desvestido a un hombre y la experiencia la excitó. Se sentía dominadora. Se dedicó a rozar con deliberada malicia la piel de Ray que iba descubriendo. En apariencia, se trataba de roces involuntarios; cuando desabrochó los botones de la camisa y la deslizó por sus brazos haciendo chocar sus pechos contra el torso desnudo, cuando desabrochó el cinturón y se entretuvo más de lo permitido desabotonando la bragueta. O cuando se puso en cuclillas y tiró con fuerza de los pantalones y los calzoncillos. Ansioso, él quiso ayudarla pero Helen no se lo permitió. Incluso le quitó las botas; aunque le costó bastante. Tuvo que dar varios estirones hasta que consiguió descalzarlo.

Se irguió del suelo despacio, para prolongar la contemplación de su cuerpo desnudo de Ray en la semioscuridad. Lucía magnífico, excitado y erecto, deseaba besar cada porción de aquel torso cubierto de vello que sentía que le pertenecía solo a ella. Pero la fantasía tuvo que esperar. La visión duró menos de lo que le habría gustado porque Ray la tomó por los hombros y la puso de espaldas a él. Cada vez que desabrochaba un botón, iba besando cada pulgada de ella que quedaba a la vista. Se arqueó al notar sus dientes a través de la seda de la enagua. Y quiso suplicarle que fuera más rápido, que la desnudara de una vez, pero se mordió los labios porque la estaba sometiendo a la tortura lenta más sensual de su vida.

Le quitó primero un zapato y luego otro, arrodillado a sus pies, invitándola a levantar el pie como lo haría ante un lacayo. Le soltó los enganches de las medias y se las bajó hasta los tobillos enrollándolas con ambas manos. Cada de descenso era una caricia, cada pulgada de piel un beso en sus muslos tersos, en las rodillas temblorosas, en el empeine del pie. Cuando la tuvo completamente desnuda, Helen se cubrió los pechos con las manos, imaginando que la obligaría a mostrárselos. Pero Ray se limitó a sonreír. Por sorpresa, la levantó del suelo cogiéndola por la cintura y volvió a sentarla a horcajadas sobre la Harley-Davidson, esa vez de espaldas al manillar.

—Pero...

Sin dejarla reponerse de la sorpresa, él se acomodó sobre la motocicleta, cara a cara. Le levantó los muslos y los dejó descansar sobre los suyos. Helen exhaló un suspiro al sentir la pujanza de su sexo rozando el suyo. Ray le cogió las manos y la obligó a agarrarse a la parte baja del manillar, recostándola con la espalda pegada al depósito metálico en forma de gota.

—No te sueltes en ningún momento, cariño —susurró acariciándole los pezones con los labios—. Tengo los pies firmes en el suelo, pero no me fio de mi estabilidad dentro de un momento.

Helen soltó el manillar y trató de cubrirse el pecho, pero Ray la obligó a asirse de nuevo.

—Me da vergüenza —murmuró.

Ray rio suavemente.

—Ya te he visto desnuda.

—Pero no así, tan expuesta.

Sin dejar de sonreír, le besó las mejillas. Las tenía ardiendo, Ray sintió un arrebató de ternura; aunque no podía distinguir su rubor, el calor de su piel evidenciaba que estaba sonrojada.

—Es la postura, ¿verdad? —adivinó, sin dejar de acariciarla.

—S... sí.

Ray se enderezó para contemplar su belleza. La luna dibujaba cada recoveco de su cuerpo, cada elevación, con un juego de brillos y oscuridad.

—Te sientes inmovilizada, no dominas la situación y eso te pone nerviosa. Estás a

mi merced.

Era más que eso, Helen se removió del susto al oír ulular a una lechuza. Ray la sujetó, poniéndole la mano abierta sobre el estómago para calmarla. Deslizó los dedos por el ombligo, jugó con el triángulo de vello hasta deslizarlos en su cálida humedad. Demoró aquella caricia exquisita con inmenso placer para ambos, mientras le besaba los pechos con la boca abierta. Helen le levantó la cabeza con ambas manos para verle la cara.

—Ray...

Él respiró hondo, estaba temblando.

—¿Quieres saber qué siento yo? —musitó—. Siento que eres una mujer maravillosa y que, en este momento, me perteneces.

Movió las caderas y la penetró muy despacio. Sin dejar de mirarla, se retiró lentamente para acometerla de un solo golpe. Helen cerró los ojos con un gemido del placer al sentir su empuje dentro de ella.

—Rodéame con las piernas —pidió Ray.

Helen lo hizo, se sentía soldada a su cuerpo férreo, con las piernas bien afianzadas a ambos lados de la motocicleta.

—Ahora estate muy quieta. No te asustes y, por favor, no sueltes las manos de donde las tienes —pidió inclinándose sobre ella.

Helen dio un respingo al notar el motor en marcha y los crujidos del bosque cuando la fauna nocturna huyó en desbandada. Ray aceleró pero la moto no se movió del sitio. Y con el ritmo de la máquina vibrando, comenzó a moverse despacio, aumentando el vaivén de las caderas. Fue bajando la cabeza y le rozó el pecho con la nariz. Helen se estremeció al sentir sus lametones, la calidez de su boca ascendiendo entre sus senos hasta la clavícula. Esparció un camino de besos hasta detenerse en su cuello.

—Solo mía... Mía, Helen... Mi mujer.

Embestía cada vez más rápido y le susurraba al oído con la voz entrecortada. El ritmo era vigoroso, el empuje de sus caderas la sacudía, el vibrar del metal bajo su espalda la hacía temblar sin control. Helen quería soltar las manos del manillar, clavarle las uñas en la espalda y decirle todas las palabras retenidas durante tantos días que acudían a su boca directas desde el corazón. Pero no podía hacer ni lo uno ni lo otro, no todavía. Quería mirarse en sus ojos serenos y transparentes, para leer en ellos los sentimientos que Ray tampoco se atrevía a pronunciar.

Helen se puso tensa y gritó con todas sus fuerzas. En la espesura se escuchó el crujir de hojarasca por la huida de ratones o ardillas que, asustados, corrieron a esconderse en la maleza. Ray gimió como un animal al sentir su sexo aprisionado y se hincó en lo profundo de ella. Empujó con fuerza y soltó el manillar de la moto y la abrazó, dejándose llevar por los espasmos de placer.

Una lágrima se deslizó por la sien de Helen. Notó que Ray la atrapaba con los labios. Estaba segura, quería compartir pasión y deseo con él para siempre. Solo con

él. Con el hombre cuyas manos temblorosas se aferraban a ella como si su talle desnudo fuera la única tabla de salvación. Por fin se atrevió a soltar las manos del manillar. Al notarlo, Ray movió rápido el brazo y lo tensó para relevarla en la tarea de afianzar la rueda delantera. Ella giró la cara y depositó un beso delicado en la suave piel del interior de su antebrazo. Le acarició los músculos de la espalda en tensión, subió hasta los hombros y tiro de su pelo húmedo y demasiado largo. Abrió los ojos y le acunó la cara entre las manos.

—No sé si estás preparado para escuchar lo que tengo que decirte, pero no puedo seguir callando lo que siento. —Él la escuchaba con el brillo de la luna reflejado en las pupilas—. Te amo. Te amo, Ray —repitió para dejárselo claro.

Él levantó el rostro, dando gracias a las estrellas por haberle concedido su más secreto deseo, y luego la miró a ella. Percibió el sube y baja de su garganta tragando saliva, le acarició los labios con la mirada y, al ver sus ojos brillar, sonrió colmado de amor.

—Yo más, mucho más —murmuró.

* * *

Ese viernes, Oliver volvió de la escuela en un estado lamentable. Helen se encontró sola ante aquel problema. Cada cual estaba a sus tareas. Betty y Doris habían subido a la cabaña de Ada Mae para hacer una limpieza a fondo. Los muchachos estaban en los campos y Charles había marchado al embarcadero con la camioneta cargada de jaulas de pollos, a esas horas debía haberlas montado ya en el barco e iría camino de Nueva York. Y Ray aún no había llegado. Había telefoneado a la tienda de los Bates para avisar que tomaría el primer tren de la tarde y se quedaría en la granja hasta el domingo.

Estaban en la cocina, solos los dos. Helen escuchaba el relato del chichillo mientras trataba de arreglarle las gafas. Oliver lucía un arañazo en la mejilla, un feo moratón en la espinilla y la camisa desgarrada en el lugar donde debía haber un botón. Pero todo ello no era lo más preocupante. Helen no se entretuvo en curarlo, se afanaba en enderezar el puente de metal de las gafas y reforzar la patilla floja a fuerza de rodearla con esparadrapo ya que, sin ellas, Oliver no veía ni torta.

—Así que eso te dijo ese niño.

—Me llamó ojos de búho. Entonces yo lo empujé y me llamó desgraciado sin madre.

—Qué mala idea tiene ese Bartolomew.

—Yo le di otro empujón y entonces me pegó. Yo le pegué también y él me zurró más fuerte. Es más grande, así que me ganó.

—Mira por dónde, yo soy más grande que él. ¿Y puede saberse por qué te insulta?

Oliver elevó los hombros y los dejó caer. Helen le colocó los lentes, después de

haberlos reparado precariamente y limpiado.

—Pues esto no va a quedar así —decidió—. El padre de ese niño tendrá que pagar el arreglo o unas nuevas.

—Su madre no querrá.

—Eso ya lo veremos —dijo dándole la mano y tirando de él hacia el porche—. Una cosa es un botón que coser o un roto que remendar y otra muy distinta romper unas gafas, que no son baratas.

—Pero ¿a dónde vamos? —preguntó Oliver corriendo para ponerse a su paso.

—A exigir justicia.

Decidida, lo llevó hasta el cobertizo. Ella no sabía conducir un auto y malditas las ganas que tenía de darse una caminata hasta el pueblo con aquel calor. Abrió la puerta de par en par para que entrara la luz y fue derecha a la motocicleta de Ray. Dio unos golpecitos en el depósito; no sonaba a hueco, por lo que dedujo que estaba lleno de gasolina. Helen se arremangó las faldas y montó a horcajadas, levantó el caballete con el pie y con la ayuda de los pies la enfiló hacia la puerta y la sacó al exterior. Giró el manillar tal como había visto hacer a Ray y el motor comenzó a ronronear. Solo le faltaba práctica, porque su difunto esposo le había enseñado como se ponía en marcha una motocicleta. Aceleró otra vez y se armó de valor.

Oliver la miraba pasmado mientras ella daba dos vueltas enteras al patio. Una vez hubo cogido confianza, paró ante el chiquillo y apoyó en el suelo los pies.

—¿Tú padre te ha subido alguna vez?

—Sí.

—Entonces ya sabes cómo no caerte. Sube y cógete a mí bien fuerte.

Él se encaramó a la esquina del sillín y le rodeó la cintura con las manos.

—Cuidado con los pies, no los acerques a la rueda.

Como las piernas no le daban para llegar a los reposapiés, los plegó con la habilidad de un chimpancé, falcando los zapatos a ambos lados del sillín.

—¿Cómo dices que se llama ese niño? —indagó acelerando despacio al principio.

—Bartolomew Kapp.

—¡No me digas! Entonces, su mamá debe llamarse Evelyn.

—Sí.

Helen esbozó una sonrisa maligna y aumentó la velocidad.

—Huy, qué divertido va a ser esto.

* * *

Ray llegó sobre las seis. Desde la estación fue hasta la granja en carro. Un empleado del molino se ofreció a acercarlo, ya que le quedaba de paso. En el camino, se apeó de un salto del pescante y se despidió del hombre, dándole las gracias por haberle evitado aquel trecho a pie bajo el tórrido sol. Aunque caía la tarde, aquel mes de julio estaba siendo el más caluroso que se recordaba desde los tiempos de Teddy

Roosevelt.

Le extrañó no ver a nadie en los alrededores de la casa y supuso que todos estarían aún en plena faena. Por lo general, Helen acudía a esperarlo a la estación. Achacó su ausencia ese día a alguna tarea imprevista. Miró hacia el gallinero pero no la vio y dentro no la supuso; con aquel calor, la mierda de las gallinas lo convertía en el lugar más hediondo de la granja. Quizá estuviera en la nave de los pollos. Los peones debían encontrarse todavía en los campos, dedicados por entero a la cosecha de ciruelas, pera y melocotón. Imaginó que su madre, falta de manos, habría pedido a Helen que la ayudara con alguna tarea sencilla como rellenar de grano los comederos. Decidió pues ir en su busca, pero al pasar cerca del vallado vio algo que le llamó la atención. No era normal que la puerta del cobertizo estuviera de par en par. Su padre era estricto y ningún empleado la dejaba abierta, ni cuando sacaban el tractor.

En lugar de ir hacia la nave, se encaminó al cobertizo pensando que algún chico recién contratado, aún no habituado a las costumbres de la granja, había cometido la torpeza de olvidar cerrarlo. La propiedad quedaba sola a menudo, sobre todo en tiempo de cosecha que requería a todo el mundo lejos de la casa. Y ya ocurrió en una ocasión que unos ladrones anduvieron merodeando por las viviendas más aisladas de Germantown. Aunque los perros ladraban ante la presencia de extraños, incluso a ellos les robaron una vez un bidón de gasolina. Desde entonces, su padre extremó las precauciones insistiendo en que todas las puertas quedaran cerradas los ratos en que nadie andaba faenando por allí.

Desde la puerta, tuvo que acostumbrar la vista a la escasa luz del cobertizo. No vio el tractor, cosa que no le extrañó. Tampoco estaba la furgoneta aparcada fuera. En plena recolecta ya suponía que los habían llevado a los campos de frutales. Cuando iba a comprobar si faltaba algún bidón de combustible, la impresión lo dejó clavado en el sitio. La sangre comenzó a bombarle rápido y un latido furioso le martilleó las sienes. Tenía la vista fija en el hueco vacío que anunciaba a gritos la ausencia de su capricho máspreciado.

—¡Me han robado mi Harley-Davidson! —bramó a pleno pulmón.

Sí, faltaba su motocicleta. Se la habían birlado. Tiró la chaqueta al suelo con una rabia febril y maldijo un millón de veces al cabrón que había tenido el valor de desplumarlo a él, a todo un comisario de policía. Salió del cobertizo enloquecido por la ira, mirando a un lado y a otro con los puños apretados. Sin saber qué dirección tomar ni qué culo patear ni qué carajo destrozar.

Fue entonces cuando escuchó un runrún familiar. Miró hacia la carretera que venía del pueblo, el zumbido se hacía más audible conforme estaba más cerca. En dos zancadas se plantó en el camino e hizo visera con la mano. Lejos, todavía muy lejos, distinguió un vehículo de dos ruedas que venía hacia allí a todo meter. Aguzó la vista como un halcón y entonces distinguió quién lo conducía, gracias a una melenita negra agitándose al viento, unas faldas al aire y unas piernas inconfundibles.

—Lamadrequelaparió... —masculló del tirón.

Tanto apretó los dientes que le dolió la mandíbula. Puso los brazos en jarras y aguardó la llegada de la moto y sus dos ocupantes con expresión asesina. Porque eran dos, sí, conforme estuvo más cerca lo tuvo más claro. Uno de ellos, el de detrás, de tamaño de bolsillo. Por los pantalones cortos y las piernas flacas no le costó deducir de qué personajillo se trataba. La motocicleta saltó al remontar el último badén y Ray se aterrizó al ver prácticamente volar a Oliver; menos mal que iba bien agarrado a la cintura de Helen. Una vez repuesto del susto, murmuró unas cuantas palabrotas sucias. La falda y la enagua se le habían subido hasta las ingles. Sus piernas enteras se exhibían como un espectáculo picante a ambos lados de la motocicleta. Los pechos bamboleaban como deliciosa gelatina con cada bache. A saber cuántos hombres la habrían mirado con ojos zorrunos durante su loco viaje motorizado del pueblo hasta allí.

Correr se le daba bien pero frenar no tanto. Helen redujo la velocidad y aun así pasó de largo delante de él, obligándolo a correr detrás de la Harley para agarrar el manillar. Cuando Ray paró la motocicleta por la fuerza, Helen y Oliver se zarandearon como espantapájaros en una ventolera.

Ray bajó el caballete. Oliver saltó al suelo pero Helen se quedó con las manos soldadas al manillar y las piernas temblando.

—Guau —exhaló.

Ray se plantó delante de ella con la mirada de acobardar detenidos.

—¿Por qué no me habías dicho que sabes conducir una motocicleta?

—Me enseñó mi marido, hace mucho tiempo y desde entonces no había vuelto a montar en una —reveló—. Y... ¡Demonios! No se me ha olvidado.

—Felicidades —ironizó con idéntico mal humor—. Como le hayas hecho un solo rasguño vas a saber lo que es un hombre cabreado.

Ella dio un par de palmaditas al depósito y lo miró con una sonrisa triunfal, se la veía exultante de su hazaña.

—Está perfecta.

Solo entonces, cuando lo miró de frente con el rostro risueño alzado hacia él, se dio cuenta Ray del lamentable estado que mostraban el niño y ella.

—¿Pero qué...? —saltó, peinandola con la mano—. Te sangra el labio.

Oliver le tiraba de la manga, para reclamar su atención. Observó las gafas pegadas con esparadrapo, la camisa rasgada y el cabello revuelto como si no se hubiera peinado en un mes.

—¿Me vas a contar tú qué ha pasado?

—¡Nos hemos peleado!

—Ay, joder —barbotó entre dientes—. Helen, dime en qué lío te has metido.

Ray se llevó la mano a la frente. Ella, en cambio, se apeó de la motocicleta sin mostrar ni un poco de preocupación. Al contrario, se veía bien contenta.

—Ocurre que Oliver ha vuelto de la escuela un poco magullado y con las gafas rotas. Un niño lo había insultado, cosas de críos, ya sabes. Pero cuando he visto las

gafas con la patilla suelta y el puente torcido, he pensado que alguien tenía que pedir disculpas y, como poco, ofrecerse a pagar el arreglo.

Ray miró a su hijo, le mostraba las gafitas en la mano.

—En la fiesta de puñetazos, me las he guardado en el bolsillo para que no se rompieran más.

Tuvo que reconocer que tenía un hijo muy listo. Por ser previsor, los cristales estaban intactos.

—¿Fiesta de puñetazos?

—¡Sí! ¡Ha sido muy divertido!

Ray se mordió los labios para no sonreír. Helen lo cogió del brazo para que la escuchara.

—En el pueblo me han dicho que el padre de ese crío estaba trabajando, así que he ido a hablar con la madre con mi mejor educación, cosa que no pude decirse que tenga la señora Kapp.

—Así que... ¿te has peleado con un chico de los Kapp? —preguntó al niño.

—Me llamó ojos de búho y otras cosas peores. Yo le pegué, él me pegó, yo volví a pegarle...

—Ya sé como son las peleas —lo detuvo.

—Y a esa mujer le pedí muy amablemente que tuviera la decencia de encargarse del arreglo de las gafas —continuó Helen—. Y no veas... ¡Tuvo la desfachatez de reírse en mi cara!

—Bartolomew me sacaba la lengua. Es un cobarde, se escondía detrás del culo de su madre.

—Oliver, cuida tu vocabulario —lo reprendió Ray.

—¡A esa tiparraca debía exigirle alguien eso mismo! —opinó Helen—. ¿Sabes qué me dijo? Me soltó que quién me había creído para exigirle nada, que no perdiera el tiempo defendiendo a ese pequeño... —Miró de reojo a Oliver y calló.

Disimuladamente se acercó al oído de Ray.

—Lo llamó «bastardo», Ray. No consiento que nadie hable así de mi Oliver.

Él le apartó el pelo de la cara y le limpió el hilillo de sangre seca del labio. Helen vio tanto agradecimiento y tanto orgullo en su mirada, que le habría cogido las mejillas y lo habría besado hasta que se hiciera de noche. Pero en vista de que Oliver no les quitaba ojo, disimuló con un carraspeo y se apartó de Ray, para retomar el relato con su tono habitual.

—Esa Evelyn tuvo la desvergüenza de decirme también que suerte tenías de que no denunciara a este pequeño salvaje por hincharle un ojo a su Bartolomew. Y me dijo que las gafas las pagara yo que para eso soy una sanguijuela que vivo del cuento, aprovechándome de la generosidad de tus padres.

Ray hizo una mueca conformista. Acostumbrado como estaba a ver peleas sangrientas, muerte, crueldades sin sentido y la cara más retorcida de la condición humana, para él aquel enfrentamiento de mujeres a ver cuál tenía más afilada la

lengua, carecía de importancia.

—No sé cómo haces caso de las cosas que dice Evelyn, preciosa —dijo Ray—. Hay gente que se dedica a humillar a los demás para no pensar en sus propias miserias.

Le acarició el corte del labio y Helen dio un quejido. Vio entonces que tenía un girón en una manga y había perdido un pendiente.

—¿Te duele? —preguntó, pasando la yema del dedo por su labio inferior.

—Un poco. Pero te aseguro que ella ha quedado peor. Creo que le he roto la nariz porque he oído crujir un hueso...

Ray escondió la sonrisa en su cuello y aprovechó para besarle el pulso sin que Oliver se diera cuenta. Helen era consciente de la mirada curiosa del niño y lo obligó a apartarse.

—El *sheriff* vino a separarlas —reveló el chiquillo.

—Chivato.

—Mi padre es policía y a los guardianes de la ley hay que decirles siempre la verdad —replicó mirando primero a Helen y luego a Ray, que le dio la razón guiñándole un ojo.

—Oh, vaya, lo había olvidado —pretextó ella, de mala gana—. Es cierto, vino el *sheriff*. Esa mujer quiso denunciarme por presentarme en su casa para agredirla. Y fue curioso, el *sheriff* la hizo callar. Le dijo que quizá sería mejor entrar en la casa para que se lo contara despacio y que a lo mejor una vez dentro le entraban ganas de subir al desván.

—Y ella se quedó muda de repente —adivinó Ray—. No iba a arriesgarse a que el *sheriff* descubra el alambique que tiene su marido allá arriba, con el que se dedica a destilar aguardiente.

—¡Huy! ¿Y tú cómo sabes eso?

—¿Quién crees que puso al *sheriff* sobre aviso? Tuve una pequeña charla con él aquel día que Evelyn fue tan insolente contigo.

—¿El día de la boda de Betty y de Joss?

—Sí.

Helen suspiró enternecida. Ella que lo acusó de haberse quedado de brazos cruzados cuando la Kapp le clavaba el cuchillo donde más dolía.

—¿Qué pasa con el *sheriff*? —cuestión ceñuda—. ¿No piensa hacer nada?

—Ni él ni yo sabemos con certeza si ese hombre tiene un alambique. Intuyo que sí, dado que Evelyn no lo ha negado hoy hecha un basilisco. Yo lo deduje al oler el aliento de su marido, apesta a alcohol del malo. En cuanto al *sheriff*, mientras no negocie con el aguardiente y solo lo use para divertirse con sus amigotes, hará la vista gorda. Lo importante es que tiene un argumento de peso para bajarle los humos a esa mujer. Evelyn puede llegar a ser muy tocapelotas.

—Pues el argumento funciona. Porque la muy falsa agarró a su hijo, se metió en casa y cerró de un portazo dejando al *sheriff* con la palabra en la boca. Claro, que

entonces se encaró conmigo.

—¿Te echó uno de sus sermones moralistas? —inquirió divertido—. El *sheriff* es como yo, no le gusta inmiscuirse en follones de damas a la greña.

—Me aconsejó que la próxima vez que me dé un ataque de ira nerviosa, será mejor que libere mi energía sacudiendo las alfombras.

Ray sonrió de medio lado.

—Y tú le diste una de tus charlas feministas —intuyó.

—Sí, claro. ¿Crees que me apetecía acabar en el calabozo?

—¿Qué hiciste, entonces?

A Ray le costaba creer que se quedara callada.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Montar con el chiquillo en tu Harley-Davidson y huir con dignidad.

El demonio interior de Ray lamentó haberse perdido el espectáculo de Helen y Evelyn enganchadas como gatas en plena trifulca. Incluso para tirarle de las greñas a otra tenía estilo su chica de Boston.

Helen pareció adivinarle el pensamiento.

—Me duele la cabeza de los estirones de pelo que me ha dado esa puerca, pero yo no me he quedado atrás.

—¡Ni yo tampoco! —saltó Oliver—. Le he pegado primero así —contó, golpeando el aire con los puños—, y luego así y así...

Ray lo alzó en volandas y se lo cargó al hombro, contento de verlo boxear solo con tanta energía.

—¿Es verdad que le has hinchado un ojo a ese niño?

—Y los morros —reconoció con maligna satisfacción.

Empezó a patear en el aire para que lo dejara en el suelo y Ray lo hizo. El crío dio otra demostración de golpiza con toda su furia infantil.

—Y luego le pegué así —dijo dando un último derechazo.

Ray dio un salto hacia atrás, por poco no le dio en el estómago. Helen aplaudió contenta. Oliver se echó a reír.

—¡Ese es mi chico! —exclamó.

El pequeño vio la camioneta que llegaba del campo por el sendero de los pastos y corrió para relatar la hazaña a Joss. Helen dio un paso, camino de la casa, para asearse antes de que nadie la viera en aquel estado, pero Ray le cogió la muñeca y tiró de ella haciéndola retroceder.

—Ven aquí, peligrosa.

—¿Qué...?

Helen no entendía que le rodeara la cintura con tanta intimidad, estando la camioneta cada vez más cerca.

—Tu chico soy yo.

—¿Quién ha traído esta nota y cuándo?

—¡Y yo qué sé! —respondió nerviosa—. Tu madre dice que la dejó sobre la mesa uno de los muchachos.

La pelea no fue un entretenimiento de patio de colegio, comparada con la inquietud que provocó la lectura del mensaje anónimo. Doris ya había regresado y preparaba la cena cuando ellos llegaron a la casa. Helen ya se había aseado y cambiado de ropa cuando esta recordó el sobre que uno de los peones había dejado antes de marchar. El chico olvidó que lo llevaba en el bolsillo hasta que acabó la jornada.

—No entiendo quién puede haberme enviado esto ni con qué intención. Nadie en Boston sabe que estoy aquí.

—Tu familia lo sabe.

Helen lo miró contrariada.

—Muchas personas lo saben, Helen —agregó para que no sacara conclusiones erróneas—. Para empezar, algunos policías de Nueva York y las noticias vuelan porque la gente viene y va.

—Pero de ellos no sospechas.

—Ni de tu familia tampoco, pero no debo descartar ninguna posibilidad. ¿Comprendes?

—No hagamos más caso de esta nota. A lo mejor ha sido cosa de esa bruja de Evelyn Kapp. Me odia. Y a estas alturas debe sospechar que no estoy aquí de vacaciones.

—Evelyn no sabe nada del dinero y la amenaza es clara.

—Eso es verdad.

A Helen no le quedó más remedio que reconocerlo.

Ray miró a su madre, de espaldas a ellos. Aunque estaba atenta a los fogones y no prestaba atención a lo que decían, prefirió hablar con Helen a solas. Con un gesto de la cabeza, le indicó que lo siguiera y salieron al porche. Ray la llevó hasta un rincón y se apoyó en la baranda.

—No es la primera nota con amenazas que recibes.

—¡¿Qué?!

Él le puso las manos sobre los hombros.

—Cálmate y baja la voz. Alguien dejó tres notas sobradas, muy parecidas a esta que te han enviado hoy.

—¿Dónde las dejó y por qué no me llegaron nunca? ¿Las enviaron a mi casa? Eso es imposible, Kitty, mi asistenta, me habría avisado.

—Si me dejas terminar, podré explicártelo. Llegaron quién sabe cómo al Dream, todas las dejaron a la vista. Cuando un botones encontró la primera de ellas, los empleados de tu padre avisaron enseguida a Kenneth que vino a verme a la comisaría.

—No me extraña, mi cuñado se encarga de supervisar la marcha del hotel. Pero no entiendo por qué me estoy enterando ahora de algo que me afecta directamente.

—Yo le pedí a Kenneth que no dijera nada, aunque llegué tarde. Ya había hablado con tu padre.

—Y a ti se te olvidó comentarme que hay alguien por ahí amenazándome de muerte —apuntó, irónica.

—Nunca doy explicaciones sobre mi trabajo.

—Ni a mí.

—Pues no.

Helen giró la cara, muy contrariada. Ray le acarició el mentón y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No quería que te preocuparas. Aquí estabas a salvo de amenazas. Además, solo hubo tres mensajes anónimos y eso ocurrió hace semanas. Las notas dejaron de llegar cuando apareció tu nombre en el periódico. Recuerda que dimos la noticia de la donación de aquel dinero para que todo el mundo supiera que no lo tenías y que te dejaran en paz.

—Si los anónimos se acabaron entonces, eso quiere decir que tu idea funcionó.

—Tal y como habíamos previsto.

—Hasta hoy —matizó con una mueca de preocupación—. Pero sigo sin entenderlo. Ya has leído esa cuartilla. Me exigen que devuelva el dinero si no quiero pasarlo mal, eso decía. ¿Por qué me piden que lo haga si todo el mundo sabe que lo entregué a la policía?

—Todo el mundo no. Es obvio que quien escribió este nuevo mensaje no lo sabe. Deduzco que no se trata de la misma persona. Esta vez no es ningún sicario del hijo del senador.

Helen apoyó la frente en el hombro de Ray.

—Odio todo esto, creí que aquí estaría tranquila y que todo había acabado.

—No estás libre de peligro, Todd es muy capaz de dar órdenes desde la cárcel.

—No tengo ese dinero, ¿qué puede querer de mí?

—Es un tipo es vengativo, de los que no olvidan. Pero no creo que tenga nada que ver con esta amenaza de hoy. Él no te habría pedido el dinero.

Conocía su historial delictivo y era un elemento muy peligroso.

—Habría enviado un sicario a rajarme la cara con una navaja de afeitar o a algo peor —aventuró, asustada.

Ray notó que se estremecía y le acarició la espalda.

—Por suerte no sabe dónde estás. Si lo supiera, no habría tardado en darte un susto, como poco. Trata de no pensar en todo esto, yo me ocuparé, ¿de acuerdo? —Ella asintió sin levantar la mejilla de su hombro y Ray la besó en el pelo—. Voy a ir ahora mismo al pueblo para llamar a Nueva York. Hablaré con mis hombres.

—¿Tanto te preocupa que no puedes esperar al lunes? No me tranquiliza saberlo.

Él le dio un beso en los labios.

—Me preocupa lo justo. Pero quiero que averigüen cuanto puedan. Hoy mejor que mañana. Perder tiempo es dar ventaja a quien quiera que esté detrás de esto.

* * *

Las escapadas noctámbulas de Helen hacia el desván se habían convertido en una costumbre. Esa noche se amaron hasta el agotamiento, reclamándose el uno al otro con una urgencia febril.

Una vez saciados y con la respiración en calma, Ray se levantó sin hacer ruido y fue hasta la ventana para descorrer las cortinas. La luna llenó la habitación de luces y sombras. Regresó a la cama, apartó las sábanas y se tumbó de nuevo, acercando a Helen a su costado, que acababa de abrir los ojos.

—Me gusta verte —le explicó, besándola suavemente.

Helen deslizó la mano desde su estómago desnudo hasta el centro del pecho.

—A mí me gusta adivinarte. —Sintió vibrar la risa de Ray en la palma abierta sobre su pecho—. ¿Qué es lo que más te gusta de mí? —tanteó, curiosa.

Ray le cogió los dedos y los deslizó arriba y debajo, a lo largo de su torso.

—Cuando tus manos me adivinan —le dijo al oído.

—¿Solo eso?

Ray hizo la cabeza atrás para verle los ojos, la notaba algo decepcionada.

—Tus orejitas perfectas —añadió, mordisqueándole la derecha.

Helen rio con la boca pegada a su hombro, para que no se le oyera. En la casa reinaba el silencio y por nada del mundo pretendía que la familia se despertara y la encontraran allí arriba, desnuda y en la cama de Ray.

—Me gusta tu mirada decidida —añadió él apartándole un mechón de pelo de la frente—. Y tus labios. He llegado a soñar con ellos —murmuró besándola con ternura. La acarició despacio, desde el hombro y detuvo la mano en su pecho—. De la boca para abajo, me gusta todo. Creo que eso lo tienes claro.

Helen suspiró, era un auténtico placer ser objeto de sus caricias.

—¿Y tú? No me preguntas, ¿es que no tienes curiosidad por saber qué me gusta de ti?

—Creía que todo yo. Qué gran decepción. No sé si podré superarlo —bromeó pellizcando su redondo culito.

Helen se incorporó apoyándose en el codo y se dedicó a redibujarle la ceja con el dedo.

—Me gusta tu mirada de chico malo. Me gusta tu sonrisa peligrosa —susurró tocándole los labios con la punta de los dedos—. Me gusta cuando te afeitas y me gustas también cuando rascas como un camorrista callejero.

Ray premió su piropo acariciándole el cuello con la barbilla. Las cosquillas la hicieron reír.

—¿Qué más?

—Me gusta cuando te equivocas y tienes la hombría de pedir perdón. Y, sobre todo, me gustas porque me tratas de igual a igual. Eso es respetar de verdad a una mujer, no besarle la mano con tanta delicadeza como si fuera a romperse.

Ray no esperaba esa respuesta y le agradó más que cualquier cumplido. Levantó la mano para acariciarle la cabeza y la acercó a la suya.

—Eres una chica con mucho estilo, Helen McKerrigan —susurró a punto de tomar sus labios.

La envolvió en sus brazos y la besó con pasión. Helen se dejó llevar por sus manos que la recorrían entera. Se tumbó con lánguida pasividad, sumiéndose a la excitación como las burbujas al descorchar una botella de champán. Ray se colocó encima de ella ávido de deseo y le abrió las piernas. Sin dejar de besarla, esa vez le hizo el amor con un ímpetu cargado de ternura. Nunca había sentido tal grado de unión con una mujer. Helen era suya y él lo era de ella. Lejos de aquella cama y de ellos dos, no existía nada más.

* * *

Ray regresó a Nueva York. Llegó en el tren correo, a media mañana y fue directo a la comisaría, sin pasar por su apartamento. Media hora llevaba sentado tras su escritorio cuando escuchó el revuelo fuera del despacho. El sargento de guardia en la planta baja se presentó con cara de palo para comunicarle el motivo de tanta zozobra y tanto susurro nervioso.

—El jefe Enright, señor. Le espera abajo.

—¿Y por qué no sube?

—No se lo he preguntado, señor.

Ray miró a su subordinado con resignación. Muy de tarde en tarde ocurría que el jefe máximo de la policía de Nueva York se dejara caer por allí. Y era muy loable acatar sus órdenes sin rechistar, pero no tanto como para no preguntar siquiera el motivo de su presencia ni invitarlo a subir. Se levantó del sillón y salió del despacho detrás del sargento. Bajó las escaleras y se felicitó al ver a todos los agentes en posición de firmes, la máxima autoridad merecía ese recibimiento y no otro. Que su comisaría estuviera en un distrito poco elegante no convertía a sus agentes en una cuadrilla de patanes.

—Señor —dijo cuadrándose ante él.

Enright hizo un gesto para que se dejara los formalismos y le tendió la mano, que Ray estrechó agradecido. Contaban con un director que ante todo era un policía y lo demostraba ante su tropa.

—Donnelly, ¿qué le parece si me acompaña a dar una vuelta por el barrio? Estoy harto de mi despacho, de vez en cuando es bueno que a uno le dé el aire.

Ray intuyó que de algo importante deseaba hablarle. Enright tenía la costumbre de dejarse ver por su ciudad. Por todos los barrios, de ese modo conseguía que se

corriera la voz entre los maleantes y transmitía un mensaje claro: la policía estaba siempre alerta, empezando por el poli de máximo rango.

—¿Qué me cuenta, comisario? ¿Le da muchos problemas la «Banda de la Mano Blanca»?

Ray se mostró tranquilo. La banda operaba en toda la ciudad desde el barrio irlandés. Desde su comisaría los controlaban sin posibilidad de hacerlos desaparecer. Los gánsteres irlandeses fueron los primeros de Nueva York. Llevaban dos siglos de tradición y, aunque muchos se reconvirtieron pasando al bando de los buenos —y de ahí surgió el cuerpo de policía— continuaban con sus extorsiones y negocios al margen de la ley.

—Nada que no podamos controlar. Encerramos a dos y captan a otros nuevos, y así siempre. Son como las ratas: imposibles de exterminar.

—Huyendo del hambre llegaron de Irlanda muchos hombres de bien —objetó Enright—. Mis abuelos entre ellos.

—Y los míos. Algunos se dedicaron a trabajar como condenados y otros escogieron el camino torcido.

—Y en los últimos años se están aprovechando de los pobres desgraciados que huyeron de la guerra.

Era cierto, los hampones irlandeses se aprovecharon del miedo y las ganas de vivir en paz de alemanes, polacos, franceses y todos cuantos huyeron de la muerte en cuanto estalló la contienda en Europa. Muchos de ellos lo habían perdido todo y desconocían el idioma. La cuarentena en la isla de Ellis los dejaba acobardados y agradecidos por haberles permitido entrar en su nuevo país de promesas. Y, por tanto, vulnerables a la extorsión de otros inmigrantes veteranos y expertos en aprovecharse de la debilidad ajena.

Solo los italianos se habían atrevido a plantarles cara y su poder en las calles crecía a ojos vista, cada día que pasaba comían terreno al poder de la «Mano Blanca».

—Si los clanes sicilianos y calabreses siguen ganando poder, acabarán con ellos —comentó Ray.

—Ese es otro problema que crece ante nuestras narices desde que se aprobó la Ley —lamentó Enright, refiriéndose a la famosa acta de prohibición que tantos quebraderos de cabeza les había traído.

Ray le dio la razón, era muy bueno contar con un superior que opinara como la mayoría de sus hombres. Pero aquella visita del jefe no era un paseo de exhibición. Ray lo supo en el momento en que este le propuso entrar en un bar y señaló la mesa del fondo para poder hablar sin la molestia de oídos indiscretos. El jefe rio resignado cuando el camarero dejó sobre la mesa los dos refrescos que Ray había pedido.

—Otros que han ganado con la ley seca. Estarán haciéndose de oro estos tipos de Atlanta a fuerza de vender botellines de Coca-Cola.

Ray no habló hasta que el camarero regresó detrás de la barra. Y antes de hacerlo, paseó la mirada por el local. No vio miradas entrometidas, los escasos clientes fingían

no percatarse de la presencia del importante ocupante de la mesa del fondo.

—¿De qué quería hablarme, jefe?

Enricht lo estudió con una mirada sagaz.

—Ayer me llamaron desde Boston —informó; Ray se puso alerta con la sola mención de la ciudad—. Anteayer cayó un agente de policía.

—Lo siento mucho.

—El primer policía italiano de Boston que muere en acto de servicio —apuntó con pesar—. El miserable al que perseguía, y que le descerrajó un tiro en la cabeza, también murió. El agente Cuneo le disparó en el estómago. Y no fingiré que no me alegro, pero no es esa la cuestión. Ese tipejo de mierda dijo algo antes de irse al infierno, agonizó durante varias horas en un dispensario. Debió arrepentirse al verle la cara a la muerte. El caso es que su confesión *in extremis* le afecta a usted directamente, comisario.

—No acierto a entender qué sabía de mí ni cómo me conocía ese hombre, siendo de tan lejos.

—Dejó un mensaje para usted antes de morir. Pidió que le dijeran al comisario Donnelly de Nueva York que no pierda de vista a la señora Mongabay. Que ella es quien mueve los hilos. No hace falta que le recuerde con qué asunto tiene relación la confesión que el asesino del agente Cuneo hizo antes de palmar.

Ray entrelazó los dedos.

—La información de ese desgraciado puede que me ayude a ver la luz. Ha habido novedades, jefe —reveló.

—Póngame al día.

Ray lo hizo, le habló de la nota amenazante recibida en Germantown, que a su juicio carecía de lógica. Cuando hubo terminado de informarle, se arriesgó a pedirle un nuevo favor, aprovechando la informalidad del encuentro. Enricht se veía receptivo y de buen talante.

—Sé que estoy abusando, señor. Pero me gustaría que me diera permiso para ausentarme de nuevo de Nueva York. Solo serán dos días y, ahora que sé algo más, me gustaría hacer algunas averiguaciones desde Germantown y ver qué hay de cierto en las palabras de ese hombre.

Ray respiró aliviado al ver la expresión de su superior.

—En efecto, está abusando de mi paciencia con esas escapadas al campo. Pero vaya, Donnelly. Durante estos meses he podido comprobar que su comisaría funciona tanto si usted está como en su ausencia.

—Eso no me deja en buen lugar. Tengo suerte de contar con los mejores hombres del cuerpo.

Su jefe lo escrutó con ojo atento antes de sincerarse ante él.

—Todo lo contrario. Me admira su capacidad para manejar a su equipo desde la distancia. No todos los oficiales saben hacer valer su opinión y autoridad incluso cuando no están presentes. Tiene madera de líder, Donnelly. No olvide quién se lo

dice.

Tomó un tren el domingo de madrugada. En cuanto llegó, mudó el traje de tres piezas por los pantalones de cinco bolsillos y las botas de montar. Sarga azul de Nimes, o «denim» como decían para abreviar, le había contado Helen que se llamaban aquellos pantalones con remaches de clavos en los bolsillos. Ella entendía de ropa, asunto que a él le daba lo mismo. Solo le importaba que eran cómodos a la hora de montar a caballo y muy resistentes. A decir verdad, aquellos pantalones le gustaban más desde que Helen le confesó al oído que le hacían un culo fabuloso. Él tenía claro desde que empezó a fijarse en el sexo opuesto que el trasero es uno de los encantos más apetitosos en una mujer, pero fue una novedad saber que ellas también miraban con codicia esa parte de los hombres. Una peculiaridad muy excitante de las chicas modernas era que decían cosas que su abuela no confesaría delante de un hombre ni bajo tortura.

Ray estaba limpiando las cuadras. A pesar del hedor, Helen no había huido espantada. A él le alegró que aguantara allí charlando con el temple de una granjera mientras lo veía levantar la pala llena de boñigas de caballo.

—La señora Mongabay, dijo ese hombre —recapacitó Helen sobre lo que Ray acababa de contarle.

—Esa es la información que me han dado.

—Espero que no sospeches de mí.

Ray levantó la cabeza y clavó la pala en el suelo, formando un revuelo de moscas.

—¿Cómo voy a dudar de ti, tonta?

—Yo soy la señora Mongabay, aunque retomé mi apellido de soltera.

Él desechó la idea moviendo la cabeza.

—No es solo que ya no te hagas llamar por ese nombre. Tu cabecita funciona a una velocidad de vértigo, cariño. Tan rápido que tus ideas escapan casi siempre a mi entendimiento. Pero ¿con qué motivo te enviarías anónimos a ti misma?

—Para llamar la atención a lo mejor.

—Eso suena estúpido. No es propio de tu inteligencia, Helen.

—O para quedarme el dinero.

—Que se entregó en tu nombre a los huérfanos del agente O’Grady. Así no llegarás nunca a poli.

—Tienes razón —reconoció con una sonrisa abochornada—. Lo importante es que no dudas de mí.

—Lo importante —objetó— es que me hables de las otras señoras Mongabay, porque seguro que las hay.

Helen apoyó la espalda en un madero y meditó con la vista fija en el techo.

—Está mi suegra, pero no la creo capaz. Es digna de lástima, solo vegeta contemplando las fotografías de su hijo mientras su marido pasa las horas muertas en su club.

—¿Primas, tías, parientes lejanas con el apellido Mongabay?

—¿Con qué motivo, Ray?

—Eso es lo que trato de averiguar. ¿Tenía hermanos tu marido?

Helen se apartó las moscas de la cara a manotazos.

—Uno más pequeño, Ferdinand.

—¿Está casado?

—Sí, pero su mujer no era amiga mía ni enemiga. Abigail y yo teníamos una relación educada, nada más.

Ray le echó una mirada escéptica, y volvió a emprenderla con la pala.

—Nunca digas nunca —discrepó.

* * *

En opinión de Ray, la posibilidad de desentrañar el enigma y llegar a la verdad, o acercarse a ella, pasaba por tirar del hilo hasta deshacer la madeja. Y el único cabo del que podía tirar era, de momento, el peón que dejó sobre la mesa la nota dirigida a Helen.

Ray habló con el muchacho y gracias a ello averiguó que el sobre se lo había dado el lechero, con el encargo de llevarlo a la casa. Según le contó el chico, al verlo por el camino paró el camión de reparto y le pidió el favor, para no desviarse de su ruta entrando en la granja.

—Me marchó al pueblo. A estas horas Matt debe estar en su casa —comentó después del almuerzo.

—Me gustaría acompañarte —rogó Helen.

—Mejor te quedas aquí.

—Llévala contigo, hombre —propuso su madre, a la vez que salía por la puerta con una revista en la mano para sentarse un rato en el porche a disfrutar de un rato de tranquilidad.

—Te juro que no seré un estorbo.

Ray la miró dudoso.

—Cuando hablas sin que te pregunten, siempre lo eres.

—¿Y si te prometo que estaré calladita?

Él le hizo un gesto con la cabeza para que saliera de la cocina antes de que se arrepintiera. Helen obedeció, sin pensar ni en pasarse el peine y, finalmente, fueron los dos en la camioneta. Cuando la aparcó delante de la casa del lechero, le dio una severa advertencia.

—No pienses que vienes a jugar a ayudante de la policía. Ya sabes lo que tienes que hacer: oír, ver y callar.

El hombre ya había salido de casa. Pero su esposa les dijo que lo encontrarían en una taberna cercana. Y hasta allá fueron caminando. Matt Lawson recordaba perfectamente el sobre por el que preguntaba Ray. A su mano llegó por hacer un

favor a los taquilleros de la línea del *ferry*. Según contó, allí lo dejó un forastero que venía de la estación del ferrocarril que, según dijo, llevaba mucha prisa por no perder el barco y pidió a los empleados que vendían los billetes el favor de hacer llegar aquel sobre hasta la granja Donnelly puesto que sabía que allí se alojaba la señorita destinataria de la carta.

Con esa nueva información, la madeja empezaba a desenredarse conforme iban tirando y tirando del hilo. Ray y Helen atravesaron la calle principal hasta el embarcadero y en la estación del *ferry* hablaron con los empleados. Tuvieron la suerte de hallar en la ventanilla al hombre que había recibido el sobre y el ruego de entregarlo, de manos de aquel forastero. Gracias a ello, se evitaron una tercera caminata.

—Recuerdo muy bien al hombre que me lo dio, Ray —aseguró.

Ray conocía a aquel taquillero desde que era un chiquillo y no dudaba de su retentiva. No se le escapaba una, aún le dolía algún cogotazo que le dio por intentar colarse de polizón en el transbordador. Era un lince evitando que los chicos subieran al barco sin pagar el billete cuando a la pandilla les daba por la travesura aventurera de cruzar el río.

—¿Estás seguro? —preguntó, a pesar de todo.

Tanta gente pasaba por aquel embarcadero que podía confundirse y llevarlo a él, sin querer, por un camino equivocado.

—¡Como para no estarlo! Llevaba un ojo de cristal y hablaba como los del este.

Ray notó que el hombre no quitaba ojo a Helen. La miró de reojo y entonces la vio levantar el dedo con los labios apretados, como la niña más lista de la clase ansiosa porque la maestra le diera permiso para hablar.

—Habla, mujer —concedió—. Si no este caballero va a pensar que soy un ogro que te tengo cautiva.

El hombre de la taquilla disimuló una sonrisa chistosa. Pero Helen estaba demasiado excitada con aquel dato nuevo que no se molestó en reprenderlos ni a uno ni a otro con la mirada.

—Yo conozco a un hombre al que le falta un ojo. El chófer del hermano de Benjamin lleva un ojo de vidrio.

—Y es de Boston —agregó Ray encajando varias piezas del rompecabezas.

—Naturalmente.

* * *

Antes de marchar de las inmediaciones del embarcadero, Helen propuso tomar un café en el hotel. Habían dispuesto veladores en el jardín donde se disfrutaba de la brisa y de las bonitas vistas de la orilla del río. Por el muelle paseaban señoras con sombrillas, otros aguardaban la llegada de viajeros. Dos cadetes bajaban del transbordador, daba gusto verlos uniformados de guante blanco. Acababan de cruzar

desde la cercana academia de West Point. Seguramente aprovechaban un permiso y allí tomarían el tren para viajar a sus casas.

Se estaba de maravilla y Helen quería disfrutar de un rato a solas con Ray. Un huésped tuvo la amabilidad de prestarle un ejemplar del *The New York Times* del día anterior que ella aceptó con mucho agrado. Era feliz en Germantown, pero también le gustaba enterarse de lo sucedido lejos de aquellos prados. El *Chatham Courier* solía explayarse con las noticias locales, pero las acontecidas lejos del condado de Columbia se limitaba a mencionarlas de forma escueta. Y como las revistas solían llegar con retraso, contar con un periódico neoyorkino aunque fuera del día antes, para Helen fue como abrir una ventana al mundo.

—Si dices que ese hombre encaja con el físico del chófer del hermano de tu marido —recapituló Ray, al tiempo que servía dos cucharaditas de azúcar en la taza de Helen—, ¿tú crees que esa señora Mongabay que en teoría te envió el anónimo puede ser tu cuñada?

Helen no levantaba la vista del periódico, se había quedado tan impactada con la fotografía que ilustraba el titular que no le prestaba atención.

—Helen, ¿me estás escuchando?

—Dios mío, Enrico Caruso ha muerto.

—Vaya, no parecía enfermo.

Ray giró el periódico y leyó la noticia, que por su trascendencia no se limitaba a una necrológica al uso. Nápoles lloraba a su hijo predilecto. La muerte del primer tenor de la Metropolitan Opera de Nueva York durante los últimos diecisiete años, se detallaba a toda plana en portada. El funeral se celebró en la capital de la Campania y la gran estrella de la ópera ya descansaba para siempre en su ciudad natal.

—Tengo que llamar a Laura, estará tristísima —comentó Helen haciendo girar la cucharilla en la taza.

Imaginaba la desolación de su hermanita al perder a su ídolo. E imaginó también a doña Lucía y sus dos amigas, Flora y Ofelia, portando lacitos negros en la solapa. Las italianas eran muy aficionadas a los lutos y las tres ancianas adoraban a Caruso tanto como Laura.

—Me acuerdo cuando apareció en la boda de tu hermana —comentó Ray.

—Fue una sorpresa de Kenneth. Quiso que le cantara su canción.

Ray cogió la mano de Helen por encima de la mesa.

—Nosotros no tenemos canción especial.

Ella lo miró risueña.

—La primera vez que bailé contigo tu padre tocaba *Susurros*.

—¿Ah, sí?

Ella le apretó la mano.

—¿No lo sabías? Eres muy poco romántico, comisario Donnelly —Ray curvó una esquina de la boca—. «Sé que te vuelvo loco cuando finjo que no existes...» —cantó bajito, solo para él.

Ray sonrió de medio lado, se acercó la mano de Helen y le besó los dedos uno a uno.

—Cierto.

Helen lo sorprendió poniéndose colorada. Y él ensanchó la sonrisa, orgulloso del efecto que le provocaba. No era propio de ella lucir las mejillas como dos amapolas por algo tan inocente. O no tanto. Él sabía bien que solo lo fue en apariencia, para guardar las formas en público. Nadie se daba cuenta de que acababan de compartir una magia electrizante gracias a una mirada, una caricia y una sola palabra. Ray notó que empezaba a endurecerse y no era momento ni lugar. Le dio otro besito muy casto en el dorso de la mano y la soltó.

—No me has respondido. ¿Crees que tu cuñada pudo enviarte ese anónimo?

Helen mudó el semblante.

—Como te he dicho esta mañana, la madre de Benjamin nunca me tuvo aprecio, pero no la creo capaz —meditó muy seria; recordar a su familia política no la divertía—. Abigail nunca me pareció que sintiera por mí ni frío ni calor y, francamente, no sé qué motivos puede tener para desearme algún mal.

—No se trata de odio, Helen. La nota exige dinero, eso es lo que pretende sacar amenazándote. Salvo que la muevan los celos. ¿Su marido puso alguna vez sus ojos en ti?

—Nunca, ¡qué absurdo!

Ray no tenía intención de discutir en ese momento sobre los apetitos masculinos, las fantasías y la insensatez de las bajas pasiones cuando se empecinan en desear lo prohibido.

—¿Sabes si esa gente tiene problemas financieros?

Helen bajó la vista y tomó la taza de café con las dos manos.

—En Boston corren rumores. La familia de Benjamin fabrica vigas de acero, dicen que las cosas no les van tan bien como antes de la guerra.

Ray prefirió no opinar, aunque veía un motivo fehaciente si es que los rumores eran ciertos. Como la vio pensativa, decidió dejar a un lado los problemas, al menos durante el resto de la tarde.

—Seguro que se te ha enfriado ya el café —observó—. Voy a pedir que te traigan otro.

* * *

Antes de regresar a la granja, Helen quiso pasar por la tienda y telefonar a casa. Necesitaba hablar con su padre. Recordaba que Ray le había dicho hacía semanas que Kenneth habló con su suegro del primer anónimo amenazante que dejaron en el Dream. Y ese runrún no se le iba de la cabeza desde que tenían la certeza de que el último anónimo procedía de Boston.

Su padre confirmó sus sospechas.

—Pero, papá, ¿cómo se te ocurrió hablarle de todo esto a Ferdinand?

—Se trata de tu familia, Helen. Nos encontramos por la calle, por pura casualidad. Me preguntó por ti y no vi razón para no ser sincero con él. Forma parte de tu familia política, es lógico que se preocupe por ti.

Helen no quiso discutir. Nunca había sido explícita ante su propia familia sobre el escaso aprecio que le tenían los Mongabay. Todo ese interés que su padre suponía, en su ignorante bondad, se limitaba en realidad a una tarjeta escrita por compromiso cada Navidad.

—Y le dijiste dónde estoy.

—Lo hice, sí. Tu cuñado es un caballero, no creo que tengas motivos para dudar de su discreción.

—Y le contaste también que me amenazaron mediante una nota.

—Sí, se lo dije —aceptó alterado—. ¿Vas a explicarme a qué vienen estas preguntas?

—No te preocupes, papá. Ya hablaremos.

—Pero ¿ha sucedido algo? Francamente, me dejas preocupado.

—Te digo que no, papá. De verdad. El comisario Raymond Donnelly está conmigo, aquí en Germantown. Ya ves que estoy bien protegida.

Helen continuó la conversación preguntándole por los bebés de Laura y pidiéndole que diera un beso de su parte a Lydia y Greg. Preguntó también por Annette, interesada por cómo llevaba la recta final de su embarazo. Se despidió de su padre reiterándole que no debía preocuparse por nada.

Y cuando colgó el auricular en la horquilla tuvo la certeza de que Abigail podía estar informada por su marido. Era lógico que en una conversación matrimonial ella hubiese sabido de su estancia en Germantown y de la existencia de aquel primer anónimo. Tampoco podía olvidar que aquel hombre a punto de morir acusó a una señora Mongabay de mover los hilos.

* * *

—Quiero ir sola, Ray. No insistas esta vez, por favor, y déjame que me encargue de esto en persona. Necesito hablar con Abigail Mongabay de mujer a mujer.

Él se mordió el labio y se paseó arriba y abajo por el patio.

—No me parece sensato, Helen.

Ella le tomó la muñeca para detener su nervioso ir y venir.

—Ray escúchame, tú no puedes venir conmigo a Boston. Tu trabajo te reclama en Nueva York. Yo no iré contigo esta vez. Quiero ir primero a casa, hablaré con ella y después viajaré a Nueva York para declarar en el juicio.

Ray le acarició la mejilla y deslizó la mano apartándole el pelo hasta detenerla en su nuca.

—Aguarda al menos a que hable con el jefe Enright y ponga sobre aviso a la

policía de Boston. Mi instinto me dice que sea precavido, nadie se toma la molestia de hacer viajar una nota anónima desde Boston hasta aquí si lo que pretende es gastar una broma. Una amenaza es una amenaza, Helen.

—Ray, escúchame, tú mismo lo has leído. Si la envió Abigail, o quien fuera que lo hiciera, solo busca dinero.

Con una mirada preocupada, él dejó de acariciarle la parte posterior del cuello y retiró la mano con un gesto de aceptación y cierta inquietud. Helen tenía razón. Todo indicaba que detrás de aquella nota estaba la mano de su cuñada. El tipo que mató al policía de Boston acusó a una señora Mongabay, y era factible sospechar que la esposa de Ferdinand Mongabay estaba enterada del caso en el que se había visto envuelta Helen durante los últimos meses. Con todo detalle, dado que Marcus McKerrigan, de buena fe, informó de todo al cuñado de Helen. Aquella mujer no era una delincuente, en todo caso Ray la consideraba una imitadora desesperada por obtener dinero o por asustarla. Solo contemplaba dos móviles, el odio o la necesidad económica. Ni uno ni otro motivo implicaban riesgo físico, salvo que la mujer se hubiera vuelto loca y no parecía ser el caso. Ray empezaba a darse cuenta de que sus sentimientos hacia Helen le hacían perder la perspectiva, impidiéndole ver la situación con la frialdad policial y templanza que lo caracterizaban.

—Está bien. Ve a Boston, pero promete que llamarás a mi comisaría para tenerme informado de todo lo que hagas o hables allí.

—No creo que tarde mucho. Antes de que te des cuenta me habré reunido contigo en Nueva York para declarar en la causa.

Ray le cogió las dos manos y se las besó, reteniéndolas pegadas a sus labios.

—No me gusta la idea de que tomemos trenes en direcciones opuestas.

Un caballo relinchó y Helen contempló el cercado con el valle al fondo por encima del hombro de Ray. Se le encogía el corazón de pensar que aquellos meses dichosos en la granja Donnelly pronto formarían parte del recuerdo. Miró a Ray y sonrió con resignación y pesar.

—Sabíamos que este momento llegaría tarde o temprano. Mi aventura en este pueblo encantador se acaba. Es hora de hacer las maletas.

* * *

Un día tardó Helen en tener listo su equipaje, tarea que meses antes habría tenido lista en menos de una hora. Pero remoloneaba adrede porque sabía que, una vez cerrada la última hebilla de las maletas, el regreso a casa sería inminente y en su fuero interno se resistía a asumir esa inexorable realidad.

El momento más difícil fue despedirse de Oliver. Juntos bajaban de la mano por el camino, el pequeño había aceptado acompañarla a la cabaña de Ada Mae. Helen no quiso marchar sin decirle adiós. Ya se veía la casa, desde la última cuesta del sendero que bajaba de la colina, cuando Oliver tiró de su mano y la hizo parar.

—No quiero que te vayas —confesó, incapaz de seguir guardandoselo dentro.

Helen se acuclilló ante él y lo tomó por los brazos con suavidad.

—Tengo que hacerlo, ya lo sabes.

—¿No estás a gusto con nosotros?

—Sí que lo estoy. Pero mi casa está en otra ciudad. Y mi papá y toda mi familia. Debo volver con ellos.

Helen no esperaba su reacción. De pronto se vio aprisionada por sus bracitos infantiles que le rodeaban el cuello con fuerza. Con la mejilla, acarició la cabeza que Oliver apoyaba en su hombro.

—Pero yo te quiero mucho —dijo con un hilo de voz.

Helen dejó caer las lágrimas libres, ya que el pequeño no le veía el rostro. Ninguna mirada ni presencia ajena podían cohibir aquel momento único.

—Y yo a ti, Oliver.

Supo que su vida estaba ligada para siempre por un hilo invisible a aquel niño cuyo corazón sentía latir con virulencia pegado al suyo. Helen le acarició la espalda escuchando en silencio sus suspiros nerviosos. Oliver no quería llorar, se sentía demasiado mayor para hacerlo a la vista de nadie, y a fuerza de contener las emociones, su pechito se agitaba tembloroso como el de un gorrión.

—Yo quiero ser tu familia también —pidió el niño; fue más una reclamación que un ruego—. Así sabré que volverás algún día.

Helen lo separó y sonrió al ver sus ojitos exigentes detrás de las gafas redondas de metal. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda. Antes de mostrársela, la encerró en la mano y se despidió con cariño del amuleto que siempre llevaba consigo desde que era una niña.

—Vamos a hacer una cosa —propuso mostrando la moneda a la altura de sus ojos—. ¿Ves este dólar de plata? Es tan viejo como la abuelita Ada Mae y es mágico.

—¿De verdad?

—No lo dudes. Como ahora tú y yo somos familia, te voy a regalar mi dólar Morgan de la suerte. Cada vez que desees que algo se cumpla, solo tienes que frotarlo con mucha fuerza. Y ya verás si funciona. ¿Quieres que hagamos una prueba?

Dudoso, Oliver aceptó con un sube y baja de hombros. Helen puso en su mano la moneda de plata y le cerró los dedos para que lo retuviera en el puño.

—A ver, ¿qué es lo que más deseas?

—Ver bien.

En ese instante Helen supo que los corazones sí podían romperse porque sintió el dolor del suyo, resquebrajándose como una hoja seca. Cuánto habría dado en ese momento por poseer el poder de obrar prodigios.

—Frótalo y ya sabes, tienes que aprender a esperar con paciencia. Los deseos no se cumplen al instante.

—Esperaré y seguiré frotando.

—¿Pedimos otro? Seguro que hay algo que te gustaría mucho tener.

—Quiero comer muchos *dónuts*.

Helen se echó a reír, contenta al fin. Se puso de pie y lo invitó a continuar caminando hacia la casa a la vez que insistía en que no dejara de frotar el dólar de la suerte que Oliver ya guardaba en el bolsillo del pantalón.

Al llegar a la granja, el chiquillo trotó las escaleras del porche, deseoso por contárselo a su abuela. Doris escuchó el relato con una mirada risueña, viendo tanto entusiasmo en la carita de su nieto.

—Helen me lo ha regalado porque ahora somos familia. Es como mi hermana mayor.

Helen se sorprendió al oírlo y se hizo a un lado para que el niño saliera corriendo por la puerta. Un instante después, lo veía jugar con los perros al pie del manzano silvestre.

—Qué considerado de su parte que me vea como una hermana cuando tengo edad para ser su madre, ¿verdad? —comentó con Doris.

—Mi nieto no lo ha dicho por galantería, querida. Los dos hermanos de Charles murieron de gripe siendo todavía muy niños —explicó mientras veía jugar a su nieto a través de la ventana—. Estoy segura de que Oliver lo ha dicho pensando en la mía, que vive en Filadelfia y siempre viene con su familia a pasar la Navidad con nosotros. No quiere pensar en ti de otra manera porque en su cabeza no cabe que las madres dejen a sus hijos. Piensa que, si eres como una hermana para él, por lejos que estés, volverás aunque sea de vez en cuando.

Helen se acordó entonces de la historia de Oliver. Adivinó que el niño desconocía que fue, de alguna manera, abandonado por la suya.

—Oliver no lo sabe, ¿verdad?

Doris no necesitó más detalles para saber a qué se refería.

—No. Raymond así lo decidió, se lo contará todo cuando crezca y sea capaz de entender que las circunstancias de la vida nos obligan a tomar decisiones atinadas y desacertadas.

Helen guardó silencio y admiró a Ray un poco más todavía por esa decisión que encerraba tanta generosidad. Era mejor que el niño lo supiera cuando tuviera raciocinio para comprender sin juzgar a la pobre Belle Smith.

—Y ahora, a riesgo de parecer entrometida —dijo Doris—, ¿puedo preguntar qué pensáis hacer tú y mi hijo? No soy ciega, Helen.

Ella respiró hondo y entrelazó las manos.

—Él vive en Nueva York, Oliver aquí y yo en Boston. La distancia lo complica todo.

Doris apartó la vista de la ventana y la miró con sorna.

—La distancia es un pretexto. Me parece que las dos estamos de acuerdo en eso.

Helen aceptó que tenía razón, con cara de derrota.

—Es difícil tomar decisiones cuando una se enfrenta al rey de las excusas.

Cuando la doncella le explicó que la llamada de teléfono era una conferencia, Laura temió que su hermana estuviese en alguna clase de apuro. Su preocupación desapareció en cuanto oyó su voz al otro lado de la línea.

—¿*Dónuts*?

—Sí, eso he dicho. Tienes que hacerme ese favor. Envía aquí, a Germantown, una caja enorme llena de *dónuts* de todos los colores que puedas idear. ¿Lo harás?

Con el auricular sujeto a la oreja, Laura ladeó la cabeza para recibir un beso en el cuello de su marido, que acababa de llegar.

—¿De colores, dices? —preguntó con extrañeza.

—De colores, sí. Vi algo parecido en una pastelería en Beacon Hill —argumentó, refiriéndose al barrio antiguo de Boston, la ciudad que las había visto nacer a las dos.

Laura silabeó un silencioso «Helen» ante la muda pregunta que le hacía Kenneth con la mirada. Él le hizo una caricia en el cuello y la dejó sola, para que continuara hablando con su hermana.

—Has hecho dulces de colores otras veces —insistió Helen.

Laura le notó en la voz que tenía prisa, como de costumbre. El hecho de que la llamara desde la misma estación de Germantown la hizo pensar que quizá no se tratara de su habitual estado de inquietud perfeccionista, podía ser que el tren estuviera a punto de partir y la premura de Helen, esa vez, fuera real.

—No será complicado. Pediré a Richard que nos haga el favor. Ya sabes que desde que nacieron los niños no he vuelto por el obrador, ni creo poder hacerlo en mucho tiempo. No te imaginas lo ocupada que estoy con ellos dos.

—No, no sé lo que es —la oyó afirmar.

Laura lamentó haberlo comentado, al escuchar su triste tono de voz.

—No será complicado —aseguró, volviendo a la petición de su hermana—. Y, si los compramos hechos en un puesto callejero, Richard solo tendría que decorarlos, no le supondrá demasiado trabajo. Un glaseado blanco de azúcar lustre con unas gotas de jarabe de grosella...

—Rosa —se adelantó Helen—. Pero recuerda que el destinatario es un hombrecito.

Laura enarcó las cejas. ¿Existía mujer en el mundo que cuidara más los detalles que Helen McKerrigan-Montero?

—Azul con jugo de arándanos —la tranquilizó—. Y violeta con jalea de moras... Y amarillo con extracto de cáscara de limón.

—¿No será muy fuerte ese sabor?

—¡No! —rebatió con una risa incrédula—. Pero bueno, ¿quién es la repostera aquí de las dos?

—¿Podrás recubrir algunos de chocolate?

—Por supuesto. Y de menta, con polvo de cacao. Y pediré a Richard que reboce

algunos también en azúcar moreno y canela. Se me ocurre que podemos bañar algunos en almíbar suave y espolvorearlos con bolitas de anís. Quedarán pegajosos pero muy bonitos.

—¡Gracias, hermanita! —la oyó Laura agradecerle con un suspiro—. No lo olvides, haz que la envíen a la granja Donnelly, Germantown, Condado de Columbia, Estado de Nueva York.

Laura sonrió. Ella vivía en ese estado, no era preciso que se explayara con tantos datos. Se despidió de su hermana asegurándole que, en cuanto terminaran de hablar, llamaría al hotel Taormina y hablaría con Richard para pedirle el favor de que realizara el encargo por ella.

Y así lo hizo. Cuando colgó el auricular en la horquilla del teléfono, salió al jardín, pensando en los *dónuts* y en el pequeño amiguito de Helen a quien iba destinada aquella sorpresa.

En el porche, se sentó junto a Kenneth, que repasaba el correo, y continuó arreglando el jarrón que había dejado a medias. Los jacintos del jardín estaban en el mejor momento de su floración y, un rato antes, se había dedicado a cortar unos cuantos.

—Kenneth...

—¿Mmmm? —murmuró sin dejar de leer la carta que tenía en las manos. Era de sus hermanas gemelas que, con el entusiasmo de sus dieciséis años, le contaban las pocas novedades acontecidas en el rancho de Filadelfia.

—¿Te acuerdas de aquella noche en el club de Long Island, la segunda vez que nos vimos?

Kenneth dejó la carta sobre la mesa y la miró con codicia, recordando los detalles de aquella noche.

—Cómo voy a olvidarla.

Ella sonrió, adivinándole el pensamiento. Cortó el tallo de un jacinto y lo colocó en el jarrón.

—Fue muy distinta de la primera. A pesar de que seguía sin saber quién eras —recordó; él, entonces, se negó a revelarle nada de él, ni siquiera su nombre.

Kenneth le tomó la mano y le besó la muñeca donde le latía el pulso. Estaba de acuerdo con ella. La primera vez que la tuvo en sus brazos se zambulleron con descaro en la efervescencia de lo prohibido. En la segunda ocasión, escondidos por los pasillos de aquel club privado, ambos se lanzaron a los brazos del otro, movidos por un deseo magnético y fascinados por la sorpresa de reencontrarse, algo que parecía imposible.

—Para mí tampoco fue como la primera vez, cuando besé a una chica desconocida. Pero meses después, en aquella cabina de teléfono, supe que el deseo que sentía por ti no me dejaría tranquilo nunca.

—No sé que habría hecho si no te hubiera vuelto a ver después de esa noche —dijo ella.

—Seguir con tu vida, como yo habría hecho. Aunque sí sé que te habría soñado cada noche.

Ella recibió aquella revelación con una sonrisa dichosa.

—En cierto modo, creo que nuestro reencuentro en el hotel no fue una casualidad.

—Será que estábamos predestinados, a pesar de las peleas de los primeros días. De tu enfado, de mi mal humor...

Laura rio dulcemente y, al recordar la conversación telefónica mantenida momentos antes, arrugó la frente.

—Después de hablar con mi hermana, un sexto sentido me dice que su nombre y el de Raymond Donnelly llevaban mucho tiempo escritos en el destino uno al lado del otro —confesó—. Puede que te parezca una tontería.

Él frunció el ceño, fingiendo sorpresa.

—Una tontería no; una locura. Una dama de Boston y un irlandés de Manhattan. Ahora que pienso —continuó con una mueca bromista—, ¿de qué me sonará eso?

Intercambiaron una mirada cómplice, en tanto Laura terminaba de acomodar el último jacinto en el búcaro. Satisfecha, contempló su obra y paseó la vista por el jardín. La casa que la abuela Jane legó a Kenneth en la parte alta de la isla, su hogar, era sin duda un lugar maravilloso.

—En el caso de mi hermana hay más, Kenneth... —prosiguió—. Me atrevería a asegurar que ese pequeño, Oliver, ha llenado el corazón de Helen, como si lo hubiese puesto en su camino una fuerza que escapa a nuestro entendimiento.

Se vieron interrumpidos por un llanto potente a dos voces que provenía del piso superior. Ambos miraron hacia la ventana, la doncella ya subía las escaleras para atender a los pequeños.

Laura miró a Kenneth con gesto de disculpa; sus hijos eran puntuales como relojes suizos cuando les llegaba la hora de mamar. Kenneth le devolvió una sonrisa radiante, la maternidad la había dotado de una belleza serena, sin robarle el encanto burbujeante y descarado que lo enamoró de ella. Incluso con esa palidez debida a la falta de sueño.

—Es imposible mantener una conversación trascendente, cariño —asumió, besándole de nuevo el interior de la muñeca—. Nuestros herederos te reclaman.

* * *

Durante las muchas horas que pasó en el tren, Helen no dejó de pensar en el deseo de Oliver. Y se prometió que haría lo posible por que el niño viera mejor. No estaba en su mano conseguirlo, pero en cuanto puso el pie en Boston fue directa a la consulta del doctor Williams, el médico de la familia. Le detalló el caso del pequeño, que nació con cataratas, y a punto estuvo de llorar de alegría cuando el doctor le dijo que justamente esos días se celebraba en Wasinghton el Congreso Mundial de Oftalmología. Helen no creía en las casualidades. La fortuna siempre se presenta por

sorpresa y en ocasiones cuanto más se desea; en su fuero interno quiso creer que aquella bendita coincidencia tenía que ver con el viejo dólar Morgan de la suerte.

Después de salir de la consulta, con el ánimo rebotante de esperanza, tomó un taxi hasta la casa de Ferdinand Mongabay y se plantó ante su cuñada, detallándole cuanto sabía con tanta fiereza que esta se derrumbó al instante y confesó que fue ella la autora de la misiva anónima.

—Solo dime por qué, Abigail.

—Mi marido pasa por un mal momento. Realizó inversiones que no han dado el resultado esperado.

—¿Y qué pretendías, que fuera yo quien solventase vuestros problemas financieros?

—Tú te quedaste con la casa de la familia.

Helen no podía creer hasta qué punto podía ser peligrosa la envidia.

—Nuestros suegros se la regalaron a Benjamin cuando nos casamos. Algún día, la mansión en la que ellos viven será para Ferdinand. Esa fue su decisión.

—Si hubiesen dispuesto lo contrario, ahora nosotros podríamos vender la mansión en la que vives. ¿De qué nos sirve poder heredar una casa que no podemos vender ahora, cuando necesitamos liquidez?

—Pon en venta la tuya y múdate a otra más modesta.

—¿Te has vuelto loca? ¡No podemos hacer eso! ¿Qué pensaría la gente?

Helen la miró con más lástima que enojo. Contempló el saloncito donde se hallaba de pie, puesto que no aceptó la invitación de sentarse. Jarrones de Lalique, cuadros de firma en las paredes, sillas torneadas de exquisita caoba y fruslerías de cristal de Bohemia y de Murano decoraban aquella estancia y la casa entera, toda ella era un canto a la opulencia. Y pensó en el dudoso placer que sienten algunas personas por exhibir riqueza cuando se tiene y aparentarla cuando se pierde.

—Mientras Benjamin vivió, los negocios de la familia fueron boyantes porque mi marido fue siempre un hombre juicioso. Ferdinand se ha dedicado a dilapidar y echar por tierra todo su trabajo, por culpa de su mal juicio y de vuestros aires de grandeza. Ahora os toca apechugar y asumir las consecuencias. Solo veo una solución, pide ayuda a tu suegro.

—Él no sabe nada.

—Pues más os vale dejar de pasearos con chófer, aconseja a Ferdinand que aprenda a conducir su auto como hace la clase media. Despide a tu mayordomo y a tu legión de doncellas y criadas. Te aconsejo también que dejéis de asistir a fiestas y ahorrarás en vestidos. Lo mismo te digo de la masajista y la peluquera a domicilio.

Helen estudió la expresión ausente de Abigail Mongabay, que no parecía escucharla. Supo que sus consejos caían en un pozo sin fondo.

—¿Piensas denunciarme? —interpeló, con ojos de pánico—. Estaba desesperada, no sabía cómo ayudar a mi marido. Pero te juro que nunca te he deseado ningún mal. No quiero que esto se sepa, Ferdinand desconoce lo que hice. No me lleses ante un

juez, te lo suplico. Fue una locura, hazlo por mis hijos.

Helen llevaba rato esperando ese momento. Y se aprovechó de su miedo.

—Para empezar, que te quede claro que no voy a prestaros ni un dólar. Acude a tus suegros, a tus padres o a tus hermanos. O solicitud crédito a los bancos. Y estate tranquila que no voy a denunciarte —afirmó—. Pero a cambio de mi silencio, tú sí harás algo por mí.

—No sé qué puedo hacer.

—Tu padre es médico y está muy bien relacionado. Y tu hermano también —le recordó, puesto que Abigail venía de una familia con larga tradición de galenos—. Habla con ellos. Se está celebrando un congreso en Wasinghton en el que participan los mejores especialistas del mundo en lesiones de la vista. Quiero que tu padre consiga que alguno de ellos acepte examinar a un niño que tiene un problema en los ojos.

—Veré qué puedo hacer.

—Hazlo —ordenó sin amilanarse—. Si lo consigues, no solo olvidaré para siempre lo sucedido, sino que contarás con mi agradecimiento de por vida.

* * *

Una vez declararon ante el tribunal, Ray y Helen abandonaron el Palacio de Justicia sin esperar a que se pronunciara el veredicto. Bajaron las escalinatas cogidos de la mano, con la satisfacción de saber que Richard Todd pagaría por la muerte del agente O'Grady.

Ya en la acera, Ray no se privó del placer de envolver a Helen en sus brazos y besarla despacio. No le importó estar en plena calle Chambers y a la vista de todos. El corazón le pedía gritar al mundo que la amaba. Cuando alzó el rostro para verle la cara, Helen acarició las condecoraciones que lucía sobre el bolsillo de la guerrera.

—Estás muy guapo de uniforme.

—Solo lo llevo en funerales, entregas de medallas y ocasiones importantes.

—Pues es una lástima, porque te queda magnífico —reiteró.

Helen recordó la última vez que se despidió de un hombre de uniforme, su marido en el puerto de Boston cuando partió hacia Europa. Y no lo volvió a ver. De nuevo estaba a punto de despedirse de un hombre uniformado. Pero esa vez no se repetiría la historia. La aventura de la granja era el pasado. Ray vivía en Nueva York y ella en Boston. A partir de entonces sus encuentros se espaciarían. Si él le pidiera que se mudara a vivir con él, no dudaría ni un segundo en hacer el equipaje. Pero Ray no se lo había pedido, tal vez necesitara más tiempo. Quizá no era esa su idea. Alzó el rostro, le sonrió y se negó a preocuparse por ello. Prefería aferrarse a lo que tenía y no pensar en los días que estaban por venir.

—Se acabó la escapada, Ray. Es hora de que vuelva a Boston. Pero antes de hacerlo quiero que me escuches. Hablé con un oftalmólogo muy prestigioso del

Hospital de Niños de Boston. Gracias a él supe que se está celebrando un Congreso Internacional de esa especialidad médica en Wasinghton. El doctor Sands me habló de un doctor, llegado desde España, ha inventado una nueva manera de operar las cataratas.

—Podías habérmelo dicho.

—No quería hacerlo por teléfono. Por eso aprovecho ahora que estamos juntos. Ray, ese doctor me dio esperanzas. Y estaría dispuesto a visitar a Oliver. Te pido por favor que lo traigas a Boston para que el doctor Sands examine sus ojos.

Ray endureció el gesto.

—No quiero hacerme falsas esperanzas.

Ella le puso las manos abiertas en el pecho.

—Oliver no pierde nada con que lo examinen. Si la Medicina no puede hacer nada por él, no estará peor de lo que está. Pero ¿y si existe un tratamiento nuevo o una posibilidad de operarlo? No te quedes con la duda, Ray.

—En mi fuero interno preferiría no haber sabido nada de todo esto. Me aterroriza imaginar a mi hijo en un quirófano con unos médicos clavándole el bisturí en los ojos —confesó—. Pero si hay una posibilidad y me niego a sopesarla por cobardía, sé que nunca me lo perdonaré.

—¿Vendréis entonces?

Ray cerró los ojos durante unos segundos, debatiéndose por dentro.

—Sí. Concierta esa cita con el doctor.

Helen apoyó la mejilla en la pechera de su uniforme, no cabía en sí de contenta. Ella no tenía miedo, estaba llena de esperanza.

—Os quedaréis en mi casa. Quiero que seáis mis invitados.

Ray volvió a besarla. Oliver no tenía nada que perder con aquella visita al oftalmólogo y tal vez mucho que ganar. Y por otra parte, se le acababa de presentar una ocasión inesperada para volver a disfrutar de unos días junto a Helen.

Fiel a su promesa, Ray llevó a Oliver a Boston. El niño nunca había estado en una mansión de ciudad, ni siquiera conocía el apartamento de su padre en el este de Manhattan. Estaba acostumbrado a una casa grande, la granja lo era, y a las estancias espaciosas. Pero ante aquellos muebles refinados su mirada infantil parecía contemplar un palacio. Helen le quitó importancia y, acompañada de Ray, se la mostró entera, paseándolo de la mano por todas las dependencias, desde el sótano hasta el desván.

Cenaron perritos calientes en la calle, como el niño quería. A la hora de dormir, lo llevó a la habitación de invitados que la asistenta había preparado para él. Oliver se entusiasmó al descubrir sobre la cama unos cochecitos de hojalata que Helen había comprado hacía días para él. La sorpresa le encantó tanto que aseguró que no tendría miedo de dormir solo, alegando que tenía siete años y no era ya un pequeñajo de cinco. Helen sospechó que la perspectiva de jugar con su colección de juguete sin ser molestado y hasta mucho más tarde de la hora obligada para apagar la luz tuvo bastante que ver. Una vez acostó al pequeño, esa noche sí llevó a Ray a su dormitorio.

Ray se desnudó primero ante su ardiente mirada y luego se dio el gusto de desnudarla a ella. Cuando la tuvo libre de vestimentas, hermosa como una estatua griega, no perdió más tiempo. Nada deseaba más que tirar de ella hacia la cama y apretarla contra su cuerpo. No sabía si ella era consciente de la suavidad enloquecedora con que sus pechos le rozaban el torso. Sentía sobre él su vientre plano, sus caderas, el cosquilleo de su cabello y la luz tenue que envolvía sus cuerpos gracias a la llama de un candelabro. No podía mantener las manos quietas, quería recorrer cada rincón de ella, tocar cada pliegue y vagar despacio por cada curva hasta aprendérselas de memoria.

Rodó con ella y la tumbó de espaldas, acompañó su mirada con caricias que le excitaron los pezones y rozaron con delicadeza el vértice rizado entre sus piernas. Ray se inclinó sobre ella y la besó con pasión. Luego tomó uno de sus pechos en la boca y lo paladeó con la lengua hasta hacerla gemir de placer. Estaba muy excitado pero entró en ella con facilidad, porque Helen se arqueó para ajustarse a su envite como dos piezas perfectas. Sujetándola por las caderas, Ray se movió y ella lo acompañó con pericia instintiva, dejando que su cuerpo le mostrara todo el amor que henchía su corazón. Sus miradas se encontraron en el momento en que Helen alcanzaba el éxtasis y Ray creyó morir de plenitud ante tanta belleza. Y se dejó ir en ella, dulcemente, con absoluta entrega.

Se había quedado adormilado si moverse, aún sobre ella, cuando la oyó susurrarle al oído palabras tranquilizadoras respecto a la visita médica que les aguardaba al día siguiente. Ray suspiró con los ojos cerrados, admirado de su fe valiente. Helen era la esperanza hecha mujer, oyéndola era imposible no contagiarse de su confianza en la medicina.

—Conseguiremos que funcione —la oyó decir.

Sumido en sus propios pensamientos no se había dado cuenta de que hablaba de otra cosa. Se refería a ellos dos y a sus posibilidades para superar la barrera de las doscientas millas que los separaban. Él ansiaba más que nada tenerla así, donde la tenía, cada noche y cada mañana de su vida. Pero le resultaba difícil aferrarse a esa preciosa situación imaginaria cuando la realidad era otra mucho más prosaica.

—Podría mudarme contigo a Nueva York.

Ray no levantó la cabeza, restregó la nariz por la piel de su cuello con los ojos cerrados.

—¿Serías capaz de renunciar a todo este lujo para vivir en un apartamento de alquiler de dos habitaciones?

Helen trató de hablar. Él le puso dos dedos sobre los labios.

—Shhhh... Déjame disfrutar de ti así como te tengo.

Helen sonrió, no se había movido, adoraba sentir dentro de ella su miembro ya laxo.

—Déjame que te diga solo una cosa más y callaré para siempre.

Ray emitió una risita burlona.

—¿Lo prometes?

Ella le dio un pellizco en la nalga y él la castigó mordisqueándole el cuello con malicia.

—Podría vender esta casa y comprar una en Nueva York, no haría falta que fuera tan grande.

—Eso es algo que debe hacer el hombre, no la mujer.

—Esta conversación es inútil —murmuró, convencida de que el dinero siempre sería un escollo entre ellos dos—. Solo te pido una cosa, piénsalo. ¿Lo harás?

—Lo haré. Y yo, ¿puedo pedir una sola cosa también?

—Lo que quieras —murmuró cubriendo su hombro de suaves besos.

Ray le besó el cuello y le lamió el lóbulo de la oreja. Las palabras procaces eran un privilegio privado que disfrutaban en la intimidad de las sábanas.

—Apriétame dentro de ti, cariño —susurró; ella se contrajo proporcionándole la caricia más secreta que un hombre puede soñar—. Así... Pónmela dura otra vez.

* * *

Abigail Mongabay cumplió la demanda de Helen. Gracias a la cual Oliver fue visitado por el doctor Sands y por otro especialista de Boston que, bendita casualidad, participaba en el Congreso Mundial de Oftalmología y regresó desde Washington antes de la conclusión del evento para ver al niño. Ray escuchó nervioso y pleno de esperanza el favorable diagnóstico. El doctor Edmonson fue claro, el chico estaba en el mejor momento para ser intervenido. Y la operación tenía muchas probabilidades de éxito, cercanas al cien por cien, gracias a una nueva técnica que un oftalmólogo

español había presentado en dicho Congreso, ideada y patentada por él, para la intervención de cataratas. La llamada focoéresis descubierta por el doctor Ignacio Barraquer, suponía un gran avance en cuanto a rapidez y disminución de los riesgos.

El doctor Edmonson se mostró muy dispuesto a intervenir a Oliver, puesto que le brindaba la ocasión de experimentar con el nuevo y exitoso método quirúrgico conocido ya como «técnica Barraquer».

Cuando salieron de la consulta, Ray invitó a un batido a Oliver en una cafetería cercana a la clínica, mientras él y Helen charlaban ante un café. El niño pidió permiso para ir a dar de comer a las palomas del parque. Ray le dio dos centavos para que comprara un cucurucho de alpiste.

Cuando estuvieron solos, se decidió a hablar a Helen con claridad.

—Las palabras del doctor me han llenado de esperanza. La pega es que ha insistido en que se realice la operación cuanto antes.

—Ya has oído que quiere aprovechar la presencia de otro colega de San Francisco, que ha venido a Wasinghton para el congreso. Ese oftalmólogo tiene más experiencia en esa nueva técnica que nos ha explicado del médico español. Por eso ha propuesto intervenir a Oliver antes de que su colega regrese a California.

—Helen, los honorarios médicos, los gastos del hospital, todo eso cuesta mucho dinero. Podría ahorrarlo, pero tardaría más de dos años y con mucho esfuerzo.

Ella pensó a toda velocidad. Y la idea le vino por algo que comentó el doctor Edmonson el día que fue a hablar con él para concretar la visita. Este le habló de la ética médica ejemplar del galeno español, porque atendía en su dispensario de Barcelona a todo tipo de pacientes, ricos y pobres.

—Eso no debe preocuparte. El Hospital de Niños dispone de un fondo, una fundación social que se dedica a costear ese tipo de operaciones —mintió—. La salud y la ciencia no son algo privativo, Ray.

Él le cogió la mano y se la apretó confiado, dando gracias por ello. Nada deseaba más en el mundo. Ojalá todo saliera bien y la cirugía eliminara esas cataratas que empañaban los ojitos de su hijo desde el día que nació, limitándole la visión.

* * *

La intervención fue un éxito, en palabras de los doctores. Faltaba esperar la certeza del resultado y eso no lo sabrían hasta que le retiraran el vendaje. El doctor Edmonson ya advirtió a Ray que Oliver debería llevar gafas toda su vida. Tal como fuera creciendo, se le iría ajustando la graduación. Pero de obtener el resultado esperado por él y su colega de San Francisco, su agudeza visual habría mejorado hasta equipararse, con ayuda de las lentes, a la de cualquier persona con ojos sanos.

Oliver era un niño vigoroso y su joven naturaleza favoreció que no se produjera infección alguna durante el postoperatorio. Durante esa semana, Helen se alternó con Ray para no despegarse de la cabecera de la cama del pequeño. Él velaba sus noches

y Helen pasaba todo el día junto a él. Hasta el tercer día, cuando Doris llegó desde Germantown para cuidar también a su nieto durante la convalecencia. Ray y su madre se alojaban en casa de Helen, que insistió en ello.

Esa mañana Helen ojeaba una revista, aprovechando que Oliver se quedó dormido después del almuerzo de puro aburrimiento. Para un chiquillo de siete años, aquel encierro en una cama, dado que le habían prohibido caminar y hacer movimientos hasta que cicatrizaran los puntos, suponía el peor de los castigos. Helen le leía cuentos, llevaban siete días jugando a encadenar palabras, a nombrar comidas, plantas u objetos que comenzaran por la misma inicial. De tanto repetirla, Helen se sabía mejor que su nombres la cantinela «por el río Charles baja un barco cargado de...».

Ray apareció sin su madre. Doris y él habían pasado la noche junto a la cama de Oliver, sentados en sendas sillas de hierro, hasta que a las siete de la mañana llegó Helen para hacerles el relevo. Ray vio las piernas de su madre tan hinchadas que la obligó a tumbarse y la hizo prometer que no se movería de la cama hasta la hora del almuerzo. Él, en cambio, fue incapaz de dormir más de dos horas. A las nueve y media ya estaba en el hospital. Los nervios no lo dejaban vivir, ya que los médicos habían previsto destapar el vendaje esa mañana y la preocupación porque el resultado de la intervención no fuera el esperado lo tenía en vilo.

La habitación consistía en una larga estancia con seis camas a cada lado. Oliver reposaba en la más cercana a la puerta.

—¿Cómo estás? —preguntó Helen tendiéndole la mano.

Él entrelazó los dedos con los de ella y le dio un beso en la mejilla.

—Cardiaco —le susurró.

Helen pensó en lo poderosa que era la llamada de la sangre porque Oliver se despertó con la presencia de su padre.

—Papá, ¿has venido?

—Como todos los días, campeón.

—¿Te aburres?

—Sí.

Helen dejó la revista sobre la mesilla de noche y se levantó para cederle la silla. Padre e hijo conversaron mientras ella aprovechaba para estirar las piernas dando un paseo por el pasillo. Fue al baño, y al salir, vio venir al doctor Edmonson acompañado de una enfermera cargada con una bandeja con torunda, tijeras y otros útiles clínicos.

Helen se llevó la mano al corazón y musitó una plegaria, mientras se dirigía a la habitación a toda prisa. El doctor y la enfermera entraron antes que ella. Ray se puso de pie al ver entrar al cirujano, que le estrechó la mano y le infundió tranquilidad.

El doctor Edmonson se agachó a hablar con Oliver, poniéndole una mano en el

antebrazo. La enfermera ya había corrido el biombo de lona para que el doctor pudiera examinar a su paciente con privacidad, y evitar las miradas del resto de enfermos y acompañantes.

—Vamos a ver qué tal se encuentra mi pequeño paciente. ¿Tienes ya ganas de ver la luz?

—Muchas.

—Pues vamos a ello —decidió, haciendo un gesto para que la enfermera le facilitara las tijeras.

Ray se retorció las manos a la espalda. Helen se acercó a la mesilla de noche y abrió el cajón donde guardaban las gafitas de Oliver. Había tenido tiempo durante aquella semana de abrillantar los cristales con una gamuza por lo menos veinte veces. Pero aun así, volvió a frotarlos con su pañuelo para calmar los nervios. Ray y Helen contuvieron la respiración mientras el doctor retiraba el último tramo de venda. Oliver parpadeó muchas veces. La enfermera le pasó una gasa húmeda por cada ojo y después se los secó con cuidado.

—Mira mi dedo —pidió el médico.

Lo movió a derecha e izquierda y asintió satisfecho cuando Oliver lo siguió.

—Ahora abre bien los ojos.

El niño fue paciente mientras el doctor lo examinaba provisto de una lente.

—Bien, muy bien.

Al oírlo, Ray respiró por fin.

—Doctor —lo llamó Helen, tendiéndole las gafas.

Él las tomó de su mano y, con cuidado se las colocó sujetándole las patillas curvas detrás de las orejas. Helen había frotado los cristales con tanto ahínco que resplandecían como espejuelos. Ray no aguardó por cortesía a que hablara el doctor, el ansia le pudo.

—¿Cómo me ves, hijo? —preguntó apoyando la mano en el cabezal de hierro.

—¡Muy bien! Pero no hace falta que te acerques tanto.

El doctor Edmonson soltó una carcajada, la enfermera suspiró de alegría. Era la prueba fehaciente del éxito de la intervención.

Helen se colocó a los pies de la cama y se inclinó sobre los barrotes.

—Y a mí, ¿me ves?

Oliver se incorporó sobre las almohadas y sonrió con la boca abierta.

—¡Madre mía, qué guapa eres!

Todos rieron y ella suspiró desde lo más hondo de su corazón.

—¿A que sí?

* * *

Ray aguardó que el doctor Edmonson concluyera su ronda de visitas, antes de personarse en su despacho.

—Espero no interrumpirle doctor, sé que está muy ocupado. No le robaré mucho tiempo. Solo quería darle las gracias.

—He hecho mi trabajo, comisario Donnelly. Y le aseguro que con mucho agrado. Intervenir a su hijo me ha permitido mejorar mi experiencia con una técnica quirúrgica nueva.

—Y yo lo celebro tanto como se lo agradezco, los resultados han sido extraordinarios. Mi hijo le debe mucho, los dos se lo debemos, a usted y al doctor que retrasó su vuelta a California para participar en la intervención.

—No hay mayor satisfacción que la que yo he disfrutado hace un rato al retirar el vendaje a su hijo.

—Aun así, no tengo palabras para agradecer la generosidad de este hospital. Gracias a su fondo benéfico mi hijo podrá disfrutar de un futuro mejor.

El doctor Edmonson se cruzó de brazos.

—Comisario Donnelly, no sé a qué fondo se refiere. Creo que está usted en un error.

—Ese fondo ha cubierto el coste de la operación, yo no podría haberlo hecho — insistió.

El médico lo miró con franqueza.

—Podría callar y darle la razón. Pero la ética me impide engañarle. No existe ese fondo de caridad del que me habla. Todos los gastos médicos y hospitalarios han sido costeados por la señora McKerrigan-Montero. Es a ella a quien debe darle las gracias.

Ray no pronunció ni una sola palabra. Tragó saliva para neutralizar el amargor de la bilis que le trepaba hasta la garganta.

* * *

Helen vio que Ray solo se asomaba desde la puerta y por la expresión de su cara, supo que se avecinaban problemas. Con el brazo apoyado en el quicio, lo vio esforzarse en parecer alegre ante el pequeño, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—¿Qué hay, chaval?

—¡Papá!

Dos acompañantes giraron la cabeza por la voz de Oliver que rompió el silencio que reinaba en el cuarto. Ray le hizo una seña para que no levantara la voz. El resto de pacientes dormitaban y no quería que el entusiasmo de su hijo los molestara.

—¿Cómo te encuentras sin las vendas?

—Fenomenal. Quiero volver a casa. ¿Cuándo podremos marcharnos?

—Habrás que esperar a ver qué dice el doctor. Voy a llevarme a la señorita Helen a tomar un poco el aire y enseguida vuelvo.

Le hizo un gesto adusto con la cabeza para que saliera de la habitación y Helen obedeció sin rechistar.

—Así que una fundación, dijiste —le espetó en cuanto estuvieron a solas.

—Ray...

Él la cogió por el brazo y la llevó hasta la pared opuesta del pasillo, asegurándose de que nadie pudiera oírlos.

—He hablado con el doctor Edmonson. Él mismo me ha confirmado que tú has pagado todo esto —informó con la mandíbula apretada—. ¿Qué pretendías ocultándomelo de esta manera? ¿Humillarnos? ¿De verdad creías que no me enteraría?

Dos enfermeras salieron de una habitación, donde acababan de repartir el tentempié de media mañana. Una portaba una tetera de metal, la otra empujó el carro hasta el siguiente dormitorio, seguida de la primera.

Ray las miró de soslayo y luego volció su atención a Helen.

—Si te lo hubiese dicho, no habrías permitido que pagara ni un centavo —alegó ella.

—Bien lo sabes.

—Lo importante es que Oliver ve mucho mejor.

—¡Y yo soy su padre! —gritó; una enfermera salió de un dormitorio exigiendo silencio y Helen lo cogió del antebrazo para que bajara la voz—. Debiste consultarme y acatar mi opinión.

—El éxito de la operación y el bien de tu hijo es lo único que debería importarte.

—¡Me importa más saber que eres capaz de engañarme como a un idiota! Mira, Helen, hay dos maneras de hacer las cosas: respetando la ley o por el camino torcido. No te das cuenta de que has violado el primer punto de la ley no escrita que rige en una relación de pareja, ¿hace falta que te recuerde cuál es?

—La sinceridad —murmuró cabizbaja.

Ray se pasó las manos por el pelo, desesperado.

—¿Cuántos años crees que voy a tardar en devolverte todo ese dinero?

—No es nada, comparado con la alegría de Oliver cuando le quitaron el vendaje.

—¡Es mucho dinero! —insistió.

Ella le cogió la manga con gesto de súplica.

—Ray, no tienes que devolverme nada.

Él se zafó de su agarre.

—Estate segura de que lo haré —afirmó. No levantó la voz pero su mirada era incendiaria—. No voy a consentir que nos conviertas, ni a mí ni a mi hijo, en una de tus obras de caridad.

—Si me quisieras, te daría lo mismo, porque mi dinero sería tuyo tanto como mío sería todo lo que tú posees.

Al oírla, Ray se mordió el labio inferior con rabia. La cogió de los brazos y acercó tanto la cara a la de Helen que ella tuvo que echar la cabeza atrás.

—¿Que no te quiero? —masculló con desesperación—. Te has aprovechado de tu poder sobre mí. Dime, ¿esta es la manera en que tú entiendes el amor? ¿Jugar con la vida de los demás a tu antojo, como si fuéramos marionetas sin opinión ni voluntad?

—No era esa mi intención, te lo juro.

—¡Pero lo has hecho! ¿Y eras tú la que hablabas de respeto? No puedo creer que hayas tenido el valor de humillarme así ante mi familia, ante los médicos de este hospital y... —barbotó. Cerró los ojos y se obligó a serenarse—. El paria y la niña rica jugando a la misericordia.

—Lo siento —murmuró.

—Eso es lo peor, que no lo sientes —rebatió—. Sé sincera al menos en eso.

Ella bajó la vista.

—Helen, yo te quiero. Pero detesto amar a una mujer que es capaz de mentirme. Yo nunca te mentiría a ti, ¡nunca!

La soltó y se pasó la mano por el pelo, tenía la respiración agitada. Helen se abrazó a sí misma y se apoyó en la pared.

—Me voy —anunció Ray, con el gesto descompuesto—. Necesito respirar. Cuando vuelva, no quiero verte por aquí.

Helen cerró los ojos. Oyó que sus pasos se alejaban, el rítmico y violento golpeo de sus zapatos sobre el suelo de mármol se hizo cada vez más lejano. Tuvo que apretar los párpados pero ni eso sirvió como freno a las lágrimas que comenzaron a rodarle por las mejillas. Se secó la cara con un manoteo nervioso; no podía permitir que el niño adivinara que había estado llorando.

Respiró hondo y se rindió ante lo imposible de la situación. Ray jamás daría su brazo a torcer ni le concedería su perdón. Ella desaparecería de su vida para siempre, si ese era su deseo. Y también de la de Oliver. Y al pensar que no los vería más, los sollozos la hicieron sacudirse, terriblemente desolada.

Dos meses y medio después.

A finales de octubre, Helen contemplaba la calle a través de la ventana. Desde hacía semanas vivía sumida en una especie de abulia. Había decidido volver a trabajar, pero el día anterior había acudido a supervisar las labores de pintura de las habitaciones del hotel Vendôme y lo hizo con una desgana impropia de ella. Por lo general, cada año se encargaba personalmente de escoger los nuevos tonos para las paredes, ya que fue ella quien insistió en la conveniencia de esas labores de mantenimiento, a razón de una planta por año. Muchos huéspedes fumaban y el humo del tabaco hacía amarillear los techos y paredes. Con el continuo lavado de cara propuesto por Helen, el viejo hotel mantenía su imagen impoluta y cuidada, como correspondía a un establecimiento de tal categoría.

No tenía ganas de nada, ni de salir de casa. Y cuando lo hacía, buscaba la soledad. Le resultaba una carga la compañía de quienes, con toda su buena voluntad, se preocupaban por levantar ese ánimo sombrío, tan raro en ella.

Esa mañana no fue mejor que las demás, todo lo contrario. Telefoneó al Lenox y pretextó una excusa para no acudir. Su padre en persona se puso al aparato en cuanto la secretaria dio el recado, interesándose por su salud, aunque de sobra sabían todos que no era una enfermedad el motivo de su apatía. Helen abrevió como pudo la conversación con su padre, para evitar explicaciones que no tenía ganas de dar, no sin antes prometerle que ese jueves acudiría a comer con la familia para celebrar el Día de Acción de Gracias.

El otoño ya mediado y las hojas de arce en las aceras decían adiós a un verano que, como cada año, empezaba a caer en el olvido. No para ella. Aquel de 1921, para bien y para mal, lo atesoraría siempre en el recuerdo. Helen apartó la mirada de los cristales y dejó caer el visillo que volvió a tamizar la luz natural que alumbraba la sala de estar. Sobre la mesa permanecía el sobre con su nombre y dirección de puño y letra de Ray. Hacía tanto que no sabía de él... A mediados de septiembre se atrevió a llamar por teléfono a la tienda de Germantown, quería saber cómo se recuperaba Oliver tras su paso por el hospital. Horas después de dejar el recado a la señora Bates, recibía la llamada de Doris contándole que el chiquillo estaba estupendamente, igual que todos ellos. Noticias que la llenaron de alegría. La intervención había sido un éxito, en vista de la mejoría que mostraba el niño. Cada día que pasaba veía mejor, saberlo fue suficiente para ella. Por prudencia por ambas partes, Ray no fue mencionado en aquella conversación. Helen no tuvo noticias suyas hasta la llegada de aquel sobre.

Después de diez semanas de silencio, un recadero lo había traído a la casa, con orden tajante de entregárselo personalmente. Dos días hacía que ella lo había abierto

y, al hacerlo, se le inundó el corazón de lástima. Dos días en los que ni una pizca había mermado su pesar. Los mismos que el sobre y el dinero que contenía dormían el sueño de los justos sobre aquella mesita, en un olvido aparente, puesto que Helen no dejaba de pensar ni de día ni de noche en los mil ciento sesenta y cuatro dólares que Ray le había enviado en billetes de curso legal.

Hizo ademán de cogerlos, pero retiró la mano. Le daba grima. Le dolía tocar ese dinero por lo que significaba. Ray le había devuelto, desde el primer al último centavo, el coste exacto de la intervención quirúrgica de Oliver junto con los gastos hospitalarios.

Sin pensárselo más, salió hasta el pasillo y descolgó el auricular del teléfono. Marcó el número del despacho de Greg, calculando que a esas horas debía estar en el Lenox. Cuando su secretaria le pasó con él, mantuvieron una breve charla parecida a un juego del escondite verbal. Greg indagaba sobre su estado de ánimo y ella escapaba de sus preguntas a base de evasivas. Por fin Helen pudo tomar las riendas de la conversación y explicarle con franqueza el motivo de su llamada. Greg la escuchó sin interrumpir, hasta que la sensatez lo empujó a exigir calma a su prima. E insistió en que meditara respecto a la petición que acababa de hacerle.

—Helen, sabes que te vas a meter, mejor dicho, nos vamos a meter, donde no nos han llamado. Cada cual es libre. La intimidad de Ray Donnelly merece un respeto, no me hace gracia hurgar en la vida de nadie.

Ella no se apeó de su postura. La cantidad que seguía en la mesa de su sala de estar, dentro de un sobre, suponía casi el salario anual de un comisario de policía. Y, hasta donde ella sabía, Ray y su familia poseían bienes, pero no disponían de ahorros ni rentas.

—Haz lo que te pido, Greg. Te lo ruego —insistió convencida—. Y por favor, no me juzgues ni hagas preguntas. Ayúdame a averiguar cómo ha conseguido reunir ese dinero.

* * *

Greg no dio su brazo a torcer. Insistió en llevar a Helen a Germantown en su propio coche. La veía muy sola, demasiado. Y deseaba que aquel largo viaje sentada a su lado le hiciera entender que no lo estaba, que tenía una familia que la quería. Por experiencia sabía las insensateces que era capaz de cometer su querida prima cuando se dejaba vencer por la soledad o la falta de alicientes. No quería volver a verla errar sin rumbo, como una veleta en un tornado.

En ese momento contemplaban las tierras de los Donnelly desde lo alto de la carretera. Una vista soberbia que combinaba cientos de tonos de la escala de colores, desde el ocre de los álamos con su aspecto otoñal, el marrón de los caminos, la mezcla de azules en el cielo y el rojo intenso de las hojas de los arces. Greg asistía maravillado a aquella muestra de pura naturaleza. Y entendió el porqué de la

existencia de una escuela de pintura nacida en el valle del Hudson. Aquel paisaje merecía inmortalizarse en cientos de cuadros. Vivían en un presente de incesante progreso e intuía un futuro pleno de avances técnicos que harían olvidar la sencillez de aquel gran país eminentemente rural. Sus hijos, sus nietos y los hijos de estos tenían que saber cuánta belleza hubo en aquellas tierras, antes de que el éxodo a las ciudades y los tiempos modernos acabaran destruyéndola.

—Sigo sin entenderlo —comentó Helen, atrayendo con ello la atención de Greg—. Conozco bien a Ray y es un hombre juicioso y sensato, te lo juro. No comprendo cómo pudo cometer semejante estupidez.

Greg encogió los hombros y los soltó de golpe, a la vez que exhalaba aire. Quién era él para juzgar el comportamiento de un hombre influido por las circunstancias o los sentimientos. Helen quería una explicación y trató de dársela. Su prima quería saber por qué Raymond Donnelly acudió a un prestamista en lugar de solicitar un crédito en el banco local, donde su padre seguramente era buen cliente y gozaba de credibilidad en cuanto a su solvencia y honradez.

—Quién sabe, buscó la manera más fácil de obtener un préstamo. Quizá no quiso comprometer el buen nombre de su padre.

—Los tratos bancarios son confidenciales.

—En los pueblos todo acaba sabiéndose. No le des más vueltas, Helen. Albany es el paraíso del dinero rápido. ¿Por qué crees que nació allí precisamente la American Express?

De allí venían. Greg acababa de hacer las últimas averiguaciones sobre el prestamista en cuestión, con la información en mano que previamente había recabado desde su despacho de Boston. La capital del estado acaparaba una vorágine de transacciones monetarias gracias a su proximidad con la frontera de Canadá, al tráfico de mercancías del canal del Eire y a la industria maderera. La cercana Saratoga Springs, con sus carreras de caballos, era un avispero de casas de apuesta y salones de juego donde se dejaban las ganancias desde los turistas hasta los operarios del ferrocarril, pasando por los mineros. No era de extrañar que Albany, con su estratégica situación y su continua entrada de capital, fuese el mejor lugar para encontrar a un prestamista. Entre banco y banco, había uno en cada esquina.

—Usando como aval la granja de sus padres, Dios mío. Qué locura —lamentó Helen.

Los bancos eran respetuosos con las cláusulas de un contrato. De un usurero que exigía intereses indecentes, se podía esperar lo peor. Cualquier cosa menos honradez.

—Compra la deuda, Greg.

Su primo le puso la mano sobre el hombro para que dejara de contemplar el paisaje y lo mirara a él.

—Helen, piensa en lo que acabas de pedirme.

—Ya lo he hecho, mejor que la adquiera yo antes que lo haga otro.

—Le estas negando al comisario Donnelly la oportunidad de saldar su deuda y

recuperar las escrituras de sus tierras como si nada hubiera pasado.

Helen se cruzó de brazos. Greg había trabajado durante años para la Banca Morgan en sus oficinas de Wall Street, poseía la integridad de un buen profesional de la banca.

—Dime que te fías de ese prestamista como confiarías en un banquero —exigió—. Asegúrame que ese individuo esperará el plazo convenido y no le venderá la deuda al primero que le ponga sobre la mesa la cantidad prestada más el interés y un incentivo tentador.

—No puedo. Te estaría mintiendo. Por lo que he podido averiguar, ese tipo se escuda en una serie de cláusulas difíciles de entender para cualquiera que no sea abogado, financiero o gánster. Lo que solemos llamar la letra pequeña.

—Compra esa deuda en mi nombre, Greg. Apoya mi decisión, te lo ruego. Te necesito a mi lado en esto. Tú eres el experto en finanzas de la familia, a ti no te engañarán.

—¿Estás segura?

—Lo estoy, hazlo.

Helen se acarició los brazos, como si tuviera frío. Antes de partir, quiso dar una última mirada de despedida a aquellos bosques, prados y cercados, donde había sido tan feliz.

Greg habría sido capaz de matar por una taza de café y unas galletas. El almuerzo que habían tomado en Albany ya lo tenía en los pies. Iba a sugerir una parada rápida en Germantown, pero supuso que dejarse caer por allí era lo último que deseaba su prima.

—Pararemos a tomar un café en Stockbrigde antes de enfilear el camino a casa, ¿te parece?

—Sí, será lo mejor. Aquí no hacemos nada ya.

—Entonces, vámonos cuanto antes. Annette dará a luz el día menos pensado. Solo faltaría que se pusiera de parto y nos pillara aquí, en medio de ninguna parte.

Helen se cogió de su primo, para ir hasta la carretera donde habían aparcado el Ford. Caminaba despacio de su brazo, pisando con cuidado sobre la gravilla.

—Ninguna parte —repitió incrédula.

Miró de reojo la sonrisilla petulante de Greg y se echó a reír. Solo los nacidos en la Reina de Nueva Inglaterra, tenían agallas para ningunear con tanta indiferencia el estado vecino, aunque albergara la ciudad más colosal del mundo.

* * *

Ray salió tambaleándose de la oficina. Tosió y se agarró el costado con la mano, doblándose de dolor. No creía tener rota ninguna costilla, pero a aquel cerdo le había arreado con ganas.

Había ido hasta Albany con el dinero en el bolsillo. Su padre había recibido el

pago de toda la cosecha de cebada y avena. Por fin habían logrado reunir la cantidad que había pedido prestada y... Se apoyó en la pared, rabiando de dolor, por los golpes recibidos. Estaba desesperado, ¿qué iba a hacer? Cuando aquel prestamista le dijo que había vendido su deuda a un comprador imprevisto, la emprendió con él. Recordaba como envueltos en nebulosa la silla volando y los cristales rotos de la vitrina cuando la derribó contra el suelo antes de saltar sobre el escritorio y lanzarse al cuello del tipo que acababa de hundirle la vida. Tuvo que obligarse a parar. Tal era la furia que lo cegaba que, de haber seguido golpeándolo, lo habría matado.

Tenía que marcharse de allí. En Albany no era nadie, un ciudadano de a pie. Pero aquella pelea podía destapar el trato con el prestamista y no quería que un rumor enturbiara su impoluto expediente como policía.

Ray sintió que se ahogaba, respirar le costaba horrores. El costado derecho le dolía como el infierno. Caminó un par de manzanas y, al girar la esquina, apoyó la espalda en la pared para recuperar en resuello. No sabía qué hacer. Jamás podría mirar a sus padres a la cara, no quería imaginar sus semblantes cuando les diera la noticia. Se preguntaba quién sería el nuevo dueño de su vida; ese aprovechado sin nombre que, al comprar su deuda, lo acababa de convertir en su esclavo. Sin duda para exigir un interés más alto. Ahora estaba a merced de un desconocido, si no quería perder la granja y las tierras.

Giró de medio lado y apoyó el antebrazo en el marco de un escaparate, quiso saber qué aspecto tenía aunque no había que ser muy listo para adivinar sin necesidad de espejos que mostraba una facha lastimosa. Se vio reflejado en el cristal de la barbería y se pasó la mano a la nariz. Estaba sangrando. Aquel prestamista tenía un buen golpe de derecha, pensó tocándose el pómulo con cuidado. Se le había hinchado, por eso le dolía tanto ese lado de la cara.

De reojo vio la Ford doble T de la granja junto a la acera de enfrente. Había olvidado dónde había aparcado la camioneta. Tenía que regresar a Germantown pero no sabía de dónde sacaría el valor para mirar a los ojos a su padre y darle la razón. Debió seguir su consejo y acudir al banco del pueblo, Joseph Dixon, el director, era un buen hombre que conocía a la familia Donnelly de toda la vida. Pero él no quiso escuchar, se empeñó en hacer las cosas a su manera y ahora lo lamentaba.

Ray imaginó a su madre, su cara de preocupación, la tristeza palpable de su silencio, sus ojos decepcionados... Y la angustia le ganó la partida. Se dobló por la cintura y vomitó lo poco que tenía en el estómago.

* * *

Fue recibido en casa con una templanza paterna que lo descolocó. No hubo reproches. Con todo, Ray no supo qué era peor. Habría preferido recibir una tunda de alpargatazos de su madre, que verla tan callada. Se le hacía insoportable aquel semblante de muda aceptación mientras le frotaba linimento en las costillas y le

curaba la cara con un algodón empapado en tintura de árnica.

En el fogón borbotaban las manzanas con azúcar. La cocina olía a compota, el dulce aroma le traía a Ray recuerdos de días despreocupados y felices. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar que estaban a punto de perder aquella casa, las tierras por las que tanto luchó su abuelo, los animales, el negocio que después de años de trabajo daba la recompensa que el esfuerzo de sus padres merecía.

No supo de dónde extrajo la valentía para mirarlos a los ojos cuando les pidió que se sentaran a la mesa y, frente a frente, les explicó la situación en la que se encontraban. La culpa le provocaba una comezón en la boca del estómago, solo superada por la vergüenza. Sentirse abochornado y arrepentido ante sus padres, como el idiota que era, y reconocer su imprudencia en voz alta fue un trago muy amargo.

Doris y Charles no se mostraron desesperados, tampoco manifestaron enfado, si es que lo sentían. Se limitaron a escuchar sin interrumpir todo lo que tenía que decirles. Su padre no extrajo el telegrama del bolsillo hasta que Ray no hubo dicho la última palabra.

Se lo plantó delante y Ray lo leyó. Dos veces. Tres. Se repitió mentalmente el escueto mensaje para asimilarlo. Cuatro líneas que explicaban la calma que mostraban sus padres. Una serenidad no exenta de tristeza, sus rostros eran elocuentes.

—Ya lo sabíais —dedujo.

—Nos hemos enterado esta misma mañana. En cuanto he leído el telegrama, no me ha costado deducir qué había sucedido.

Si la vergüenza era un sentimiento insufrible, la cólera que empezaba a reconcomerlo no se quedaba a la zaga. No podía apartar la vista de aquel papel. Helen McKerrigan-Montero, otra vez ella. Siempre un paso por delante, demostrando que era ella quien sostenía el mango del látigo, o lo que era lo mismo, que su fortuna podía comprar voluntades, propiedades e incluso la reputación de un hombre.

—No pienso ir —declaró apartando el telegrama con desprecio.

Charles Donnelly lo deslizó sobre la mesa y volvió a colocárselo delante.

—Vendrás —ordenó.

Ray lo encaró con una mirada dura.

—¿Qué quiere demostrar? ¿Que es la dueña de todo esto? ¿Que su dinero le otorga el poder de comprar a cualquiera y de jugar con nosotros a su antojo? ¡Eso ya lo sabemos! El mensaje lo deja bien claro.

—Me cuesta creer que los mandos de la policía de Nueva York valoren tanto tu inteligencia.

—Charles... —lo frenó su mujer, poniéndole la mano sobre la muñeca.

Gesto de Doris que de poco sirvió, porque su esposo continuó con lo que tenía que decir.

—¿De verdad crees que Helen sería capaz de quitarnos por despecho o por capricho el trabajo de toda una vida?

—¿Para que nos requiere con un abogado de por medio, si no?

—No vamos a discutir cuáles son las pretensiones de Helen que, dicho sea de paso, dudo que tengan mala intención. Y como nos cita a ti, a tu madre y a mí, iremos los tres —puntualizó—. Supongo que tú viajarás desde Nueva York. Nosotros tomaremos el expreso en Chatham, espero que demuestres tu hombría y aparezcas por ese despacho.

—Papá, esto no es más que una absurda treta para dejarme en ridículo. La granja es... Era tuya —rectificó con pesar—. ¿Qué pinto yo en esa reunión?

—Helen te ha citado de Boston, ¿no? Alguna razón habrá. Déjate de excusas y no digas que no te lo advertí.

—Hijo, ¿cómo se te ocurrió recurrir a un prestamista? —preguntó su madre, pesarosa.

Ray apoyó los antebrazos en la mesa, con gesto de derrota. Solo levantó la cabeza al oír de nuevo a su padre.

—Lo hecho, hecho está. Esto es lo que pasa por no pensar con la cabeza fría. Tomaste una decisión equivocada, ahora te toca cargar con ello.

* * *

Sentado frente al escritorio del letrado John R. Murphy, Ray tenía la sensación de que se hallaban reunidos para la lectura de un testamento. Y el escenario no tenía la culpa. No había nada lúgubre en aquel despacho, incluso con las ventanas cerradas se escuchaba el trajín de la calle y se respiraba una agradable mezcla de tabaco de pipa y cera para muebles.

Ray conocía bien a sus padres y los veía serios, pero tranquilos. Él no lo estaba, los remordimientos eran la causa de su desazón. Y no lo alteraba la presencia de Helen sentada tres sillas más allá. No lo ponía nervioso tenerla tan cerca después de tanto tiempo de ausencia. Aunque por otra parte, no era plato de buen gusto que lo ignorara como si fuera un fantasma. Ni una mirada de refilón se había dignado a concederle. Pero eso era algo que no estaba en su mano evitar y la ocasión no se prestaba para charlas privadas.

Cuando el abogado comenzó con la explicación, Ray y sus padres prestaron máxima atención para que no se les escapara ningún dato importante de aquella perorata rebosante de palabrería legal. Una vez concluyó, tuvieron que reconocer que John R. Murphy era un hombre detallista, puesto que se molestó en repetir todo lo que había dicho pero empleando un lenguaje llano y comprensible. Fue entonces cuando los Donnelly supieron para qué los habían convocado. Helen McKerrigan-Montero los había hecho acudir para que aceptaran una donación. Les regalaba la casa y las tierras sin exigir ningún tipo de prestación a cambio, ni económica ni material.

A Ray se le escapó una lágrima de alivio al escuchar que todo cuanto poseían

volvía a manos de su padre. Y no se avergonzó de que todos los allí presentes lo vieran secársela con el dorso de la mano.

—Ahora solo queda proceder a la firma —concluyó su explicación, abriendo la carpetilla que tenía delante—. Este documento formaliza la donación por parte de la señora McKerrigan de todos los bienes que se detallan a favor de Oliver Donnelly. Y está la cláusula adicional...

—¿Cómo ha dicho? —interrumpió Ray.

Sus padres no intervinieron, intercambiaron una sonrisa y se cogieron de la mano. Doris también cogió la mano de Helen y le dio las gracias con un apretón. Ella la miró, sonrió con tristeza, y con un cabeceo silencioso le pidió que no se las diera.

El letrado Murphy se dirigió a Ray para responder a sus dudas.

—Como he dicho, con la firma de estos documentos se acepta la donación en nombre de Oliver Donnelly, que es menor de edad. Si es que están ustedes de acuerdo, claro está. Si les sirve mi opinión, yo lo estaría.

—Yo soy su padre y sí, acepto en su nombre —declaró.

Solo importaba que las tierras y la casa volvieran a la familia. Por respeto y justicia, habría deseado que fuera su padre el destinatario de la generosidad de Helen. Pero no podía exigirle nada, que todo estuviera a nombre del niño era un mal menor.

—Perfecto. Como padre y representante legal, se requiere su firma. Y también la de don Charles Donnelly, en virtud de la cláusula que antes he mencionado. Y dicha disposición establece, como única condición, que será él, el mencionado Charles Donnelly —recalcó, mirando a este—, su abuelo, si no me equivoco, el encargado de administrar todos los bienes del joven Oliver Donnelly hasta que este alcance su mayoría de edad.

Ray se inclinó para verle la cara a Helen.

—¿A qué viene esto, Helen?

—Disculpe... —intervino el abogado, para aplacar el tono inquisitivo y brusco de Ray.

Ella hizo un leve gesto con la mano para que John Murphy la dejara responder.

—Es la única manera que se me ocurre de proteger los intereses de Oliver. Así, ninguna decisión tomada a la ligera ni ningún arrebató estúpido volverán a poner en peligro todo aquello que debe ser suyo por derecho.

Ray no volvió a hablar. Con el paso de los años, Oliver habría acabado heredándolo todo. Helen simplemente se acababa de saltar de un plumazo una generación. Era muy generosa, y se lo agradecería de por vida, pero también muy sutil a la hora de desairarlo. Su hijo sería el dueño y el abuelo su albacea. Y él... Él no era nadie, un eslabón sobrante en la cadena familiar.

El abogado cogió la pluma estilográfica y la hizo rodar entre dos dedos.

—Así pues, si todos, tanto la donadora como el representante y el albacea del beneficiario, están de acuerdo...

* * *

El matrimonio Donnelly tuvo la delicadeza de despedirse del letrado y abandonar el despacho en primer lugar. Ray se rezagó adrede, para poder hablar con Helen, ya que fue la última en salir. La esperó en la antesala y, por fortuna, Murphy era un hombre intuitivo. Puede que fuese su experiencia en la abogacía, la cuestión es que pretextó una tarea ineludible y llamó a su secretaria al despacho, para dejarlos solos durante unos minutos antes de que la chica volviera para acompañarlos hasta la puerta.

—Supongo que esperas que te dé las gracias.

—No tienes que dárme las, Ray.

Él se metió las manos en los bolsillos, bastante incómodo. Helen estaba increíblemente guapa, incluso con aquella cara de circunstancias poco gratas.

—Sería un canalla si no te las diera. En nombre de mi familia y en el mío, desde luego. Siempre te estaré agradecido por lo que acabas de hacer.

Helen se miró las manos, como si meditara lo que iba a decir, antes de alzar el rostro y encararlo de frente.

—Cuando he dicho que no debes dárme las, no era una frase manida. Tú has pagado aquella deuda. Yo la compré con el dinero que me enviaste —confesó adivinando el porqué de sus ojos dudosos—. Sí, antes de que lo digas, tuve que pagar unos intereses de escándalo, pero tampoco me supondrán la ruina.

—No era poca cosa. Lo sé bien, como puedes suponer.

—Mi primo Greg le apretó las tuercas a ese usurero, es muy hábil a la hora de negociar. No fue más de lo que me habría costado encargarse a París un vestido de Lanvín, de Patou o de Cocó Chanel. Capricho que no me he dado nunca, todo hay que decirlo. Eso se lo dejo a las periquitas de la alta sociedad. Yo prefiero gastar el dinero con sentido común, es la única manera de que nunca falte.

—Entonces, tu intención era darme un escarmiento.

—Sí.

—Gracias, pues. Y también por la lección de economía.

Ella le lanzó una mirada dura.

—Pues aquí tienes otra lección: hay momentos en que la ironía sobra.

Hizo ademán de marcharse, pero Ray la retuvo cogiéndola por la muñeca. Helen, esa vez, no peleó. Se dio la vuelta, dispuesta a escuchar. Sin soltarla, Ray acarició la pulserita de perlas que ella llevaba puesta.

—¿No has pensado que algún día puedo tener más hijos? Les estás quitando su herencia.

En vez de ofenderse, Helen arrugó la frente, preocupada.

—Nunca se me pasó por la cabeza esa posibilidad, la verdad. Ya sabes que yo no...

Ray deseó atraerla y borrar con un abrazo la desolación que vio en su mirada.

Tuvo que tragar saliva, Helen acababa de reconocer que no podía imaginarlo con otra. Solo una gran mujer era capaz de sincerar sus sentimientos ante un hombre con tanta franqueza.

—Da igual, es a Oliver a quien conozco —concluyó—. A esos otros hijos, si llega el día, encárgate tú de pedirles disculpas en mi nombre.

—No me quedaré tranquilo si no te digo lo que siento. Siempre te estaré agradecido, eso ya lo sabes. Pero no era necesario que me humillaras delante de mis padres.

Helen le acarició la sien con el dedo y recorrió el rastro invisible de la única lágrima que le había visto derramar.

—No he querido hacerte de menos, te lo prometo. Pero eres muy orgulloso, Ray. En lo que se refiere al dinero te equivocas. Y el orgullo no es algo malo, es un sentimiento noble. Salvo cuando se transforma en soberbia. Entonces no vemos con claridad y nos equivocamos. Lo sé porque a mí me ha pasado más de una vez y no sabes cómo lo lamento —se sinceró; demorando el momento de apartar la mano de su mejilla—. Oliver es un niño maravilloso. Sé que ahora ve mucho mejor, pero los dos sabemos que puede tener más dificultades en la vida que la mayoría. La granja de tu familia siempre será su resguardo para que pueda vivir sin estrecheces. Te conozco Ray, conozco tu genio y no quiero que una decisión tuya vuelva a hacer peligrar su futuro.

La secretaria y el abogado Murphy regresaron, para tener la cortesía de despedirlos en persona. Y la chica los acompañó hasta la salida y abrirles la puerta.

Ya en la calle, vieron a Charles que salía de la cafetería en la acera de enfrente y cruzaba la calzada sorteando los coches.

—Tu madre quería un té, ve con ella —pidió.

Ray no hizo preguntas, lo correcto habría sido invitar a Helen. Intuyó que ella habría declinado la invitación, no estaba el ánimo para fiestas.

—Adiós, Helen.

—Adiós, Ray. Despídeme de Doris y que tengáis buen viaje de regreso.

Ya estaba todo dicho. Ray bajó de la acera y cruzó sin mirar atrás.

Su padre lo vio marchar y, cuando Ray abría la puerta de la cafetería, se giró hacia Helen.

—No soy capaz de reunir las palabras para agradecer tanta generosidad.

—Mejor no lo haga, o me enfadaré.

—Oliver te quiere con locura, está deseando verte.

Helen bajó la vista, cuando lo miró de nuevo tenía los ojos húmedos.

—Yo tampoco me olvido de él —murmuró.

—Eso él ya lo sabe. Las cajas de *dónuts* nunca dejan de llegar. Puntuales, cada dos semanas.

Ese recuerdo la hizo sonreír. El envío quincenal ya se había convertido en una tarea fija para Richard, el repostero del hotel Taormina en ausencia de Laura. Incluso

ella se acercaba al hotel alguna mañana para ayudarlo. A ellos, acostumbrados a la perfección sibarita, les resultaba divertido y relajante preparar aquel encargo infantil que requería más imaginación que exquisitez.

—Has hecho mucho por mi nieto —recordó—. Costear su operación, sin ir más lejos.

—¿Para qué querría el dinero si no sirviera para hacer felices a las personas que me importan?

—Pero regalarle la granja...

Helen tomó la mano de Charles y lo miró suplicante.

—Por favor, Oliver no debe saberlo. No hasta que sea mayor y tenga capacidad para entender. No permita que deje de admirar a su padre, que nunca deje de pensar en él como un héroe. Tiene que crecer con la ilusión de convertirse en un hombre como Ray.

Charles levantó la mano que Helen tenía cogida y besó la de ella.

—Eres un ángel.

Helen sonrió recordando ciertas palabras de Ray.

—Nada de eso. Solo soy una chica con estilo.

Si de algo presumía Helen McKerrigan era de ser una mujer valiente. Después de mucho meditar reconoció que Ray se había equivocado, pero ella también. Actuar a sus espaldas, no una vez, sino dos, fue un derroche de soberbia inadmisibles. No, no estaba bien. Debió recapacitar antes de acusar a Ray precisamente de eso.

Armada de valor se presentó, quince días después de la reunión en el despacho del abogado, en el 118 de la calle Clinton. Entró en la comisaría y pidió al sargento de guardia que tuviera la amabilidad de anunciar su llegada al comisario Donnelly, con el ruego de que le concediera unos minutos de su tiempo.

Esperó en el vestíbulo, con las manos tensas aferradas al bolsito de mano, hasta que un agente bajó con la respuesta. No fue un trago agradable escuchar de boca del sargento que el comisario no podría recibirla. Ante tamaño desplante, resultaba una estupidez sentarse a esperar, disimulando no darse cuenta de las miradas curiosas de los agentes y haciendo oídos sordos a sus cuchicheos. Así pues, se despidió con dignidad y salió a la calle.

Una hora y media tuvo que esperar de plantón en la acera hasta que vio salir a Ray por la puerta de la comisaría. Lo abordó al pie de las escaleras.

—Ray, tengo que hablar contigo.

—Yo no —aseveró, esquivándola—. Si no recuerdo mal, ya nos lo dijimos todo.

—He meditado sobre lo que hice. Sé que no obré bien, debí consultarte antes de hablar con los doctores del hospital.

—Un poco tarde para darte cuenta.

—Entiendo lo que sientes. Te defraudé y por eso nunca volverás a confiar en mí, ¿verdad?

—Helen, te di las gracias por lo que hiciste. Siempre tendrás en mí a un hombre agradecido, pero en dos ocasiones muy importantes has obviado mi opinión. Cuando pagaste los gastos médicos de Oliver y cuando compraste la deuda que contraí con el prestamista. Quisiste hacerme un favor, gracias pues. Quisiste darme un escarmiento, de acuerdo, lección aprendida. Pero ocultar es lo contrario de compartir, qué lástima que no lo sepas.

—Sí lo sé.

—Entonces sabrás también que así no marchan las cosas si un hombre y una mujer se comprometen a compartir su vida.

—Yo te amo, Ray.

—Y yo a ti, Helen. Pero el amor no es una medicina que todo lo cura ni una goma de borrar. No funcionaría jamás. Vive tu vida y deja que yo viva la mía, es lo mejor para los dos.

Ray cruzó la calle. Plantada en la acera, lo vio alejarse calle abajo. Había actuado a sus espaldas en dos ocasiones en que el protagonista fue el dichoso dinero. Ella poseía rentas y dividendos y él solo su salario, su actitud bienintencionada para él

significaba una doble muestra de prepotencia. Lo había humillado y jamás volvería a confiar en ella. Esa certeza la hacía sentirse terriblemente hundida.

* * *

Apreciada señorita Helen,

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Yo también lo estoy, G. A. D., que quiere decir «Gracias a Dios».

Te escribo porque tengo una noticia importante. Desde que me operaron y llevo las gafas nuevas, cada día veo las letras más claras. Por eso ahora soy escritor.

La abuelita Ada Mae me encargó un trabajo, le escribo una carta a la semana porque a ella le tiembla la mano. Ella me dicta las cosas que quiere decirle al señor Cooper, luego la meto en un sobre y la llevo a la oficina de Correos para que la envíen a Catskill. A la semana siguiente, vuelvo a ir a la oficina de Correos a recoger la respuesta del señor Cooper, la llevo a la cabaña y la abuela me da medio dólar. Ya tengo tantas monedas que el tarro de jalea se me quedó pequeño. Mi abuelo Charles me dio otro más grande. Fue muy amable comiéndose todos los melocotones en conserva para que yo pudiera usarlo para guardar mis ahorros. Cuando tenga una fortuna compraré un billete de tren y te lo enviaré para que vengas a vernos. Todos los días pido que vuelvas a la granja.

Las calabazas del huerto están ya enormes, tengo ganas de que el abuelo las coja, en la escuela vamos a vaciarlas y luego les pondremos una vela. Pero la maestra dice que debemos esperar hasta la víspera de Halloween.

Nipper se escapó, estuvo perdido dos días hasta que volvió a la granja. Ayer vino el señor Smith muy enfadado diciendo que, por su culpa, su perra va a tener perritos. Betty también. Quiero decir que espera un bebé, creo que por culpa de Joss. Pero tendremos que esperar hasta la próxima primavera.

Te echo de menos todos los días. En casa hay sitio y comida de sobra para ti también. ¿Cuándo volverás?

*Un afectuoso saludo de,
Oliver Donnelly*

Helen acarició la caligrafía infantil. Sollozando, se secó las mejillas con un pañuelito de gasa que guardó en el escote. Introdujo la carta en el secreter y respiró hondo. Hacía un momento la doncella le había dado el recado traído por un botones del hotel. Anette acababa de dar a luz a una sana y hermosa niña. Era hora de marchar hacia la casa de su padre a conocer a la benjamina de la familia.

* * *

Y mientras las lágrimas de Helen emborronaban las palabras escritas en lápiz por un niño que le ofrecía su amor limpio e inocente, a muchas millas de Boston, Ray Donnelly se consumía de mal humor y desazón.

Había vuelto a Germantown. Desde que Oliver salió del hospital, visitaba la granja con más frecuencia, al menos cada dos fines de semana si su trabajo se lo permitía. Para ello, había aprendido a delegar tareas en los agentes y oficiales de su comisaría. No le importaba pasar las noches de los domingos en vela a fuerza de beber un café detrás de otro, redactando informes y repasando las investigaciones abiertas, en la soledad de su despacho. Aquellas vigiliadas eran compensadas por la satisfacción que le aportaba sentirse cada día más cerca de su hijo. El niño crecía y él quería acompañarlo en el ignoto, apasionante e inexorable camino que lo llevaría a convertirse en un hombre.

Pero el cambio en las tonalidades del paisaje, la caída de las hojas y la placidez con que se sucedían los días del otoño en aquel rincón del condado de Columbia no se reflejaba en el estado de ánimo del comisario Donnelly. La turbulencia con que se sacudían sus pensamientos amenazaba con volverlo loco. Se había jurado que la olvidaría, aquella mujer no tenía cabida ni en su vida ni en sus recuerdos. Pero sus esfuerzos por olvidar a la viuda McKerrigan estaban resultando un bochornoso fracaso. Cada vez que veía a su hijo, cada día más inquieto y juguetón como cualquier niño de su edad, recordaba que fue Helen quien insistió en que debía acostumbrarse a llevar puestas las gafas. Ray no podía olvidar que fue ella quien propició aquella bendita intervención que había devuelto la alegría a su hijo, a pesar de lo ocurrido y de las decepciones que por culpa suya cargaba en la conciencia. Tampoco se perdonaba no haber sido lo bastante sagaz para darse cuenta, precisamente él que había hecho de la intuición su mejor herramienta como policía. No fue él, su propio padre, sino Helen quien supo ver desde el primer día las posibilidades de Oliver. Cuando conoció al niño, fue tan osada como para vislumbrar al hombre que podía llegar a ser y, con las armas del cariño, la astucia femenina y, por qué no reconocerlo, el dinero también, le proporcionó el valor para que emprendiera su propio camino en la vida. Los dólares y el amor de Helen McKerrigan le dieron a Oliver la posibilidad de volar solo, sin que nadie debiera guiarlo eternamente de la mano. Fue Helen quien le contagió su carácter animoso para enfrentarse a cualquier reto, para pelar un canasto de patatas, correr sin miedo a tropezar o para liarse a guantazos. Ella le regaló la granja y también la libertad.

En todo ello pensaba mientras contemplaba a su hijo a través de la ventana de la cocina. En ese momento, su abuelo lo ayudaba a montar la vieja yegua mansa.

—¿Qué preocupaciones has traído contigo esta vez? —le preguntó su madre que, sentada a la mesa, cosía los botones de la bragueta de un pantalón.

—¿Por qué crees que algo me preocupa?

—Vives solo en la ciudad. Siempre has sido un hombre solitario, Raymond, pero últimamente me parece que no estás contento. Tu problema es que no puedes

olvidarla, ¿me equivoco?

Ray le echó una mirada breve y dejó caer la cortina. Su madre no iba a cambiar, llevaba la vida entera recordándole en voz alta sus cavilaciones.

—Gracias por recordármelo, pero mi conciencia no se ha quedado muda de repente —confesó con franqueza—. No es la soledad lo que me está volviendo loco, es su ausencia lo que no soporto.

—¿Y no piensas hacer nada para solucionarlo?

—Déjalo ya, mamá —exigió—. Ni Helen encaja en mi vida ni yo encajo en la suya.

Sin apartar la vista de la costura, rio entre dientes.

—Al final va a tener razón Helen. Recuerdo el día que te llamó «el rey de las excusas».

Ray agradeció la interrupción del sonido chirriante de una bocina. Los tres toques anunciaban la llegada del lechero. Se asomó a la puerta y observó que el camión doblaba la curva. Hizo visera con la mano, podía distinguir a un acompañante en el asiento contiguo al del conductor. No sospechaba que el forastero trajeado que veía acodado en la ventanilla derecha llegaba para ofrecerle una posible solución a los problemas que le quitaban la alegría y el sueño.

* * *

Nadie en la granja Donnelly esperaba que Marcus McKerrigan-Montero apareciese por allí sin avisar. En lugar de bajar al patio a recibirlo, desoyendo los reproches de su madre, Ray se limitó a observarlo desde el porche, con las manos en los bolsillos, mientras este bajaba del camión y daba las gracias al lechero. Mientras Doris recogía el cestillo con las botellas de leche y daba la propina de costumbre, los dos hombres se dieron un apretón de manos.

Rato después, conversaban a solas en la cocina ante sendas tazas de café.

—Si ha venido hasta aquí para convencerme, imagino que se trata de una propuesta en firme.

—Lo es —corroboró Marcus McKerrigan—. De manera oficiosa, pero digamos que he venido a transmitírsela en nombre del alcalde.

Ray estudió su expresión. Por Kenneht y por Helen sabía que los McKerrigan eran tolerados, más que aceptados, en los círculos influyentes de la sociedad bostoniana. El que tenía delante no era un hombre poderoso. El hecho de que el nuevo alcalde confiara en él significaba que las cosas empezaban a cambiar en Boston. Y en su opinión, que conocía las rigidez de las leyes no escritas, el cambio sería para bien.

—¿Por qué han pensado en mí para un cargo de tal responsabilidad? Solo soy un policía corriente.

—Deje a un lado la modestia, comisario. Los dos sabemos que eso no es verdad.

Me pidieron mi opinión y di mi parecer. Le pedí que protegiera a mi hija y ha cumplido con su palabra.

—No lo hice por usted. Yo podría haber encargado ese cometido a cualquier detective de Nueva York. Ni siquiera lo hice por ella, al principio.

Ray comprobó que ese matiz iluminó la mirada de su interlocutor con una chispa de comprensión.

—Deferencia que le agradeceré siempre.

—Si me encargué en persona de la seguridad de su hija, fue en agradecimiento a un amigo —explicó.

—No sabía...

—Kenneth Callahan me salvó la vida y le estaré agradecido por ello hasta el día que me muera. Fue en el frente de Nancy, en mayo del diecisiete. Kenneth conducía una ambulancia.

—Lo sé —afirmó, interrumpiendo el relato de Ray.

Él continuó narrándole que fue movilizado hasta Europa con la 1.^a Compañía, como piloto de una de las veinte mil motocicletas Harley-Davidson que desplazó hasta el frente de Europa el ejército estadounidense.

—Mi labor siempre estuvo en la retaguardia. Ese día, recibí el encargo de llevar un despacho al puesto de la comandancia. Opté por salir detrás de la ambulancia, usándola como resguardo. En cuanto nos separamos en una bifurcación, empezaron los disparos. No esperábamos encontrar alemanes ocultos en el bosque, eran dos, aún hoy me pregunto qué hacían allí. Cuando empezaron a dispararme, no podía parar para contraatacar; siendo blanco seguro, me habrían matado en el acto. Fue Kenneth quien me cubrió la retaguardia; solo llevaba una pistola pero acabó con los dos —narró, ante la atenta mirada del hombre que tenía frente a él—. No sé si sabe lo que pesa en la conciencia la muerte de un hombre. Yo llevo unas cuantas muertes a la espalda, forma parte de mi trabajo y ninguna de ellas me remuerde porque sé que acabé con la vida de escoria, asesinos que no merecían seguir sobre la faz de la tierra.

—Entiendo.

—Solo lo comprende quien se ha visto en esa tesitura —contradijo—. A cambio de salvar mi vida su yerno recibió una medalla, pero tendrá que vivir recordando que mató a dos semejantes, tan inocentes y asustados como nosotros.

Marcus guardó silencio. Kenneth rara vez hablaba de los horrores que vivió durante la Gran Guerra. El episodio que acababa de escuchar era un duelo que su yerno se guardaba para sí. Siempre había admirado al marido de Laura por su lealtad hacia los suyos y los hechos que acababa de conocer, sobre los que él jamás había presumido, corroboraban que no erraba al tenerlo en tal alta estima.

—Esa fidelidad suya hacia mi yerno me convence más, si cabe, de que es usted el hombre idóneo para dirigir la policía de Boston. Además de su hoja de servicios intachable y sus muchos logros al frente de una de las comisarías más conflictivas de Manhattan. Sé de buena mano que los delitos en el Lower East Side han disminuido a

la mitad desde que usted llegó a la Séptima.

—Está bien informado —reconoció, elevando una comisura de la boca.

—Ya sabe que tengo negocios en Nueva York —puntualizó—. Y conocidos con amigos en la policía.

Ray esbozó una leve sonrisa al adivinar que estaba hablando de su consuegro y padre de Kenneth, irlandés como él y bien relacionado desde su juventud con los mandos del cuerpo.

—No conozco Boston —objetó.

—Esa es una ventaja que puntúa a su favor. Desde la huelga de hace dos años, solo queremos paz. Un experto imparcial, porque viene de fuera, es justo lo que el alcalde quiere. E irlandés; al frente de la policía quiere a uno de los suyos.

No fue preciso que le explicara más, la tristemente famosa huelga policial había enardecido los ánimos, tanto de los agentes como de los políticos. Y en el fondo todos sabían que, tras las reivindicaciones salariales, se escondía una lucha entre católicos y protestantes. Boston era conocida como la ciudad de los irlandeses, una mayoría relegada a un segundo plano desde hacía lustros a favor del poder de la clase política protestante. Incluso Joseph Kennedy, el heredero más rico e influyente de la ciudad, había sido rechazado, durante su época de estudiante, por todas las hermandades de Harvard, que nunca aceptaron su ingreso como miembro en ninguna de ellas.

Los cuerpos de seguridad, igual que los bomberos, eran feudo tradicional irlandés. Lo mismo ocurría en Nueva York. Ray sabía que los policías huelguistas fueron apartados del cuerpo sin posibilidad de reingreso; el rencor permanecía latente dos años después. Pero ahora el gobernador Coolidge, ganador de aquella batalla, era vicepresidente en Washington y Curley, el nuevo alcalde de Boston, era hijo de irlandeses. Había nacido en Roxbury, el barrio de los inmigrantes de la vieja patria y era sensato pensar que prefiriese poner al mando de su policía a uno de los suyos.

—Otra ventaja que ve el alcalde en usted es que cuenta con experiencia con las mujeres.

—No crea, mi experiencia en ese campo es bastante nefasta.

Marcus sonrió con ironía.

—Mujeres policía, quiero decir. No sé si sabe que acaba de ingresar la primera mujer en las filas.

—Lo leí en el periódico.

Recordaba la noticia por lo inusual. Se trataba de la hija de un criador de pura sangres que había logrado la hazaña de convertirse en la primera agente de policía a caballo de Boston. Una excelente amazona, que había demostrado con creces su valía durante ocho años como miembro de la unidad montada de Westfolk. Para Ray no era tanta la novedad, ya que la policía de Nueva York contaba con una comisaría de la mujer, cuya tropa era exclusivamente femenina. Incluso la señorita Isabella Goodwin había ascendido a inspectora hacía unos meses.

—Trabajan bien, se lo digo por experiencia. Cuando la víctima es una mujer, su labor es de gran ayuda.

—Pero todos los policías no piensan como usted ni poseen una mentalidad tan, ¿cómo decirlo?, moderna. Su experiencia trabajando con mujeres uniformadas y su punto de vista son una baza a favor.

—Pensaré en ello. No sé si ese cambio me conviene.

—Pocos hombres rechazarían el cargo de lugarteniente de la Policía de la capital del estado de Massachusetts, el sueldo es muy superior al de un comisario de Nueva York.

—El dinero no me interesa tanto.

Debió haberse callado, porque la mirada irónica de Marcus McKerrigan lo hizo sonrojar. Era evidente que estaba al tanto de sus desavenencias con Helen por culpa de ese maldito particular.

—Le seré franco, Donnelly. No quiero ver sufrir a mi hija.

Ray tensó los dedos de ambas manos alrededor de su taza de café. No hacía falta que fuera tan explícito, ya había entendido que el motivo de su presencia en la granja y la propuesta que le traía en bandeja de plata tenían que ver con la dueña de sus pensamientos.

—Helen tiene un problema y es que es una mujer muy impulsiva —continuó Marcus—. Hace dos años se obcecó en una idea y en no consultar con nadie —Ray clavó la vista en la taza de café; eso mismo que había hecho Helen con él—. A punto estuvo de malograr la felicidad de su hermana. Menos mal que Laura es distinta a ella y siempre ha tenido muy claro cuál es el camino de la felicidad.

—No sabía nada de eso, no me lo contó.

—Lo imagino. Aquella decisión errónea es una vergüenza con la que carga todavía. No me gusta hablar de ello porque todo pasó, pero con su imprudencia, mi hija puso en peligro el negocio de los Taviani, e incluso la vida de su primo. Por fortuna, todo se resolvió con final feliz —recordó pesaroso.

—De los errores a veces salen cosas buenas. Equivocada o no, Helen ha cambiado la vida de mi hijo, en todos los sentidos. Sería un desagradecido si no reconociera la pura verdad.

Marcus McKerrigan alzó las cejas.

—No tenga usted hijas, Donnelly. Dan muchos problemas. En cambio, Greg, mi sobrino al que considero tan hijo mío como a Laura y a Helen, es como yo. Somos más simples, no nos complicamos tanto la vida.

Ray levantó la vista y habló con el corazón.

—Sus hijas se equivocarán mil veces y, a pesar de sus errores, nunca dejará de quererlas.

—Usted también es padre, ya sabe lo que se siente.

Ray se mordió los labios antes de formular la pregunta que le quemaba en la boca.

—¿Cómo está Helen?

Trató de disimular el dolor que él mismo notó en su tono de voz; hacía más de dos meses que no sabía nada de ella.

—Triste y callada.

Ray dio un trago de café.

—Me cuesta creerlo. Helen no calla ni amordazada.

En lugar de replicar, Marcus prefirió que las dos palabras con las que había definido segundos antes el estado de ánimo de su hija calaran hondo e hicieran pensar al comisario. De pasada, observó la cocina donde lo habían recibido.

—Es una lástima que el pequeño Oliver esté en la escuela a estas horas. Tenía ganas de conocerlo. Cuando está más animada, Helen lo menciona a menudo.

—¿Y a mí me nombra?

Marcus lo miró a los ojos antes de disparar a quemarropa.

—Nunca.

Ray tableteó con los dedos sobre la mesa. Eso podía ser muy bueno, si es que Helen pensaba en él. O muy malo, en el caso de que odiara hacerlo y, a fuerza de silenciar su nombre, quisiera sepultarlo en el abismo negro de los recuerdos nefastos.

Ray no dormía bien últimamente y aquella noche no fue una excepción. Llevaba varias horas en vela, meditando su decisión. Había decidido aceptar por una razón fundamental: estaba seguro de poder desempeñar el cargo de director con la eficiencia que se esperaba de él. Y por Helen también, si es que aún estaba a tiempo de arreglar las cosas entre ambos. Su amor propio le impidió ir a Boston y hablar con ella antes de cambiar de ciudad, de trabajo y de vida. Pero a veces, en la soledad de la cama, una especie de demonio interior le susurraba al oído que tal vez ella ya había encontrado a otro hombre. Uno mejor que él, quizá. Y se revolvía hasta dejar las sábanas hechas un gurrño solo de imaginar su futura existencia en Boston, viéndola por la calle del brazo de otro.

A la mañana siguiente, mientras se afeitaba, se observó en el espejo. Sus ojeras daban más miedo que las de un moribundo.

Fue en metro hasta el 240 de la calle Centre. Ya había presentado su renuncia por escrito, pero quería despedirse en persona del director Enright.

—¿Cómo me hace esto, Donnelly? —le espetó desde su escritorio, en cuanto puso un pie en su despacho.

—Hay razones personales, no solo pienso en mi carrera profesional.

Richard Edward Enright, por lo general era un hombre tranquilo, pero ese día estaba de muy mal talante. No había encajado con entusiasmo su decisión de abandonar el cuerpo.

—Me lo temía. Cuando un hombre pierde la cabeza, siempre hay una mujer.

—Yo todavía conservo la mía sobre los hombros —comentó con un humor que, de estar aún bajo sus órdenes, no se habría permitido—. De momento aún no he tenido que recurrir para encontrarla a una varita de zahorí.

Enright exhibió una sonrisa muy parecida a la que Ray había visto en la cara de cierto asesino en serie al que tuvo la suerte y desgracia de atrapar.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no se viene la chica a Nueva York y todos contentos?

—No quiero obligarla a cambiar de vida. Además, de quedarme, yo seguiría con los galones de comisario y en Boston seré... Usted —matizó señalando con la mirada la placa en la librería, detrás de Enright, que lo acreditaba como jefe máximo.

—Si el día que ese escocés de Massachussets se sentó en esa misma silla, exigiéndome que protegiéramos a su hija —dijo señalándolo con el dedo—, yo llego a saber que estas serían las consecuencias, lo habría echado de mi despacho de una patada en el trasero.

—No olvide que, gracias a él, el cuerpo dispone de un gimnasio.

El director lo miró de soslayo. Abrió un cajón, sacó un hueso de sepia y se levantó del sillón. Ray lo vio ir hasta la jaula del canario que reposaba en el poyete del ventanal.

—¿Es esa razón suficiente para que yo tenga que prescindir de uno de mis

mejores comisarios? —farfulló indignado.

—McKerrigan vive en Boston pero sería injusto no considerarlo ciudadano de Nueva York, puesto que es dueño de un hotel en Manhattan —agregó; se abstuvo de recordar a Enright que cuando iba al restaurante del Dream, nunca permitían que abonara la cuenta.

—Cierto —aceptó mientras metía el hueso de sepia entre dos barrotes de la jaula para que el canario se afilara el pico.

Ray guardó silencio mientras el hombre que velaba por la seguridad de la capital del mundo se entretenía susurrándole monerías a su bichejo cantarín. No cuadraba con su imagen. Enright era un hombre que impresionaba con su traje de tres piezas en verano e invierno y la cadena de oro del reloj colgando del chaleco. Y, cuando quería, sabía dar miedo con su mirada feroz. A juicio de Ray, le pegaba más un perro de raza grande, tal vez un mastín o un labrador, o un caballo de pura sangre. Resultaba paradójico que el hombre que ponía firme a media ciudad con su sola presencia tuviera como mascota un pajarito.

—Jefe —lo llamó Ray; este se giró hacia él con agrado en el gesto porque todavía lo llamara así—. Imagine que el alcalde de Boston le hubiera pedido opinión. ¿Me habría recomendado para el puesto?

El director apoyó ambas manos sobre el tablero del escritorio.

—No me haga esa pregunta, Donnelly. Yo nunca miento y, si respondo, tendré que decir la verdad.

Ray sonrió agradecido, eso equivalía a un sí.

—Me gustaría pedirle un último favor, aunque sea a costa de abusar de su paciencia.

—Hasta el último minuto —ironizó con un rebufo socarrón—. Dispare, hombre, dispare.

—Le ruego que tenga en cuenta mi recomendación para el ascenso del teniente Warren, es uno de mis mejores hombres.

Enright lo repasó con una mirada larga.

—De colega a colega. Sí, leí su informe. Y sí, tendré en cuenta su recomendación. Cuento con los mejores, pero no ando sobrado de mandos. No vaya a ser que se me adelante y se lo lleve con usted a Boston.

—Gracias.

—Y ahora escúcheme con atención —pidió muy serio—. Si le sirve la opinión de un viejo zorro, ahora es usted tan novato como el día que se caló en la cabeza la gorra de plato por primera vez —agregó Enright—. Este sillón requiere toda la intuición que usted posee y mucha mano izquierda. A partir de ahora tendrá a un lado a los que mandan, o sea, a los políticos y, al otro, a la tropa. Será el jamón del sándwich, Donnelly; y su deber, tener a unos y otros contentos.

—No lo olvidaré.

—Boston es una ciudad más pequeña y más tranquila, no le costará hacerse a ella

con su experiencia en este vivero de maleantes. La reina de Nueva Inglaterra, como dicen ellos, que manda huevos lo redichos que son, también tiene lo suyo, no lo niego. Pero las calles de Nueva York son la mejor escuela. En dos años, calculo, tendrá a los malos y a los buenos comiendo de la palma de su mano. Pero si alguna vez necesita consejo o experiencia, haga el favor de llamarme o de venir a verme.

Ray se levantó y le ofreció la mano.

—Cuenta con ello.

* * *

Dos días más tarde, Raymond Donnelly se personó en Boston acompañado de su hijo Oliver. A regañadientes y por no hacerle un feo, aceptó la invitación del señor McKerrigan de alojarse en la mejor *suite* del hotel Lenox, la del sexto piso y preferida del legendario Babe Ruth, antes de que la leyenda del béisbol fichara, para disgusto de toda la ciudad, por los Yankees de Nueva York. No quiso que Helen supiera de su llegada por una importante razón. Si aceptaba volver con él, no quería que viera al niño y su cariño por Oliver fuera un incentivo que decantara su decisión. Tenía que hablar con ella a solas.

Oliver ya conocía la ciudad, pero quería que se fuera haciendo a la idea de que allí iban a vivir a partir de entonces. No se atrevió a asegurar que su nuevo hogar iba a ser la casa de Helen, porque eso estaba todavía por ver. Dependía de ella. En cuanto a la oferta de McKerrigan, tenía que reconocer que fue un acierto ya que para su hijo y también para él, que se alojaban por primera vez en un hotel, fue una experiencia muy grata. El lujo, la comodidad y unas atenciones a las que no estaban acostumbrados fue para ambos como recibir un premio.

En cuanto supo de su llegada, Kenneth acudió al Lenox. Se ofreció a llevar al niño a casa de los McKerrigan-Montero mientras él se reunía con el alcalde para formalizar su aceptación del cargo. Él, Laura y los bebés pasaban unos días con la familia, ya que el trabajo de Kenneth en la ampliación del hotel Taormina les impidió viajar a Boston para celebrar Acción de Gracias.

Una vez acabada la reunión y posterior almuerzo con el alcalde, Kenneth fue a recogerlo, conduciendo su Lincoln, y lo llevó desde el centro de la ciudad hasta el barrio de South End. Ya a las puertas del hogar familiar de los McKerrigan, y mientras Kenneth empujaba la cancela, Ray observó la belleza de las líneas de la mansión estilo Reina Ana.

—Varias veces te he escuchado hablar de este lugar como tu casa —comentó—. Pero ¿es verdad que la consideras tuya? Quiero decir, es la casa de tu mujer, no te pertenece.

—Olvidas que yo he vivido durante años en el hotel Taormina, al que considero mi casa pero es de Phillip.

—Sí, pero tú eres dueño de la tuya propia.

Kenneht no coincidía con él en ese aspecto.

—Mi mujer siente que es su casa y tampoco es suya. Esta mansión pertenece a mi suegro, pero si es la casa de mi esposa también es la mía, ¿no crees?

Ray meditó sobre ello, tal vez no fuera tan importante. Una choza o un palacio, sería su hogar si en él vivieran sus seres queridos. Tampoco era propietario de la granja Donnelly y siempre sería su casa. Ya no le parecía tan importante que Helen hubiera heredado el que fue su hogar de casada. Si ella era feliz allí, él lo sería viéndola a ella feliz; por descontado, Oliver no tendría tantos remilgos. Durante el pasado viaje, lo vio muy contento en la mansión que perteneció a los Mongabay antes que a Helen.

Kenneth iba a tocar el timbre cuando un perrillo salió de la parte trasera del jardín y trotó a recibirlos.

—¿Es tu perro? —preguntó divertido; era similar a los galgos del canódromo, pero enano y no más gordo que una serpiente.

—Ni mucho menos. Es el perro de mi mujer.

Ray alzó las cejas, mientras acariciaba al chuchó en el lomo que se deshacía en monerías con él. A Kenneth no debía caerle demasiado bien el animalillo, ya que no mantenía la misma opinión en lo tocante a la propiedad del perro y de la casa.

—Parece simpático —opinó Ray.

—Mucho —farfulló Kenneth de mala gana.

El galgo italiano elevó las patas delanteras para apoyarlas en el muslo de su nuevo amigo y como poseído por un ataque de lujuria, empezó a restregarse contra la pernera de su pantalón con eufóricas embestidas. Ray se horrorizó al verlo fornicar como si su espinilla fuera una hembra.

—Jodido bicho —farfulló sacudiendo la pierna—. ¡Quítamelo de encima!

Kenneth rio como un canalla, dio un silbido, cogió una piedra del parterre y la lanzó a lo lejos. Bob corrió tras ella como un cohete.

—Ese animal necesita montar a una hembra en celo. ¿Por qué no le buscas una perra?

—Solo me faltaba eso, la casa llena de cachorritos. En Nueva York me limito a abrirle la puerta de vez en cuando, como cabe entre los barrotes de la verja, ya se busca él solo la vida. Lo que ocurre es que aquí no está en su terreno y no conoce el vecindario.

* * *

Llamó al timbre y el primero en salir a recibirlos, de la mano de la cocinera, fue Oliver. En cuanto lo vio, el chiquillo bajó los escalones corriendo y se lanzó a sus brazos.

—¿Cómo lo estás pasando?

—Bien —dijo con la parquedad tan propia de los niños cuando tienen una

pregunta en la punta de la lengua—. Papá, ¿puedo quedarme aquí afuera jugando con el perrito flacucho?

Él le dio permiso, era un crío acostumbrado a los grandes espacios y no aguantaba demasiado rato encerrado entre cuatro paredes.

Cuando entraron en el salón, media familia estaba allí reunida. No hizo falta repetir presentaciones porque a todos los conocía.

Kenneth corrió escaleras arriba porque su mujer iba a dar de mamar a los gemelos y él se encargaba de acallar las protestas de uno mientras su hermano comía.

Marcus McKerrigan estaba sentado en el sofá, al lado de Anette. El patriarca sostenía a la pequeñina de Greg en brazos. Ray los saludó a todos y se sentó en un sillón a observar. La familia ya había almorzado. Lydia, la esposa de Marcus, le preguntó si quería que le prepararan cualquier cosa, ofrecimiento que él declinó, dándole las gracias, ya que había almorzado con el alcalde.

Era otra invitación distinta la que le esperaba esa tarde. El padre de Helen iba a llevarlos a él y a Oliver al estadio de Fenway Park. Esa tarde se jugaba un partido de la Serie Mundial, el clásico de otoño de las ligas de béisbol. Pero aún quedaba tiempo para un café. La cocinera trajo la bandeja con la cafetera y Lydia en persona sirvió las tazas.

—Qué gitanita os ha salido —comentó Marcus orgulloso, contemplando la piel de la pequeña, un tono más bronceado que el de sus primitos.

—Algo habré puesto yo de mi parte también —protestó Anette, que medio india Mohawk tenía la piel de bronce igual que Marcus y que su propio marido.

—Jenny ha sacado toda tu belleza, querida.

Greg intentó coger a su hija, pero el tío abuelo se negó a soltarla.

—Deja que disfrute de mi nieta, haz otra para ti —la pequeña abrió los ojitos y miró al hombre que la sostenía. Apretó los labios y echó aire con un ruidito que a oídos de su tío abuelo sonó a música celestial—. ¿Habéis visto? Ya quiere decir algo. ¡Cuánta inteligencia hay en esta cabecita!

Greg, incrédulo, chasqueó la lengua. Cogió una taza de café y se la bebió de pie como estaba. Dejó que su tío siguiera chocheando feliz con su pequeña en brazos. A instancias de Lydia, Marcus dejó por fin a Jenny en manos de su madre y se tomó el café.

Mientras Ray daba al suyo los últimos sorbos, se acordó de la conversación que había mantenido con Kenneth rato antes. Sabía que Marcus McKerrigan-Montero había heredado aquella casa de su primera esposa, que a su vez la heredó de sus padres. Annette vivía allí desde que se casó con Greg. Por Kenneth sabía también que este nació en un hotel y que vivía en la casa de sus tíos desde que quedó huérfano, con diez años. Todas aquellas personas unidas por el cariño eran las que convertían cuatro paredes en un lugar para vivir, y a todos ellos les daba lo mismo que fuera propio o heredado, alquilado o prestado. El hogar era la familia que tenía delante, no la mansión. En compañía de todos ellos, incluso él se sentía en casa. Lamentó su

propia obcecación. Si meses antes hubiera sido consciente de aquel sentimiento tan natural, su vida sería de otra manera. ¿Y Helen? ¿Dónde se había metido? No se atrevió a preguntar por qué no estaba en aquel salón, con todos los suyos. Necesitaba verla, su cuerpo le pedía salir corriendo a buscarla. Pero tenía que aguantarse y acompañar al padre de su chica a un partido de los Boston Red Sox.

* * *

Fueron hasta el estadio dando un paseo por la Avenida Massachusetts. A la altura del teatro Fenway, Marcus McKerrigan señaló a Ray los cartelones que anunciaban la reposición de la película *El Chico*, estrenada pocos meses atrás.

—¿Le gusta el cine?

Ray miró el cartel de soslayo y señaló a Oliver con la cabeza, que caminaba cogido de su mano, para advertirle que el niño podía oírlos.

—Me salí de la sala en cuanto empezó —respondió con aspereza.

La película contaba la historia de una chica soltera que abandona a su hijo recién nacido. Por cortesía y porque Oliver tenía oídos, no dijo más.

—A mí me gusta Chaplin —continuó McKerrigan—. Su madre era gitana, como la mía. Y eso lo convierte en el único inglés que me despierta cierta simpatía —dijo, dejando que hablara por él su vena escocesa.

Ray continuó el paseo en silencio. El padre de Helen era un maestro de la ambigüedad. Recordó el argumento de la película, no se la había señalado por casualidad. Y la apostilla que añadió sin pedírsela, corroboró su opinión.

—Yo sí vi la película hasta el final. Acaba bien.

Ray hizo una mueca. Si era su manera de darle ánimos, hubo de reconocer que el padre de su amada tenía ingenio.

Media hora después, sentados en sus butacas respectivas del estadio Fenway Park, Marcus McKerrigan continuó por la misma línea. Le explicaba tácticas de juego, pormenores y curiosidades propias de un entendido del béisbol. Todas ellas, cargadas de sutiles sobreentendidos. En ningún momento nombró a Helen, ni a él, ni a Oliver. Pero Ray aguantó, como era su deber, aquella peculiar charla paterna, puesto que para eso lo había llevado el hombre hasta allí.

El partido era el tercero de la *post* temporada de las grandes ligas de béisbol. Durante el otoño se enfrentaban los ganadores de la Liga Americana y la Liga Nacional. Ese año el ganador de la Serie Mundial se decidía entre los Medias Rojas de Boston y los Tigres de Detroit. Ray no era un experto en ese deporte como su anfitrión, pero sabía lo suficiente como para entender quién tenía más posibilidades.

—Hay que reconocer que los de Detroit tienen mejor estrategia.

—En Boston comemos tigres para desayunar.

Ray apretó la mandíbula para no sonreír.

—No le he dado las gracias por alojarnos en el Lenox —añadió, con la vista fija

en el campo de juego—. Oliver está entusiasmado.

Y miró de reojo a su hijo, que solo tenía ojos, boca y manos para al algodón de azúcar que acababa de comprarle.

—Mis hoteles son también mi casa, no tenemos problemas de espacio. Además, no tengo por costumbre permitir que ninguno de mis conocidos se deje el dinero en un hotel de la ciudad que no sea mío.

Marcus McKerrigan continuó comentando el partido e incluyendo, frase sí, frase también, alusiones veladas a su futuro con Helen.

Ray hizo atrás el puño de la camisa y miró el reloj. Ya había escuchado lo suficiente para no resultar grosero.

—Esta tarde he aprendido dos cosas importantes —comentó.

—No pretendía darle lecciones.

La cortés disculpa fue premiada con una mirada sarcástica de Ray, que prosiguió con lo que tenía que decir.

—La primera de ellas: no engrosar nunca las arcas de la competencia.

—Bien —dijo sonriendo como un zorro—. ¿Y la otra?

—A esos de Denver, ni el agua.

—Exacto —afirmó complacido.

—Pero se habría ahorrado esfuerzo y explicaciones con un simple «haz feliz a mi hija o te corto el cuello».

Al ver que McKerrigan hacía una pausa estudiada mirándolo sin pestañear, se preparó para una nueva sorpresa.

—Es una lástima que quizá ya sea tarde para hacerla feliz.

—Nunca lo es cuando se tiene toda la vida por delante.

McKerrigan sacudió la cabeza con preocupación. Ray sintió una punzada molesta, una desazón cuya razón no alcanzaba a discernir.

—¿Helen nunca le ha hablado de Cyrus? —prosiguió Marcus—. Era muy buen amigo de Benjamin.

—No —confesó Ray.

Con la mirada, podía cortar acero. Se obligó a no mover ni un músculo facial mientras el hombre que acababa de robarle la paz interior fijaba la vista en el reloj del estadio.

—A estas horas, la ceremonia ya debe haber comenzado.

—¿La ceremonia? —inquirió.

Marcus McKerrigan dio un suspiro teatral.

—La boda —matizó—. Vino a casa para que Lydia y yo viéramos el vestido. No es porque sea mi hija, pero estaba radiante con él.

Ray no necesitó oír más para levantarse de un salto. Helen había encontrado a un hombre que la hacía feliz. ¡Un cuerno! Se había resignado a marchitarse el resto de su vida al lado de un viejo conocido. En ese momento estaba dándole el sí ante Dios y ante los hombres a un tipo llamado Cyrus. Hasta el nombre sonaba estúpido. Tenía

que parar esa ceremonia. Helen se merecía una existencia plena y dichosa, le daba lo mismo que lo odiara, era preferible saberse odiado por un tiempo que olvidado para los restos. Tenía que impedir que cometiera el error mayúsculo de casarse con un tipo del que no estaba enamorada. Porque de eso estaba seguro, Helen lo amaba a él.

—¿Dónde se celebra?

—¿La boda? —preguntó con inocencia tan falsa que Ray lo maldijo mentalmente—. En Saint Clement, no está lejos de aquí —señaló vagamente con la mano hacia su derecha—. Al venir, por poco no hemos pasado por la puerta.

—Hijo, tengo que marcharme. He de resolver un asunto importante.

—¿Volverás antes del final del partido?

—No lo sé, Oliver. Tú no te muevas del lado del señor McKerrigan. ¿Le importa? —preguntó mirando a este con ojos suplicantes.

—Vaya. Y dese prisa. Puede que sea demasiado tarde —vaticinó por segunda vez, con tono agorero.

Ray no dijo ni adiós. Recorrió la fila de bancos pidiendo disculpas cada vez que pisaba un pie de algún espectador y, una vez en las escaleras, las bajó hasta la calle, raudo como espíritu que huye del diablo.

* * *

—En fin, chico, ¿te gusta el béisbol? —preguntó Marcus.

—No mucho —respondió con la franqueza propia de los siete años—. Supongo que empezará a gustarme cuando vengamos más veces. Porque volveremos al estadio, ¿verdad? Se nota que a usted sí le gusta.

Él lo observó con atención. La situación era novedosa y chocante. No estaba habituado a conversar con niños y lo que menos esperaba era tal capacidad para predecir el futuro en una personita tan joven. De todos los adultos implicados en el aprieto sentimental al que se enfrentaban Helen y el hombre que acababa de salir corriendo en su busca, el pequeño hijo del comisario parecía ser el único seguro de que los problemas de la pareja iban a resolverse con final feliz. Y estupefacto se quedó segundos después, cuando el chiquillo exhibió una sonrisa condescendiente como si supiera lo que estaba pensando.

—La señorita Helen volverá con nosotros. Yo lo sé —afirmó.

Marcus lo vio hurgar en el bolsillo de sus pantalones cortos, de donde extrajo una moneda que le mostró en la palma de la mano pringosa por culpa del algodón de azúcar. Era el dólar Morgan de plata que él mismo recibió de manos de su padre cuando tenía más o menos la misma edad que Oliver Donnelly. Miró al chiquillo y al ver sus ojos plenos de confianza en aquel amuleto, sintió que la emoción le oprimía la garganta.

—Froté el dólar de la suerte con todas mis fuerzas para que ella volviera a vivir con nosotros y mi deseo se ha cumplido. Por eso mi padre y yo estamos aquí.

—¿Puedo? —rogó; Oliver le tendió la moneda y él la encerró en el puño, como si con aquel gesto recuperara la inocencia de la niñez—. No sé si Helen te contó la historia de ese dólar.

—Me dijo que tenía el poder de conceder todos los deseos si los pido con muchas ganas.

El estadio entero se puso en pie al apuntarse los Red Sox la tercera carrera. Pero McKerrigan no secundó la algarabía por la victoria de los suyos. Nada importaba más que aquel instante en compañía del joven Oliver. El niño desconocía que acababa de hacerle un regalo increíblemente valioso, le acababa de devolver la ilusión de los siete años.

—Este dólar me lo regaló mi padre hace muchos, muchos años, porque yo era su hijo mayor, ¿sabes? —le contó devolviéndoselo—. Yo se lo regalé a Helen cuando ella tenía tu edad, porque es la mayor de mis hijas. Y ahora ella te ha regalado a ti el dólar de los deseos. Eso significa que te quiere mucho, tanto como si fueras hijo suyo.

Oliver apretó la moneda de plata como si en ella se encerrara toda la buena suerte del mundo, al escuchar su deseo cumplido.

—Pedí ver bien y se cumplió mi deseo —recordó, acercando la cara con los ojos muy abiertos detrás de las gafitas—. Por eso supe que funciona de verdad.

Marcus lo observó con ternura, cómo explicarle que no era el viejo dólar Morgan sino el amor el que obraba los milagros.

—Y eso —prosiguió— te convierte en mi nieto mayor. Tengo tres, dos varones y una niña —explicó. Incluyendo, como lo sentía su corazón, a la hija de su sobrino Greg—. Pero son todavía muy pequeños.

—Yo ya tengo uno, un abuelo quiero decir —aseveró—. Los abuelos son muy sabios.

—Chico listo —dijo esbozando una sonrisa satisfecha.

—El mío es el hombre más sabio que conozco. Pero no me importa tener dos.

—Entonces, ¿quieres que yo sea tu otro abuelo?

—Yo sí quiero.

Marcus respiró hondo, hinchando el pecho de satisfacción, y le pasó el brazo por los hombros. Miró hacia el campo de juego, ya era hora de centrarse en el desarrollo del partido. Alzó la vista hacia el marcador y mascó un juramento inaudible contra los Tigres de Detroit.

—Hijo, frota el dólar de los deseos con todas tus fuerzas. A ver si ayudamos un poco a nuestros medias rojas.

Ray frenó la carrera, gastando suela de zapato al ver la iglesia. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de su propia estupidez. Llevaba un buen rato corriendo por las calles como un desesperado para nada. ¡Como podía ser tan tonto! Empezó a examinar la situación haciendo uso de la lógica policial y del sentido común. Si Helen estuviera casándose en el templo que tenía delante, toda su familia estaría allí reunida con sus mejores vestidos de gala. Y no tan tranquilos, tomando café en el salón familiar o presenciando un partido de béisbol.

Una duda lo corroía, Helen se había confiado a él, relatándole episodios íntimos de su pasado. Entonces, ¿por qué nunca había mencionado a ese veterano, compañero de su marido si tan importante era para ella? Algo no encajaba y lo último que deseaba era quedarse con la cabeza llena de dudas. Helen era suya, del mismo modo que él se entregaba a ella, con esa clase de amor sin fin más valioso que la riqueza. El único por el que merece la pena luchar. Se sentía inmensamente afortunado, podría equivocarse miles de veces y Helen lo querría siempre. En cuanto a sus sentimientos hacia ella, le había costado, pero ahora sí sabía escuchar la verdad que le susurraba su propio corazón: por muchos errores que cometiera en la vida, nunca dejaría de amarla.

Subió al trote las escalinatas y empujó el portón. A Ray se le secó la boca al verla avanzar hacia el altar del brazo de otro. Helen estaba radiante, con un bonito vestido corto de crepé tostado, como correspondía a una novia en segundas nupcias. El órgano resonaba solemne. Ray sintió que le faltaba el aire. Se armó de valor y se plantó en medio del pasillo.

—Helen, no lo hagas.

Su voz sonó tan potente que la música de órgano cesó. Todos los invitados miraron hacia atrás y la iglesia se llenó de murmullos. Ella fue la última en darse la vuelta, lo hizo muy despacio. Sin perder la compostura, le lanzó una mirada tan fría que Ray sintió temblar el suelo bajo sus pies.

* * *

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí? No tienes derecho a interrumpir la ceremonia así por las buenas.

—Helen, no puedes cometer esta tontería por despecho.

Ella parpadeó, sin apartar la mirada, con una parsimonia que lo desesperó.

—Yo no opino como tú. Diría que esta es la decisión más sensata de mi vida.

—Pero... —trató de decir el tal Cirus—. ¡Aujjj!

Helen lo acababa de hacer callar de un pisotón.

—¿Estás segura? —inquirió Ray.

—Absolutamente.

—Eso significa que has dejado de quererme.

Ella alzó las cejas, sin decir ni sí ni no.

—Tú verás.

Aquello acabó de incendiar el genio de Ray, que se lanzó arrebatado hacia el drama teatral.

—Muy bien, tráeme un cuchillo y me rajo la garganta.

En lugar de angustiarse, como Ray ansiaba, Helen lo barrió con una mirada displicente.

—Que traigan también unas toallas —dijo tan tranquila—. Ya sabemos lo escandalosa que es la sangre. ¡Andando! —ordenó tirando del brazo de Cyrus.

Ray avanzó por el pasillo hasta quedar a un palmo de ella.

—Helen, te lo suplico. No te cases con este payaso.

—¡Que echen de una vez a ese hombre! —chilló una voz de mujer, a todas luces pariente del novio—. ¡Qué alguien avise a la policía!

—La policía soy yo —sentenció Ray alzando la voz para que lo oyera todo el mundo.

Hubo un coro de murmullos de incredulidad, pero nadie se atrevió a contradecirle por si acaso.

—Aquí no tienes jurisdicción, comisario —apuntó Helen, furiosa al ver que todos lo miraban con respeto.

—Señoras, caballeros, mi nombre es Raymond Donnelly y es un honor presentarme ante ustedes como nuevo lugarteniente Jefe de la Policía de Boston —anunció solemnemente, sin apartar la mirada de Helen.

Esa vez, los cuchicheos fueron muchos más y todos de admiración.

—¿Jefe de policía? —inquirió Helen, llena de sorpresa.

—Ya me has oído.

—¿Y tu comisaría de Nueva York?

—Atrás queda.

Helen se prohibió exhibir la sonrisa inmensa que el cuerpo le pedía. Disimuló la felicidad que la embargaba y lo orgullosa que se sentía de él. A fin de cuentas, Ray se acababa de meter a todo el mundo en el bolsillo y ella estaba perdiendo la partida a ojos vista. Tampoco era cuestión de rendirse como si nada hubiera sucedido entre ellos dos. Cualquiera otra mujer se lanzaría a sus brazos, rendida de amor. Pero ella no, aunque se moría de ganas de hacerlo, de darle la enhorabuena, de gritar de alegría porque eso significaba que se mudaba a Boston y de comérselo a besos. Definitivamente no, no podía olvidar cómo la había rechazado, y no una vez solamente. Tiró del brazo de Cyrus y se encaró con él.

—¿Y tú qué? ¿No piensas hacer nada? —le espetó—. Acaba de llamarte payaso.

Este carraspeó, con cara de circunstancias. No iba a pelearse con el nuevo mandamás de la policía en plena iglesia y menos por una minucia.

—Mujer, dejémosle que se explique...

Ray se lo agradeció, por así decirlo, con una mirada escueta y bastante torva. De reojo vio a un cura que asomaba por la puerta de la sacristía. Dio gracias porque aún iba medio vestido con la ropa talar.

—Escúchame y no te molestaré más, por favor. Antes de que el cura ese pierda la paciencia y me eche de aquí.

Helen giró la cabeza hacia la sacristía y volvió a clavar sus ojos en los de Ray. Entre tanto, el tal Cirus presenciaba la contienda verbal junto a Helen, como mudo e incómodo espectador.

—El cura ese —puntualizó Helen— es irlandés. Y de joven fue boxeador. Por muy jefe de policía que seas, es capaz de inflarte la cara a mamporros por invadir su iglesia para interrumpir una ceremonia.

Ray apartó despacio la vista de Helen y miró hacia la sacristía.

—*Logh dom, sagart* —pronunció bien alto en la lengua gaélica aprendida de su abuelo.

Al escuchar que era uno de los suyos, el sacerdote aceptó sus excusas con una especie de bufido y se bajó las mangas de la sotana que ya se había arremangado para echarlo a puñetazos.

—*Bí gasta* —exigió brevedad también en gaélico, señalándolo con un dedo como clara advertencia.

Ray le dio las gracias con un leve cabeceo. Miró de nuevo a Helen y alargó la mano para coger la suya, pero ella evitó que lo hiciera. La notaba furiosa, sin duda al ver que volvía a ganar terreno; Ray gritó un «hurra» mental por la amada Irlanda que había logrado poner al cura de su parte.

—Helen, me muero por dentro desde que te dije que te alejaras de mi vida.

—Yo te veo muy sano —enunció sin emoción.

Él bajó la vista y durante medio minuto que se hizo eterno guardó silencio. Alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Estoy enfermo de extrañarte, de quererte tanto —dijo tragando con dificultad—. Me vuelvo loco cuando finges que no existo. Solo pienso en atraerte muy cerca y sentir tu mano en los labios...

A pesar de no ser una mujer de lágrima fácil, a Helen se le anegaron los ojos. Ray no tenía ni idea de cantar, ni de sensiblerías, ni de romanticismos de chicas. Y pese a ello había memorizado la letra de su primer baile. Lo imaginó escuchándola muchas veces en soledad, acompañado solo por los recuerdos compartidos con ella. Ray le acababa de decir que *Susurros* era su canción, la de ellos dos.

El silencio en la iglesia era expectante hasta que fue roto por un invitado guasón.

—Déjese de palabrería, jefe. A las mujeres se las convence con un collar de diamantes.

Se escucharon unas cuantas risillas. Ray cogió a Helen de la mano y esa vez no dejó que se le escapara. Tenía los ojos fijos en los de ella cuando respondió al bromista alzando la voz para que lo oyeran desde el primer banco hasta el último.

—No hacen falta diamantes para llevar una vida digna. No soy rico, nunca lo seré. Pero soy capaz de mantener a mi familia y cuidar de ella para que nada le falte —expuso; paseó la mirada a su alrededor, observando los rostros de todos los que le escuchaban. Después miró a Helen—. Aunque no me importará aceptar que mi mujer me invite de vez en cuando a un buen bistec y, puestos a pedir, con una copa de champán francés —aceptó sonriéndole con timidez.

Helen no necesitó más palabras para entender que estaba confesando, ante ella y ante el mundo, que no le importaba que ella tuviera más dinero que él. Para ella, esa declaración era más importante que cientos de palabras de amor. Una lágrima rodó por su mejilla dejando a su paso un churretón negro. Se la secó con los dedos, que se le tizaron de oscuro y barbotó una palabrota mental contra Rimmel London y su potingue para las pestañas.

—¿Es que nadie tiene un pañuelo? —farfulló.

Damas y caballeros de los bancos cercanos se apresuraron a hurgar en bolsitos y bolsillos. Le ofrecieron por lo menos veinticinco, que Ray rechazó con un gesto. Con su propio pañuelo secó la mejilla de Helen, hasta que ella se lo quitó de la mano y terminó por sí misma para que Ray, con toda su buena voluntad, no terminara de destrozarle el maquillaje.

—Dijiste que siguiera con mi vida, que no me querías en la tuya.

Él cerró los ojos y se retiró el cabello con ambas manos. Estaba acostumbrado a discutir y ganar, en su vida había tenido que lidiar con hombre o mujer más difícil de someter. Helen tenía más recursos que un charlatán vendiendo elixires. Supo que solo la convencería hablándole desde el corazón.

—Entonces estaba obcecado —confesó—. Creía que el amor era algo pasajero, pero me equivoqué. Te necesito a mi lado, Helen. Siempre —insistió poniendo toda su pasión en aquella palabra—. Ahora sé que nací para amarte, no me castigues a vivir como un pájaro sin alas.

La iglesia se llenó de suspiros femeninos. Dos lágrimas gemelas colgaban de las pestañas de Helen, pero esa vez Ray se apresuró a secarlas con los pulgares antes de que dejaran un rastro oscuro.

—Cásate conmigo —suplicó con un tono íntimo.

Ella respiró profundamente y se envaró, recobrando la compostura.

—Más vale que hayas traído un anillo de compromiso. Porque si no es así, ya te estás largando a por uno.

—Helen, no me jod... —Se mordió la lengua al recordar dónde estaba—. ¿Qué falta te hace un anillo?

Se escuchó un zapateo rápido en medio de aquel silencio tenso. El repique de tacones sobre las losas de mármol vino acompañado de cuchicheos. Ray observó a una mujer regordeta y muy maquillada que se acercaba con paso ligero. Cyrus miró por encima del hombro y sonrió al verla caminar tan orgullosa, inmune a las miradas de censura y las murmuraciones de la gente. Su tía abuela Milly era la oveja negra de

la familia. De ella se decía que, en su juventud, en una sola noche se cepilló a todo el equipo de fútbol de la universidad de Harvard, incluidos entrenador, utillero y aguador. Se rumoreaba también que había tenido una docena de amantes, todos ellos casados, muy ricos y muy poco recomendables.

La mujer, con el pelo cardado de un rubio más falso que la quincalla, se hizo sitio apartando a Ray y a Helen con las dos manos y se plantó entre ellos dos.

—Tía Milly... —comenzó a decir Cirus.

Ella hizo un gesto con la mano para que cerrara la boca.

—Ya está bien de perder el tiempo, se hace tarde y nos esperan en el convite. No vayamos a estropear el día por una minucia —opinó—. Elije, muchacho.

Ray observó las manos que le mostraba. Sus dedos gordezuelos, con unas uñas largas pintadas como elegantes garras, exhibían una colección de sortijas.

—Señora, se lo agradezco pero no puedo...

—¡Desde luego que puedes! Elije una para tu chica o me ofenderé.

Ray las miró una a una, unas joyazas coronadas de pedruscos y perlas. Calculó que la simpática tía Milly debía cargar medio quilo de oro en cada mano. Se fijó en la que llevaba en el meñique derecho, miró a la mujer, agradecido, y la tocó con el índice. Ella acarició el rubí del anillo, rodeado de diminutos brillantes.

—El más sencillo de todos —reconoció—. Pero el único que me regalaron por amor verdadero.

A base de esfuerzo, logró sacárselo del dedo y se lo tendió a Ray con una sonrisa cargada de recuerdos.

—En tal caso, no sé si debo aceptarlo. Significa mucho para usted.

—No necesito llevarlo puesto para recordar al hombre que me amó.

A pesar de sus reservas, Ray encerró el anillo en el puño. Seguramente había elegido la menos costosa, pero cada palabra de aquella mujer conseguía que le gustara más aquella joya.

—Quizá ese caballero eche de menos verla en su dedo.

Tía Milly puso los ojos en blanco y agitó las manos, dispuesta a reconocer la verdad ante el nuevo jefe de policía de la ciudad.

—No lo sabrá nunca. Cumple condena a cadena perpetua en la cárcel de Sing Sing.

Cirus enrojeció. A Helen se le escapó una risa incrédula. Ray rio también entre dientes mientras le tomaba la mano derecha y se lo colocaba en el dedo. Por suerte, la mujer los tenía regordetes y, a pesar de llevarlo en el meñique, en el anular de Helen encajó como hecho a medida. Luego se llevó su mano a los labios y la besó despacio. Helen lo miraba con una emoción tan intensa que le dieron ganas de estrecharla entre los brazos y besarla en la boca.

El organista dio una nota, a modo de aviso, que sobresaltó a todo el mundo. Anunciaba que la ceremonia, por fin sí, iba a empezar.

—Siento molestar —intervino Cirus—, pero he visto asomar la cabeza dos veces

a mi futuro suegro. Mi prometida debe estar ahí afuera, a punto de sufrir un ataque de nervios.

Helen se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por tu paciencia, Cyrus. Es hora de que entre la novia.

Ray arrugó la frente.

—¿Hay otra novia en la calle?

Helen sonrió con malicia.

—¿Ya has olvidado cómo es una boda de las nuestras, irlandés impío? El novio entra del brazo de una mujer y sale casado con otra.

—Tu padre me dijo... Me dio a entender... —rectificó al recordar la conversación.

—¿Aún no te has dado cuenta de que soy la madrina?

Pues no, no había caído. Eso explicaba por qué no estaba allí presente la familia al completo. Ray afiló la mirada. Él, la máxima autoridad policial de Boston, llevaba media hora haciendo el más espantoso ridículo ante toda aquella gente. Ya ajustaría cuentas con ese escocés medio romaní con el que pronto iba a emparentar.

En vista de que nadie se movía, la tía Milly decidió por todos. Cogió la mano de Helen y la unió a la de Ray.

—Date prisa, coge a tu chica y escapaos por esa puerta, que la vida os está esperando ahí fuera —aconsejó, señalando el ala derecha del templo. Y se agarró del brazo del novio—. Y tú, ¿aceptas a tu vieja tía Milly como madrina de boda?

Él se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Será un placer y un honor.

Ray tiró de la mano de Helen y la arrastró hasta el final de los bancos, rodearon una columna y apretaron el paso. Cyrus y su tía se colocaron en el centro del pasillo, con aire solemne, preparados para recorrerlo hasta el altar. El órgano comenzó a tocar la marcha nupcial en el momento en que Ray y Helen abandonaban Saint Clement por la puerta lateral, cogidos de la mano.

* * *

—¿De verdad tengo ante mí al Jefe de la Policía de Boston? —preguntó ilusionada. Ray alzó las cejas y sonrió—. ¿Ha sido cosa de mi padre? Hace días que lo noto misterioso.

Él la atrajo por la cintura y entrelazó los dedos a su espalda. Marcus McKerrigan-Montero era un hombre importante, pero su poder no daba para tanto.

—Puede que tu padre no sea uno de los hombres más influyentes de esta ciudad —matizó—. Pero yo diría que, cuando le interesa, sabe hacer valer su opinión entre quienes sí lo son.

—Es medio gitano, ¿qué esperabas? La herencia de tratante la lleva en la sangre, sabe cómo vender un caballo —Ray se echó a reír al oír la comparación y ella sonrió

al verlo contento por fin—. No te habrían escogido si no supieran que eres el mejor para desempeñar el cargo —reconoció con los ojos brillantes.

Ray le apartó el pelo de la cara, agradeciendo con una caricia su mirada dichosa. Era la prueba de cuánto confiaba en él.

—Ni yo habría aceptado si no estuviera seguro de mi capacidad para realizar con eficacia la labor que se espera de mí —añadió; alzó la vista al cielo y llenó los pulmones de aire—. Nuevo trabajo, nuevo reto, nueva vida para mí y para nuestro hijo.

—Nuestro —repitió emocionada.

—Sí, si tú quieres.

—Sí quiero, por supuesto que sí.

—A partir de hoy así debe ser.

La atrajo aún más cerca y, con los ojos cerrados, le besó la parte superior de la cabeza. Amaba a aquella mujer con una intensidad que a veces lo asustaba.

Helen alzó el rostro para ver sus ojos, tan azules como el cielo inmenso, como el futuro que se abría ante ellos.

—Oliver también lo desea. Te quiere mucho.

—Tengo unas ganas locas de verlo y aburrirlo a besos, aunque se enfade porque ya no es un niño pequeño.

—Dentro de un rato podrás hacerlo. Ha venido conmigo. Lo he dejado con tu padre en el béisbol.

—¿Y por qué no lo has traído?

Ray le acarició la mejilla con los nudillos.

—Ablandarte el corazón trayéndolo aquí, habría sido jugar sucio. Tenías que aceptarme solo porque me amas —reconoció; tuvo que tragar saliva antes de seguir—. Helen, es hora de que hablemos claro. No eres perfecta, ni yo tampoco. Ningún ser humano lo es. A partir de hoy sé que discutiremos más de una vez. Pero los dos tenemos la valentía y la humildad que se necesita para saber hacer las paces.

—Desde luego que sí —murmuró emocionada.

—Me obcequé en resaltar tus defectos por miedo, siempre he temido no ser bastante para ti.

—No vuelvas a hablar de dinero, por favor.

—No era ese mi único temor. Tú eres una mujer muy hermosa, atraes muchas miradas.

Helen se apresuró a contraatacar.

—Y tú también, ahora no me digas que no notas como te miran muchas jóvenes y las no tan jóvenes, porque yo sí me he dado cuenta.

—Eres lista, decidida, emprendedora, eres...

—Soy la mujer que te ama —concluyó; y lo besó en los labios para hacerlo callar—. Y tú, ¿me quieres?

Sabía la respuesta, menuda tontería dudarle, ¡si iba a cambiar de ciudad, de

trabajo y de vida por ella! Pero le gustaba oírsele decir.

—Con toda mi alma —murmuró Ray; le tomó la mano que lucía el anillo y la besó apretando los labios sobre su piel—. Te amo. Te lo diré cada día hasta que me muera.

Helen le apretó la mano con tanta emoción que se le blanquearon los nudillos. Ray acarició el rubí del anillo con los labios y alejó la mano para verlo mejor.

—Me gusta —reconoció—. Mucho más que el que me dio mi madre y coloqué hace años en el dedo de una mujer.

Helen abrió mucho los ojos. No era el mejor momento para salirle con confesiones referentes a su pasado amoroso.

—¿Cómo dices?

—Ya te he dicho que es hora de hablar con sinceridad. Basta de secretos. Hay algo que en su día debí contarte y que te ayudará a entender muchas cosas. Hace años le pedí matrimonio a una chica.

Se sentía halagada de que se lo confesara. A pesar de ello, tragó con esfuerzo la burbujita de rabia que empezaba a crecer en su garganta.

—¿Era la madre de Oliver?

—No —respondió a su duda antes de proseguir—. Cuando regresé de la guerra, ella se había casado con otro. Y el anillo, nunca me lo devolvió.

Helen lo miró boquiabierta. Quienquiera que fuese, esa novia de antes de la guerra había tenido la desfachatez de quedarse con el anillo de los Donnelly. El asunto empezaba a molestarle. Mucho, en realidad.

—¿Y no se lo pediste?

—¿Para qué? Se me fueron las ganas de casarme. No es que nos quisiéramos con locura, nos conocíamos de toda la vida. Entonces me pareció que sería una madre adecuada para Oliver. Con el paso de los años, agradecí que me diera esquinazo. Habría sido un error.

—¿De toda la vida? —repitió, cada vez más mosqueada—. Eso quiere decir que era de Germantown.

—Lo es. ¿Pero qué importa ahora?

—¡Oh, ya lo creo que importa! ¿Quién es ella?

Ray rio con suavidad al verla celosa sin motivo. Acercó los labios a su oreja, le besó el lóbulo y le dijo al oído el nombre de su novia juvenil.

—¡¿Evelyn Kapp?!

—No chilles —pidió muy entretenido en besar su orejita.

Helen por fin entendía el porqué de la tirria que le tenía aquella sabelotodo. Ese era el motivo de sus comentarios venenosos contra Oliver, y contra ella por acercarse a Ray. No era más que una amargada llena de prejuicios disfrazada de esposa y madre perfecta.

—¡La muy zorra! —saltó ardiendo de ira.

—Helen, frena esa lengua —la regañó divertido—, que estamos en la puerta de

una iglesia.

—¡Ese anillo era mío! —bramó blandiendo el puño.

A Ray le sorprendió que fuera eso precisamente, y no su pasado romance con su mayor enemiga en Germantown, lo que la enfureciera tanto.

—Cuando la pille, le voy a arrancar todos los pelos de la cabeza. ¡Calva la pienso dejar!

Ray le rodeó la cintura con ambos brazos y la sacudió con más dulzura que severidad.

—Cuidado, no te metas en trifulcas o tendré que detenerte —advirtió mirándola muy fijo—. Al final va a ser verdad que eres una chica peligrosa, futura señora Donnelly.

A pesar del tono medio serio, ella se derritió por completo ante aquellos ojos claros cargados de amor.

—No lo sabes tú bien —murmuró con una sonrisa absolutamente feliz.

Un año y seis días después de coger la mano de su amada y llevársela a rastras de aquella iglesia, Ray cerraba con cuidado la puerta del cuarto de su hijo.

Oliver se había quedado dormido cuando solo llevaba leídas dos páginas. Por lo general, era Helen quien le leía un cuento antes de dormir. Pero ella había insistido en que fuera él quien compartiera esa afición con el niño alguna noche también. Por tenerla contenta, comenzó a hacerlo y tenía que reconocer que disfrutaba de aquellos ratos de lectura con su hijo como no imaginó que pudiera llegar a suceder.

Atravesó el pasillo con calma, reflexionando sobre todo aquello. Como en muchas otras cosas, Helen tenía razón. También acertó cuando le dijo el mismo día de la boda, mientras cruzaba el umbral con ella en brazos, que en poco tiempo se acostumbraría a la casa hasta el punto de considerarla suya. Y así era. Ray contempló satisfecho los cuadros que colgaban de las paredes empapeladas en tonos azul, tan familiares ya para él. Era su sitio porque bajo su techo se cobijaban las dos personas que más quería. Poco importaba a nombre de quién estuviera inscrita en el Registro de la Propiedad. Era su casa, la de su familia, su hogar.

Incluso había hecho suyo, más que el resto, un espacio de la mansión. Había instalado su rincón de trabajo y descanso en la antigua biblioteca. Ya contaba con su despacho oficial en Pemberton Square. El que había acondicionado en la estancia más aislada de la planta baja era en realidad el refugio donde se encerraba a pensar y a recrearse con una nueva afición que le gustaba disfrutar en solitario: escuchar algo de música en su nuevo aparato de radio, o las noticias acontecidas en la ciudad, el país y el resto del mundo.

Su ciudad, reconoció mientras abría la puerta del dormitorio matrimonial. Disfrutaba liderando la policía de Boston porque le apasionaba su trabajo. Pero esa satisfacción personal no existiría sin ella. Ray daba gracias cada día por tenerla, porque era Helen, esa adorable respondona que apareció en su vida sin esperarla, quien lo hacía feliz.

La puerta estaba abierta, aguzó el oído y escuchó ruidos en el piso de abajo. Ray sonrió y, como de costumbre, se quitó el pijama y lo lanzó sobre la butaca del rincón. A la hora de dormir, detestaba cualquier cosa que se interpusiera ellos dos. Salvo el fino camisón de seda de Helen antes de quitárselo, ese tacto lo enloquecía.

Se tumbó en la cama y se dispuso a esperarla con las manos detrás de la cabeza. En los últimos tiempos, Helen se demoraba antes de subir. Debía ser la felicidad que le despertaba el apetito, porque desde hacía semanas se había convertido en una devoradora de *dónuts*, por la mañana, y bombones de chocolate antes de meterse en la cama. El ansia golosa le entraba siempre a las mismas horas. La oyó subir las escaleras y se acarició el sexo en estado de semierección. A él a esas horas le entraba también un apetito goloso, pero de otro tipo.

Cuando se abrió la puerta, dejó la mano quieta y la alzó para invitarla a tumbarse

con él en la cama. Helen sonrió mientras se quitaba la bata y la colgaba en el perchero. Ray observó con deleite sus curvas, cada día más pronunciadas, que transparentaban bajo la fina tela del camisón.

—¿Oliver ya duerme?

—Sí. Y tú, ¿has asaltado la caja de bombones como todas las noches? —comentó, sin quitar ojo a la cada día más turgente redondez de sus senos. Ray juraría que habían aumentado de tamaño.

—No puedo evitarlo —se quejó de su propia debilidad, mientras se miraba en el espejo—. Me estoy poniendo como una bola de nieve.

Ray rio con ternura.

—¿Y qué si subes de peso? Me gustas rellenita —afirmó; y se apresuró a rectificar—. No quiero decir que lo estés, pero si así fuera, te devoraría como una chocolatina, a bocaditos para que me duraras más.

—¿Seguro?

—Ven a la cama y te lo demuestro ahora mismo.

—Porque voy a engordar mucho más.

—Si sigues devorando *dónuts* y chocolate...

Helen frunció el entrecejo.

—Cuando digo mucho, quiero decir mucho, pero mucho más —matizó a la vez que tiraba del camisón a la altura del estómago hasta alejarlo medio metro de su cuerpo.

A Ray le costó asimilar lo que significaba aquella horizontalidad forzada de la prenda. Miró los dedos que pinzaban la seda, la miró a los ojos, volvió a observar la forma inequívoca de su camisón...

—¿Qué estás tratando de decirme? —Helen se encogió de hombros y tragó saliva—. Pero... ¡Dijiste que no podíamos!

—Pues está claro que sí podemos.

Lo afirmó señalando de reojo cierta parte de la anatomía de Ray que tenía mucho que ver con aquel embarazo. Él bajó la mirada hacia sus ingles. Su miembro viril debió sentirse protagonista de la hazaña, porque mostró su entusiasmo irguiéndose con inusitada alegría hasta alcanzar una imponente posición vertical.

Ray saltó de la cama como un resorte.

—¿Desde cuándo lo sabes? Madre mía, ¡vamos a tener un niño, Helen! ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Por favor, ¡tápate! —pidió señalando su erección—. No se puede mantener una conversación seria si me enseñas tu... Tu arma reglamentaria.

Ray agarró un almohadón, se cubrió con él, y completamente desnudo como estaba, avanzó hacia ella.

—Solo dime una cosa, ¿tú estás bien?

—Feliz y un poquito asustada.

Ray lanzó el almohadón de cualquier manera y la envolvió en sus brazos. Estaba

temblando. Iba a ser padre y esa vez sí tendría la dicha de ver crecer a su hijo en el vientre de Helen, su maravillosa mujer.

Ella adivinó el curso de sus pensamientos y, loca de felicidad, se apretó contra él, aprisionando su miembro cálido y pujante entre los dos.

—Hoy me ha visto el médico otra vez.

—¿Otra vez? —cuestionó molesto por no haberlo sabido en su momento.

Ella le puso los dedos en los labios para que dejara de protestar.

—Tenía miedo de hacerme ilusiones. Pero el bebé está bien y yo también. El doctor Williams dice que la naturaleza es imprevisible y que, como no existía impedimento físico, en cualquier momento podía ocurrir —explicó con un suspiro—. Todavía no me lo creo, Ray.

Con una facilidad acrobática, la levantó en brazos y la llevó a la cama.

—Un bebé, ¡caray, Helen! —exclamó tumbándose a su lado—. Pero lo más importante eres tú. ¿Cómo te sientes?

—De maravilla —aseguró, sonriendo con placidez—. ¿Qué prefieres, un niño o una niña?

Ray no respondió a su pregunta, en ese momento era lo que menos le preocupaba.

—¿Tienes náuseas?

—Alguna mañana.

Lo observó divertida. Él seguía inmerso en su papel de futuro padre y esposo solícito.

—¿Y has tenido antojos? Además de los dulces, eso ya lo hemos notado todos. Dicen que las mujeres en tu estado se encaprichan de cosas raras. ¿Quieres que te traiga pepinillos en vinagre? ¿Caramelos de regaliz? ¿Judías? ¿Arenques ahumados?

La sola mención de aquella combinación desbaratada de comestibles consiguió revolverle el estómago.

—¡Ay, calla! —pidió conteniendo una arcada—. Tú te has propuesto que vomite la cena.

Ray apretó los labios, con una sonrisa de disculpa, y le acarició el costado y la curva de la cadera para terminar descansando la palma de la mano abierta en su tripita.

—No tienes que preocuparte de nada. Yo cuidaré de ti.

Helen se pegó a él con indolencia y deseo.

—Hazlo como mejor sabes —murmuró acariciando su sexo con la punta de los dedos.

Ray se alejó de un salto hasta el otro extremo de la cama.

—¡Quieta, de eso nada! He dicho que voy a cuidar de ti. No pienso ponerte las manos encima hasta dentro de muchos meses.

Helen le envolvió los brazos alrededor del cuello y tiró de él para acercarlo.

—¿Cómo que no?

Comenzó a acariciarle los labios con los suyos hasta que Ray se relajó y se dedicó

a besarla como ella le pedía. Poco a poco, las caricias fueron a más. Sus manos la recorrían con ganas, las de Helen lo enloquecían apretándole los glúteos.

—El niño... —susurró preocupado.

—Estará bien. Tú sabes ser delicado —dijo besándolo en el cuello—. Ámame, Ray.

Él se colocó sobre ella, la deseaba tanto... Siguió el contorno de su cuello con un reguero de besos, hasta la curva del hombro. Tomó el tirante de seda entre los dientes y lo bajó despacio.

—Quítame el camisón —suplicó.

Ray le sujetó las manos.

—Yo decido cuándo.

Buscó su boca y la besó con todas las ganas del mundo. No había más que decir.

Epílogo

Boston, Massachusetts. Mayo de 1945

Esa mañana, Helen rogó que el día transcurriese con la dicha que todos merecían. Pronto se cumplirían veinticinco años desde que ella misma salió de aquella casa vestida de novia y faltaba menos de media hora para que su hija cruzara la puerta también, camino del altar.

Todos necesitaban alegrías esa primavera. A finales de abril, en plena batalla de Berlín, Hitler se había suicidado junto a su amante. Y en mayo, el ejército alemán asumió que había perdido la guerra, aviniéndose a firmar el acta de rendición.

Pero estaban a finales de mayo, los soldados de la familia habían regresado de Europa y, después de meses de inquietud y sufrimiento, esa vez no hubo muertes que llorar.

Uno de los gemelos Callahan, Marcus, aún caminaba con la ayuda de muletas y, aunque le habían pronosticado una buena recuperación, debería vivir con varios fragmentos de metralla incrustada en la cadera. Pero estaba vivo. Todos lo estaban, y era motivo para dar gracias todos los días.

Atrás quedaban el pánico y las lágrimas derramadas cuando nadie la veía, en la época en que Oliver se alistó como voluntario. Durante año y medio sirvió como médico en un hospital de campaña cerca de París. Pero había vuelto sin un rasguño y por fin lo tenía en casa. Helen sonrió al recordar la sorpresa que se llevaron cuando empezó a mostrar su vocación. No escogió la carrera policial como su padre, ni la de granjero como sus abuelos y bisabuelos; tampoco en los hoteles de la familia, a pesar de lo mucho que insistió el patriarca de los McKerrigan. Por suerte, contaban con los hijos de Laura y Kenneth y con los de Annette y Greg que sí iban seguir con la tradición.

Con tesón y mucho esfuerzo Oliver se había convertido en el doctor Donnelly y desde que regresó de la guerra trabajaba en el prestigioso Hospital de Niños de Boston, el mismo donde él fue operado. Su trayectoria profesional se había inclinado hacia la especialidad de las lesiones de la vista, una elección que todos entendieron y que los hacía sentirse orgullosos de él.

Pero ese domingo soleado y feliz la protagonista era la pequeña Dulcie. Había cumplido veintitrés años, pero para Ray y para ella siempre sería su niñita. Y en unas horas sería una mujer casada. Nadie sospechaba que la benjamina de la familia, la pequeña ratita de Boston, como la llamaba su padre, poseía el alma de una granjera. Helen intuía que los largos veranos en la granja familiar habían propiciado el amor surgido entre ella y Joss Jr., porque el que iba a convertirse en su esposo no era otro que el hijo mayor de Joss el capataz y de Betty. Mientras se daba un último cepillado, Helen pensó en que esa noche su pequeña ya no dormiría en casa. Tenía que

sobreponerse a la congoja de no verla cada día y dejarla volar. La vida de Dulcie estaba en Germantown, en la tierra de los Donnelly.

Helen dejó el cepillo de plata sobre el tocador y contempló su rostro en el espejo. Las arrugas en la comisura de los ojos y las finas líneas que surcaba su frente eran la evidencia del paso de los años. Bienvenidas fueran las arrugas. Era una mujer afortunada, gozaba de una existencia absolutamente feliz.

La casa se había quedado casi vacía. Media hora antes, la planta inferior hervía de bullicio. Dulcie ya estaba preparada y en manos de la modista y el fotógrafo. Los invitados, llegados desde Nueva York y Germantown, habían partido hacia la iglesia para esperar la entrada triunfal de la novia. Mientras tanto, el novio, debía comerse las uñas a la puerta del templo, atacado de los nervios debido al retraso de su futura esposa como mandaba la tradición. Helen pensó en todas las personas queridas llegadas para la boda, Laura y Kenneth, con los chicos y las dos mujercitas que vinieron después de los gemelos, Greg y Annette con sus dos hijos, el abuelo Marcus y Lydia, Phillip Taviani con Stella y sus chicas, la mayor de las tres casada y a punto de ser mamá. Y pensó en Doris, tan sola desde que Charles los dejara el invierno anterior por culpa de una pulmonía mal curada. Ella iba a ser la que más alegría sentiría cuando su nieta recién casada se instalara para siempre en la granja al regreso de su luna de miel.

Helen paseó la mirada por los retratos que decoraban el secreter, junto a la ventana. Muchos de ellos no estaban ya, Charles, la abuelita Ada Mae, los señores Taviani a quienes llegó a querer como a su propia familia. Y su madre, Eloise, retratada de jovencita dando de comer a las palomas en el parque Boston Common, tan guapa con su pámela blanca y su cálida sonrisa. A Helen nunca dejaría de dolerle su pérdida. Pero la vida seguía. Y al permanecer en sus corazones y llevarlos en el pensamiento, de algún modo, todos ellos los acompañaban también aquella mañana de domingo.

—¿Preparada?

Sonrió al escuchar la voz de Ray a su espalda. Se levantó del taburete y se lució ante él, presumiendo de su elegante vestido de moaré color malva.

—Preciosa.

—Solo me falta repasarme los labios.

—Date prisa, que el fotógrafo nos espera. Pero antes de que lo hagas —Ray le cogió la mano y tiró para acercarla—, quiero besar a la mujer más guapa de esta fiesta, con permiso de la novia.

Los dos se fundieron en un beso intenso. Cuando Ray separó los labios, Helen abrió los ojos despacio. La estaba observando con ternura.

—No tan guapa, ya he cumplido cincuenta y cuatro.

—Y yo también, rubia peligrosa —dijo haciéndola reír; hacía una década que volvió a teñirse el pelo—. Espero seguir gustándote cuando tenga ochenta.

Helen rio, feliz y emocionada. Casi podía verlo atravesar el pasillo del templo,

llevando orgulloso a Dulcie del brazo.

—Ve, que tu hija te espera.

Se inclinó para darse una última pasada de carmín en los labios y salió de la habitación detrás de Ray. Apoyó las manos en la barandilla mientras lo veía bajar las escaleras. Acababan de llegar más invitados y él se acercó a recibirlos. Helen observó a los recién llegados, entre ellos Charles H. Taylor, fundador y propietario del periódico *The Boston Globe*. Era viudo desde hacía años y siempre iba acompañado de la señorita Mary Anne Taylor, su única hija. La calidez con que Oliver recibió a padre e hija despertó su curiosidad.

Él debió intuir su presencia en el piso superior porque alzó la vista hacia la barandilla y, tras excusarse con los invitados, Helen lo vio trotar escaleras arriba.

—¿Qué haces aquí? Te estaba esperando. El coche de la novia aguarda en la calle, tú y yo iremos en el nuestro. Las flores han llegado a tiempo, el fotógrafo es un perfeccionista y nuestra princesita está medio histérica, pero creo que entra dentro de lo normal.

—Y tú, ya tienes treinta y un años. ¿Cuándo piensas darnos una alegría, doctor?

Oliver se inclinó sobre la barandilla y miró hacia el vestíbulo con media sonrisa sagaz.

—Ya sabes lo que se dice, que de una boda sale otra.

Helen observó a la señorita Taylor. Era bonita, pero no espectacular. Muy elegante, había que reconocerlo. Sospechaba desde hacía tiempo el interés de Oliver por la hija del que, a fuerza de tira y afloja para lograr una buena imagen del cuerpo de policía en la prensa local, se había convertido en un buen amigo de Ray. A pesar de ello, Helen no imaginó que una chica ociosa de la clase alta fuese la escogida.

—Creo que se ocupa de llevar la casa, ¿no?

Trató de disimular el tonillo ácido, pero en ese momento le pudo la vanidad de madre. Oliver se había convertido en un hombre muy apuesto. Era inteligente y tenía un brillante futuro en la medicina oftálmica. Verlo cortejar a una niña rica y con la cabecita hueca no iba a ser de su agrado.

—Su madre murió cuando ella tenía solo diez años —le explicó él—. Siempre ha desempeñado el papel de anfitriona y de señora de la casa —confirmó; miró a Helen de reojo antes de seguir—. Pero tiene sus propios intereses, lleva un consultorio en el *Globe* con mucho éxito.

Helen se quedó mirándola con mayor atención. Estaba en un error si había considerado a aquella chica una flor delicada protegida por su papá.

—No me digas que ella es *Lady Marian*. ¡Siempre leo su columna!

—Te ruego que guardes el secreto. Nadie sabe que es ella, Mary Anne no quiere que piensen que tiene ese puesto en el periódico por ser hija del director.

Helen sintió una repentina ola de solidaridad con aquella chica, puesto que a ella también le había tocado luchar mucho en el pasado para demostrar su valía, por el hecho de ser mujer y por ser hija del dueño.

—Me encantan sus consejos. Y, la verdad, la tenía por una señora de más edad. Demuestra una mentalidad muy sensata y avanzada.

De verdad era muy aficionada a leer aquella sección, la única femenina del *The Boston Globe*, en la que la autora atendía las peticiones de los lectores, que solicitaban su parecer desde cómo abrillantar la plata hasta qué ropa escoger para acudir a una entrevista de trabajo. El último consejo de *Lady Marian*, a una desdichada que sufría por un desengaño amoroso, llamó mucho la atención de Helen por la osadía de su respuesta. «Espera a que llegue un hombre que sepa besarte el corazón y no solo la boca. Eso saben hacerlo todos».

—Sabía que te gustaría —comentó Oliver, viendo su sonrisa complacida.

—Y tienes razón. Me gusta esa chica. Hoy tendré oportunidad de conocerla mejor.

—Se nos hace tarde —le recordó, ofreciéndole el brazo.

—Espera un momento, por favor. Hoy no vamos a tener muchas oportunidades de estar solos —añadió, acariciando la solapa de su esmoquin—. Estoy tan orgullosa de ti.

Él se echó a reír y atrapó su mano bajo la suya.

—Me lo dices todos los días.

—Pero regalarle la granja a tu hermana como obsequio de bodas, ha sido una gran muestra de generosidad.

Oliver la miró con cariño.

—Mi futuro no está en Germantown. Los granjeros de la familia son ellos, Dulcie y Joss. Es justo que sea suya —reconoció; alzó la mano y le acarició la mejilla con los dedos—. Además, no olvides que a mí esa granja me la regaló hace años una gran mujer. Entonces era muy hermosa y aún lo es, pero lo más bonito de ella estaba y sigue estando aquí dentro —añadió poniéndole el dedo en el corazón.

Helen cerró los ojos, pero no pudo evitar que se le escaparan dos enormes lágrimas.

—Mira lo que has conseguido —protestó.

Oliver reía mientras sacaba un pañuelo del bolsillo para arreglar el desaguisado.

—Si no te pusieras betún en las pestañas...

—No es betún, tonto —farfulló, sorbiendo por la nariz a la vez que le quitaba el pañuelo de la mano para retirar el maquillaje corrido sin necesidad de espejo, con una pericia que dejó a Oliver sorprendido.

—¿Cómo que tonto? ¿No dices siempre que soy el hijo más guapo, gracioso y listo del mundo?

Helen sonrió al ver su mirada de niño travieso bajo las gafas de carey. Le metió el pañuelo en un bolsillo y se cogió de su brazo para bajar las escaleras.

—El mejor.

Nota de la autora

En esta novela aparecen personajes históricos; su existencia es real, no así su participación en la trama que es pura ficción. Fantasear que eso habría podido suceder es un disfrute añadido cuando escribo historias ambientadas en épocas pasadas.

Conste que me he permitido tres licencias. Por necesidad argumental, he adelantado un año el nombramiento del irlandés James Michael Curley como alcalde de Boston.

Por idéntico motivo, la celebración del duodécimo Congreso Internacional de Oftalmología aparece un año antes también, cuando lo cierto es que tuvo lugar en Washington D. C. en abril de 1922, con la asistencia del doctor Ignacio Barraquer donde expuso sus experiencias en intervenciones a pacientes con cataratas mediante la focoéresis, su genuina y exitosa técnica quirúrgica.

La coherencia de la historia me empujó a imaginar un enfrentamiento en la Serie Mundial de Béisbol entre los Boston Red Sox y los Detroit Tigers. En realidad aquel 1921 se libró un derbi entre los New York Giants y los New York Yankees. Y a pesar de contar los Yankees con Babe Ruth en el campo, la mayor estrella en la historia del béisbol, la victoria fue para los Giants por 5 a 3.

A excepción del Taormina, que es un hotel imaginario, todos los edificios, enclaves, calles y avenidas, establecimientos hosteleros, marcas comerciales, objetos cotidianos, vehículos, periódicos y revistas, piezas musicales, estaciones y líneas de ferrocarril que aparecen en la novela existían en la época en que transcurre la historia, muchos de ellos todavía perviven 94 años después.

En cuanto a las comisarías y distritos policiales de Manhattan, han sufrido varios cambios de distribución y numeración desde 1845 hasta hoy. Algunos edificios ya no existen, entre ellos la Séptima del comisario Donnelly que fue demolida en 1973. Otros cambiaron de uso, como la vieja Central que hoy día es un inmueble de apartamentos privados. En este libro figuran con la ubicación y nomenclatura que se les daba en el año en 1921.



Olivia Ardey nació en Alemania, pero al poco tiempo su familia se trasladó a Valencia, donde reside con su marido y sus dos hijos. Ha crecido, vive y trabaja entre libros. Adora viajar, pasear por las calles de cualquier ciudad y veranear rodeada de rascacielos. Además de cuentos y relatos publicados en diversas antologías, es autora de las novelas *Dama de Tréboles* (2009), *Delicias y secretos en Manhattan* (2011), *Bésame y vente conmigo* (2013), *Regálame París* (2013), *Doce campanadas y un beso* (2013), *Tú de menta y yo de fresa* (2014), *En la Toscana te espero* (2014), *Si te quedas en Escocia* (2015), y *Una chica con estilo* (2015), con las que ha consolidado un merecido hueco en el género romántico gracias a su sólida prosa y sus inéditas tramas.

En 2014 fue ganadora del Premio Of the Record a la Mejor Autora Nacional y del Premio Púrpura Romántica de Honor, además de recibir el AURA 2014 a la Autora del año, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta) y del Premio Chick-Lit España a la Mejor Autora del 2014. *Regálame París* obtuvo el Premio Dama 2013, de Clubromantica.com, a la Mejor novela romántica actual y en 2015, *Una chica con estilo*, fue galardonada con el premio Púrpura Romántica Mejor novela histórica.